

María Moreno

El desorden del universo

María Moreno

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE:
Acoso escolar, ansiedad, pensamientos autolíticos y suicidas

Para Milo, que al llegar trajo toda la luz que faltaba;
cada una de mis palabras será siempre por ti.

«The sun will rise, and we will try again».
Twenty One Pilots, Truce.

Contents

PARTE I:

Lo que nos forma

Capítulo 1



Hay veces en las que para encajar debes arrancar los pedazos de ti que sobresalen.

Porque no es fácil encajar en el instituto y yo, que sí lo hacía, lo sabía mejor que nadie. La mayoría no se lo creería si fuese yo quien lo dijese en voz alta, por supuesto. Yo, que era una de las chicas más populares del instituto, que tenía el mejor grupo de amigas posible y salía con el chico más guapo de la clase. Caroline Hudson, con su vida perfecta.

A no ser que echases un vistazo dentro de mi cabeza y te tropezases con el desorden con el que convivía gran parte del tiempo; esa zona privada y fuera de todos los límites que bajo ningún concepto permitiría que nadie viese.

Sin embargo, y a pesar de todos los esfuerzos que llevaba a cabo para ser quien se suponía que debía ser, cada día me pesaba más sobre los hombros la carga de llevar años haciendo malabares con esos pedazos de mí que no sabía dónde poner.

Y era agotador.

Suspiré. Desde arriba, mirándome con esos bonitos ojos azules, William sonreía. Recostada sobre sus piernas en el patio del instituto, cerré los ojos y sentí el sol sobre el rostro, el suelo duro contra la espalda y su mano acariciarme la mejilla.

Eran los momentos como aquellos los que demostraban que todos esos malabares valían la pena.

—¿Entramos? —preguntó, con esa expresión divertida que ponía siempre que me veía perdida en mis pensamientos.

—Sí, vamos —dije antes de ponerme en pie y extenderle la mano.

Él la agarró y se levantó. Me sacudió la falda azul del uniforme con una sonrisa pícara y reí antes de hacerle lo mismo.

Me peiné con los dedos el pelo rubio y rizado, porque no necesitaba verme al espejo para saber que me había despeinado. Cogidos de la mano, caminamos hacia el interior del instituto. Llevábamos allí tumbados los veinte minutos del primer descanso, hablando de cosas sin importancia a la sombra de un ciruelo en flor. Estábamos ya a principios de mayo; el murmullo continuo del patio y el sol me habían adormilado, y de lo último que tenía ganas era de entrar a clase de Química.

William me acompañó hasta la segunda planta y, en la puerta del aula, le di un suave beso en los labios.

—¿Te apetece ir esta tarde al centro comercial? Tengo que buscar unos pantalones.

—Esta tarde no puedo. —Hice una mueca de fastidio y me puse de puntillas para quitarle una florecita blanca del ciruelo que debía de haberle caído antes en el pelo oscuro. Le di unas vueltas entre los dedos; era muy bonita—. Tengo que estudiar para el examen de Química. ¿Vamos mañana después de clase?

—Perfecto, pues mañana.

Esbozó una de sus sonrisas de infarto y me guiñó un ojo. Luego, me dio otro beso antes de alejarse por el pasillo.

Entré a clase y fui a mi sitio de siempre, en la tercera fila junto a la ventana. Todavía no había sonado el timbre, pero Debbie ya estaba allí, en el pupitre junto al mío.

—Hola, Carol —dijo, y al sonreír, sus pequeños ojos rasgados se cerraron casi por completo.

—Hola, Debbie. —Dejé la mochila en el suelo y saqué la libreta—. ¿Cómo lo llevas? —Lancé una rápida mirada a su libro abierto, aunque conocía la respuesta de antemano.

—Genial —respondió con entusiasmo, y se recogió el pelo negro y liso en un moño desenfadado—. Esta vez voy a sacar más nota que Viktor, estoy segura.

A pesar de que traté de contenerla, no pude evitar que se me escapase una risita, ganándome una mueca de desagrado por parte de mi amiga.

—No te enfades, pero es lo que llevas diciendo todo el año.

—Bueno, esta vez es diferente —explicó, muy convencida—. Esta es mi parte favorita del temario.

Estaba segura de que la única razón por la que era su parte favorita eran esas páginas llenas de números y fórmulas, ya que Deborah Park adoraba todo lo relacionado con las matemáticas.

—Nadie tiene una «parte favorita», ¿sabes? Solo una que odian un poquito menos.

—Si tú lo dices… —Se encogió de hombros—. Como sea, voy a sacar mejor nota que él.

Viktor Aulin era el empollón de la clase, además del pringado oficial. Siempre estaba ahí, en primera fila, levantando la mano lo justo y saliendo a la pizarra solo cuando se lo pedían. La mayor parte del tiempo, todos tendíamos a olvidar su existencia.

Todos excepto Debbie, que mantenía una extraña competición con él desde principio de curso. Se había empeñado, por algún motivo que escapaba a mi comprensión, en sacar más nota que Viktor en, al menos, alguno de los exámenes de Química. Por el momento no había tenido éxito, pero en lugar de desmotivarla, eso solo alimentaba sus ganas de superarlo.

El profesor, un hombre moreno de unos cincuenta años y mejillas regordetas que siempre vestía camisas de cuadros, atravesó la clase hasta llegar a su mesa. Se sentó en ella y recorrió el aula con la mirada, a la espera de que todos le prestásemos atención. Una vez se hizo el silencio, habló:

—Buenos días, chicos. Como mañana tenemos el último parcial de la asignatura antes del examen final, vamos a emplear la clase de hoy en resolver dudas y repasar. ¿Os parece bien?

Un «sííí…» generalizado, y no del todo convencido, resonó en el aula y el señor Jefferson abrió su libro de texto.

—Perfecto. A ver, ¿quién tiene dudas?

Nadie levantó la mano. El señor Jefferson se cruzó de brazos y se limitó a esperar a que alguien formulase alguna pregunta. Algo después, unas cuantas manos se alzaron tímidas. Entre ellas, la de Debbie.

El profesor la escogió y ella salió a la pizarra a hacer un ejercicio que —según dijo— no comprendía, a pesar de que en cuanto el señor Jefferson le dio una pista, lo resolvió en cuestión de un minuto. Por mi parte, intenté seguir lo que hacían a duras penas.

No era mala estudiante y, en general, no me iba mal. Pero en Química… Esa era la peor asignatura con diferencia. Encima de que era complicada, hablaban tan rápido en clase que siempre terminaba perdida. Y a mí me costaba la vida mantener la atención tanto tiempo.

Ese día no fue la excepción, pero aun así lo intenté; cualquier ejercicio que pudiese entender me serviría de algo, por poco que fuese.

Durante un momento en el que el único ruido del aula fue el de la tiza al deslizarse sobre la pizarra, escuché las voces lejanas de un grupo de alumnos de primer año que jugaban al fútbol en el patio, acompañadas, de vez en cuando, por el silbato de la profesora de Educación Física.

Los miré con nostalgia a través de la ventana. Allí abajo, un amplio grupo de niños y niñas correteaban detrás del balón, despreocupados. Parecía no haber pasado más que un suspiro desde el

día en que Debbie y yo entramos al instituto por primera vez, asustadas y emocionadas ante aquella nueva etapa, cuando los años que nos quedaban entre aquellas paredes se extendían infinitos ante nuestros ojos.

Y ahora que llegaban a su fin, lo cierto era que habían pasado volando, y que la niña que entró aquel primer día por la puerta no era, ni de lejos, la misma que miraba por la ventana de aquella clase.

—Caroline, ¿por qué no sales a hacer un ejercicio? —llamó mi atención el señor Jefferson.

—¿Yo?

Él asintió con la cabeza despacio, y puse cara de circunstancias.

—No, mejor no.

—Será uno fácil, venga.

Me levanté y caminé hasta la parte delantera del aula con más seguridad de la que en realidad sentía. El señor Jefferson leyó un enunciado y copié los datos en la pizarra. Sin saber qué hacer con esa información, escribí una fórmula al azar. La corrigió: aquella era para las disoluciones, y ni siquiera estaba bien escrita. Escribí otra, pero tampoco acerté. Al final, terminó por decirme qué escribir, y empecé a sentirme una estúpida delante de la clase.

Intenté mantener la calma, aunque no era sencillo con treinta personas viendo cómo no paraba de meter la pata. Al habitual murmullo de la clase se le añadió una risita. Cada fórmula que escribía era un error. Cada paso que trataba de dar era en la dirección equivocada. Por más que mirase los números y letras sobre la pizarra, el clic clic clic continuo del bolígrafo de Viktor se abría paso entre cada uno de mis pensamientos. La etiqueta mal cortada del uniforme empezó a rozarme la nuca y quise escribir algo más en la pizarra, pero el polvo de tiza entre los dedos se hizo insoportable y tuve que parar para sacudirlos.

De pronto, el corazón me iba tan rápido que no sabía qué estaba haciendo ni qué significaba ninguno de aquellos números.

Solté la tiza sobre la mesa.

—Paso, que lo haga otro —anuncié, y volví a mi sitio.

El señor Jefferson alzó las cejas con sorpresa, pero no dijo nada. Se limitó a suspirar y a mirar al resto de la clase.

—Bueno, ¿alguien quiere acabar esto? ¿Maia?

Maia se levantó sin rechistar y salió a la pizarra.

—¿Estás bien? —me preguntó Debbie en voz baja, preocupada.

Me concentré en las manos frías sobre la mesa. A veces era así, y me saturaba tanto que olvidaba qué significaban las cosas. Todo se convertía en estímulos sin orden ni jerarquía, y cada color, cada roce, sonido y olor chillaban, al mismo tiempo, que ellos eran los más importantes. Los únicos que merecían atención.

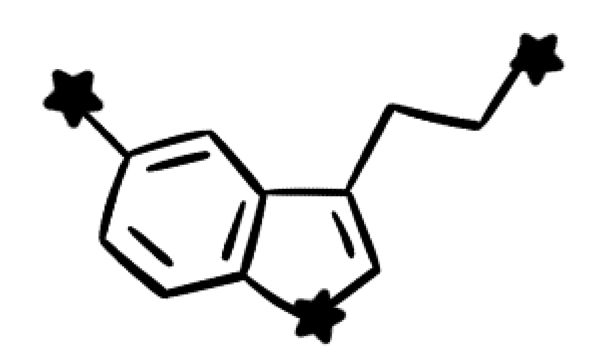
Con el tiempo, había creado mis estrategias para evitar que se notase demasiado, pero a veces, todo era tan abrumador que sentía que me iba a volver loca.

No es fácil actuar con normalidad si sientes que te vas a volver loca.

—Sí, estoy bien —mentí, incómoda. Tenía un nudo en la garganta —. Odio la química.

Debbie asintió como si lo entendiese, aunque las dos sabíamos que no lo hacía; ni a mí ni a mi odio por esa asignatura. Ni siquiera yo entendía mi estúpido cerebro, que se empeñaba en no funcionar de la forma en que necesitaba que lo hiciese.

La clase continuó, pero no volví a prestar atención en el resto de la hora.



—Quédate aquí un segundo, Caroline —me pidió el señor Jefferson cuando sonó el timbre—. Quiero hablar contigo.

Acepté de mala gana, porque era evidente que el profesor tendría algo que decir acerca de esa forma de irme toda digna de la pizarra. ¿Tanto le costaba dejarlo pasar por una vez?

—Nos vemos en el almuerzo —se despidió Debbie—. Suerte.

Sentada en mi asiento, esperé a que todos salieran de la clase hasta que solo quedamos el profesor, Viktor Aulin y yo. Me acerqué al frente, expectante.

—Bueno, Carol, como ya sabes —empezó el señor Jefferson una vez estuve lo bastante cerca—, tu nota media en esta asignatura no es muy buena, y por lo que he visto antes, no tengo la impresión de que el examen de mañana vaya a ir mucho mejor. ¿Me equivoco?

Me encogí de hombros.

—No lo llevo tan mal; es que no me gusta salir a la pizarra. —Señalé a Viktor, que no nos quitaba la vista de encima—. ¿Qué hace él aquí?

Los ojos verdes de Viktor, escondidos tras unas gafas de pasta, se encontraron con los míos. Al instante, sin embargo, apartó la mirada.

—Le he pedido que se quede —dijo el profesor—. Tenía que hablar con los dos.

Hice una mueca contrariada y apoyé una mano en la cadera.

—¿Sobre qué?

—He oído que quieres ir a Francia para la universidad y que necesitas un notable de media, ¿no? Con los exámenes que has hecho, no puedo ponerte más que un aprobado justo, y eso siendo muy generoso. Para poder compensarlo, tendrías que sacar muy buena nota en el final.

No respondí. Hacía algo más de un mes que me habían aceptado en la Universidad de Toulouse, pero, por supuesto, era una plaza condicional, y el requisito principal era sacar un notable en los exámenes finales. Como no tenía del todo claro que aquello fuera a suceder, ni siquiera se lo había dicho a William todavía.

—¿Crees que serás capaz?

—Por supuesto —aseguré—. Si no, no estaría aquí.

Puede que no fuese la más lista de la clase y que mi expediente estuviese lejos de ser perfecto, pero había llegado hasta el último curso sin repetir año y sin asignaturas pendientes. Con dificultades extra que el resto no tenía, había llegado igual de lejos. No iba a ser aquel hombre quien decidiese qué era lo que podía o no hacer.

—Estupendo —dijo el señor Jefferson con una sonrisa de satisfacción, como si esa fuese la respuesta que esperaba—, pero creo que estaremos de acuerdo en que te vendría bien algo de ayuda. Y aquí es donde entra Viktor.

Los dos contestamos al mismo tiempo:

—¿Cómo?

El hombre asintió con orgullo.

—Viktor es el mejor de la clase. Si alguien puede ayudarte es él.

—No necesito su ayuda, puedo hacerlo sola.

—Y a mí me viene fatal —se excusó Viktor, y se pasó una mano por el pelo rubio y liso con aire agobiado—. Tengo muchísimo que estudiar, y más a estas alturas del curso.

—He pensado que podríais probar a estudiar juntos esta tarde para prepararos el examen de mañana. Estoy seguro de que a los dos os vendrá bien como repaso.

—No voy a estudiar con él. ¿No puede ser con… cualquier otra persona?

—No seas así —dijo el profesor, torciendo el gesto—. Viktor es muy bueno en Química, puedes aprender mucho si dejas que te eche una mano.

Resoplé, frustrada.

—Debbie saca casi las mismas notas que él en Química, ¿por qué no le pide a ella que me ayude?

—A Deborah y a ti tengo que regañaros casi todos los días porque no paráis de hablar, así que me da que no seríais muy productivas.

—¡Pues con otra persona! ¡Con cualquiera menos con este!

—«Este» tiene nombre —protestó Viktor por lo bajo.

Me giré hacia él con una sonrisa forzada.

—Ah, perdona, ¿te he dado la impresión de que me importe?

—¡Bueno, ya está bien! —intervino el señor Jefferson, con la cara un poco roja—. Ya no es una sugerencia: vais a quedar esta tarde para estudiar y mañana me vais a traer una prueba gráfica. Y como no lo hagáis, hablo con vuestro tutor para que os siente juntos lo que queda de curso.

—¡No puede hacer eso! —exclamé.

—¿Prueba gráfica?

—Un vídeo o una foto. Lo que os dé la gana, pero lo que no voy a tolerar son faltas de respeto.

—Eso es chantaje —insistí, indignada.

—Si os comportáis como niños, tendré que trataros como tal.

Resoplé, todavía más enfadada e indignada que antes. De entre todas las personas que había en la clase, ¿en serio tenía que pasar la tarde estudiando con Viktor Aulin?

Cogí un papel en blanco de la mesa del profesor y garabateé mi dirección con rabia antes de girarme hacia Viktor. ¿Qué iban a pensar los demás si me sentaba el resto del curso a su lado?

—A las cuatro y media —dije—. Y ni una palabra de esto a nadie.

Contuve las ganas de tirarle el papel a la cara y, en su lugar, lo dejé encima del escritorio.

Sin detenerme a comprobar si lo había cogido o no, me colgué la mochila de los hombros y salí de allí.

De camino a la siguiente clase, resoplé, frustrada, convenciéndome a mí misma de que sería una única tarde y de que nada tenía por qué arruinarse. Nada tenía que cambiar. Solo una foto y luego podría olvidarme del tema.

Pero qué equivocada estaba.

Capítulo 2



«Un mes. Un mes y estaré fuera de aquí».

Me miré en el espejo del baño, intentando convencerme a mí mismo de esas palabras. Quedaba poco más de un mes para que terminasen los exámenes y pronto estaría en la universidad. No es que tuviese claro que aquello fuese a ir mucho mejor, pero al menos sabía que no podría ir a peor.

Detrás de mí sonó una cisterna y en el reflejo del cristal vi cómo se abría la puerta de una de las cabinas del baño. De ella salió Tom, ataviado con unos pantalones azul oscuro y una camisa blanca que hacía resaltar el marrón de su piel y de sus rizos castaños. Aunque yo iba vestido igual que él, el único efecto que esa camisa tenía en mí era el de contribuir a mi característico tono de *sueco paliducho.*

Mi mejor amigo pasó junto a mí y se situó a mi lado, frente al lavabo.

—Estás raro —dijo, sin mirarme, y apretó el botón del dispensador de jabón, ya casi vacío.

—No estoy raro.

—Lo estás. —Abrió el grifo para enjuagarse las manos—. Puedes no contarme por qué, pero no lo niegues.

—Estoy bien, solo tengo hambre. Venga, que Natalie nos está esperando.

Tom asintió y se secó las manos en el pantalón del uniforme. Luego, bajamos las escaleras que llevaban a la planta baja y salimos por la puerta trasera. Atravesamos el patio hasta llegar al campo de fútbol y nos metimos bajo las gradas. Allí nos esperaba Natalie, sentada en el suelo con la espalda apoyada contra uno de los pilares de metal y su melenita color caoba acariciándole los hombros. Entre las manos tenía un sándwich vegetal, ya por la mitad.

—Sois unos lentos, he tenido que comer sola —protestó Natalie, tapándose la boca llena con la mano.

Nos sentamos junto a ella antes de desenvolver nuestros almuerzos. Casi todo el mundo comía en la cafetería, pero a nosotros nos gustaba más estar allí, tranquilos y lejos del bullicio.

—Sí, bueno —dije—. Al parecer, alguien necesita tema de conversación para cagar.

—Sabes que no puedo hacer caca fuera de casa —se quejó Tom—. Y menos si hay alguien más en el baño.

—Me has *obligado* a estar en el baño contigo, y no veo que te haya costado.

—Sí, para que vigilases que no entraba nadie.

—Yo estaba dentro.

—Tú no cuentas, eres mi mejor amigo.

—¿Podemos parar de hablar de caca? Estoy comiendo.

—Eras tú la que se quejaba hace un momento por comer sola —le recordó Tom, divertido.

—Y ya me he arrepentido de haberlo hecho.

Tom y yo desenvolvimos nuestros almuerzos y empezamos a comer. Acolchadas por las gradas, nos llegaban, desde lejos, las voces de los miembros del equipo de fútbol, que en ocasiones utilizaban parte de la hora de la comida para practicar jugadas o hacer reuniones cortas. Además de nosotros tres, tan solo había un grupo de chicas allí abajo, sentadas en círculo a unos metros de donde estábamos.

—Por cierto, el examen de mates me ha salido genial —comentó Natalie, ilusionada.

—A mí no tanto —suspiró Tom—. Nunca entenderé las matrices. Son lo peor.

—No son tan complicadas, lo que pasa es que hay que estar atento y te entretienes con las moscas. Pero un buen puñado de las preguntas no eran de matrices, todavía puedes aprobar.

—Eso espero, porque si no, voy a necesitar un milagro en el examen final.

—A lo mejor estudiar un poco te resulta más útil que rezar. Pues yo creo que voy a sacar buena nota. —Apoyó la cabeza en mi hombro y el olor afrutado de su champú me llegó a la nariz—. Si no fuese por lo mucho que nos ayudas, no sé qué sería de nosotros, Viktor.

Le sonreí. La verdad es que era yo quien estaría perdido sin ellos.

—¿Estás bien, Vik? —preguntó Natalie—. Estás muy callado.

—Sabes que *soy* callado.

—Sí, bueno, pero no tanto. ¿Ha pasado algo?

—No, nada. —Sonreí para tranquilizarla—. Es que esta tarde tengo que ir a estudiar a casa de la novia de William.

—¿Caroline Hudson? ¿Por qué?

—El señor Jefferson nos ha obligado. Quiere que la ayude a aprobar Química, pero al mismo tiempo ella no quiere. O algo así.

—¿Ves como te pasaba algo? —Tom me señaló con un dedo acusador—. Lo sabía, no puedes engañarme. Y buena suerte, tío, porque sería más fácil enseñarle Química a un mono que a esa Barbie hueca.

—Seguro que no es tan difícil como ayudarte a ti con Matemáticas —bromeé.

Él, que ya había terminado su almuerzo, sacó una manzana de la mochila, la frotó contra la camisa del uniforme e hizo una pausa antes de responder.

—No quería ser yo quien te lo dijera —comentó, muy digno—, pero es porque eres muy mal profesor.

—Será eso, porque tú eres un alumno brillante.

Tom asintió. Al hacerlo, sus rizos castaños rebotaron acompañando al movimiento de su cabeza.

—No lo escuches, Vik —intervino Natalie—. Estoy segura de que irá bien. De hecho, puede que sea una oportunidad.

—¿Una oportunidad?

—Sí, claro. Es la novia de William. En cuanto se dé cuenta de lo simpático que es su cuñado, estoy segura de que…

—No soy «su cuñado» —la interrumpí—. William y yo no somos familia.

Al menos, no técnicamente. Su padre y mi madre se habían casado cuando ambos éramos pequeños, pero hacía años que William no me consideraba nada suyo.

—Lo que sea —continuó Nat, quitándole importancia—. Lo que quiero decir es que, cuando vea lo buena persona que eres, seguro que quiere hacer de intermediaria y arreglar las cosas entre vosotros.

—No creo que eso pueda arreglarlo nadie. Ni siquiera ella.

—Bueno, eso no lo sabes.

Me encogí de hombros. En realidad, sí que lo sabía; mi relación con William estaba demasiado rota como para tener solución.

—¿Queréis hacer algo este sábado? —pregunté, por cambiar de tema—. Podríamos ir al cine.

—Qué va, tío, no puedo. He quedado con unos de clase para echar unas canastas —dijo Tom antes de dar un bocado a su manzana.

—Y yo voy a ir a merendar a casa de mi abuela.

—¿Y el domingo?

Intercambiaron una mirada que me dolió no saber interpretar y se volvieron hacia mí.

—Hemos quedado —explicó Natalie. Su tono era de disculpa—. En plan novio-novia, ya sabes.

Se me escapó un «oh» decepcionado, pero recuperé la compostura

y sonreí para disimularlo.

Aunque llevábamos años los tres juntos, hacía un par de meses que Natalie y Tom habían comenzado a salir. Y a pesar de que sabía que eso no tenía por qué cambiar nada, sí que hacía tiempo que me sentía un poco apartado. A veces, no podía evitar pensar en lo inevitable que era que terminaran por sacarme de sus vidas.

Y entonces me quedaría solo por completo.

—Está bien, aprovecharé para estudiar, supongo. Voy un poco atrasado con el trabajo de Historia.

—La semana que viene buscamos algún plan que hacer los tres, ¿vale? —prometió Tom.

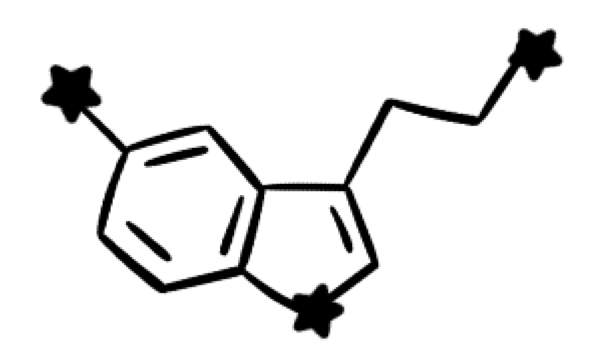
Asentí con la cabeza, comprensivo.

Mi amigo lanzó los restos de su manzana a una papelera que se encontraba a un par de metros. Falló: el corazón rebotó en el borde de la basura y cayó peligrosamente cerca de una de las chicas que estaban allí sentadas. Ella gritó, sobresaltada, y todas sus amigas se giraron en nuestra dirección con miradas asesinas.

—Buena puntería —bromeé—. ¿No quieres entrar al club de baloncesto? Creo que quedan plazas libres para el curso que viene.

Natalie dejó escapar una sonora carcajada.

—Callaos —protestó él, y la oscura piel de sus mejillas escondió la vergüenza que yo sabía que debía sentir mientras se levantaba a recoger el corazón de la manzana y a disculparse con las chicas.



A las cuatro menos diez, salí del instituto y me encaminé a casa con paso ligero. Por el camino, saqué del bolsillo el papel que me había dado Caroline Hudson horas antes.

La letra, puntiaguda y con una ligera inclinación a la derecha, recordaba más a una amenaza que al nombre de una calle. Saqué el móvil e introduje la dirección en Google Maps para estar seguro de que no me estaba mandando a propósito a una tienda de ropa o a una de animales.

Paré en casa para cambiarme de ropa y ponerme una sudadera

gris y unos vaqueros mucho más cómodos que los pantalones del uniforme. Bajé por las escaleras las tres plantas que me separaban del portal y, justo cuando abrí la verja para salir, me crucé con mi madre, que debía de estar volviendo del trabajo.

—*Hej, Viktor* —me saludó, con una radiante sonrisa y las llaves del coche todavía en la mano—. ¿A dónde vas?

—A la biblioteca —mentí—, mañana tengo examen.

—Si esperas veinte minutos, te puedo llevar en coche.

—No, no. Tengo prisa, pero gracias.

Le sonreí y me marché antes de que insistiese.

—No vuelvas tarde, que hoy tenemos cena familiar —la escuché decir cuando me alejaba.

—Como siempre —contesté, despidiéndome con la mano.

La casa de Caroline Hudson estaba en las afueras, así que fui a Silver Park para coger allí el autobús. Atravesé el camino de tierra que cruzaba el parque y llegué justo cuando el bus estaba a punto de irse.

Al subir, me dejé caer en un asiento vacío. Me puse los auriculares en cuanto el vehículo arrancó y dejamos atrás Silver Park con *Prey*, de The Neighbourhood, sonando en mis oídos.

Quince minutos y seis paradas más tarde salimos del centro de la ciudad y llegamos a una zona residencial llena de viviendas suburbanas de dos plantas. Caminé hasta la número trece y encontré frente a mí una bonita casa color crema con un pequeño jardín delantero. Se parecía mucho al lugar donde vivíamos en Suecia. ¿Se acordaría William también de eso cada vez que iba a visitarla o a recogerla?

Una vez más, comprobé que era el número adecuado e, incluso entonces, dudé de si sería o no la dirección correcta. De todas formas, llamé al timbre. Sin poder imaginar lo mucho que cambiaría mi vida a partir de entonces.

Capítulo 3



Había esperado que Viktor no viniese, que se le olvidase o no se atreviese a aparecer aquella tarde. No quería sentarme con él durante el resto del curso, pero si la culpa era suya por no presentarse, el señor Jefferson no podría pagarlo también conmigo.

Sin embargo, justo a las cuatro y media sonó el timbre de casa.

Abajo, la puerta de la entrada se abrió. Me asomé a la escalera justo a tiempo de ver a un chico con el pelo rubio ceniza, muy flacucho y con unas gafas de pasta demasiado grandes en el recibidor, saludando a mi padre.

—Pues encantado de conocerte, Viktor. Puedes subir, Carol está… —Levantó la cabeza en mi dirección y entonces me vio—. Ahí arriba.

Con un movimiento de cabeza, le indiqué que subiese, di media vuelta sin comprobar si venía o no detrás de mí y, sobre todo, ignoré el «¡Dejad la puerta abierta!» que mi padre exclamó en tono jocoso desde la planta de abajo. Me detuve junto a la entrada de mi habitación.

—Entra y no toques nada —advertí, y fui al cuarto de invitados a coger otra silla.

Al volver, Viktor estaba de pie junto al escritorio, con las manos pegadas al cuerpo. Dejé una silla al lado de la otra y me senté en la que sabía que era la más cómoda de las dos.

Él me imitó, cohibido, y sacó de su mochila el libro de Química.

—No hace falta —le dije—. Puedo preparar sola el examen. Con hacer la foto es suficiente.

Se encogió de hombros.

—Si queremos demostrar que hemos estudiado juntos, creo que al menos debería salir el libro abierto.

—Sí, supongo.

Saqué también el libro y lo abrí por la misma página que él.

—Hago yo la foto. —Desbloqueé la pantalla del móvil.

Activé la cámara interna y estiré el brazo para enfocarnos a ambos. La pantalla me devolvió el reflejo de una chica rubia de pelo rizado y ojos azules. Viktor, a mi lado, movió el libro para que entrase en el encuadre antes de mirar a la cámara. De fondo, se veían las paredes pintadas de rosa palo de mi habitación y el armario lleno de fotos con William y mis amigas.

No quería tener el careto de Viktor Aulin en la galería de mi móvil, pero así al menos podría asegurarme de que la foto desaparecería tan pronto como el señor Jefferson la viera; no pensaba dejar pruebas de aquella tarde.

—Carol —dijo Viktor, tenso—, cuando quieras.

Parpadeé varias veces al darme cuenta de que me había distraído.

Sonreí e hice la foto, sin tan siquiera molestarme en comprobar que hubiese salido bien.

—Entonces me voy ya, ¿no?

—Le he dicho a mis padres que venía alguien a estudiar, así que tendrás que quedarte un rato —admití con fastidio, arrepentida de no haber inventado alguna excusa que no implicase que se quedara allí, como que venía a recoger un *pendrive* o unos apuntes.

Pero como decía siempre mi padre, para mentir hacía falta tener buena memoria, y yo era muy despistada.

—Ya que estoy aquí te puedo explicar algo de lo que no entiendas, si quieres.

—No, no hace falta. Voy bien.

—¿Segura?

—Segurísima. —Cogí mi libro y lo lancé sobre la cama—. Con media hora o así bastará.

Viktor asintió y sacó una libreta morada antes de empezar a hacer un ejercicio del libro.

Aunque en el escritorio había espacio suficiente como para que ambos estudiásemos, el mullido edredón, blanco con florecillas rosas, se hundió cuando me senté sobre él. Leí las partes teóricas porque no quería que me viera comenzar un problema y fallar de manera estrepitosa. Dejaría esa parte para cuando él se largara.

Estuvimos así un rato, rodeados de un silencio cada vez más incómodo en el que no fui capaz de concentrarme lo más mínimo. No tardé en frustrarme, pero entonces Viktor se dio la vuelta y supe que le pasaba lo mismo.

—¿Quieres que te explique el ejercicio que has intentado en la pizarra? El señor Jefferson ha mencionado que quizás caiga mañana en el examen.

—Bueno —accedí, porque prefería cualquier cosa a ese silencio incómodo en el que nos habíamos sumido.

Como su silla tenía ruedecitas, se desplazó hasta donde yo estaba sin levantarse y se situó frente a mí, con la libreta sobre las piernas.

—Vale, lo primero es entender qué datos son los que te da el enunciado y qué es lo que te piden que hagas.

Empezó con el ejercicio. Aunque apenas había hablado antes con él, noté cómo se relajó al entrar en un terreno que le era familiar. Cogió un bolígrafo con la mano izquierda y comenzó a hacer dibujitos en el cuaderno que tenía en el regazo y a hablar de forma clara y con palabras simples. ¿Es que se pensaba que era tonta?

Tenía una mancha de tinta en el lateral de la mano izquierda. «De coger apuntes en clase», supuse. Además, sujetaba el bolígrafo un poco mal, como con mucha fuerza, así que no era de extrañar que se la hubiese ensuciado.

Cuando vine a darme cuenta, Viktor me estaba mirando fijamente con esos dos grandes ojos verdes.

—¿Qué miras?

—Te preguntaba si lo has entendido.

Sentí un repentino calor en la cara: había vuelto a desconectar. Mierda. Otra vez que no me enteraba de nada.

Resoplé, tratando de contener la frustración. No tendría que haber accedido a que me explicara el problema.

—Mira, déjalo.

—¿He ido muy rápido?

—No, lo he entendido —mentí—. Y ya ha pasado suficiente tiempo, puedes irte.

Viktor se sorprendió. Dirigió de nuevo la vista al papel, lleno de fórmulas, números, compuestos y dibujitos que no tenía claro en qué momento había escrito, y volvió a mirarme.

—¿He dicho algo malo?

—¿Y yo que sé? ¿De verdad crees que te estaba escuchando?

Frunció el ceño, molesto.

—Oye, que esto es para ayudarte a ti. Yo lo único que estoy haciendo es perder el tiempo.

—Pero es que no quiero tu ayuda. Puedo aprobar el examen sola y, de hecho, preferiría suspender antes que escucharte hablar con esos aires de prepotencia durante un minuto más.

—¿Prepotencia? ¿De qué hablas? —preguntó, como si hubiese dicho una tontería, lo cual me enfadó más—. Mira, no te preocupes, tampoco tengo ganas de seguir soportándote. Ya entiendo por qué estás con William, si es que sois tal para cual.

Guardó el libro y la libreta en la mochila y se puso de pie.

—Ah, ¿te parezco insoportable? ¿Yo? —Me interpuse en su

camino a la salida—. Pues tiene gracia, porque no soy yo la que se sienta sola en clase ni la que no tiene amigos. Por algo será, ¿no?

—Sí que tengo amigos —murmuró.

—Pues lo serán porque les das pena, porque por otra cosa…

Se quedó callado, como si lo hubiese abofeteado. Aun así, me sostuvo la mirada más tiempo del que le habría creído capaz, pero al final la apartó.

—Chicos, os traigo galletas y…

Me giré para encontrarme con mi madre, quien, algo extrañada, se detuvo en la puerta de la habitación. Ya se había cambiado el uniforme blanco de su turno en el hospital por ropa cómoda para estar por casa, y llevaba la mata de pelo rizada recogida en una coleta alta. Sobre las manos, cargaba con una bandeja en la que descansaban un plato de magdalenas, galletas y dos tazas de té.

—¿Ocurre algo? —preguntó. No respondimos, así que siguió hablando—: Os he traído algo para que os toméis un descanso.

—Se lo agradezco mucho. —Viktor esbozó una débil sonrisa—. Pero tengo un poco de prisa, lo siento.

—Qué pena —respondió ella, con ese instinto que tienen las madres para saber que algo no está bien—. Bueno, pues para la próxima.

Viktor salió de la habitación y escuché sus pasos rápidos bajar la escalera. La puerta principal se abrió y se cerró, y mi madre se quedó allí, con cara de curiosidad y la bandeja aún entre las manos, a la espera de una explicación.

Le cogí un par de galletas y me encogí de hombros.

Tal vez sí que me había pasado un poco.

Capítulo 4



Salí de casa de Carol con la boca seca y un nudo en el estómago.

Una vez fuera, dejé que la brisa de aire fresco me calmase mientras caminaba hacia la parada de autobús. Luego, cambié de opinión y decidí volver a casa a pie. En los días buenos no tenía ningún problema con los autobuses; en los malos, era incapaz de subir a una caja de metal en la que me pudiese faltar el oxígeno.

Antes no estaba siendo un mal día, pero ahora sí.

Vaya idea de mierda había tenido el señor Jefferson.

Al menos nos habíamos hecho esa estúpida foto, lo que significaba que no tendría que pasar más tiempo con Caroline Hudson. Qué tonto había sido al pensar que Natalie podía llevar razón y que, tal vez, aquello podría ser una oportunidad de que las cosas mejorasen.

Distraído, le di una patada a una piedra del camino. «Imbécil, en tu vida las cosas nunca mejoran», pensé.

Tardé un rato en llegar al centro de Hawthorn, y para cuando pasé por Silver Park, ya estaba, al menos, más tranquilo. Caminé por el sendero de tierra y me dejé caer sobre un banco. El frío del hierro traspasó la tela de mis pantalones, pero no me importó.

Silver Park era un parque muy popular en la ciudad, por lo que siempre estaba lleno de vida y, al mismo tiempo, podía ser el lugar más privado del mundo si sabías buscar el sitio adecuado escondido entre la arboleda. Y es que si prestabas atención al silbido del viento entre las hojas, a los rayos de luz que se colaban entre las copas de los árboles y se reflejaban en el lago, parecía que estabas muy muy lejos de aquella asfixiante ciudad de la que estaba deseando salir.

Era mi lugar favorito del mundo entero, el sitio donde podía

relajarme y dejar la mente en blanco aunque fuese por un momento. Mi refugio.

Llevaba apenas unos minutos mirando el lago cuando mi móvil empezó a vibrar dentro del bolsillo de la mochila. Era Tom.

—¡Viktor! —exclamó la voz aguda de Natalie en cuanto contesté—. ¿Cómo ha ido?

—Está loca —afirmé con rotundidad—. Le estaba explicando un problema y se ha enfadado de la nada.

—¿Te has ido ya? —preguntó Tom; tenían puesto el altavoz.

—Sí, hace un rato. ¿Qué hacéis vosotros?

—Estudiamos —explicó ella y, por la risita que sonó de fondo, supe que lo de estudiar era una verdad a medias—. Tenemos examen de Latín.

La voz de Carol asegurando que mis amigos lo eran solo por pena resonó en mi cabeza con fuerza, pero traté de apartar el pensamiento lo antes posible.

Eran mis amigos porque les importaba y me querían. No por pena.

¿Verdad?

—Pues mucho ánimo —les dije—. ¿Llamabais por algo?

—Queríamos saber cómo te había ido —explicó Tom—. Y preguntarte de dónde era el zumo ese que tomamos el otro día en tu casa. El de uva y piña.

—Del Tesco. ¿Por qué?

—Porque nos gustó mucho, y como Nat se queda hoy a dormir, queremos comprar.

—No vayáis muy tarde, porque suele acabarse.

—Vale, iremos ahora a buscarlo. Gracias, tío. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana. Pasadlo bien.

Colgaron y me levanté del banco. La temperatura había descendido unos grados, así que apreté el paso para llegar pronto a casa.

Minutos más tarde, saqué las llaves y abrí la puerta del portal. Subí las escaleras y, al entrar en el apartamento, me recibió el familiar murmullo del canal de deportes y un agradable olor a comida.

En el salón, encontré a mi madre sentada en el sofá de color marrón claro, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su marido, que le acariciaba los mechones anaranjados mientras veían la televisión.

—Qué tarde llegas —dijo Niklas a modo de saludo, posando en mí sus ojos azules.

—Estaba en la biblioteca y no me he dado cuenta de la hora.

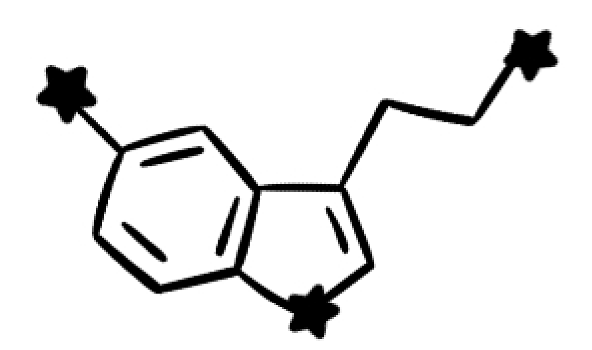
—Está bien, ve a ducharte. —Mi madre sonrió—. La cena ya está en el horno.

Asentí con una breve cabezada y fui hacia el pasillo. Mi habitación era la última a la derecha, y antes de pasar junto a la puerta del cuarto de baño, esta se abrió, dejando escapar una nube de vaho. William salió solo con la toalla anudada a la cintura. Apenas me dedicó una breve mirada de indiferencia.

—No sé si queda agua caliente —me avisó, justo antes de encerrarse en su dormitorio.

Con un suspiro, fui hasta mi habitación y solté la mochila sobre la cama. Allí saludé a mi perrito, Ollie, un pequeño *beagle* blanco y marrón con manchitas negras al que le gustaba dormir encima de mi cama cuando yo no estaba. Preparé el pijama y entré al baño para comprobar que, efectivamente, William había gastado casi toda el agua caliente.

Pero, al menos, el día ya había terminado, lo cual significaba que era uno menos para estar lejos de aquel instituto, de aquella casa y, sobre todo, de William y los estúpidos de sus amigos.



Un rato más tarde, estaba sentado en la mesa rectangular del comedor, al lado de mi madre y frente a Niklas y William.

—La carne te ha quedado buenísima, amor —dijo Niklas tras limpiarse la boca con una servilleta.

—Gracias. —Esbozó una amplia sonrisa y luego miró a William—. Will, por cierto, ¿a qué hora es el partido del domingo?

—A las diez —respondió él—, como siempre.

—Joanna y yo hemos hablado —intervino Niklas—. Ya que este domingo no trabajamos, hemos pensado que podríamos ir a verte jugar y luego comer los cuatro juntos por ahí.

En cuanto vi que el plan me incluía, saqué la excusa desgastada de siempre:

—Tengo un examen el lunes, voy a tener que estudiar.

No tenía ningún examen el lunes, pero no hacía falta que lo supieran.

—¿Ves, Joanna? —Abrió los brazos con tono de queja—. Te dije

que no querría venir.

—Viktor, nunca hacemos nada en familia. Si quieres, te recojo después del partido, así puedes estudiar por la mañana.

La desilusión en su voz me hizo sentir culpable y estuve a punto de ceder, pero William se adelantó:

—He quedado con Carol para comer, así que mejor otro día.

—¿Con tu novia? Invítala, así la conocemos. Ya lleváis casi un año juntos y todavía no nos la has presentado. Ya va siendo hora, ¿no crees, Will?

Sentí la ansiedad treparme por el estómago al pensar en lo ocurrido horas antes en su casa. Si se me ocurría algo más incómodo que una comida familiar, era una comida familiar con Caroline Hudson en el asiento de al lado.

—Otro día. El domingo tenemos una cita, y ya hemos reservado en el restaurante.

Mi madre puso tal cara de decepción que tuve que apartar la vista. Siempre intentaba que hiciésemos planes juntos, aunque las pocas veces que lo conseguía, acabábamos a gritos. Ella quería que fuésemos una familia feliz y normal, a pesar de que los demás teníamos asumido, desde hacía tiempo, que nunca lo seríamos.

Lo fuimos, alguna vez, pero nada volvería a ser como antes.

—Bueno, pues como quieras —suspiró mi madre.

Niklas meneó la cabeza con desaprobación, sin decir nada más.

Evitar los eventos familiares era el único motivo por el que William y yo llegábamos a aliarnos alguna vez.

—Por cierto —dijo William—, ¿puede venir mañana Jake a cenar y quedarse a dormir? Va a ayudarme a hacer un trabajo.

—Por supuesto —respondió mi madre, y su cara de decepción quedó reemplazada por una de alegría—, hace tiempo que no viene por aquí. Está ya en la universidad, ¿no?

—Sí, estudia Historia, por eso le he pedido ayuda.

—Estupendo. Niklas, podrías preparar mañana tus albóndigas, a Jake le encantan.

—Claro, sin problema —sonrió él.

Mi madre siguió comiendo, ahora más animada. De todos los amigos de William, Jake era el que mejor le caía. Siempre que venía a casa, luego se pasaba, como poco, un día entero hablando de lo listo, lo guapo y lo buen chico que era.

A pesar de que solía mostrarme escéptico con respecto a la integridad de cualquier persona que se llevase bien con mi hermanastro, en ese caso tenía que darle la razón a mi madre.

Terminamos de cenar. Era mi turno de recoger la mesa, así que metí los platos en el lavavajillas y entré en mi cuarto dispuesto a repasar Química, ya que no había podido estudiar nada en toda la

tarde.

Me senté en el escritorio y abrí el libro, pero al ver el enunciado del problema que Carol hizo en la pizarra aquella mañana, sus palabras volvieron a rondar mi cabeza.

¿Por qué había dicho esas cosas?

¿Y cómo de ciertas eran?

¿Y si llevaba razón y no era más que una carga para mis amigos?

Al fin y al cabo, era algo en lo que ya había pensado otras veces, así que quizás no fuese del todo mentira. Tal vez solo eran mis amigos porque no les quedaba otra, porque sabían que era un desastre y no sabían cómo alejarse de mí sin herir mis sentimientos.

Tal vez no era más que un estorbo.

Tal vez todo el mundo estaría mejor sin mí.

Las letras del libro de Química se emborronaron frente a mis ojos y me enjugué las lágrimas con el dorso de la mano. Odiaba las noches. Odiaba tener tiempo para pensar. Odiaba sentirme así de solo.

Escuché dos suaves golpes en la puerta de mi habitación.

—¿Sí? —pregunté. Me sequé por completo las lágrimas y me sorbí la nariz, en un intento de recobrar la compostura.

William abrió la puerta y se asomó a mi habitación.

—¿Me dejas tu…? —Al mirarme, se interrumpió a sí mismo y frunció el ceño, extrañado—. ¿Me dejas el cargador del móvil? El mío no funciona, no sé por qué.

—Sí, toma. —Me incliné para desenchufar el cargador de la pared, se lo tendí y él dio un paso hacia delante para cogerlo.

Hacía mucho tiempo que William no entraba en mi habitación. Años, probablemente. Siempre se quedaba en la puerta, como si el suelo de mi dormitorio le quemase los pies.

Como si le diese alergia estar cerca de mí.

William cogió el cargador.

—Luego te lo traigo, a ver si para entonces has dejado ya de lloriquear.

—No estoy lloriqueando.

—Ya, claro, lo que tú digas —se burló—. ¿Qué, te ha regañado tu mami y no te va a dar un besito antes de dormir?

Lo miré, herido. ¿Por qué siempre se comportaba así?

—Eres un imbécil —murmuré.

—¿Cómo dices?

Supe que si lo repetía, iba a ser mucho peor, así que, muy a mi pesar, no me atreví a hacerlo.

—¿Has venido porque te hacía falta el cargador o solo tenías ganas de molestar?

Fingió pensárselo un segundo antes de contestar:

—Las dos. —Esbozó una sonrisa forzada y me guiñó un ojo antes

de salir por la puerta.

En cuanto la cerró, suspiré. Siempre era igual, siempre tenía que venir a humillarme cuando tenía ganas de pelea, y siempre lo pagaba todo conmigo.

Me tumbé en la cama y miré al techo. Antes era distinto; William y yo solíamos ser mejores amigos. Más que eso: hermanos. Teníamos siete años cuando su padre y mi madre se casaron y se fueron a vivir juntos. Hasta los once fuimos inseparables, pero luego nos fuimos de Suecia para venir a Inglaterra y, en muchos sentidos, las cosas no volvieron a ser iguales.

Es lo que tiene huir de los problemas, que sin importar lo lejos que corras de ellos, siempre encuentran, de un modo u otro, la manera de perseguirte.

Capítulo 5



—El viernes que viene quiero hacer una fiesta —comentó Alison sentada en la cafetería, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y una sonrisa traviesa—. Mis padres van a estar fuera el finde, y como es mi cumpleaños, podríamos aprovechar para celebrarlo.

—Suena bien. —Debbie se inclinó hacia delante con interés—. ¿Vas a invitar a mucha gente?

Alison se llevó una mano a la barbilla, pensativa, para luego negar con la cabeza.

—No, no creo. A vosotras, los chicos de baloncesto y algunas personas más.

—Si quieres, voy temprano a tu casa y te ayudo con las preparaciones —me ofrecí.

—Yo también puedo ir, y esta semana te echamos una mano para organizar las cosas —intervino Debbie, ilusionada con la idea—. Tendremos que hacer listas con lo que necesitemos.

—Muchas gracias, chicas —dijo Alison, complacida—. Sois geniales.

—Para eso estamos, Ali. Más aún si es para una fiesta.

Ella me dedicó una cálida sonrisa contorneada con *gloss* rosa brillante. Alison Bates era prácticamente perfecta: con una personalidad arrolladora, cabello rubio rojizo siempre en su lugar, piel sin imperfecciones y, encima, buena en todo lo que se proponía —ya fueran deportes, estudios o relaciones sociales—.

Lo hacía todo con tanta naturalidad que no parecía suponerle el más mínimo esfuerzo.

Y yo no podía hacer más que admirarla, porque, al contrario que ella, sentía que me pasaba el día intentando encajar; ser la chica

popular que lo tenía todo bajo control.

—¿Vamos mañana al centro comercial a buscar ropa? ¡No tengo nada que ponerme!

—Alison, siempre dices eso. Un día tu armario va a explotar y vas a morir en una avalancha de ropa.

Alison se encogió de hombros.

—De algo hay que morirse, Debs.

—A mí también me vendría bien comprar algo. Podemos ir después de clase.

—¡Genial! —Sonreí—. Esta tarde voy con William al centro comercial, así que echaré un vistazo para mañana.

—¡Y podemos empezar la lista de invitados! —exclamó Debbie, porque le gustaba hacer listas para todo.

Las tres nos reímos y comenzamos a organizar y planear la fiesta. Alison, que no tenía demasiada paciencia, sacó un pedazo de papel de la mochila y empezó a preparar la lista de invitados.

De algún modo, según escribía nuestros nombres y los del equipo de baloncesto, se sumaron otros de personas que no podían faltar bajo ninguna circunstancia.

—Oliver, el hermano de Robert, tiene que venir.

—No sé, Alison, ¿estás segura? —preguntó Debbie—. Es más mayor, igual prefiere otro tipo de fiestas.

—¡Pero si es majísimo! Y superguapo. No es tan mayor, ¿qué tiene?, ¿veintiuno? Debería venir. Podemos invitar a alguno de sus amigos también.

—¿Qué tal a Kyle? —propuse.

—Claro, si va él seguro que también vendrá Oliver. Pero entonces tenemos que invitar a la novia de Kyle.

—Y también a Laura Wayne.

—¡Ay, y esas dos chicas de cuarto! No recuerdo cómo se llaman, pero son muy divertidas —recordó Debbie.

Alison asintió, convencida, pero luego hizo un mohín:

—¿Vamos a invitar a gente de primero y no a los de nuestra clase?

—También es verdad… —dijo Debbie—. Podríamos invitar a Maia.

Pronto, la lista se hizo tan larga que Alison tuvo que añadir una segunda columna al folio. Por suerte, mi amiga vivía en una casa de tres plantas con jardín y piscina en las afueras de Hawthorn, así que tenía sitio de sobra.

Y menos mal, porque siempre me agobiaba entre tanta gente y así tendría un lugar en el que respirar.

La hora del almuerzo terminó y las tres nos levantamos. Me encantaba pasar tiempo con ellas y lo muchísimo que nos reíamos

acerca de cualquier tontería. Era maravilloso cómo algo tan simple como planear una fiesta de cumpleaños podía ser tan divertido.

Caminamos por el pasillo hablando sin parar y subimos por las escaleras antes de separarnos, ya que solo Alison y yo íbamos juntas a clase de Francés.

—¿Crees que nos hemos pasado con la lista? —le pregunté una vez nos quedamos las dos a solas—. A veces nos dejamos llevar mucho con estas cosas, y sé que has dicho que querías una fiesta pequeña.

Alison soltó una sonora carcajada:

—Contaba con que duplicásemos el número de invitados en un momento, no te preocupes.

—Qué previsora —reí, y cruzamos juntas la puerta del aula.

—Oye, cambiando de tema… ¿Le has contado ya a William lo de Francia?

Le hice un gesto para que bajase el tono de voz; William ya estaba sentado en la última fila, hablando con Aaron.

—Se lo diré pronto —susurré—. Estoy buscando el momento adecuado.

—No deberías tardar mucho, a ver si se va a enterar por otro lado.

—Solo lo sabéis vosotras dos, ¿por qué otro lado iba a enterarse?

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé, lo sé, pero creo que deberías darte prisa.

—Chicas, estáis en la puerta —dijo con desgana la señora Harris, a quien interrumpíamos el paso.

—Perdón. —Nos apartamos.

La señora Harris entró en la clase y nosotras fuimos a nuestros sitios de siempre. Me puse junto a William y Alison se sentó justo delante, con Aaron.

—Hola, preciosa —me saludó William—. ¿Cómo ha ido la comida?

—Estamos organizando una fiesta en casa de Alison el viernes que viene, por su cumpleaños. —Sonreí—. Va a estar genial, luego te cuento más. ¿Qué tal la práctica? ¿Has podido comer algo?

El domingo, el equipo de baloncesto del instituto jugaría contra uno de los mejores de la división. Nos habían ganado en casi todos los partidos, y aquella era la última ocasión en la que se enfrentarían ese año. Para William era importante; estaba en el último curso y era la última vez que tendría la oportunidad de jugar contra ellos. Y pensaba hacer lo que hiciera falta para apoyarlo y demostrarle que estaba ahí para él.

—Sí, de camino a clase. Hemos repasado jugadas y hecho unos ajustes en la defensa. El sábado entrenaremos toda la mañana para prepararnos bien. Es el último partido, ya sabes. Hay que dar la talla.

—Siempre la das, eres el mejor.

Él sonrió y pareció que iba a responder, pero la señora Harris nos fulminó con la mirada para que nos callásemos. Cerró la boca y sacamos nuestros libros de Francés de la mochila.

William me guiñó un ojo y sentí calor en las mejillas. La clase continuó y fingí prestar atención mientras le daba vueltas a que, en menos de una hora, tenía el último parcial de Química antes del examen final.

Cuando Viktor se fue de casa el día anterior, estudié sin parar hasta la hora de la cena, sin demasiado éxito. ¿Por qué esa asignatura tenía que ser tan complicada?

A duras penas había logrado resolver un par de ejercicios para practicar, aunque con mucho esfuerzo y ayuda de los apuntes e Internet.

Aunque no era la alumna más brillante, sí era aplicada. Si hacía falta, pasaba horas delante del libro para comprender algo. El problema era que la mayor parte de esas horas no eran casi productivas por lo mucho que me distraía. Pero si algo me llevaba el doble de tiempo que a otros, lo único que debía hacer era dedicarle más rato.

Tenía un cerebro empeñado en desordenar cualquier información que le daba, y solo necesitaba encontrar la manera de que las cosas se quedasen en su sitio. No podía ser tan difícil.

Aun así, mis escasas esperanzas de aprobar se esfumaron por completo un rato más tarde, al ver el examen que el señor Jefferson me puso por delante. Incluso llegué a preguntarme si no habría estudiado el tema equivocado. No entendía nada.

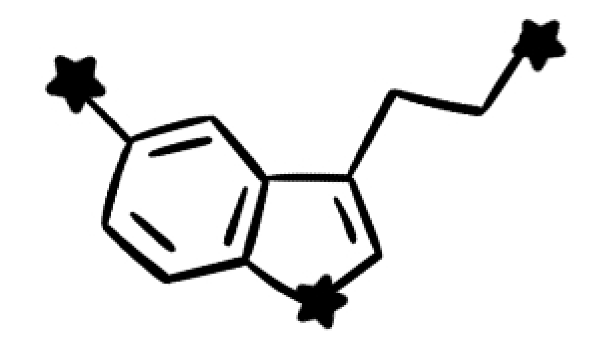
Empecé por las preguntas teóricas, que solían ser mi salvación, pero al leerlas, me di cuenta de que tampoco las tenía tan claras como creía. Y ya con los problemas sí que estaba perdida del todo.

Media hora tras el inicio del examen, caminé hasta la mesa del señor Jefferson para entregarle un folio lleno de garabatos y borrones. Él torció el gesto, decepcionado, y volví a mi sitio, enfadada conmigo misma.

Había estudiado un montón, ¿por qué no era capaz de comprender nada?

¿Por qué me costaba tanto?

Resoplé, frustrada, y me limité a mirar por la ventana durante el resto de la hora.



Al salir del instituto, William me esperaba en la entrada, apoyado contra la verja de la salida con el casco de la moto bajo el brazo y hablando con sus amigos.

—Hola, chicos —los saludé.

William me dio un beso en los labios antes de esbozar una preciosa sonrisa y girarse hacia sus amigos. A modo de despedida, chocaron los puños y se lanzaron unos insultos amistosos entre ellos antes de dirigirnos a la salida.

—¿Cómo está la chica más guapa de la ciudad?

Hice un puchero.

—Suspensa en Química.

William se rio del mohín que hice y me puso un dedo en el entrecejo, masajeándolo.

—Estás más guapa cuando sonríes; no pongas esa cara. Además, aún te queda el final, así que seguro que todo va bien.

Relajé el gesto, enternecida, y lo abracé.

—Vamos a por tu pantalón, venga —dije y, cogidos de la mano, salimos del instituto.

Fuera, William me pasó un casco y nos subimos a su moto, aparcada en la entrada.

Un rato más tarde estábamos en el centro comercial. Hablábamos sobre el partido del domingo y nuestra cita tras este: iríamos a esa pizzería nueva del centro que tantas ganas teníamos de probar.

—¿Sabes ya algo de lo de Toulouse? —quiso saber tras un rato, y entramos a una tienda con un ambientador de vainilla tan intenso que me revolvió el estómago.

—No, todavía no —mentí—. Supongo que pronto me dirán algo.

—No sé cómo haré para vestirme si te vas tan lejos de mí.

—Te las arreglarás solito —me reí, acercándome a un perchero lleno de ropa de temporada—. De todas formas, incluso aunque me acepten, todavía tengo que aprobar Química. Y no solo eso: tengo que sacar un notable.

«Incluso aunque me acepten». Ya estaba aceptada; hacía varias

semanas que había recibido el correo informativo de que había sido admitida en la Universidad de Toulouse. Solo tenía que sacar una nota decente en Química para, en unos meses, estar en un avión rumbo a Francia.

Estaba contenta y muy ilusionada. Llevaba un año con los trámites de la solicitud, incluso antes de empezar a salir con William. Él supo que era así desde el principio.

Entonces, ¿por qué no era capaz de decírselo?

—Aprobarás, estoy seguro —dijo con convicción, pero en sus ojos detecté un atisbo de tristeza—. Y si no, lo peor que puede pasar es que te quedes cerca de mí, que tampoco está tan mal.

—Tienes toda la razón —respondí, y le di un beso en los labios—. En esta tienda no hay nada, vamos a otra.

—Pero si no llevamos aquí ni dos minutos.

—Da igual, no vamos a encontrar nada.

Mis fosas nasales agradecieron el descanso en cuanto salí. No soportaba el olor a vainilla. Era asqueroso.

No tardamos en entrar en otra tienda con un ambientador mucho más sutil y agradable y empezamos a rebuscar entre las perchas.

—¿Qué te parecen estos? —pregunté, y cogí unos pantalones negros para enseñárselos.

—Me gustan. Voy al probador.

—Con esto. —Le tendí una camisa celeste a juego con sus ojos.

Sonrió, cogió la camisa y se dirigió al probador. Miré la ropa nueva de verano colgada junto a la entrada. Estaba a punto de probarme una blusa blanca con flores rosas y verdes, pero antes de entrar al vestuario, William salió.

—¿Qué tal estoy?

Enganchó los pulgares en los bolsillos y me guiñó un ojo, posando para mí.

Se había remangado la camisa hasta los codos, lo que le daba un toque muy casual y *sexy* a la vez. Le quedaba ajustada al cuerpo y le marcaba los bien definidos músculos de los brazos.

—Guapísimo —admití.

William sonrió y volvió a meterse en el probador para cambiarse.

Me puse las manos frías en las mejillas, incapaz de asimilar, incluso once meses más tarde, que ese chico fuese mi novio.

William me gustó desde que lo vi por primera vez en clase, el primer año de instituto, con esa manera tan suya de llevar siempre un poco desajustada la corbata del uniforme, el cabello revuelto y esa sonrisa de infarto capaz de cortarte la respiración. Era guapísimo y, además, él lo sabía.

Me probé la blusa con una falda vaquera. La parte de arriba me gustó mucho, pero la falda tenía una insoportable textura áspera, así

que no tardé ni medio minuto en quitármela. Volví a ponerme el uniforme y dejé la falda en su sitio, tocándola lo menos posible.

No tardamos en pagar y salir de la mano del centro comercial.

Como se había hecho un poco tarde, William me llevó a casa en moto. Todavía no conocía a sus padres, pero él sí que había conocido a los míos hacía unos meses. Entre otras cosas, les hablé de él porque en invierno era difícil vernos fuera si hacía mal tiempo. También porque no era capaz de llevar al día todas las excusas que tenía que poner para entrar y salir de casa, así que no habrían tardado en descubrirlo.

En la entrada, nos besamos y lo abracé.

—Nos vemos mañana.

—Por supuesto, hasta mañana.

William deshizo el abrazo y nuestros ojos se encontraron. Los suyos me miraban como si fuera la única persona en el mundo entero. O, al menos, la única a la que valiese la pena mirar.

—Te quiero —dijo, y el cariño que desprendía su voz me provocó una agradable calidez en el pecho.

—No más que yo a ti.

Me apretó la mano antes de soltarla y volver a ponerse el casco. Nos despedimos mientras arrancaba y lo vi alejarse, más enamorada incluso que antes.

Y aquello, aunque a simple vista no lo pareciese, se iba a convertir en un problema dentro de muy poco tiempo.

Capítulo 6



Entregué el examen un momento antes de que sonase el timbre.

Aunque el día anterior apenas pude estudiar, el examen me había salido bien y estaba contento con lo que había contestado. Miré a Carol de reojo, que se levantó de un salto con la mochila colgada a la espalda y salió a toda prisa hacia la puerta.

¿Cómo le habría ido a ella?

No parecía llevarlo bien, y estaba seguro de que le habría dado coraje ver en el papel el enunciado del ejercicio que traté de explicarle la tarde anterior. Si le había salido mal, se lo merecía.

Bajé las escaleras hasta la planta baja y volví a cruzarme con Carol, que le comentaba, al pie de la escalera, algo a su amiga Debbie sobre una fiesta.

Con la mirada, busqué a Tom y a Natalie y los vi al otro lado de la verja. No tardé en distinguir los rizos pelirrojos de Aaron, que hablaba con William y Robert apoyados junto a la puerta. Contrariado, aceleré el paso y traté de hacerme invisible. Aun así, recibí una palmada en el hombro al pasar.

—Hasta mañana, Vicky. —El tono burlón de Aaron hizo que me tensara y, al alzar la cabeza, encontré una chispa de diversión en sus ojos castaños—. Vente mañana con nosotros en el recreo, ¿no? Que seguro que nos lo pasamos genial juntos.

Los otros se rieron, y yo me limité a ignorarlo y seguir mi camino con los ojos clavados en el suelo.

En cuanto llegué con mis amigos, Tom hizo una mueca de desagrado hacia Aaron y luego me dedicó una mirada preocupada.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo de siempre. —Negué con la cabeza sin dejar de andar, y

ellos me siguieron—. Por esto siempre os pido que me esperéis dentro.

—Lo sé, tío, perdona. Pensábamos que ya estabas fuera.

—Da igual —dije, más cortante de lo que pretendía.

Ambos se miraron entre sí, algo sorprendidos por mi brusquedad, pero no añadieron nada. Durante los siguientes segundos de silencio, me obligué a respirar hondo. En parte, para dejar atrás la sensación de inquietud que me habían dejado las palabras de Aaron; por otro lado, porque ellos no tenían la culpa, y no habían hecho nada con mala intención.

—¿Cómo te ha ido el examen, Vik? —preguntó Natalie con voz dulce, cambiando de tema.

—Bien —respondí, suavizando el tono para dar a entender que no estaba enfadado con ellos—. ¿Y el vuestro qué tal?

—No era hoy. Es mañana, de Latín. Es un poco complicado, pero creo que lo llevamos bien.

—Pronto tendremos otro de mates, así que prepárate para que te bombardeemos a preguntas —se rio Tom.

—Cada día tengo más claro que solo me queréis para que os ayude en Matemáticas.

El comentario había sido tan solo una broma y, sin embargo, sentí un inesperado pinchazo en el pecho al hablar. ¿Por qué me habían hecho tanta mella las palabras de Carol?

—Claro que no —contestó él, con un destello de diversión en los ojos—. También es porque nos pasas tus apuntes antiguos y tienes buena letra.

—¡Tom! —lo regañó Natalie, y se detuvo en el cruce en el que nos separábamos todos los días—. No lo escuches, sabes que no es así. Por cierto, ¿qué vais a hacer esta tarde?

—Dormir —bostezó Tom—. Hoy he madrugado mucho.

—Te recuerdo que si hemos llegado tarde es porque te has quedado dormido.

—Pues imagínate si me hubiese levantado antes.

—Eres medio tonto —bromeó ella antes de darle un rápido beso en los labios. Al separarse de él, se giró hacia mí—. ¿Y tú?

—Integrales, creo.

—Pues yo voy a hacer videollamada con Annie. —Natalie dio un saltito ilusionada y sus dos trencitas le golpearon los hombros—. Esta semana casi no he hablado con ella, y tenemos que ponernos al día.

Annie era la mejor amiga de Nat. Se había marchado de Hawthorn Bay el verano pasado y, aunque venía de visita cada vez que podía, sabíamos lo mucho que Natalie la echaba de menos. Ya éramos muy amigos desde antes, pero, desde que se fue, se refugiaba más aún en nosotros. Sobre todo en Tom.

—Qué bien, pues dile hola de mi parte —le sonreí.

—Por supuesto —asintió, y me dio un fuerte abrazo a modo de despedida.

Luego, Natalie se alejó por la calle y nosotros seguimos nuestro camino. Una moto pasó a nuestro lado y el ruido del motor revolucionado flotó en el aire hasta perderse en la distancia.

Poco después, Tom me observó con interés y alzó ambas cejas antes de hablar:

—Ahora, cuéntame: ¿qué te ha dicho el imbécil de Aaron?

Dejé escapar un suspiro. Ya imaginaba que no iba a dejarlo pasar.

—Lo de siempre. Me ha llamado «Vicky» porque su cerebro misógino piensa que cambiarle el género a mi nombre es el mejor insulto que hay, y luego se han reído porque entre todos no juntan ni dos neuronas.

Tom torció el gesto y resopló.

—¿Te han dicho algo más?

—No, nada —mentí. A pesar de que no me había gustado nada eso que me había dicho sobre ir con ellos en el patio, no quería preocupar a mi amigo; la última vez que se peleó con Aaron por defenderme, acabó con un ojo morado.

No quería que se pelease con nadie, pero si lo había hecho era porque se preocupaba por mí de verdad. Porque era su amigo y le importaba. Al recordarlo, me sentí culpable por haber pensado, durante todo el día, en que no era así.

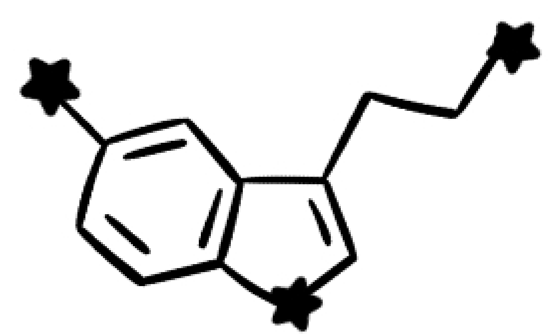
—¿Seguro?

—Sí, tranquilo. Bueno, nos vemos mañana. Que duermas mucho.

—Lo haré, no lo dudes. Diviértete tú con tus integrales.

—No creo que lo haga, pero gracias. —Me reí.

Cada uno fue por su lado, y respiré aliviado al comprobar que Caroline Hudson no tenía ni idea de lo que hablaba.



Pasé la tarde entretenido con unos ejercicios de integrales para la clase de Matemáticas. Era la recta final del curso y, si todo salía bien, pronto estaría lejos de allí, en la universidad y estudiando Química. Tal vez incluso conocería gente nueva y haría amigos. Aunque, a aquellas alturas, me contentaba con que me dejaran tranquilo y no ver

nunca más al imbécil de Aaron.

Estaba atascado en una integral cuando alguien abrió la puerta de mi habitación, sobresaltándome.

Desde la entrada, un chico de pelo castaño y unos bonitos ojos color miel me observaba con curiosidad.

—La habitación de William es la de enfrente —dije, quitándome los auriculares con torpeza.

Por supuesto, acababa de decir una tontería; Jake había estado en la casa más veces de las que podía contar. Sabía a la perfección cuál era cada habitación.

—Lo sé —respondió, con una sonrisa—. He quedado con él para ayudarlo con un trabajo; debe de estar al llegar. He llamado a la puerta, pero no contestabas.

—No te había escuchado, perdona. Tenía los auriculares puestos.

—¿Qué escuchabas? —preguntó, curioso.

Jake se arregló una manga de la camisa de un gris azulado que llevaba abierta sobre una camiseta y sentó sobre la colcha blanca de la cama, quedando frente a la silla de mi escritorio. Desde hacía años, tenía por costumbre pedirme un auricular siempre que me veía escuchar música, así que me adelanté y le pasé uno, dejándome el otro puesto. Por ellos, sonaban las primeras notas de una canción de Imagine Dragons.

—Me gusta —comentó al reconocerla.

—Y a mí, últimamente la escucho todo el día.

Sonrió ante mis palabras. Era una canción popular, así que no me extrañó que la conociera, pero sí que se me aceleró un poco el corazón al oírle tararear la letra por lo bajo.

Durante los más o menos tres minutos que duró la canción, me quedé embelesado por el tono grave pero dulce de su voz. Hacía tiempo que, cada vez que Jake me miraba, no podía evitar sentir cosas raras en el estómago. Natalie se había reído de mí al comentárselo por primera vez, antes de decir que así era como ella se sentía cuando Tom le sonreía.

La música terminó y él me devolvió el auricular.

—¿Necesitabas algo? —le pregunté—. Además de la recomendación musical, quiero decir.

—No, solo hablar un rato; tu madre es un encanto, pero un poco agobiante.

—¿A mí me lo vas a decir? —me reí.

Él se rio también y apoyó una mano sobre el colchón, acomodándose.

—¿Cómo te va en el instituto? ¿Te está costando el último curso?

—Estoy un poco preocupado por los exámenes finales, pero por lo demás, bien.

—No son para tanto, ya verás —dijo, y al sonreír, se le marcaron unos bonitos hoyuelos en ambos lados de la boca—. Eres muy inteligente, te saldrán bien.

—Gracias —respondí, cohibido ante el halago.

—¿Has pensado a qué universidad ir?

—Quiero ir a Oxford. Hice la entrevista y de momento tengo una plaza provisional, por eso me preocupan tanto los finales, porque necesito sacar muy buena nota.

Jake alzó las cejas, sorprendido.

—Ah, así que el año que viene te veré por el campus.

—¿Cómo? ¿Vas a Oxford?

—Sí, estudio Historia allí. Pensaba que lo sabías. —Sonrío—. ¿No te lo ha dicho William?

—No, no tenía ni idea.

«Tampoco es que William me cuente nunca nada», quise añadir, pero decidí quedarme callado.

Querer estar lejos de William y que uno de sus más íntimos amigos rondase por el mismo campus que yo no parecía compatible. Y a la vez, que de entre todas las personas que conocía fuese justo Jake quien estuviese allí me resultaba casi un golpe de suerte.

—Por cierto, Viktor, en realidad no he entrado solo para hablar. O sea, sí, es para hablar. Pero es sobre algo en concreto.

Me sorprendió la nota de nerviosismo que se coló en su voz.

—¿Sobre qué?

—Es sobre estos últimos años —empezó a decir, enderezándose más—. En el instituto no lo veía, o tal vez no quería verlo, pero ahora… Vaya, que te debo una disculpa.

—¿A mí?

—Sí, yo… No me porté muy bien contigo, ¿verdad? —Soltó una risita nerviosa, bajó la vista un momento y luego pareció obligarse a sí mismo a subirla de nuevo. Los ojos se le llenaron de inseguridad—. Desde que me fui a la uni, he tenido mucho tiempo para pensar. He hecho amigos que son geniales, pero, al principio, al estar tan lejos de mi familia y de todo lo que conocía…, me sentí un poco apartado. Un poco solo. Y eso me llevó a pensar en ti, y en que supongo que debes de sentirte más o menos así.

—Me gusta estar a solas.

Se puso más serio aún.

—Estar y sentirse solo no es lo mismo. En realidad, ni siquiera se parecen.

Aparté la mirada. No me importaba no tener más de dos amigos ni pasar los fines de semana metido en mi habitación; el problema era que a menudo me sentía solo incluso cuando estaba con otras personas. Y, a veces, esa soledad me golpeaba con una fuerza tan

abrumadora como insoportable. ¿Jake también se sentía así a veces?

—Ya, supongo que no. Pero prefiero cualquiera de las dos a que me hagan la vida imposible en el instituto.

—Lo sé, por eso quería pedirte perdón —continuó él—; no estoy nada orgulloso de cómo era en el instituto. He intentado hablar con los chicos sobre esto alguna vez, pero no me han hecho mucho caso.

—Tú eres el único que me dejaba tranquilo —murmuré, porque era verdad, y luego sonreí para quitarle importancia al asunto—. Acerca de eso… ¿Sabes si van a hacer algo mañana?

—¿Algo como ir a jugar baloncesto?

Negué con la cabeza.

—Algo como *algo malo*, hacia mí.

—No que yo sepa, ¿por qué?

—Nada, es por algo que ha dicho Aaron. —Me encogí de hombros, recordando sus palabras a la salida—. Pero si no sabes nada, será una tontería.

Jake se pasó una mano por el pelo, pensativo.

—No sé nada, pero puedo intentar sacarle algo a William luego, si quieres.

—¿Por qué? —le pregunté con curiosidad—. William es tu mejor amigo.

—Que sea mi mejor amigo no quiere decir que vea bien todo lo que hace.

Le sonreí agradecido y él me devolvió la sonrisa, enmarcada por sus dos adorables hoyuelos.

—Ah, y otra cosa, Viktor… —empezó a decir, y se inclinó hacia delante—. Quería preguntarte si…

No llegó a terminar la frase. Desde el salón, la puerta principal se abrió y la voz de William resonó por el pasillo:

—¿Ha llegado ya Jake?

—Luego hablamos —dijo antes de levantarse. Me puso una mano en el hombro, me dio un breve apretón que duró un segundo de más y se marchó—. ¡William, tío! ¡Habíamos quedado hace media hora!

—Lo sé, lo sé. Perdona, estaba con Carol. ¿Qué hacías en el cuarto de este? —preguntó, extrañado.

De nuevo, no escuché la respuesta de Jake porque ambos se metieron en la habitación de enfrente y cerraron la puerta.

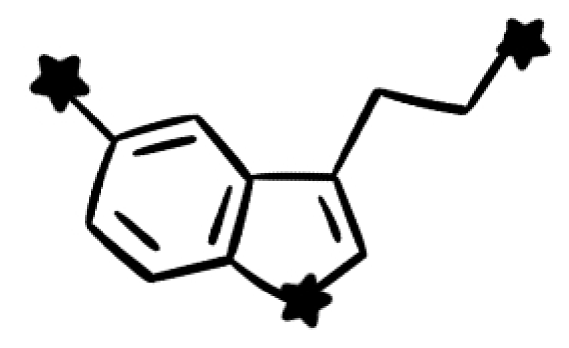
Suspiré y, resignado a quedarme con la curiosidad, me puse los auriculares otra vez y me volví hacia el escritorio para seguir con los ejercicios de integrales.

Me llevé la mano al hombro, allí donde Jake había puesto la suya. Sobre mi piel aún perduraba la extraña y cálida sensación que había dejado, igual que siempre que me tocaba.

La primera vez que Jacob Oldner me hizo sentir así tenía trece

años. Él empezaba a hacerse amigo de William y se quedó a pasar la noche. William ya estaba dormido y me acerqué a hablar con él porque ninguno de los dos podía dormir. Hablamos durante horas en el sofá de la terraza mientras, a lo lejos, las luces de la ciudad se apagaban una a una, y pronto pareció que éramos los únicos despiertos en todo Hawthorn Bay. Hablamos de la vida, de la suya y de la mía, y para cuando nos quedamos dormidos, tenía la impresión de que nos conocíamos desde siempre.

Pero el sol volvió a salir al día siguiente y de ese modo terminó nuestra breve relación. Los dos seguimos con nuestras vidas como si aquella conversación jamás hubiese tenido lugar. Dudaba incluso de que él lo recordase, a pesar de que, por mi parte, jamás había dejado de pensar en aquella noche.



Tal y como se acordó el día anterior, Niklas preparó sus famosas albóndigas y Jake se sentó a la mesa con nosotros. Era la primera vez que venía desde la nueva norma, implantada hacía unos meses por mi madre, de cenar todos juntos. En otros tiempos, ambos se habrían comido esas mismas albóndigas —pero recalentadas del medio día— encerrados en el cuarto de William.

—¿Cómo te va en la universidad, Jake? —le preguntó mi madre, ilusionada.

—Muy bien. Estoy muy contento con la carrera.

—Estupendo, no sabes cuánto me alegro —sonrió ella—. Pero espero que no hayas venido desde allí nada más que por ayudar a Will con su trabajo.

—No, no. Mañana no tengo clase; he venido para pasar el finde en casa. Una de mis hermanas está un poco complicada, así que he venido a echar una mano.

—¿Y qué tal llevas vivir solo? ¿No echas de menos a tus padres?

—Vaya pregunta —protestó William por lo bajo, poniendo los ojos en blanco.

A Jake, sin embargo, pareció hacerle gracia.

—Sobre todo la comida. —Se rio—. Pero sí, claro, y a mis hermanas.

Ella asintió, satisfecha con la respuesta.

—Siempre les digo a estos dos que se van a echar mucho de menos el uno al otro cuando vayan a la universidad. Deberían aprovechar ahora para hacer cosas juntos, pero nada, que no hay manera.

William y yo resoplamos a la vez, en una perfecta sincronía que no creía que volviese a repetirse nunca.

Niklas, en cambio, soltó una carcajada antes de hablar:

—Así están todo el día. A veces desearía que nunca hubiesen crecido; de pequeños se llevaban tan bien…

—Desde luego —le dio la razón mi madre, nostálgica—. Eran inseparables, Jake. No sabes lo mucho que lloró Viktor el primer día de clase aquí en Inglaterra, porque los pusieron en aulas distintas.

—Fue porque no sabía inglés y no entendía nada —expliqué.

Jake me dedicó una sonrisilla pícara y fingí no haberlo visto.

—¿Sabes qué estaría genial, Jake? —preguntó mi madre, y su mirada se iluminó, anunciando una idea que tuve claro que sería horrible—. Que hicieseis algo los tres juntos. Con nosotros no quieren venir a ningún lado, pero es normal por la edad. ¿Qué os parece?

—Ojalá dejaseis de hablar como si no estuviéramos aquí —dijo William, y luego me miró directamente a la cara—. No pienso hacer nada con el inútil este.

—William, no le hables así —lo regañó su padre.

—Es que Jake es amigo mío, no suyo. No sé por qué haríamos algo los tres juntos. Él no es nada mío —señaló en mi dirección con un movimiento de cabeza—, y no va a serlo nunca. Vaya estupidez.

Y, dicho esto, abandonó el plato a la mitad sobre la mesa y se marchó a su habitación.

Jake se quedó allí, dividido entre levantarse detrás de su amigo o seguir sentado. Me miró y puso cara de circunstancias, pero mi única respuesta fue encogerme de hombros, aparentando una apatía ante la situación que estaba lejos de sentir.

—Voy a hablar con él —anunció, y se fue por el pasillo.

—Es que ni siquiera sé por qué estáis así el uno con el otro —comentó mi madre, frustrada—. Lo único que quiero es que os llevéis bien y podamos hacer cosas juntos, como hacen las familias. ¿Es tanto pedir?

Tampoco yo tenía del todo claro por qué William había empezado a odiarme tanto ni qué era lo que hacía tan mal como para que no pudiese ni verme. Estuvo al principio, cuando más lo necesité, cuando el mundo entero se me vino encima, pero luego se alejó y dejó de estar. Y yo seguía necesitando a mi hermano para salir de entre la montaña de escombros en la que se había convertido mi interior. Él, en cambio, optó por echar más piedras encima.

—Sí, aunque ojalá no lo fuera —murmuré como única respuesta.
Y seguimos comiendo en silencio.

Capítulo 7



A la mañana siguiente, cuando el autobús escolar se detuvo frente a la puerta del instituto, ya me dolía la cabeza por culpa de los gritos y voces que había tenido que soportar durante la última media hora.

El trayecto de ida solía ser más bien tranquilo: todos teníamos demasiado sueño como para hablar. Sin embargo, al parecer, los de primer curso iban de excursión a alguna parte, porque habían estado más exaltados de la cuenta.

Salí y me quité los cascos aislantes de sonido —un regalo de mis padres para que pudiese ir en autobús sin volverme loca en el intento — y caminé hacia la entrada, donde me esperaban Alison y Debbie.

—Buenos días —me saludó Debbie.

—Hola, chicas —respondí.

—¡Llegas justo a tiempo! —Alison sonrió—. Le contaba a Debbie que entre hoy y mañana voy a escribirles a los invitados. Ya es oficial, ¡el viernes hay fiesta! Ahora sí que necesito un vestido nuevo para la semana que viene.

—Ayer, con William, pasé por delante de una tienda nueva, y parecía que tenía cosas chulas. Podemos entrar luego a ver si vemos algo.

Al mencionar a William, me pareció ver que la sonrisa de Alison flaqueaba un poco.

—Estupendo —respondió—. También me hacen falta unos zapatos nuevos para pádel. Ah, y por cierto, he pensado en invitar a una amiga de las clases de pádel. Tengo muchas ganas de que la conozcas, Carol.

A pesar de sus palabras, me lanzó una mirada cargada de intención que no supe identificar.

—Claro, el viernes la conoceré.

La sonrisa de Alison cobró vida de nuevo y asintió con la cabeza, satisfecha.

—¡Te va a caer genial, ya verás! Bueno, chicas, voy a entrar. Nos vemos en el descanso.

Una vez Alison se marchó, me giré hacia Debbie.

—¿No ha sido raro? La forma en la que lo ha dicho.

—Un poco —dijo ella—. Pero sabes cómo es, no le hagas mucho caso. Lo que no entiendo es por qué nos ha dicho que quería una fiesta pequeña si va a invitar incluso a su amiga de pádel.

—Siempre lo hace todo a lo grande, quizás para ella esto es una fiesta pequeña.

Y era verdad. Llevaba muchos años siendo amiga de Alison y no recordaba que en ninguno de sus cumpleaños hubiesen aparecido menos de cuarenta o cincuenta personas.

—Ya, tienes razón. Es casi la hora, ¿entramos?

Asentí con la cabeza y nos dirigimos al aula de Química. El señor Jefferson aún no estaba en la clase, así que saludamos a varios compañeros, que hablaban entre sí sentados sobre los pupitres y con los zapatos encima de las sillas. Crucé una fugaz mirada con Viktor cuando pasé frente a su mesa, pero enseguida miró hacia otra parte.

—¿Vamos mañana a patinar? —sugirió Debbie después de sentarnos—. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Ahora no, mañana te cuento.

Estuve a punto de protestar; no podía decir algo así y luego dejarme con la curiosidad. Pero antes de que pudiera abrir la boca, el señor Jefferson entró y dejó un taco de papeles sobre la mesa. Ya tenía los exámenes corregidos.

Nos saludó y recorrió el aula mientras repartía los folios para que cada uno viera sus errores.

Cuando me dio el mío, lo dejó sobre mi pupitre y me miró, inexpresivo.

—Quédate un momento al final de la clase, Caroline.

Esperé a que se fuera para resoplar. Estaba suspensa, por supuesto. No era ninguna sorpresa, pero aquella nota tan mala no iba a ser fácil de recuperar. Solo quedaba el final, e iba a tener que estudiar muchísimo si quería conseguir el notable que tanto necesitaba.

No sabía de qué querría hablar el profesor esta vez. Ya le había enseñado, antes del examen, la «prueba gráfica» que demostraba que estuve con Viktor la tarde anterior al examen. ¿Pensaba insistir más?

Debbie recibió su examen y contuvo una pequeña sonrisa. Al momento, le dio la vuelta y fingió revisar algo por la parte de atrás.

Supe que lo hizo para evitar que pudiera sentirme mal por el nueve que ella había sacado. Quise decirle que no tenía porqué hacerlo; me alegraba por su buena nota.

Con disimulo, mi amiga estiró el cuello, como si desde esa distancia pudiese ver la nota de Viktor. Estaba claro que no le faltaban ganas de levantarse de un salto y quitarle al chico el examen de las manos para poder examinarlo a fondo.

Por mi parte, aquel suspenso me dolía más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Aunque, mirándolo por el lado positivo, si no sacaba el notable que necesitaba para ir a Toulouse, no tendría que decírselo a William porque, de todas formas, no podría ir.

El señor Jefferson se puso de espaldas a la pizarra antes de hablar.

—Como todavía quedan unas semanas para los finales y ya hemos acabado con el temario obligatorio, he pensado que podríamos ampliar de cara a la universidad. —Hubo un murmullo de protesta generalizado ante la palabra «ampliar» en el que participé—. Sé que muchos de vosotros planeáis estudiar grados relacionados con las ciencias o la salud, y esto os vendrá bien. Pero no os preocupéis, que no va a entrar en el examen, y además de avanzar, también nos va a servir para repasar los conceptos que ya hemos estudiado y ver qué dudas tenéis.

Esto último pareció tranquilizar a la gente, aunque a mí no me convenció lo más mínimo; solo serviría para confundirme aún más con la información nueva. Y ya estaba bastante perdida con lo básico.

El profesor pasó el resto de la hora explicando los ejercicios del examen que habían resultado más difíciles en general. Al final, el timbre sonó y permanecí sentada, a la espera de que la clase se vaciara. Esta vez no me sorprendió que Viktor también se quedase allí.

Me acerqué y Viktor se levantó para apoyarse en el pupitre. El señor Jefferson, sentado en su silla, se inclinó hacia delante con las manos juntas.

—Bueno, ¿cómo fue el otro día? —preguntó con interés.

—Muy bien —respondí con mi tono más convincente.

—¿No se os ocurrió repasar la pregunta que no supiste hacer en clase, Caroline?

—Sí, le echamos un vistazo por encima.

—¿Y cómo es que la has dejado en blanco?

La respuesta más sincera sería que me dio mucha rabia ver esa pregunta ahí y no saber cómo hacerla a pesar de las oportunidades que había tenido para entenderla. Habría conseguido dos puntos y aprobado el examen de haber sabido contestarla.

—Porque no la entendí del todo bien.

El señor Jefferson suspiró y miró a Viktor.

—Viktor, dime la verdad, ¿estudiasteis algo? Porque comenté en

clase que esa pregunta era importante.

—Lo intenté. —Se encogió de hombros.

—Espera, ¿sabías que lo iba a preguntar? ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté, indignada.

—Te lo dije, e intenté explicarte cómo hacerlo. Te recuerdo que decidiste ignorarme.

Le lancé mi peor mirada.

—Si no fueses tan aburrido, tal vez me habría enterado.

—¿Qué querías?, ¿malabares? Si te hice hasta dibujitos.

—Chicos, parad —intervino el señor Jefferson.

—¿Me estás llamando tonta?

—No, lo que digo es que fue como hablar con la pared.

—No entiendo de dónde sacas la autoestima para ser así de prepotente y de creído.

Viktor bufó, frustrado.

—¿Alguna vez te escuchas cuando hablas?

—¿Qué insinúas? —Di un paso en su dirección, desafiante.

—¿Tú qué crees?

—¡Basta ya! —exclamó el profesor—. ¡Por favor, chicos! Sois ya casi adultos, no os comportéis como críos.

—Fui a su casa y lo intenté, pero ella no quiere ayuda.

—¡Porque no la necesito! ¡Y menos de alguien como tú!

—Se acabó: estáis castigados —sentenció el hombre, abrumado por la situación—. Esta tarde os quiero a los dos en detención.

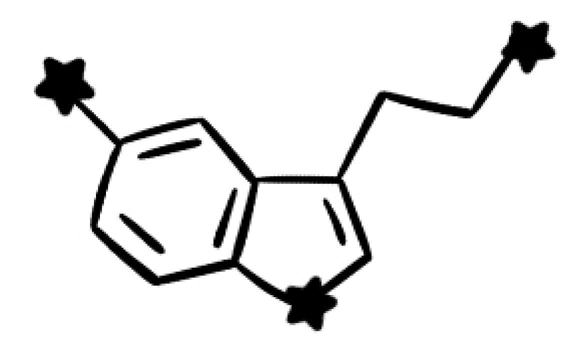
—¡Pero si es viernes! —protesté, más alto de lo que pretendía.

—No me importa que sea viernes —dijo, y sus pequeños ojos marrones se endurecieron—. No puede ser que montéis estos numeritos y que os faltéis al respeto el uno al otro de esta manera. Estoy muy decepcionado con vuestro comportamiento; pensaba que erais mucho más maduros. Para el lunes espero que aprendas a hacer el ejercicio, Caroline, porque te aviso de que te voy a sacar a la pizarra a hacerlo.

Miré a Viktor, que no parecía demasiado molesto por la idea de tener que pasar la tarde en la biblioteca. Aquello me enfadó más todavía.

—Perfecto. ¿Hemos terminado? Llego tarde a la siguiente clase.

A modo de respuesta, el señor Jefferson extendió el brazo en dirección a la puerta y cogí mis cosas antes de salir del aula.



El timbre del fin de las clases sonó y me despedí de William en la entrada, fingiendo que iba a dirigirme a la parada de autobús. En cambio, en cuanto se alejó con la moto, volví a entrar y fui al baño para hacer tiempo hasta que los demás se marcharon. No tenía ganas de ver a nadie, ni mucho menos de dar explicaciones sobre el por qué de mi castigo.

El pasillo no tardó en despejarse; nadie quería estar allí ni un minuto más del necesario. Esperé hasta que consideré que había transcurrido un tiempo prudente y me encaminé hacia la biblioteca, donde los castigados pasaban la tarde con un profesor de guardia.

Crucé la puerta principal y pasé junto al mostrador de préstamos y las estanterías llenas de libros. Después, subí las escaleras hasta la segunda planta, que consistía en una enorme sala de estudio, con algunos ordenadores, grandes mesas y ventanales.

Al primero que vi fue a Viktor, sentado él solo con la mejilla apoyada en la palma de la mano, leyendo algo de un libro que desde lejos reconocí como el de Biología. En otra mesa, el resto de los castigados: unos cinco chicos y chicas de los primeros cursos que murmuraban y hacían esfuerzos por no reírse demasiado alto.

El profesor de guardia, un hombre moreno de unos treinta y tantos con aire aburrido, hacía de vez en cuando anotaciones con un bolígrafo rojo en lo que parecía ser un montón de exámenes. Me acerqué a su mesa.

—Hola —lo saludé en voz baja.

Él levantó la cabeza y luego se fijó en la hoja de asistencia que tenía a un lado de la mesa.

—¿Nombre?

—Caroline Hudson —respondí.

Hizo una marca junto a mi nombre y recorrí la sala con la mirada, sin lograr decidir en cuál de las dos mesas sería menos humillante sentarme.

—Caroline —me llamó el profesor, y señaló hacia la mesa en la que se encontraba Viktor—, siéntate ahí, ¿quieres?

Asentí con una forzada sonrisa antes de dar media vuelta y poner

los ojos en blanco. Me senté en esa mesa, en el asiento más alejado posible de Viktor.

La silla hizo más ruido del que pretendía al moverla, y él alzó la vista durante un segundo antes de seguir a lo suyo. Saqué el libro de Química.

Mis amigas ya debían de haber llegado al centro comercial. En la hora del almuerzo, tuve que decirles que no podría ir con ellas porque tenía que cuidar de mi hermano pequeño, Daniel, que tenía doce años. Y es que no era capaz de contarles que la patética razón por la que estaba castigada un viernes era haber discutido con Viktor Aulin.

Un chico con una mochila roja colgada a la espalda se acercó a la mesa del profesor y le dijo algo antes de sentarse en la mesa donde estaban los demás. Los saludó y percibí lo cómodos que se encontraban allí sin hacer absolutamente nada. Tal vez había gente para la que era un buen plan pasar el viernes castigado con sus amigos.

Desde luego, no era en absoluto mi idea de diversión.

—¿Sabes que llevas así quince minutos? —susurró Viktor.

—¿Qué?

—Mirando al infinito. Llevas quince minutos mirando al infinito.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar pendiente de lo que hago?

Él no respondió y le dediqué una sonrisa forzada antes de volver al problema del libro. Cogí un bolígrafo y le di vueltas entre los dedos. Con la esperanza de que las respuestas se materializaran frente a mí, apunté algunas cosas en la libreta, fingiendo saber lo que hacía.

El grupo de la mesa de al lado volvió a llamar mi atención con sus murmullos. Resoplé e intenté concentrarme con poco éxito.

«Vamos, Carol, vamos».

—Si quieres, te vuelvo a explicar el problema. En realidad, no es tan difícil, y creo que…

—Déjame en paz, joder. Qué pesado. Métete en tus asuntos.

—Perdón —murmuró—, solo intentaba ayudar.

Tras cinco minutos de intentar hacer el ejercicio por mi cuenta, ya estaba arrepentida de haber rechazado su oferta con tanta ligereza. Con el tiempo suficiente, podría sacar la respuesta sola, pero solo tenía un fin de semana. Y, además, un fin de semana con muchos planes.

La silla de Viktor protestó cuando se puso en pie y lo vi dirigirse a la mesa del profesor, con gesto nervioso. Habló con él un momento antes de bajar, a toda prisa, las escaleras que iban a la primera planta.

Por lo visto, todas nuestras conversaciones estaban destinadas a terminar con uno de los dos marchándose, casi corriendo, justo después.

Capítulo 8



—Perfecto —se impacientó Carol—. ¿Hemos terminado? Llego tarde a la siguiente clase.

Salió del aula como una exhalación y me quedé allí, sin saber si sentirme mal por estar castigado, enfadado por lo que me había dicho, o aliviado de saber que a la salida iría a la biblioteca y no tendría que ver a William ni a sus amigos.

—No puedo creer que me hayáis hecho llegar a esto. —El señor Jefferson negó con la cabeza—. Estoy muy decepcionado con vuestro comportamiento.

—Lo siento —dije—. No nos llevamos del todo bien.

Me colgué la mochila a la espalda y salí. De camino a la siguiente clase, miré el móvil y vi que tenía un mensaje de un número desconocido:

Número desconocido 11 de mayo, 10:05

Hola, Viktor

Ayer hablé con William, pero no me contó nada, así que no creo que tengas que preocuparte

Lo más probable es que fuese una broma, para asustarte o algo

He quedado con ellos cuando salgáis del insti, supongo que te veré por ahí :)

Por cierto, soy Jake

Viktor, 10:09

Hola! No sabía que tenías mi número

Muchas gracias por intentarlo, tienes razón, no será nada

Y no creo que nos veamos a la salida, estoy castigado toda la tarde

Jake, 10:14
Te han castigado? A ti?
Y no, no tenía tu número
Se lo he pedido a tu madre esta mañana antes de irme

Sin dejar de andar, le expliqué por encima la discusión con Carol antes de guardar el móvil en el bolsillo del pantalón. Llegué al aula de Matemáticas justo cuando la profesora empezaba a hablar.

La clase pasó despacio y puse los cinco sentidos en atender, a pesar de lo cansado que estaba. No había dormido mucho, sin poder parar de darle vueltas a lo que había dicho William en la cena, a las palabras de Aaron y a que Jake dormía en la habitación frente a la mía.

Jake, 10:52
Qué fuerte! No tenía ni idea de que Carol tenía tanto genio, siempre que la veo se está riendo

Viktor, 10:58
Se reirá con vosotros, a mí parece que quiere arrancarme la cabeza cada vez que estoy cerca
En parte lo entiendo, porque William también me mira así todo el tiempo
Y… no debería haber escrito eso, verdad?

Jake, 10:59
No te preocupes jajajaja
William es amigo mío, pero es verdad que a veces pone esas caras

Viktor, 10:59
Solo a mí, con el resto del mundo es todo sonrisas y encanto
No le cuentes nada de esto, por favor, que me la cargo

Jake, 11:01
Claro que no, tranquilo. Esto queda entre nosotros :)
Y, eh… Viktor, te apetece ir a tomar algo mañana?

El corazón me dio un vuelco al ver la notificación del mensaje, sin llegar a abrirlo. Lo leí varias veces para estar seguro de que los ojos no me engañaban. ¿Jake *en serio* me había preguntado si quería ir a tomar algo con él?

Jake, 11:08

Es decir, como también vas a venir a Oxford, supongo que tendrás un montón de preguntas, y conozco una cafetería muy tranquila en la que podríamos hablar un rato

Si quieres, por supuesto

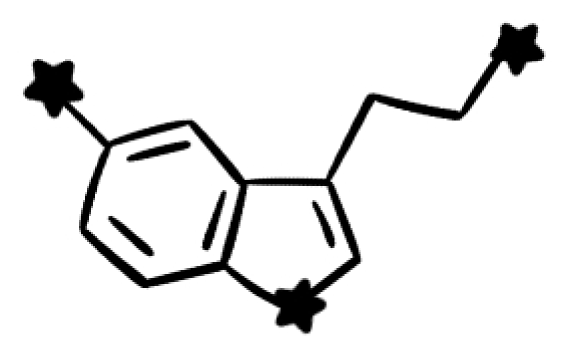
Iba a preguntártelo ayer, pero justo llegó William y no pude hacerlo

Viktor, 11:10

Sobre las cuatro?

Jake, 11:10

Estupendo, nos vemos en Silver Park mañana a las cuatro



La clase llegó a su fin y el resto de la mañana la pasé como en una nube. Iba a quedar con Jake al día siguiente. Los dos, a solas, como aquella noche en el sofá de la terraza. Intenté disimular cuando mis amigos quisieron saber por qué estaba tan sonriente, porque ellos no iban a entender que confiase tanto en un amigo de William. Pero era porque ellos no conocían a Jake.

Al final del día fui a la biblioteca. Unos chavales de primero hablaban y se reían, agrupados en una mesa. En la otra, estaba mi profesor de español.

—Hola, señor Baker —lo saludé.

—Vaya, Viktor. —Sonrió—. Ya veo que ni siquiera te tomas los viernes libres.

—Lo cierto es que me han castigado —admití.

Puso cara de sorpresa.

—¿Por qué?

Sacudí la cabeza para quitarle importancia.

—Por no callarme a tiempo.

El señor Baker se rio en voz baja y anotó mi asistencia en el folio.

—Quién lo diría. Pues siéntate por ahí y ponte a estudiar lo que quieras. Y el lunes en clase practicaremos expresión oral en tu honor.

Le sonreí y fui a una mesa vacía. Carol no estaba allí todavía, así que abrí el libro de Biología porque, a pesar de lo mucho que me gustaba la química, ya había tenido suficiente para todo el día.

Además, había sacado un diez en el parcial, podía tomarme la libertad de centrarme en otra asignatura.

Carol no tardó en llegar. Se sentó en la otra punta de la mesa en la que yo estaba y empezó a escribir algo en una libreta. Varios minutos después, alzó la vista para mirar al otro grupo de chicos, que no paraban de reír.

Se quedó así, contemplándolos. No le di más importancia y seguí a lo mío. Luego me extrañó que los observase durante tanto rato me fijé en que, a pesar de mirar en su dirección, ni siquiera parecía prestarles atención.

—¿Sabes que llevas así quince minutos?

—¿Qué? —preguntó ella, confusa.

—Mirando al infinito —expliqué—. Llevas quince minutos mirando al infinito.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar pendiente de lo que hago?

Bajé la vista de nuevo al libro de Biología, arrepentido de haber intentado mantener una conversación con ella. Estaba claro que era imposible.

Varios minutos después, la pantalla de mi móvil se iluminó con un mensaje:

William, 16:38
Joanna quiere saber dónde estás.

Viktor, 16:38
En la biblioteca, estudiando

William, 16:39
Ha llamado tu profe para decir que te has peleado con una chica.
¿Con quién ha sido? ¿Con la gorda de Maia?
Viktor, 16:40
Qué más te da?

William, 16:42
Es la única tan patética como para dignarse a hablarte. Pero de todas formas, yo la felicitaría, porque estoy seguro que te ha dado una buena paliza.

Bueno, en resumen: Joanna está cabreada. Te toca recoger la cocina toda la semana.

Ah, y Aaron quiere que sepas que te ha echado de menos a la salida, pero la semana que viene echamos un rato todos juntos, no te preocupes.

Tragué saliva. Jake había dicho que lo más probable era que no fuese más que una forma de asustarme, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si

me hacían algo?

El corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho. ¿Qué iban a hacer?

Miré a Carol de nuevo; necesitaba distraerme.

—Si quieres te vuelvo a explicar el problema —empecé a decir—. En realidad, no es tan difícil, y creo que…

—Déjame en paz, joder —protestó, mirándome con asco—. Qué pesado. Métete en tus asuntos.

—Perdón, solo intentaba ayudar.

Me revolví en el asiento, nervioso. Los chicos de la mesa de al lado reían cada vez más fuerte, y aunque *sabía* que estaban a lo suyo, una parte de mí empezó a sentir que se habían enterado de lo que pasaba y se reían de mí.

¿Y si lo de quedar con Jake era una trampa para que bajase la guardia? ¿Y si aquello lo habían planeado entre los cuatro? ¿Cuánto podía confiar en realidad en un amigo de William?

Las paredes de aquella biblioteca parecieron encogerse y fui hasta la mesa del señor Baker, que arrugó la frente al verme. Necesitaba que me diese el aire. Necesitaba pensar.

Tenía que salir de allí.

—¿Puedo ir al baño? —pregunté.

—¿Pasa algo? Tienes mala cara.

—¿Puedo ir?

—Sí, claro.

Bajé las escaleras de la biblioteca a toda prisa, con el aire negándose a entrar en mis pulmones. Salí al patio, abrumado por unos pensamientos que no tardaron en derivar a otros peores. A otros más dolorosos. Los recuerdos me asaltaron y pude ver con claridad la cara de mi padre mirándome con rabia; escuchar su voz tensa y dura antes de dar el primer golpe. ¿Y si volvía a pasar? ¿Y si esta vez era peor?

Quise llamar a William y decirle que haría cualquier cosa que él quisiera si me dejaba tranquilo. Suplicarle que *por favor por favor por favor* no me hiciese nada.

Respiré hondo y apoyé la espalda contra la pared. Estaba sudando y me faltaba el aire.

«Eres patético», me dije. «Es normal que no le importes a nadie».

Busqué el número de William con dedos temblorosos. Me daba igual ser patético. Solo quería que me dejasen en paz. Solo quería parar de tener tanto miedo, que el corazón no amenazase con salírseme del pecho de un momento a otro.

Estuve a punto de marcar el botón de llamada, pero una voz sonó detrás de mí:

—Hola.

Me di la vuelta y vi a Carol, que acababa de salir por la puerta.

Hice lo que pude por recobrar la compostura.

—Hola —respondí, con más firmeza de la que esperaba.

—El profe de guardia te ha visto por la ventana —dijo, acercándose un poco más—. Me ha pedido que venga a buscarte.

Parpadeé algo confuso y alcé la vista. La biblioteca quedaba justo allí, varios pisos más arriba.

—Ahora subo —le aseguré, esforzándome por que no me temblara la voz—. En un minuto.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, y por primera vez no sentí burla en sus palabras.

No podía pensar en una excusa, así que me encogí de hombros antes de dejarme caer sobre un banco de piedra. Me pasé la mano por la cara y tragué saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta; no quería seguir haciendo el ridículo delante de Caroline Hudson. No quería darle más argumentos que usar en mi contra.

Ella hizo amago de irse, pero en el último momento se dio la vuelta y se sentó a mi lado.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres que llame a alguien?

Negué con la cabeza, con los ojos clavados en el suelo.

—Oye, si esto es por lo que he dicho antes…

—No es por eso —la interrumpí al comprender por qué estaba siendo amable conmigo: se sentía culpable—. Los de primero me estaban volviendo loco, necesitaba un poco de silencio.

Alzó las cejas en una disimulada expresión de sorpresa, pero no se movió.

—¿Te importa si me quedo aquí también?

Entonces fui yo el sorprendido.

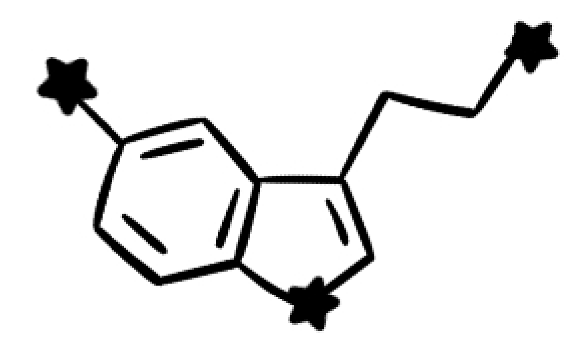
—No hace falta. Estoy bien.

A pesar de mis intentos por mantener la compostura, ese último «bien» hizo que se me rompiera un poco la voz. Bajé la vista. Los ojos me ardían, pero lo último que me faltaba era ponerme a llorar delante de ella.

—Sé que no hace falta —dijo con una tenue sonrisa—. Entonces, ¿puedo quedarme?

Me encogí de hombros. Luego, asentí con la cabeza.

Y así nos quedamos en silencio, sentados el uno junto al otro.



Durante los siguientes minutos me dediqué a respirar hondo y a convencerme de que no pasaba nada y de que todo saldría bien hasta que el corazón se me calmó, las manos dejaron de temblarme y empecé a sentir que era yo mismo de nuevo.

Y allí seguía Carol, a mi lado. Con los ojos azules fijos en la pared de enfrente. Tenía la nariz y los labios pequeños y finos, y unos rizos rubios que apenas le rozaban los hombros. Era bastante más bajita que yo, pero tenía, por lo menos, el doble de presencia.

—¿Entramos? —le pregunté.

Se giró hacia mí con un leve gesto de confusión, como si acabase de recordar que estaba allí con ella.

—¿Estás ya mejor?

—Sí —murmuré, avergonzado de que me hubiese visto así.

—Vale, vamos. —Se levantó de un salto.

La seguí. Entramos de nuevo al edificio y subimos a la biblioteca sin hablar. Esta vez, ella movió sus cosas junto a las mías y se sentó en la silla de al lado.

—Explícame el problema —dijo, con los hombros tensos—. Esta vez, te presto atención.

Asentí y abrí el libro de Química por la misma página que el de ella. Tenía la cabeza embotada y estaba muy cansado, pero si me concedía mucho rato para pensar, iba a volver a la espiral de antes. No podía permitirme eso.

Le expliqué de nuevo cómo resolver el ejercicio. Aquella vez no hice dibujos —que era lo que siempre me funcionaba para explicarle Matemáticas a Tom—, por miedo a que volviese a gritarme. En cambio, sí le hice preguntas y me fijé mucho en sus ojos para asegurarme de que no volvía a distraerse.

Tardamos un rato, pero al final comprendió cómo hacerlo ella sola e incluso le expliqué otras de las cosas que no entendía.

Cuando quedaban unos veinte minutos para el final del castigo, decidimos parar y cerramos los libros.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—¿Hacer el qué?

—Que no me muera de aburrimiento con la química.

—No sé, no he hecho nada. Solo te lo he explicado.

—En clase a veces no entiendo nada —explicó, pasándose un rizo por detrás de la oreja—. El profesor va muy rápido.

—Porque te falta comprender la base. Hay cosas que están muy relacionadas con otras, y si no entiendes lo básico…, al final es como una bola de nieve que se hace grande.

—¿Eso has hecho? ¿Explicarme la base?

—Es lo que he intentado, al menos. Memorizar cómo hacer un ejercicio en concreto no te va a servir de nada, porque en el examen pueden preguntarte cosas distintas. Pero una vez que entiendes cómo hacerlos, es mucho más sencillo, porque al final todos se parecen. Es casi como las personas.

Carol se inclinó hacia mí, con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—Bueno… —empecé a decir, un poco avergonzado por haber expresado ese pensamiento en voz alta—. En el fondo mucha gente se parece, pero de algún modo al principio parece que no tienen nada en común. No digo que seamos todos iguales, claro. Lo que pasa es que al mismo tiempo que hay muchas cosas que nos diferencian, también hay otras, las que de verdad importan, que… Vale, perdón, a veces hablo mucho.

Ella se rio ante mis disculpas, pero luego se quedó seria.

—¿Qué te ha pasado antes? —quiso saber.

La Caroline Hudson que se sentía culpable porque pensaba que me había causado un ataque de ansiedad por llamarme pesado me caía mucho mejor que la que había conocido hasta ese momento, así que tuve que luchar contra el impulso de dejarle creer que sí era su culpa.

—Tenía muchas cosas en la cabeza. A veces se descontrolan y tengo que ponerlas en orden de nuevo. Pero ya me ha pasado otras veces, así que todo controlado. Solo necesitaba un poco de aire.

No respondió, sino que se limitó a observarme con atención.

—Sé que soy un poco raro. —Me reí para quitarle importancia.

—No. Bueno, sí que lo eres. Quiero decir que entiendo a lo que te refieres.

Le sonreí, escueto. Apreciaba el esfuerzo en intentar entenderme, incluso si no lo hacía.

—Gracias por explicarme el problema —continuó—. Lo habría sacado sola, pero este finde tengo un montón de cosas que hacer.

—No hay de qué. Si quieres, podemos estudiar juntos otro día —propuse, temiendo sobrepasar mis límites y volver a recibir un comentario desagradable de su parte—. Para las partes que no nos ha dado tiempo de estudiar.

—No hace falta. Con esto puedo seguir sola. —Hizo una pausa e hinchó un moflete, pensativa—. Pero supongo que no estaría mal quedar otra tarde, para estar segura de que lo entiendo bien. La base, ya sabes.

—¿El lunes?

—Sí, el lunes está bien. —Esbozó una sonrisa y miró la pantalla de su móvil—. Por fin. Hora de irnos.

Recogió sus cosas en cuestión de segundos y se puso en pie.

—Adiós —dijo antes de marcharse.

Me levanté de la silla y me despedí del señor Baker con la mano. Él sonrió y me devolvió el saludo. Había sido mi profesor durante varios años, y no era la primera vez que la ansiedad me obligaba a salir corriendo de una clase, así que tampoco me sorprendía que hubiese mandado a alguien a buscarme.

Salí del instituto justo a tiempo de ver a Carol girar la esquina de la calle, a lo lejos. Fuera oscurecía y caía una leve llovizna, así que abrí la mochila para sacar un paraguas y emprendí el camino a casa.

A pesar de todo lo sucedido, no sentía que hubiese sido un día demasiado malo. Al menos, parecía que Caroline Hudson me odiaba un poquito menos.

Capítulo 9



El sábado, me puse unos *leggins* negros, una camiseta blanca y un cárdigan gris bastante largo. Luché contra mis rizos para recogerlos en una coleta alta y bajé las escaleras para desayunar.

—¿A dónde vas tan temprano? —me preguntó mi padre, sentado a la mesa de la cocina. Aunque aquel día no trabajaba, ya se había puesto un jersey fino burdeos y unos vaqueros oscuros.

—He quedado con Debbie —respondí, y encendí el hervidor de agua—. Vamos a patinar.

—De acuerdo, pasadlo bien. —Cogió la taza humeante entre las manos y le dio un sorbo a su café—. ¿Vienes para comer?

—Sí, claro.

En silencio, esperé a que el agua se calentara para prepararme un té. Luego, me senté frente a mi padre.

—Iba a llevar a Daniel a casa de James —comentó—. ¿Quieres que te acerque?

—¿Tardáis mucho en salir?

—En cuanto termine el café. Tu hermano ha subido ya a cambiarse.

—Vale, gracias, papá.

—Oye, he estado dándole vueltas… —Pensativo, se rascó la barba castaña en la que ya comenzaban a asomar algunas canas—. El chico con el que discutiste ayer en clase, el del castigo. ¿Es el mismo que vino el martes a estudiar?

Parpadeé varias veces, sorprendida.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Un pajarito escuchó parte de vuestra conversación y no le pareció muy amistosa, que digamos.

—¿Iba ese pajarito con una bandeja con galletas y magdalenas?

Dejó escapar una sonora carcajada.

—Ese pajarito va con galletas y magdalenas a todas partes.

La noche anterior, al llegar a casa, tuve que aguantar una buena reprimenda sobre la importancia de respetar y tratar bien a los demás porque, por supuesto, el señor Jefferson había llamado para asegurarse de que se habían enterado de que estaba castigada. Por lo que sabía, no había entrado en muchos detalles, y esperaba que hubiese hecho lo mismo al hablar con los padres de Viktor, porque de otro modo, iba a tener que dar muchas explicaciones incómodas a William.

Por lo menos, a mis padres ya se les había pasado el enfado.

—Pues sí, fue con él.

—Habla igual que tu novio, ¿sabes?

—¿Igual que William?

—Sí, tienen los dos ese acentillo… ¿Cómo era?, ¿finlandés?

—Sueco, papá.

—Eso. —Se rio, con un chasqueo de dedos—. Aunque a tu chico se le nota más el acento.

—Es que son los dos de Suecia.

El gesto se le llenó de curiosidad, pero, por suerte, no insistió; no quería tener que contarle que el chico con el que había discutido el día anterior era el hermanastro de mi novio.

¿En qué lo convertía eso?, ¿en mi *cuñadastro*? ¿Existía esa palabra?

Desde que me había levantado, no había sido capaz de dejar de pensar en la tarde anterior, y es que Viktor Aulin y yo éramos completamente distintos. O, al menos, eso era lo que me había repetido un millón de veces. Pero, de algún modo, me sorprendí empatizando con él en esa biblioteca.

Entendía a la perfección lo que era necesitar un poco de silencio, de espacio, algo menos de luz. Que todo el mundo hablara a la vez y *necesitar* con desesperación que se callasen. Entendía qué era perder el control de tus propios sentimientos y hacer lo posible por reubicar todo ese caos.

Y, por diferentes que fuéramos, si su cabeza se saturaba como la mía, aquello era lo mínimo que podía darle: un poco de silencio.

Sin hablar, terminé de desayunar junto a mi padre. En cuanto mi hermano pequeño bajó los escalones con el pelo rubio revuelto y la chaqueta a medio poner, salimos de casa y subimos al coche, un Opel Corsa gris aparcado frente a la entrada. Daniel fue quien dirigió la conversación la mayor parte del trayecto, hablando sin parar sobre la consola nueva de James, la cual probarían juntos aquella mañana.

Lo dejamos frente a la casa de su mejor amigo y luego mi padre

pasó por delante de la pista de hielo.

Como muchos otros sábados, allí me esperaba Debbie, con su pelo negro recogido en un moño. Vestía una sudadera de color lila con un sol amarillo bordado sobre el pecho izquierdo. Nos saludamos con un fuerte abrazo y entramos juntas.

La pista de hielo se encontraba dentro de un pabellón enorme. Pasamos junto a la cafetería y la zona infantil hasta llegar al mostrador donde alquilar los patines. Pagamos por una hora, dejamos los zapatos y bolsos en la taquilla y nos sentamos en un banco de madera a ponernos los patines.

—Bueno, Debs, tenías algo que contarme, ¿qué era? —le pregunté, porque me moría de curiosidad desde el momento en que lo mencionó.

—Sí, claro, luego lo hablamos. —Sonrió y se levantó, sin esperarme.

La seguí hasta la pista de hielo con los patines ya puestos y dimos unos primeros pasos algo inestables hasta la barandilla. Hacía varios meses que no veníamos, pero habíamos pasado allí tantas horas que no tardamos en recuperar la soltura.

De pequeña era una niña algo patosa y con poco equilibrio. Para trabajarlo, mis padres me apuntaron a patinaje artístico sobre hielo. Allí conocí a Debbie, que me presentó a sus amigas de clase y no tardamos en hacernos inseparables.

—Tenía muchas ganas de venir. —Soltó la barandilla y empezó a patinar por la periferia de aquel gran óvalo blanco.

—Yo también; ha pasado mucho tiempo —respondí antes de ir tras ella.

Juntas dimos unas tranquilas vueltas alrededor de la pista a modo de calentamiento y luego fuimos a la zona del medio, mucho más vacía.

—¿Recuerdas cuando aprendimos a hacer esto?

Tras formular la pregunta, Debbie levantó una pierna hacia atrás antes de empezar a girar sobre sí misma.

—Y también los moratones en las rodillas en el proceso —me reí.

Imité su giro y le añadí un salto del que caí sobre una pierna. Después, patiné hacia mi amiga y la agarré de la mano. Le hice dar una vuelta sobre sí misma mientras giraba a su alrededor.

La hora transcurrió entre risas y recuerdos de viejos pasos y coreografías que habíamos ensayado cientos de veces. Cuando acabó el tiempo, nos dirigimos a la salida para quitarnos los patines, pero nos detuvimos al escuchar aplausos; algunas personas nos observaban divertidas, tanto desde dentro como desde fuera de la pista.

—¡Uy, qué vergüenza! —exclamó Debbie tapándose la cara con las manos.

Aun así, hicimos una reverencia y saludamos sonrientes antes de salir.

—¡Ha sido divertidísimo! —admití, de nuevo sentada en el banco de madera.

—Tenemos que hacer esto más a menudo. Ha sido genial.

—¡Desde luego!

Nos quitamos los patines, fuimos a la cafetería y cogí una manzana que me llamó la atención por lo roja que era. Debbie pidió un batido de vainilla, pagamos y nos sentamos en una mesa blanca de plástico.

—Este verano podríamos apuntarnos a las clases de la señora Ulbrich, antes de que vayas a Francia. Hace tiempo que quiero ir a sus cursos de verano.

—*Si* voy a Francia, querrás decir.

—Lo harás, estoy segura. Si Miss Torbellino quiere algo, lo consigue.

Me reí. Miss Torbellino era el apodo que me puso el primer día de clase nuestra profesora de patinaje, la señora Ulbrich. Me lo gané a pulso por no parar quieta ni hacerle ningún caso, y aunque de pequeña aquel sobrenombre solía enfadarme, ahora lo recordaba con mucho cariño.

Alison nos convenció, hacía ya un par de años, de que no era guay que perdiésemos tantas tardes con entrenamientos que nos quitaban tiempo de hacer cosas las tres juntas. Debbie y Alison eran las primeras amigas de verdad que había tenido, porque en primaria, en mi colegio, la imbécil de Jennifer Moore se había encargado de poner al resto de niñas en mi contra. Allí era yo la rara, y como no quería volver a serlo nunca más, el mismo día en que Debbie anunció que no volvería a patinaje, lo dejé yo también.

Aun así, las dos lo echábamos de menos.

—¿Qué tal os fue ayer en el centro comercial?

—Ya sabes, lo de siempre; no te perdiste mucho. Alison se probó media tienda para decidir que no le gustaba nada. Al final se llevó un vestido azul muy bonito.

—¿Y tú te compraste algo?

—Otro vestido. —Al hablar, sus mejillas adquirieron un leve tono rosado—. Pero ya lo verás en la fiesta.

—¡Cómo te gusta hacerte la misteriosa…! —Reí—. Bueno, cuéntame ya de qué tenías que hablar conmigo antes de que reviente.

—Vale, vale. Pues… —empezó a decir, jugando con la pajita de su batido—. Vaya, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Por tu parte favorita. Luego vuelves al principio y sigues en orden.

Debbie soltó una fuerte carcajada.

—¿Mi parte favorita? Vale, a ver. —Hizo una pausa, con aire pensativo—. Estoy enamorada.

—¿En serio? —Me sorprendí. En el tiempo que llevábamos siendo amigas, Debbie había salido con varios chicos, pero nunca la había escuchado decir aquellas palabras sobre nadie. Ni nada parecido—. ¿Deborah Park se ha enamorado? ¿De quién?

Ella negó con la cabeza.

—No te lo puedo decir.

—¿Cómo que no? ¡No puedes soltar esa bomba y salir corriendo!

—Somos amigas y quería contártelo, pero no voy a decirte quién es. Es de la clase, además.

—¿De qué clase?

—De una en la que estoy contigo.

Hice un repaso mental. Compartíamos un montón de clases, así que la lista de candidatos era larga. Descarté personas que no le gustarían ni en un millón de años, y la lista se redujo de forma considerable.

—¿Aaron Walsh? —probé.

—¿Te digo que estoy enamorada de alguien y tu primera opción es Aaron Walsh? —preguntó, horrorizada—. ¿Qué imagen tienes de mí?

—¿Michael…? No sé cómo se apellida. El de Historia.

—¡No! —Se rio, como si hubiese dicho una barbaridad.

Seguí intentándolo durante un buen rato. Ella se divertía de lo lindo, como si tuviese la certeza de que jamás lo adivinaría. Tuve que echar mano de la lista de los descartados y, cuando me estaba quedando sin ideas, un último nombre apareció en mi mente:

—¿Viktor Aulin?

Debbie soltó una risita distinta de las anteriores. Un poco más forzada. Y me quedé con la boca abierta, porque medio esperaba ver un gesto de espanto en su rostro.

—¿Te gusta Viktor?

—Bueno, podría ser.

—No puede ser, no puede gustarte Viktor.

—¿Y por qué no puede gustarme? —preguntó, casi ofendida.

Alcé ambas cejas. ¿No era evidente el por qué?

—Es un pringado, tía. ¿Qué le ves?

—Es un chico muy agradable. —Se encogió de hombros—. Y es muy mono.

—Te estás burlando de mí.

—No, en serio pienso eso.

Hice una pausa. Ahora era cuando Debbie se reía y me decía que sí que era broma, que se estaba quedando conmigo.

Pero no lo hizo. En cambio, se quedó más seria todavía.

—¿Por eso estás tan obsesionada en sacar más nota que él en Química? ¿Porque te gusta?

—No es así exactamente. —Clavó los ojos rasgados en la mesa—. Pero, no sé, sí que lo admiro mucho.

—Debs, tú puedes apuntar más alto, o sea…

—Tú sí que puedes apuntar más alto que William —me interrumpió, alzando de nuevo la cabeza, y en su mirada apareció una chispa de rabia poco propia de ella—. Yo no me meto, así que no lo hagas tú tampoco.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, empezando a ponerme a la defensiva.

—Que sabes que pienso que William es un imbécil.

—No es ningún imbécil.

—¿Entonces por qué te pone esas caras cada vez que le hablas sobre Francia? —Resopló, desafiante, y luego me señaló con un dedo acusador—. No se alegra por ti lo más mínimo y lo sabes. Por eso no quieres contarle que te han aceptado.

Me quedé callada un momento. No quería tener que darle la razón, pero, por mal que me sentaran sus palabras, en el fondo sabía que eran ciertas.

—Sí quiero contárselo —A pesar de mis palabras, no logré sonar ni la mitad de convencida que planeaba—; solo busco el momento adecuado.

—Porque sabes que no le va a gustar un pelo.

—Es normal que no quiera que me vaya. Es mi novio, no quiere que esté en otro país.

—Francia está aquí al lado. —Meneo la cabeza, moviendo la pajita dentro del batido—. Podríais veros todo lo que os diese la gana. Él sabe que es tu sueño, Carol. Lo normal es que se alegre de que lo consigas.

Miré hacia otro lado y suspiré.

Era verdad: William no iba a alegrarse cuando le contase que estaba aceptada en la Universidad de Toulouse. De hecho, iba a ser una mala noticia para él, a pesar de que era lo que más ilusión me había hecho en toda la vida.

—Tienes razón, si te gusta Viktor es cosa tuya. Perdona por ponerme así. Es que no me lo esperaba.

—Sé que a veces no nos gustan personas que puedan correspondernos. —Mi amiga esbozó una sonrisa un poco triste y me miró a los ojos con una intensidad poco habitual en ella—. También sé que nunca pasará nada, pero estar enamorada es una sensación bonita.

—Debs, eres impresionante y guapísima. Puede pasar lo que tú quieras y con quien quieras.

—Bueno, está complicado en este caso. —Se rio, y apartó la vista,

un poco sonrojada—. Pero gracias.

Hablamos de otras cosas hasta que, un poco antes de la hora del almuerzo, nos despedimos en la entrada del pabellón, y entre bromas se esfumó por completo la tensión creada un rato atrás. Llevábamos media vida siendo amigas, y no existía nada que se pudiese interponer en nuestra amistad.

O, al menos, eso era lo que yo creía.

Capítulo 10



Las cuatro y diez de la tarde.

Jake debía de estar a punto de llegar y yo no podía estarme quieto. Por momentos, dudaba de que fuese a aparecer de verdad y me preguntaba qué hacía allí, arriesgándome a que aquello fuese, en realidad, una encerrona.

Silver Park estaba lleno a esas horas, y era complicado creer que algo malo fuese a ocurrirme cuando estaba rodeado de personas mayores en medio de una conversación en algún banco, familias que paseaban a mi alrededor y gente que hacía deporte por los senderos de tierra.

Y, sobre todo, quería confiar en Jake. Quería confiar en él de verdad, y no estar equivocado respecto a las cosas que creía saber acerca de él como, por ejemplo, que era una buena persona.

Respiré hondo y miré la estatua a mi lado. Tenía forma de ángel, era blanca y estaba llena de cacas de paloma que nadie se molestaba en limpiar desde hacía tiempo. Sin embargo, contemplaba el lago con una calma que quisiera saber imitar.

—Perdona, llego tarde.

Di media vuelta y vi a Jake detrás de mí, con una amplia sonrisa enmarcada por sus bonitos hoyuelos.

—No pasa nada, acabo de llegar —mentí; llevaba allí quince minutos.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal la tarde de castigo?

—No tan mal como esperaba. Lo peor fue mi madre.

—¿Se cabreó mucho?

—No tanto, pero he perdido el derecho a decir que no a sus propuestas durante al menos una semana.

Jake se rio.

—Pobrecilla, es que siempre le decís que no a todo.

—Uf, porque tiene unas ideas horribles.

—No son tan malas —dijo, sacudiendo la mano para quitarle importancia—. Al menos la de anoche no lo era.

—Lo dices porque no sabes lo mal que podría salir algo como lo que propuso. —Me reí, aunque en realidad no estaba bromeando—. No te gustaría estar en medio, confía en mí.

La sonrisa de Jake se amplió más todavía.

—William y tú sois igual de exagerados. ¿Te parece bien si vamos ya a la cafetería? Hace un poco de frío aquí fuera.

Asentí y seguí a Jake por el sendero de tierra. Era cierto que, a pesar del sol, corría una brisa más bien fresca, sobre todo cuando pasamos junto al lago, donde un niño de unos seis años le lanzaba pan a los patos.

Colindante al parque, había una zona con un montón de cafeterías distintas. Jake se detuvo frente a una de ellas, un local de fachada blanca con un letrero de colorines que rezaba el nombre del lugar: El Rincón de Mel.

—¿Has entrado aquí alguna vez?

—Sí que lo he visto muchas veces, pero creo que no he estado nunca.

—Te va a encantar, es la mejor cafetería de todo Hawthorn Bay —explicó con una sonrisa.

Por fuera, el lugar no parecía tener nada de especial, pero decidí no mencionarlo en voz alta. Al entrar, sin embargo, olía a bizcocho recién hecho y a café, y un suave *jazz* sonaba por los altavoces. A un lado había un mostrador de madera oscura, a juego con el suelo, que exhibía una modesta pero apetecible variedad de pasteles y dulces. Tras este, una mujer que debía de rondar los cincuenta preparaba los pedidos.

—Huele genial.

—¿A que sí?

Todas las mesas de la planta de abajo estaban ocupadas, así que subimos a la de arriba. Nos sentamos cerca de la ventana, empañada por la diferencia de temperatura. Jake se quitó el abrigo, quedándose con una sudadera sin capucha de color negro a juego con sus zapatillas de tela y unos pantalones tipo cargo marrones que le quedaban genial.

Tras unos minutos de espera, la camarera, una chica de pelo rosa y más o menos nuestra edad —quizás algo más mayor—, se acercó para tomar nota. Pedimos dos chocolates calientes y ella se marchó.

—Así que Oxford —empezó a decir, apoyando los codos en la mesa—. ¿Qué quieres estudiar?

—Química, o esa es la idea.

—¿En serio? Una amiga mía estudia Química. Le puedo pedir que te pase apuntes.

—¿No le va a molestar? —pregunté, un poco tenso—. No me conoce de nada.

—¡Qué va! —exclamó con rotundidad—. Estoy seguro de que incluso te los ofrecerá ella en cuanto te conozca. Y, si quieres, luego te puedo mandar fotos de los folletos de mi residencia, por si les quieres echar un ojo. A no ser que hayas buscado ya piso o algo.

—Todavía no he mirado mucho. Te agradeceré cualquier cosa que me puedas mandar, porque estoy un poco perdido. Pero es que no quiero hacerme demasiadas ilusiones hasta después de los exámenes finales.

«Porque las cosas nunca me salen como quiero», estuve a punto de añadir. Y era verdad, porque por bien que llevase los exámenes y muy buenas notas que tuviese, nunca era capaz de sacudirme del pecho la sensación de que *algo* saldría mal y todo mi esfuerzo habría sido para nada.

—De verdad que los exámenes no son tan complicados —dijo, con tono tranquilizador—. Los vas a hacer genial.

La camarera regresó con nuestro pedido. Le dimos las gracias y ella nos dedicó una amplia y alegre sonrisa antes de marcharse de nuevo.

—¿Y has hecho muchos amigos en la universidad? —le pregunté.

Jake me miró, quizás un poco sorprendido por mi pregunta, y agarró la taza de chocolate con ambas manos.

—Al principio no —admitió—. Sí que he conocido a mucha gente desde el primer día, sobre todo viviendo en una residencia. Lo que pasa es que… Bueno, me ha costado un poco adaptarme. —Esbozó una sonrisa ladeada, un poco triste—. En el instituto ya me conocía todo el mundo, estaban mis amigos… Ahora he tenido que volver a encontrar mi hueco.

—¿Lo has encontrado?

—Sí, ya sí —reconoció, un poco más animado—. Al final hemos hecho mucha piña en la residencia, incluso estamos hablando de hacer un viaje juntos este verano.

—Me alegro mucho —respondí, moviendo el chocolate con la cucharilla—. A mí es de las cosas que más me preocupan.

—Lo entiendo, es normal. Pero puedo presentarte a mis amigos, les caerías muy bien.

—No hace falta. —Negué con la cabeza—. Es decir, no quiero que te sientas obligado a nada solo porque nos conozcamos.

Él torció el gesto, desconcertado.

—¿A qué te refieres? No me siento obligado a nada. En serio, creo

que encajarías muy bien con el grupo. Sobre todo con Grace, la chica que te he dicho que estudia Química. Os haríais muy buenos amigos.

—No suelo caerle bien a la gente —murmuré, incómodo.

Y era verdad, nunca había tenido un grupo de amigos más allá de Tom y Natalie. Él y yo nos conocimos en el colegio, cuando llegué de Suecia y apenas hablábamos el mismo idioma. Años más tarde, en el instituto, Tom repitió curso y acabó en la clase de Natalie.

Así que, para ser sincero, me costaba imaginar una situación en la que «encajase» con un grupo de gente.

—A mí me caes bien. Siempre lo has hecho.

—No es verdad —me reí—, pero gracias.

—Lo es, solo que si antes lo hubiese dicho en voz alta, mis amigos me habrían mirado como si estuviese loco.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

Jake hizo una pausa antes de contestar. Bajó la mirada a su chocolate y se quedó serio. En la mesa de al lado, tres chicas de unos trece años se hacían fotos con la cámara interna del móvil y se rieron cuando una se manchó la nariz con la nata del batido.

—Las circunstancias —dijo Jake finalmente—. Y mi forma de pensar. En el instituto parece que no hay vida más allá de esa época. Pero sí que la hay, y mucha. Ahora que he conocido a tanta gente nueva y he salido de mi zona de confort… En fin, he descubierto que lo que piensen otros no debería preocuparme tanto. Si mis amigos del instituto no están de acuerdo conmigo en algo, pues tampoco es el fin del mundo. Y si el hermanastro de uno de ellos siempre me ha llamado la atención, tampoco tiene nada de malo que me acerque a él, ¿no crees?

Asentí con la cabeza hasta que me di cuenta de que hablaba de mí. Entonces, abrí mucho los ojos y sentí cómo mi cara enrojecía con violencia.

—¿Cómo has dicho?

Jake esbozó una sonrisita casi divertida.

—Lo que has oído. Tenía ganas de conocerte más, creo que eres un chico muy interesante.

A pesar de sus palabras, en su voz se coló cierta nota de timidez. Por mi parte, podría haberme atragantado con el chocolate, pero entonces lo comprendí con un pinchazo de decepción:

—Ah, vale. Ahora te estás riendo de mí.

Él alzó las cejas, sorprendido.

—¿Aceptas alguna vez algún cumplido?

—Los que son de verdad, sí.

—Este lo es.

Me eché hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo, y suspiré.

—Eres un mentiroso.
—Seré muchas cosas, pero no un mentiroso.
—Ya, claro.
—Vale, no me creas si no quieres. —Jake se encogió de hombros y me pareció un poco ofendido—. Pero es así.
No respondí y ambos nos sumimos en un silencio un poco incómodo. Jake miró por la ventana, muy serio, y yo empecé a juguetear con las mangas de mi jersey azul, nervioso y sintiendo que acababa de meter la pata hasta el fondo.
—¿Te has enfadado conmigo? —pregunté finalmente.
Él me miró de nuevo, suavizando el gesto.
—No, claro que no. Es solo que… ¿Sabes? Grace una vez me dijo que en el instituto la trataban fatal por tener una marca de nacimiento en la cara. Tiene muchos problemas de autoestima por culpa de esa gente, y por más que le digo que es una tía increíble, no se lo cree. Me recuerda mucho a ti.
—¿Por eso has dicho que te parezco interesante? ¿Para subirme la autoestima? —bromeé, en un intento fallido de quitarle seriedad al asunto.
Sin embargo, Jake me miró con tristeza.
—No, te lo he dicho porque de verdad lo pienso. Lo que quiero decir es que si pudiera, les daría un puñetazo a todos los que han tratado así a Grace, porque sé que no se lo merece. Y a la vez sé que no soy tan distinto de ellos, porque a ti no te lo hemos puesto fácil tampoco.
—Eres el único de tus amigos que nunca me ha hecho nada malo —dije, porque era verdad.
—Tampoco les dije nunca que parasen.
—*Nadie* les ha dicho nunca que paren. —Me encogí de hombros.
Jake torció el gesto.
—Entonces somos todos parte de eso.
—No sé —suspiré—. ¿Es por eso por lo que estamos aquí? ¿Porque crees que te culpo por algo?
Se puso recto de golpe, alarmado.
—¡No, claro que no! Lo de antes te lo decía en serio, tenía muchas ganas de conocerte mejor, Viktor. Es que yo…, bueno, a veces pienso más de la cuenta, ¿sabes? Y este año, en Oxford, como te dije el otro día, he pensado mucho en ti. Si estarías bien, o si Aaron y William te lo estarían poniendo muy difícil. Si te sentirías tan solo como yo, o tan inseguro como Grace, y en cuánto de eso sería mi culpa.
No sé si fue su tono de voz, o quizás la forma en la que me miró, lo que hizo que tuviese tantas ganas de creerlo. Llevaba años mirando a Jake de reojo cuando nadie se daba cuenta, buscando canciones que pudiesen gustarle para cuando estuviese cerca y me pidiese un

auricular, y ahora él me decía que tenía ganas de conocerme. Que había estado pensando y preocupándose por mí.

—Si te sirve de algo, no te culpo. —Esbocé una sonrisa de lado—. Además, estos días has intentado ayudarme, y te lo agradezco.

—Gracias —murmuró—. ¿Te parece bien si voy al baño y damos una vuelta?

—Sí, por supuesto. Te espero.

Jake sonrió, más animado, antes de levantarse y bajar las escaleras.

En cuanto se fue, me puse las manos en las mejillas calientes. ¿En serio acabábamos de tener aquella conversación?

—Perdona, ¿me puedes traer un vaso de agua? —le pedí a la camarera cuando pasó cerca de mí.

—En un segundo. —Sonrió con amabilidad. Vi que tenía una mancha seca de pintura azul en el uniforme de un tono similar al del cartel de la entrada, y me pregunté si lo habría pintado ella—. ¿Está todo bien?

—Sí, perfecto. —Le devolví la sonrisa—. Gracias.

Ella se encaminó escaleras abajo y miré por la ventana.

A través de ella se veía Silver Park. Contemplé los árboles y el lago en la distancia, los patos y la estatua junto a la que había quedado con Jake un rato atrás. Había soñado durante toda mi adolescencia con volver a pasar tiempo a solas con él y, ahora, allí estaba.

Entonces, Jake subió con un vaso de agua en la mano y lo dejó sobre la mesa. Se sentó de nuevo.

—La camarera estaba un poco liada ahí abajo, me ha dicho que el agua era para ti.

—Muchas gracias. —Cogí el vaso y le di un largo trago. Tenía la garganta seca, y no respiré hasta que no quedó más agua.

—Sí que tenías sed.

Me reí.

—Ya, el chocolate. ¿Pagamos y salimos?

—Bueno, ya he pagado —dijo, poniendo cara de circunstancias.

—¿Qué? ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—La idea de venir fue mía.

—No tenías que hacerlo —protesté.

—Está bien, para la próxima invitas tú.

Me llamó la atención el hecho de que hablase de una próxima vez, pero me gustó la idea.

Nos pusimos en pie y nos dirigimos a la salida para atravesar Silver Park de nuevo. El tono general de la conversación cambió y él me contó anécdotas sobre el campus, la residencia, sus amigos y los

exámenes. Lo escuché hablar con atención y pronto empecé a hacerle preguntas sobre un montón de cosas que él respondió con todo lujo de detalles.

Tenía muchísimas ganas de ir a la universidad, y si Jake estaba cerca, más aún. Era agradable estar con él, a pesar de esos comentarios que hacía que me dejaban fuera de lugar y de la desconfianza inicial que había sentido al comienzo de la tarde. Poco a poco, me sentí más cómodo y a gusto a su lado.

Ya estábamos cerca del centro comercial y, en algún momento, comenzó a hablarme también de sus hermanas pequeñas, que tenían catorce años y eran gemelas, y de sus padres, que parecían estar a punto de divorciarse.

—A mí a estas alturas ya me da igual —admitió, no sin una nota de tristeza en la voz—. Solo vivo en casa durante las vacaciones. Pero sí me da pena por mis hermanas, porque son las que lo viven de cerca y las que aguantan las discusiones. Y al final eso les afecta.

—Al menos si se divorcian, no se pelearán más.

—Sí, tienes razón. Si yo sé que van a estar mejor cada uno por su lado, lo que pasa es que se me hace raro. Tus padres están separados, ¿no? ¿Se llevan bien?

—La verdad es que no —respondí, escueto—. Pero ellos no son el mejor ejemplo.

—Vaya. ¿Y hablas mucho con tu padre?

Cada músculo del cuerpo se me tensó, en alerta ante la mera mención de mi padre. No quería hablar de él, porque siempre que su cara aparecía en mi mente, sentía que la pesadilla volvía a repetirse.

—No, yo… —Meneé la cabeza para sacudir el recuerdo de aquellos días—. No, no hablamos.

Por la cara que puso, debió de notar que se estaba metiendo en terreno pantanoso.

—Perdona, no sabía que era un tema delicado.

—Tranquilo, no pasa nada. —Me obligué a sonreír—. Por cierto, ¿cómo está tu hermana?

—¿Cuál de las dos?

—En la cena dijiste que una de ellas estaba un poco complicada y que habías venido a ayudar.

Esta vez fue él quien se puso serio. Una farola se encendió justo cuando pasamos junto a ella y solo entonces fui consciente de lo tarde que se había hecho.

—Dara tiene anorexia. —Suspiró—. Desde hace tres años. Al principio, mis padrespensaron que eran tonterías de la edad, pero… En fin, conmigo es con quien mejor se lleva.. Con el resto pasa el día peleando, y más ahora, que todos están tensos por lo del divorcio. Así que cuando se descontrola mucho la situación, vengo e intento calmar

un poco el ambiente.

—Lo siento mucho, Jake.

—No hay nada que sentir, sé que va a salir de esta. Es una chica fuerte, y está recibiendo ayuda profesional —afirmó con seguridad, y miró la hora en el móvil—. Vaya, es casi la hora de cenar.

—Qué rápido se me ha pasado la tarde. —Me sorprendí.

Él asintió con la cabeza y regresó su sonrisa, enmarcada por sus hoyuelos.

—A mí también, pero debería volver ya a casa. Por cierto, Viktor…

—¿Sí?

—Bueno, que las clases que tengo la semana que viene no son muy importantes, así que voy a quedarme unos días más a echar una mano en casa. Y había pensado en que… Quería preguntarte si te apetece que nos volvamos a ver antes de que vuelva a Oxford.

Mi corazón se saltó un latido. ¿En serio Jake acababa de decir eso?

—Cuando quieras, por mí encantado.

—Estupendo. —Sonrió, aliviado—. ¿Vas al partido de mañana?

—No si puedo evitarlo —bromeé—. Los partidos de baloncesto no son mi hábitat natural.

Jake se rio y asintió con la cabeza.

—Entiendo. Pues entonces ya hablamos para decidir el día.

—Claro, muchas gracias por contestar mis preguntas. Y por el chocolate.

—No las des. Lo he pasado muy bien contigo. Nos vemos la semana que viene.

—Sí, nos vemos —repetí.

A pesar de nuestras palabras, ninguno de los dos hizo la más mínima intención de moverse. Bajo el haz de luz de una farola, Jake me miró a los ojos y hubo un momento de silencio en el que tuve la impresión de que quería decir algo más.

Tras el tiempo que se tarda en respirar tres veces, Jake trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y se aclaró la garganta.

—Hasta luego —dijo sonriente y se despidió con la mano antes de darse la vuelta.

Al final, la tarde había salido incluso mejor de lo que esperaba. Y, por primera vez en mucho tiempo, volví a casa con la sensación de que, tal vez, las cosas podrían empezar a salir bien.

Capítulo 11



—¿Me recordáis por qué siempre venimos a estas cosas? —preguntó Debbie, con un suspiro, al entrar al instituto.

—Porque Carol tiene que animar a su novio. Y nosotras dos, al resto.

—Es que… No sé. Es domingo por la mañana. Hace muy buen día, podríamos haber ido a dar un paseo por el centro, o incluso ir a Bristol de compras, que no está tan lejos.

—Te dijimos que no hacía falta que vinieras si no te apetecía, Debs. Lo sabes.

—Ya, Carol, pero me gusta pasar tiempo con vosotras. Aunque sea haciendo algo como esto.

Debbie no era muy de baloncesto. Y se encargaba de dejar claro cuánta pereza le daba cada vez que íbamos a cualquier partido del instituto. A Alison y a mí tampoco es que nos volviese locas, pero nos llevábamos muy bien con los chicos del equipo y nos gustaba ir a animarlos siempre que podíamos.

Caminamos por el pasillo en dirección al gimnasio. Cuando estábamos a punto de llegar, casi nos tropezamos con William, que salía con su uniforme verde y negro de baloncesto. Llevaba el siete en la espalda; su número de la suerte.

—¡Estás aquí! —exclamó, alegre—. Qué guapa vienes.

Nos dimos un rápido beso en los labios. Me había puesto la blusa blanca con flores verdes y rosas que compré el jueves con William y me había hecho un semirrecogido, apartándome los rizos de la cara.

—Por supuesto que estoy aquí. —Sonreí—. No me lo perdería por nada en el mundo.

Él me dedicó esa mirada embelesada que tanto frecuentaba sus

ojos al verme. Esa que me aseguraba que cada día estaba más enamorado de mí.

—Oye, Carol, antes de que empiece el partido… Hay algo de lo que quiero hablarte.

—¿De qué?

—Es sobre nuestra cita de hoy —empezó a decir, algo cohibido—. Mi padre y su mujer están hoy de descanso, y tienen muchas ganas de conocerte. Han insistido bastante en que comamos con ellos después del partido, y sé que teníamos la reserva, pero…

—¿En serio vamos a ir a comer con ellos?

—Si no te apetece, puedo inventarme alguna excusa, de verdad.

—¡Claro que me apetece! —exclamé, ilusionada—. Hace mucho tiempo que quiero conocerlos.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto!

William sonrió con alivio.

—No sabes lo que me alegro de que te lo hayas tomado tan bien. Nuestra cita sigue en pie, ¿vale? Solo la tenemos que posponer unos días.

—No te preocupes, luego llamo para que nos cambien la reserva. ¡Ojalá me lo hubieses dicho antes, me habría arreglado más!

—Así estás perfecta. Y perdona por no avisarte, ha sido una cosa de última hora. ¿Estás segura de que no te molesta?

Lo abracé con fuerza. Tenía muchas ganas de conocer a los padres de William. Sabía que él les había hablado de mí, pero ya llevábamos once meses juntos y empezaba a creer que jamás me los presentaría.

—Me encanta la idea. En serio, estoy muy contenta.

—Eres la mejor.

—Tú lo eres. ¡Y mucha suerte para el partido!

—Gracias —respondió, y cogió mi cara entre sus manos antes de besarme otra vez—. Ahora nos vemos, preciosa.

Se fue por el pasillo y volví con las demás, que esperaban un poco adelantadas, lo bastante cerca como para escuchar nuestra conversación y darnos intimidad a la vez.

—¡Voy a conocer a sus padres! —exclamé, intentando no gritar. No podía dejar de sonreír.

—Ya empezaba a pensar que se avergonzaba de ti o algo así —bromeó Alison, esbozando una sonrisa que no me pareció nada sincera.

A pesar de su tono, no pude evitar sentirme un poco decepcionada con su comentario. Me limité a sonreírle y las tres subimos a buscar un asiento en las gradas. Me senté entre mis dos amigas y esperamos a que el partido comenzase.

Las gradas estaban llenas, sobre todo de nuestros compañeros de

clase, gente del instituto contra el que jugaban y padres que iban a dar ánimos. Avisté a una pareja formada por un hombre de cabellos castaños entrecanos y ojos azules y una mujer pelirroja y más joven que él. Ambos parecían extranjeros, y recordaba haber visto al hombre en una foto junto a William, pero no podía estar del todo segura.

Los chicos salieron y el público entero aplaudió. Sonó un silbato y la pelota comenzó a botar de una mitad a otra de la cancha. Seguí a William con la vista; estaba guapísimo.

Había ido a verlo a montones de partidos y aún no me acostumbraba a lo bien que le sentaba el uniforme. El pelo oscuro alborotado por el esfuerzo, el sudor en la frente, esa cara de concentración…

Fue el primero en marcar una canasta, y tanto esa como todas las veces que lo hizo, aplaudí más y con más ganas que nadie. Aunque, a decir verdad, habría dado cualquier cosa por poder ponerme mis auriculares aislantes y ver a William correr, pero sin los gritos de la gente ni el estridente silbato.

—Nunca te he visto tan ilusionada con el baloncesto —comentó Debbie con gesto aburrido. Ya llevaba un buen rato callada.

—Quiero mostrar interés —le expliqué—. Que vea que lo apoyo y que me interesa lo que hace.

—¿Y qué vais a hacer cuando te vayas? —intervino Alison—. Nunca te lo he preguntado.

—Seguir como hasta ahora. La diferencia será que nos veremos menos. Lo hemos hablado, vamos a intentar estar a distancia, ir y venir cada vez que podamos, hacer videollamadas…, esas cosas.

Alison soltó una pequeña risita.

—¿A distancia? No lo veo.

—A la gente le funciona, y…

—A la gente, sí. Pero ¿a William? Antes de salir contigo ha estado con un montón de chicas, es a lo que está acostumbrado. No digo que te vaya a engañar, solo que os vais a ver poco y…, bueno, ya sabes. —Se encogió de hombros.

Resoplé. Aunque Alison y yo éramos muy amigas, en cuanto hablábamos de William, la situación solía crisparse un poco. Ella había salido con él durante un par de meses en primero, y aunque no fue nada serio y me juró que le parecía genial que saliese con él, a veces tenía la sensación de que en el fondo sí le molestaba.

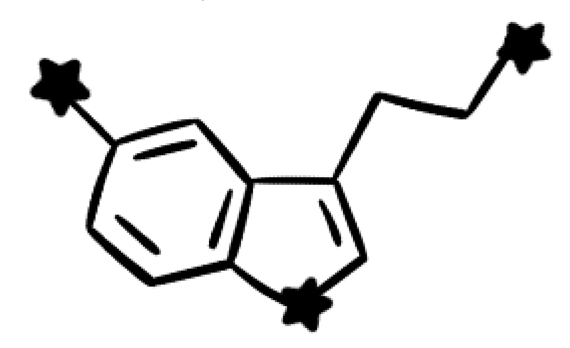
—Yo sí creo que va a salir bien —dije—. Nos queremos mucho el uno al otro.

—Oye, no hemos invitado a Leslie a la fiesta —comentó de pronto Debbie antes de que Alison pudiera responder, seguramente por cambiar de tema—. Acabo de verla allí sentada, no había pensado en ella antes.

—Tienes razón —respondió Alison, encogiéndose de hombros—. Luego le envío un mensaje, a ver si está libre el viernes.

Debbie asintió y nuestra conversación sobre William cayó en el olvido. Seguí la pelota con la mirada, decidida a no retomar el tema.

Él continuaba allí abajo, en la pista. Alzó los brazos, recibió un pase de Aaron y echó a correr. Una fila más arriba una chica suspiró. Yo no era la única enamorada de William, y lo sabía. Odié la posibilidad de que Alison tuviese razón, y decidí que tenía que hablar con él lo antes posible. Incluso si a él no le gustaba que sacara el tema de Francia, necesitaba que dejásemos las cosas claras.



—Qué pena que hayan perdido —suspiró Alison un rato después, en la puerta del gimnasio—. Sobre todo porque no van a poder jugar más contra ellos.

—Pero ha estado muy reñido —respondió Debbie, que para el último cuarto había terminado por interesarse como la que más por el partido, igual que le pasaba siempre—. Si no hubiesen fallado la última…

Las otras dos estuvimos de acuerdo con ella y seguimos caminando en dirección a la salida.

—¿Qué vais a hacer ahora? —les pregunté.

—Voy a ir con mi amiga de pádel a dar una vuelta —explicó Alison, haciendo un extraño énfasis sobre la palabra «pádel»—. Queremos mirar algunas cosas más para la fiesta. Se lo comenté y tiene muchas ganas de venir el jueves y conoceros a todas. Os va a caer genial.

—¿Cómo se llama? —preguntó Debbie—. Igual sabemos quién es. Hawthorn no es tan grande. ¿A qué instituto va?

—No, no. —Negó Alison con la cabeza—. Quiero que sea sorpresa.

Por algún motivo, su tono no me gustó. ¿Por qué tanto misterio alrededor de su amiga? ¿Por qué se ponía tan rara cada vez que hablaba de ella?

Quise cambiar de tema, porque cuanto más hablaba de su amiga misteriosa, más nerviosa me ponía. Me giré hacia Debbie.

—¿Qué vas a hacer tú, Debs?

—Es el cumpleaños de Hannah, así que en un rato la casa se llenará de preadolescentes y tendré que ayudar a mis padres.

—¡Es verdad! —exclamé—. Dan dijo algo ayer en la cena. Mi madre lo llevará sobre las cuatro.

Dan y Hannah, la hermana de Debbie, iban juntos a clase. Eran muy amigos, y siempre bromeábamos con que algún día los dos se enamorarían y nosotras seríamos familia. Como respuesta, ambos ponían siempre cara de asco, pero que a pesar de ello mi hermano se pusiese rojo como un tomate daba a pensar que en un futuro podría no ser una idea tan descabellada.

—Pues si quieres pasarte para la merienda, me alegrarás la tarde, porque voy a estar aburridísima.

—Por supuesto. Si no se nos alarga mucho la comida, te aviso y voy un rato.

Nos despedimos y ellas se marcharon. Esperé junto a la puerta, algo inquieta, y busqué a William con la mirada. Quería darle un abrazo para reconfortarlo, pero al acabar el partido se había ido directo al vestuario y no había podido hablar con él.

—No te encontraba. —Escuché su voz detrás de mí unos minutos más tarde.

Me giré. Lo abracé y él me apretó contra sí con fuerza. Su camisa desprendía olor a limpio y, aunque no hubiese estado planeado, me encantó que tanto el rosa pálido de su camisa remangada hasta el codo como el verde de sus pantalones hicieran juego con mi blusa.

—Lo habéis hecho genial.

—No tanto como deberíamos —resopló, frustrado, y se alejó de mí.

—Ha estado muy reñido —repetí las palabras de Debbie, que al final había estado más atenta de lo que yo había sido capaz. Con tanta gente en las gradas, me era imposible no distraerme—. Estoy muy orgullosa.

—Gracias. —Esbozó una media sonrisa—. Mi padre ha ido ya a por el coche. Vamos, que tienen muchas ganas de conocerte.

Caminamos hasta el exterior de la mano. Junto a la verja, un hombre que era la versión adulta de William nos esperaba sentado dentro de un Ford Focus negro. Se parecían mucho, pero su pelo era de un castaño más claro entremezclado con canas; era el hombre que había visto en las gradas.

William se sentó en el asiento del copiloto y yo en la parte de atrás.

—Hola, chicos —nos saludó el hombre con un marcado acento sueco. Sus ojos azules, idénticos a los de William, me observaron a través del espejo del retrovisor—. Encantado de conocerte, Carol. Soy

Niklas, el papá de William.

—Encantada. —Le sonreí antes de abrocharme el cinturón.

—¿Y Joanna? —le preguntó William.

—Ya está en el restaurante, ha ido antes.

—¿En serio va a…?

Niklas lo interrumpió con un breve comentario en sueco que por supuesto no entendí, pero que, por el tono —que a veces mis padres también empleaban conmigo—, debió de ser algo parecido a un «no empieces, luego hablamos».

Fuimos a un restaurante chino. La fachada del local estaba pintada de rojo, con un pequeño tejado verde que cubría la entrada y del cual colgaba un cartel con el nombre del restaurante tanto en chino como en inglés. Dentro, en una mesa rectangular cerca de la puerta, identifiqué a Viktor Aulin, que ojeaba distraído el menú. A su lado se encontraba una mujer pelirroja con el pelo ondulado que, en cuanto nos vio, esbozó una enorme sonrisa y empezó a saludar con la mano con más efusividad de la cuenta.

Ni siquiera se me había ocurrido pensar en que Viktor estaría allí. Tenía sentido, por supuesto, pero aun así, me sorprendió.

Me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja y nos acercamos a la mesa. La mujer se puso en pie y me cogió ambas manos sin pensárselo dos veces. Luego sonrió.

—Soy Joanna, qué ilusión conocerte por fin —exclamó—. Ven, siéntate aquí con Will. ¡Hemos oído hablar tanto de ti…!

Le sonreí y me senté junto a William. Viktor, frente a mí, me dedicó una disimulada sonrisa a medio camino entre la amabilidad y la incomodidad.

Niklas, al lado de su mujer, presidía la mesa.

—Will, qué novia más guapa tienes —siguió Joanna, encantada—. Tienes unos ojos preciosos, Caroline. Son de un azul muy bonito.

Compuse mi mejor sonrisa.

—Muchas gracias.

Leí el menú con William y decidimos qué comer antes de que llegase el camarero para tomar nota. Después, Niklas se aclaró la garganta antes de hablar:

—Hemos oído mucho de ti, Carol. Will nos ha contado que el año que viene estudiarás en Francia, ¿cierto?

—Todavía no es seguro del todo —vacilé—. Estoy esperando la confirmación.

¿Por qué me era tan difícil darle la noticia?

—Entonces imagino que sabrás francés.

—Sí, voy a clases desde pequeña.

—¿Y qué vas a estudiar en la universidad, Caroline? —me preguntó ella.

—Enfermería; quiero ser matrona.

—Qué bonito —comentó Joanna, y los ojos le brillaron—. Siempre quise estudiar algo de la rama de la salud, pero al final la vida me llevó a Arquitectura.

—Menos mal —sonrió Niklas—, porque así fue como nos conocimos.

—¿De verdad?

Ella asintió, nostálgica, como si solo de pensar en aquel momento pudiera volver a transportarse a él.

—Sí, en Suecia. Después de divorciarme, entré a trabajar a la empresa en la que estaba él.

—Y se enamoraron perdidamente a primera vista e hicieron el amor bajo las auroras boreales a menos mil grados y bla bla bla —masculló William, con el tono de quien ya ha escuchado la misma historia un millón de veces.

—¿Y cómo acabaron por mudarse a Inglaterra?

Entonces, se hizo un incómodo silencio. Se miraron los unos a los otros y me regañé por no deducir antes que, si William nunca hablaba sobre ello a pesar de todo el tiempo que llevábamos juntos, tal vez no era el momento más adecuado para preguntarlo.

Cuando pensaba que nadie iba a contestar, Viktor habló por primera vez:

—Ya sabes, el cambio climático. Los glaciares y tal. Se derritió el que teníamos al lado de casa y tuvimos que irnos.

Abrí mucho los ojos, horrorizada.

—¿Lo dices en serio?

—No del todo. —Se encogió de hombros—. Era por no alargar más el silencio.

—Necesitábamos un cambio de aires. —Los hombros de Niklas se tensaron—. A eso es a lo que se refería Viktor. Mis abuelos eran ingleses, y decidimos darle una oportunidad al país.

—Un cambio de aires. Sí, eso quería decir.

—No le hagas caso, Carol —suspiró el hombre—. Está enfadado porque no quería venir.

—Es que no sé por qué lo obligáis —protestó William—. Si no quería venir, se podía haber quedado en casa y no tendríamos que escuchar sus estúpidas bromitas.

—Porque es una ocasión especial, Will —dijo Joanna con voz pausada, toda sonrisas para evitar lo que, por la repentina tensión en el ambiente, parecía el inicio de una discusión—. Además, está castigado, no podía decir que no.

—Es verdad, ¿sabes que el viernes se peleó con una chica? —comentó William en tono de confidencialidad—. Ha tenido que ser con Maia. Aunque de no ser por que estuviste con Debbie el viernes de

compras, ella habría sido mi primera apuesta. La veo capaz de tirarse de los pelos con cualquiera por las notas de Química.

Me puse tensa y crucé una escueta mirada con Viktor. A riesgo de ser una mala amiga con Debbie, decidí no contradecirle. William no parecía saber nada más, y no quería que supiese que la chica en cuestión era yo.

El camarero regresó entonces con nuestra comida e hice lo que pude por actuar con normalidad.

—Bueno, como sea —dijo Joanna para cambiar de tema—. Es genial que quieras ser enfermera, y más aún que quieras estudiar en Francia; es importante ver mundo y conocer otras culturas. ¿Has ido alguna vez?

—Una vez, de pequeña. Hacía patinaje sobre hielo y a veces íbamos a campeonatos por otros países.

—¿En serio? Eso es maravilloso. Además, Francia no está tan lejos, y siempre hay vuelos baratos, así que podréis visitaros el uno al otro con frecuencia, ¿verdad, Will?

Él se llevó el tenedor lleno de arroz tres delicias a la boca justo en el momento en que Joanna lo miró, sin responder.

—¿Y tienes hermanos, Caroline? —preguntó la mujer, dispuesta a llevar todo el peso de la conversación sobre los hombros si era necesario.

—Uno, de doce años. Se llama Daniel.

—Entonces tus papás todavía tendrán a un niño en casa el año que viene. A nosotros se nos van los dos de golpe. Uno a estudiar Química y el otro, Derecho.

—Aunque la única razón por la que Will quiere estudiar Derecho es para sacarse a sí mismo de la cárcel algún día —dijo Niklas, y me guiñó un ojo.

—¿No será para sacarte a ti? —preguntó el aludido, que encontró el comentario de su padre muy divertido. Luego se dirigió a mí—. Pero no te preocupes, este no es el lado de la familia con antecedentes penales.

Joanna los fulminó a ambos con los ojos mientras yo los observaba sin comprender nada.

Por su lado, Viktor se puso un poco pálido y musitó algo en sueco en un tono que me hizo decidir que aquel era el almuerzo más incómodo de mi vida. Luego, William le lanzó una mirada hostil y respondió de manera cortante algo que, por supuesto, no entendí.

—Os he dicho mil veces —intervino Joanna con voz tensa— que no habléis en sueco si estamos con alguien que no lo entiende. Es de mala educación.

—Solo le he pedido que pare.

—Antes bien que parecía que querías sacar el tema —le reprochó

William—. ¿Ahora ya no?

—Por favor —musitó Viktor.

—Bueno, ya está, los dos —les cortó Joanna—. William solo bromeaba. Vamos a comer, y dejad ya el tema.

Vi que Viktor tenía la misma expresión que cuando bajé a buscarlo al patio el viernes. Esa expresión de niño herido y asustado. Clavó la vista en el plato y enrolló unos tallarines en el tenedor.

No tenía ni idea de qué había pasado en esa casa para que estuviesen así de tensos todo el tiempo y, mientras comenzaba a comer, agradecí que mi familia fuese tan normal.

Capítulo 12



Aunque obligado, lo cierto era que había ido a la comida contento.

Era raro ir a comer con mi familia y con Carol, pero después de nuestra conversación del viernes en la biblioteca, contaba con que fuera bien. Además, la noche anterior estuve hablando con Jake por mensajes, lo cual evitó que le diese demasiadas vueltas al asunto.

Al final, habíamos quedado para ir el próximo martes al cine. Aunque todavía no teníamos claro qué película ver, estaba muy ilusionado con la idea de volver a quedar con él a solas.

Así que ese domingo me había despertado optimista. Y eso no pasaba mucho.

Pero al final siempre era igual: William estaba de mal humor por haber perdido el estúpido partido y, como de costumbre, aprovechaba la menor oportunidad para hacerme daño.

Cuando empezamos a comer, mi madre sacó un tema de conversación que Carol siguió encantada y la tensión se disipó un poco en el ambiente. Dejé de escuchar lo que decían y me concentré en los tallarines.

William se había limitado a desviar la vista hacia otro lado cuando le pedí *por favor* que parase. Sabía lo que me dolía aquel tema. Sabía *cómo* me hacía sentir. Todos ellos lo sabían.

Pero ¿por qué no le importaba a ninguno?

Tras el divorcio de mis padres, solía pasar los fines de semana en casa de mi padre. Los odiaba, porque se los pasaba dormido en el sofá con resaca o emborrachándose fuera. Pero luego mi madre se casó con Niklas y las cosas cambiaron.

Al principio, para bien. William me acogió al momento como a su hermano y nos volvimos inseparables. Vivía en una casa limpia,

agradable, en la que me prestaban atención y me sentía cómodo y querido. Así que, por supuesto, no quería ni oír hablar de ir con mi padre después de descubrir qué era tener una familia *normal*.

Jamás creí que a él le importaría si iba o no a su casa. De todas formas, no me hacía ni caso. Pero siguió obligándome a ir, y si lloraba por no querer hacerlo, se ponía agresivo para reivindicar que «el payaso que se follaba a mi madre» no era mi padre, sino que él lo era.

Y entonces llegó lo peor. Lo peor de todo. Aquella semana horrible.

—¿Viktor? —llamó mi atención la voz de Carol.

—¿Sí?

Empezaba a faltarme el aire, y tuve que recordarme a mí mismo que estaba en un restaurante. En Hawthorn Bay. En Inglaterra. Muy muy lejos de mi padre. *A salvo*.

—Te preguntábamos que si quieres postre —explicó Niklas.

—Siempre quiero postre —respondí con naturalidad.

El camarero, un hombre de mediana edad con poco pelo y nariz aguileña, vino de nuevo a tomar nota y pedimos varios postres para compartir que no tardaron en llegar a la mesa.

—Muchas gracias por la comida —agradeció Carol con una sonrisa, y se arregló una manga de su blusa—. Todo ha estado muy rico y me ha encantado conocerlos.

—El placer ha sido nuestro, guapísima —respondió mi madre—. Teníamos muchas ganas de que Will nos presentase de una vez. Antes de que te marches a la universidad, tienes que venir a casa a cenar algún día, ¿de acuerdo?

—Cuando quieran —asintió ella.

William le puso una mano sobre el brazo con cariño y sonrió. ¿Qué pensaría de que ella se fuese a Francia?

Hubo un tiempo en el que William y yo siempre sabíamos qué pensaba el otro en todo momento. Ahora, sin embargo, era para mí un misterio imaginar qué se le pasaría por la cabeza.

—Ya solo falta que Viktor se consiga una amiguita —sonrió mi madre con entusiasmo.

—O un amiguito —propuso William.

—No digas esas cosas —lo regañó ella, como si la idea le pareciese absurda—. Él no es *así*.

—Tampoco ha tenido nunca novia.

—Bueno, Will, eso no quiere decir nada, ya tendrá tiempo de novias. *Si* llevaras razón, ya nos preocuparíamos entonces. Pero no es el caso. ¿Verdad, Viktor?

A pesar de todo, apreté los labios en un intento de forzar una sonrisa. No quería entrar en discusiones.

Carol, por otro lado, alzó ambas cejas, como si no diese crédito a

lo que acababa de oír, y luego me miró casi con lástima.

—Tampoco habría nada de lo que «preocuparse» en ese caso —empezó a decir, con una cordialidad que parecía menos sincera que antes—. Tanto si no le gustasen las chicas como si no *solo* le gustasen las chicas, sería algo normal.

—Que algo sea normal no quiere decir que esté bien —la corrigió Niklas.

—¿Y eso por qué? No le haría daño a nadie. No entiendo cómo…

William le dio un disimulado codazo para que se callase y ella frunció el entrecejo.

—¿Me acabas de mandar callar? —preguntó, incrédula, casi en un susurro.

—No, claro que no —murmuró él entre dientes, como queriendo dar por zanjado el tema.

—Sí que lo has hecho, y sabes lo mucho que odio que me manden callar.

—Carol, no empieces, por favor. Aquí no.

Ella soltó una risita irónica.

—¿Que no empiece con qué? ¡Son ellos los que…!

—Bueno, será mejor que dejemos el tema —la interrumpió mi madre, con los labios convertidos en una fina línea.

—Sí, será lo mejor —murmuré—. Me voy para casa, que tengo que estudiar.

Me puse en pie para luego dirigirme a la salida, mientras la discusión entre Carol y William continuaba de fondo.

—Viktor, no hemos terminado de comer —dijo mi madre en tono reprobatorio.

Fingí no haberla escuchado y me pareció escuchar un «creo que yo también voy a irme a casa» de parte de Carol mientras bajaba las escaleras del restaurante, pero no me detuve.

En parte, comprendía a mi madre: ella quería una familia «normal», feliz y unida. La quería con desesperación. Yo también, más que nada en el mundo. Y la peor parte era haberla tenido para perderla después.

Pero las cosas eran así, y no iban a volver a ser como antes. Su familia perfecta no podría existir mientras yo estuviese allí.

Estaba demasiado roto para eso.

—Viktor, espera. —A mi espalda, escuché una voz que ignoré—. Por favor, no me hagas correr, que llevo tacones.

—Entonces no me sigas —le pedí.

—Espera, por favor.

Di media vuelta y encontré a Carol unos metros detrás de mí. Me paré hasta que me alcanzó.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No tenías que defenderme. Me da igual lo que digan —mentí.

—No te defendía, solo daba mi opinión.

—Bueno, pues deberías volver. Tu novio se va a enfadar.

Carol se encogió de hombros, malhumorada.

—Soy yo la que está enfadada. No soporto que me manden callar. Y menos aún que me traten como si fuese tonta o no supiese de lo que hablo.

—De acuerdo. —Hice una pausa, esperando a que dijera algo más. No lo hizo—. ¿De qué querías hablar?

Tardó unos segundos más en responder, dubitativa. Antes de hacerlo, dejó escapar un largo suspiro.

—¿Me acompañas a casa y te lo cuento por el camino?

—¿No podemos hablarlo aquí?

Carol lanzó una breve mirada hacia atrás, al restaurante, que había quedado a unos cuantos bloques de distancia. Si alguno de los tres salía, no tardaría en vernos allí, y lo último que quería era continuar con la conversación de antes.

—Podemos ir en bus —añadió—, estos zapatos me están destrozando los pies.

La idea de subir a un autobús en aquellos momentos no me gustaba demasiado, y menos en uno en dirección a su casa. Sin embargo, volver a la mía implicaba pasar el resto del día encerrado en mi habitación, con las palabras de mi madre y Niklas repitiéndose en bucle en mi cabeza una y otra vez. Así que, incluso si solo era por eso y la curiosidad por saber de qué quería hablar, acepté.

En silencio y con paso lento, fuimos hasta la parada más cercana. Esperamos unos cinco minutos antes de que llegase el autobús.

Apenas intercambiamos un par de palabras durante el trayecto. A pesar de lo que había dicho de hablar por el camino, Carol se dedicó a mirar a través de la ventana, a observar todo lo que dejábamos atrás. Los coches, los edificios, las calles. Y supe que iba tan distraída que, si en aquel momento le contase el secreto mejor guardado del universo, no obtendría ninguna reacción por su parte.

Pronto salimos del centro y llegamos a esa zona de barrios residenciales con casas adosadas y suburbanas a la que había ido días antes a estudiar. Recordar las cosas que me dijo en su habitación hizo que me cuestionara qué estaba haciendo con la novia de William en un autobús. Quedar con Jake a solas había salido bien, pero él nunca se había portado mal conmigo. En cambio, Carol…

Eché la cabeza hacia atrás con un suspiro. Debería haberme ido a casa.

Cuando ya llegábamos, tuve que avisarla varias veces hasta que logré captar su atención. Entonces, me pidió que esperásemos una

parada más.

No entendí por qué, pero tampoco me atreví a preguntar.

Nos bajamos por fin y Carol echó a caminar por una calle que, o estaba muy desubicado, o era en dirección opuesta a su casa.

—Creo que vives por allí. —Señalé hacia atrás.

Ella soltó una carcajada algo tensa.

—Sí, sé dónde vivo. Quiero que vayamos a un sitio.

—¿A dónde?

—Ahora verás.

El corazón comenzó a latirme más rápido de la cuenta y me quedé plantado en el sitio. ¿A dónde me estaba llevando?

—No —dije con rotundidad—. Dime a dónde vamos.

Carol, que ya había avanzado algunos metros, se detuvo y dio media vuelta.

—Es aquí al lado, no te preocupes —me aseguró. Debió de ver que, efectivamente, sí que me estaba preocupando, porque suavizó el tono antes de volver a hablar—: Es un sitio al que voy cuando necesito silencio.

Cuando me miró a los ojos, reconocí en los suyos una vulnerabilidad que me descuadró por completo y que hizo que, aunque fuese por esta vez, quisiera fiarme de ella. Ya había llegado hasta aquí y, a unas malas, supuse que podría correr más rápido que Carol en tacones.

La seguí. No tardamos en estar todavía más en las afueras, y las aceras asfaltadas dieron paso a un camino de tierra rodeado de una arboleda que se hizo cada vez más densa.

Pronto, una suave ráfaga de viento trajo consigo olor a sal, aunque no me sonaba que hubiese ninguna playa por allí cerca.

Tras un corto paseo, salimos de entre los árboles a un mirador y me quedé con la boca abierta.

Cuarenta metros bajo nuestros pies, al otro lado de la barandilla, el océano se extendía infinito hasta el horizonte. Las olas rompían contra las piedras del acantilado y el viento silbaba al colarse entre los recodos de la vasta pared de roca.

Ella se apoyó contra el muro de piedra de más o menos un metro y medio que nos separaba del borde del acantilado y me observó, alzando las cejas.

—¿Conocías este sitio?

—Lo he visto desde la playa, pero nunca se me había ocurrido por dónde se… ¿Por qué estamos aquí?

—Por lo que dijiste el otro día, en el patio —confesó, y se dio la vuelta para observar el agua, con el aire agitando sus rizos—. Lo del silencio. Me ha parecido que lo necesitabas. Ha sido una comida muy incómoda y rara. No te lo tomes a mal.

Aunque éramos los únicos allí, no había silencio como tal. Las olas y el sonido de las gaviotas se entrelazaban con el olor a mar y tierra. Pero era agradable, porque en cuanto a lo que me hacían sentir, eran lo más parecido al silencio.

Apoyé los antebrazos sobre la fría y lisa piedra que hacía de barandilla.

—Es una costumbre sueca. —Esbocé media sonrisa—. Ya sabes, incomodar a los invitados hasta que se van. No nos gusta mucho la gente.

Volvió a mirarme, y en su rostro se dibujó un gesto de desconcierto.

—¿De verdad?

—No. —Me reí—. Ni que fuésemos salvajes.

—¡Oye! —exclamó indignada—. ¿Eso era una broma? ¿Como lo de los glaciares?

—El cambio climático no es ninguna broma, es un tema muy serio, ¿sabes?

Carol chasqueó la lengua, conteniendo una risita.

—Vaya bromas más raras haces.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué esperabas de mí, exactamente?

—Que no supieses hacer bromas. Que fueses un robot. No sé, algo así.

—Puedo ser un robot con sentido del humor, ¿no? De todos modos, la costumbre no es sueca. Es más bien de mi familia, pero creo que significa que les caes bien. A veces no lo tengo muy claro.

Carol hizo un mohín, un poco contrariada.

—Qué difíciles sois.

—Por algo nos gusta complicar las cosas. Siento que te hayas visto metida en todo esto.

—No es culpa tuya. —Hizo una pausa y se pasó un mechón de pelo tras la oreja—. Por cierto, antes William ha dicho algo del «lado de la familia con antecedentes penales». ¿A qué se refería?

Dudé entre si decir la verdad o intentar soltar otra broma absurda. Al final, opté por ser sincero:

—A mi padre —expliqué, y un nudo se asentó en mis estómago con tan solo mencionarlo—. Vinimos a Inglaterra por su culpa, por algo que hizo. Era un poco violento.

Tragó saliva, y me pareció ver cómo palidecía un poco.

—¿Te pegaba? —preguntó, algo insegura.

—Algunas veces —murmuré, no quería pensar en ello—. Después del divorcio, sobre todo.

Carol hizo amago de mover la mano, pero pareció arrepentirse al momento. Luego, me miró dubitativa durante un momento y,

finalmente, me la puso sobre el brazo con suavidad.

—Vaya. Lo siento, Viktor.

Cogí aire y lo aguanté unos segundos antes de soltarlo. Notaba un nudo en la garganta y no tenía del todo claro por qué.

—Está bien, ha pasado mucho tiempo.

—¿Lo sabe tu madre?

Clavé la vista en el suelo y le di un golpecito a una piedra con la punta del zapato.

—Sí, pero prefiere hacer como que no pasa nada. Igual que con todo lo demás.

—¿Y has vuelto a verlo desde entonces?

—Por suerte, no. La madre de William sí que viene a veces a verlo, pero Niklas no quiere que él vaya a Suecia, por si acaso.

—Nunca habla de su madre. —Pareció sorprenderse de sus propias palabras, como si no hubiese pensado demasiado en ello hasta entonces—. Ni de su familia, en general.

—Ya, lo entiendo. Su madre es bastante rara, no sé. Lo quiere, pero también pasa mucho de él. Siempre se ha sentido más cómodo con su padre, y mi madre lo quiere como a un hijo. O más, porque parece que últimamente él le da menos disgustos. Y le gustan las chicas, que según ellos es como deben ser las cosas, ya los has oído.

Me apoyé de nuevo en la barandilla y observé el agua golpear las rocas unos metros más abajo. Una idea oscura y macabra surgió como un eco desde el fondo de mi mente, susurrando que todos estarían mejor sin mí, que no era más que una decepción y una carga. No era la primera vez que pensaba en ello, pero todas y cada una de las veces me golpeaba con la misma fuerza.

Aparté la vista del agua y miré hacia arriba, al cielo salpicado de pomposas nubes.

—Bueno, ya hemos hablado mucho de mi ruido mental. ¿Cuál es el tuyo?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa.

—¿Ruido mental?

—Sí, has dicho que a veces también necesitas silencio.

—Es que no suelo hablar de ello con nadie. —Esbozó una sonrisa cohibida—. Vas a pensar que soy rara.

Alcé ambas cejas, sorprendido.

—¿A Caroline Hudson le preocupa que *yo* piense que es rara?

Dejó escapar una risita nerviosa.

—Ya, supongo que es justo que te lo cuente. —Hizo una pausa en la que miró hacia el horizonte, donde el océano y el cielo se perdían. Luego, suspiró—. No sé bien cómo explicarlo, porque es algo que me pasa desde siempre. Es como que… Que funciono un poco diferente.

—¿A qué te refieres?

Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja, nerviosa.

—Tengo déficit de atención —empezó a decir—. Me lo diagnosticaron con seis años, más o menos, porque siempre estaba muy dispersa. Pensaban que no escuchaba bien, pero en realidad era que no era capaz de prestar la suficiente atención. En el colegio, las niñas se metían conmigo, sobre todo una de ellas, y decían que era tonta. Los profesores tampoco esperaban demasiado de mí, porque molestaba mucho.

La voz le tembló un poco y esbozó una sonrisa cargada de tristeza. Me costó imaginarla en esa situación cuando era de las chicas más populares del instituto. Antes de poder pensar en qué decirle, siguió hablando:

—Y, además, soy muy sensible a algunos estímulos. Ya sabes, ruidos, sabores, texturas… Mi cerebro los percibe con más intensidad que otras personas y responde como si fueran más intensos de lo que son, porque no sabe qué hacer con ellos. Lo llaman trastorno de procesamiento sensorial, aunque no está reconocido como un diagnóstico oficial, según tengo entendido.

—Suena como un superpoder, pero uno muy desagradable.

Ella lo pensó y pareció hacerle gracia ese comentario.

—Ya, suena raro, pero es simplemente un asco. —Se encogió de hombros—. Mi cerebro quiere procesarlo todo a la vez y no sabe decidir qué es más importante. A veces, el interior de mi cabeza es como estar rodeada de un montón de gente hablando a la vez en una sala llena de luces de colores. Por eso a menudo estoy tan distraída; cuesta concentrarse cuando todo quiere llamar tu atención al mismo tiempo.

—Vale, ahora me siento mal por haberme enfadado el primer día que estudiamos juntos.

Carol se sorbió la nariz y se secó una lágrima que amenazaba con escapar de sus lacrimales. Luego, se rio.

—Tampoco fui muy amable. Pero está bien, empecé a recibir tratamiento de pequeña. Es por lo que empecé a patinar: para el equilibrio, la concentración y tal. Ahora lo tolero todo muchísimo mejor. Antes siempre me daban arcadas con la textura de la comida, por ejemplo, y no era capaz de ponerme ropa que no fuese ancha y suave. Ahora aún hay cosas que me molestan, pero en menor medida.

Asentí con la cabeza, comprensivo.

—Gracias por contármelo —le dije. Abrirse en canal nunca era fácil—. Y no pienso que seas rara.

Ella sonrió.

—Yo tampoco pienso que tú seas raro.

—Sí que lo piensas.

—Vale, sí, pero es por costumbre. Ahora no lo pienso tanto.

Los dos nos reímos.

—¿Te apetece que nos sentemos un rato?

Asentí y nos sentamos en una mesa de picnic de madera cerca de la barandilla. A Natalie le encantaría aquel sitio; siempre hablaba de las ganas que tenía de hacer un picnic.

—Gracias por enseñarme este sitio.

—No hay de qué. —Carol sonrió—. Puedes venir siempre que necesites silencio o reordenar tus pensamientos. Casi nunca hay nadie y se está muy bien.

Le devolví la sonrisa, agradecido.

—Al final no me has dicho de qué querías hablar.

—Solo quería traerte aquí. Y asegurarme de que seguía en pie lo de estudiar juntos mañana.

—Me parece bien.

—Si hace buen tiempo, podemos volver.

—Por favor. —Sonreí, encantado con la idea.

Los dos permanecimos allí un rato más. Miramos el océano y escuchamos a las gaviotas, y cuando el sol comenzó a ponerse y el horizonte se tornó naranja, regresamos por donde habíamos venido, comprendiéndonos algo mejor el uno al otro.

Porque a veces el silencio es más que suficiente.

Capítulo 13



—Está bien, Aaron. Vuelve a tu sitio —suspiró con pesadez el señor Jefferson, que aquella mañana había decidido pedir voluntarios que saliesen a hacer ejercicios a la pizarra.

Aaron regresó a su pupitre tras encogerse de hombros, consciente de la catástrofe que había hecho en la pizarra. Incluso yo fui capaz de ver que no daba pie con bola.

En parte, me consoló saber que no era la que estaba más perdida en la clase y, al mismo tiempo y con cierta indignación, me pregunté por qué, entonces, no veía al señor Jefferson pedirle a Aaron que estudiase con Viktor.

—A ver, ¿alguien que sepa en qué se ha equivocado el compañero?

—¿En las unidades? —preguntó Maia desde la segunda fila.

—Cierto, cierto, bien visto —contestó el profesor, aunque no parecía ser esa la respuesta que esperaba—. ¿En algo más?

—En la fórmula —intervino Viktor, y señaló la parte de abajo de la pizarra—. Está al revés.

El hombre asintió, conforme.

—Muy bien. Aaron, tienes que prestar más atención o el resultado cambia por completo. Al resto, lo mismo os digo. En el último examen, más de uno y de una escribió mal las fórmulas, así que cuidado con los despistes. ¿Alguien más quiere salir?

—Qué asco de empollón —murmuró Aaron desde el asiento de detrás. A Robert, a su lado, le hizo mucha gracia el comentario.

Debbie, que lo había escuchado al igual que yo, puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua. Luego me miró y sonrió.

—Gracias por pasarte ayer por el cumple de Hannah. Estuve a

punto de morir de aburrimiento, menos mal que llegaste.

—Habría ido más temprano, pero la comida se alargó un montón —dije.

Lo cierto era que, con todo lo ocurrido, ni siquiera me había acordado de que le prometí que iría a visitarla después del almuerzo, y no llegué a su casa hasta que ya empezaba a oscurecer. Pero el tiempo se me había pasado volando allí en el acantilado con Viktor y, al despedirnos, lo hice con la certeza de que lo conocía muchísimo más después de aquella tarde.

Siempre había creído que no era más que un empollón y un repelente. Que se creía mejor que el resto y que si la gente se reía de él, debía de ser porque era insoportable. Por llevar su «rareza» como un estandarte en lugar de esconderla como yo suponía que tenía que hacer.

Mi propio «ruido mental», como él lo había llamado, llevaba años haciéndome sentir un bicho raro. Por ello siempre había hecho lo posible por ocultarlo, hasta el punto en que en ocasiones me abrumaba la sensación de que los muros tras los que me escondía se derrumbarían en cualquier instante. Y, entonces, todo aquello que no quería que nadie viera quedaría expuesto a la luz del día, sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Quizás eso era lo que tanta rabia me daba de él: que ni siquiera se molestaba en disimular sus diferencias, mientras que yo llevaba media vida esforzándome en mantenerlo todo bajo control y que nadie viese que la verdadera Caroline Hudson no era capaz de ordenar ni sus propios pensamientos.

Pero hablar de ello en voz alta por una vez había sido tan agradable que no pude evitar preguntarme si no estaría equivocada respecto a Viktor. Si, quizás, la gran diferencia entre nosotros consistía en que él no se avergonzaba de ser quien era.

—No te preocupes, al menos apareciste. —La voz de Debbie me sacó de mis pensamientos—. Alison también dijo que se pasaría y ni siquiera me escribió en toda la tarde, y eso qué estaba por ahí de paseo.

—Sabes que no le gustan demasiado los niños.

—Ya, pero al menos podría…

—Caroline, ¿podrías salir a la pizarra a hacer el siguiente ejercicio? —preguntó el señor Jefferson al pillarnos distraídas.

Debbie puso cara de culpa. Sin embargo, estaba preparada, así que le sonreí para que viera que no pasaba nada y caminé con confianza hacia la pizarra. Ya me advirtió de que el lunes tendría que salir a hacer el ejercicio de la otra vez y, por tanto, lo había memorizado, tal y como Viktor me había enseñado a hacerlo.

El señor Jefferson me pidió que hiciese el ejercicio número cuatro

y toda mi confianza quedó reducida a poco más que polvo cuando leí el enunciado: ese no era el ejercicio del miércoles pasado.

Tras un instante de pánico en el que creí que volvería a hacer el ridículo delante de la clase, comprendí que, como había dicho Viktor, sí que se parecía un poco al del otro día.

Respiré hondo. La base. Tenía que entender la base del ejercicio.

Cogí la tiza y comencé a copiar los datos importantes en la pizarra y a escribir las fórmulas y reacciones.

—Numeritos —tosió Viktor con disimulo desde su asiento en primera fila cuando el señor Jefferson no miraba.

Comprendí, por sus explicaciones del viernes en detención, que se refería a que la reacción no estaba ajustada y que eso era lo primero que tenía que hacer. Lo borré casi todo y me puse manos a la obra. Me llevó unos cuatro minutos de estrujarme el cerebro pero, al final, lo conseguí.

Dejé la tiza sobre la mesa casi como si quemara y me limpié las manos en la falda al instante, aliviada por no tener que tocarla más. El profesor repasó el ejercicio y contuve la respiración, expectante.

El señor Jefferson sonrió y en su mirada se reflejó una mezcla entre sorpresa y satisfacción.

—Te han faltado algunas cosillas, pero lo has hecho muy bien.

Viktor esbozó una discreta sonrisita de aprobación desde su mesa y regresé a mi sitio con la cabeza bien alta.

Si en apenas una tarde de estudio con él había aprendido a hacer eso, era muy probable que para final de curso fuese incluso capaz de sacar buena nota en el último examen.

—Parece que alguien se ha puesto las pilas —me felicitó Debbie en voz baja.

—Ya era hora. Quiero ir a Toulouse.

—Vas a ir, estoy segura.

Le sonreí y Viktor se levantó para hacer un ejercicio en la pizarra. Observé que Debbie no le quitó el ojo de encima en todo el tiempo. De pronto me pareció inevitable que mi amiga acabara con el corazón roto y me sentí fatal por ella.

Incluso si se lo comentaba en confianza, no me fiaba de que se le pudiera escapar delante de Alison. Si eso ocurría, todo el mundo se iba a enterar, y aunque no tenía nada de malo, no era mi lugar hablar sobre ello.

Además, él ahora sabía algo de mí que ni siquiera le había contado a mis amigas más cercanas.

La clase terminó y bajé con Debbie a la cafetería, como de costumbre, y pedimos un sándwich para las dos. Buscábamos una mesa en la que sentarnos cuando atisbé una cabellera oscura acercarse a nosotras con rostro serio.

—¿Podemos hablar?
—Ahora no, William.
—Será un momento.
—¿Y no puede esperar? Se me va a enfriar la comida.
—Es importante —insistió—. Por favor.
Suspiré, resignada.
—Vale, pero solo un minuto.
Debbie, por su parte, cogió con una servilleta su mitad del sándwich, del que aún salía algo de humo.
—Voy a buscar a Alison —anunció antes de irse.
Cuando nos quedamos a solas, William se acercó un paso más a mí, mirándome con esos hipnóticos ojos azules.
—¿Por qué te fuiste así ayer?
—Sabes perfectamente por qué —dije, obligándome a no derretirme con su cara de conciliación—. Quería quedar bien delante de tus padres, pero hay cosas con las que no estoy dispuesta a quedarme en silencio.
—Lo sé, lo sé. Es que es preferible no llevarles la contraria. Son un poco antiguos y pueden ponerse muy pesados.
Resoplé.
—¿Entonces por qué sacaste el tema?
—No es ningún secreto que las chicas no le interesan demasiado. Si su madre no lo ve es porque no le da la gana.
—Pero eso es cosa suya y de nadie más. —Me encogí de hombros. A mi lado, una chica que pasaba con una bandeja en las manos se nos quedó mirando un segundo. Se dio cuenta de que la había pillado cotilleando y siguió a lo suyo—. Y no responde a mi pregunta.
William se pasó una mano por el pelo, pensando en qué responder.
—Mira, estaba cabreado por lo del partido —admitió—. Y con Joanna y mi padre, por obligar a Viktor a venir. Y con él, por arruinarlo todo como hace siempre. Solo quería molestarlo, pero sé que la comida ya estaba siendo un desastre antes de que yo abriese la boca, lo siento.
—Bueno, pues fue incomodísimo. ¿Siempre coméis así?
—No, no. Claro que no —negó, pero la expresión de su cara dio a entender lo contrario—. Es solo que estaba de mal humor y no pensé en lo que decía. Estábamos todos un poco tensos.
—Está bien, pero ni se te ocurra volver a mandarme callar, y menos aún por dar mi opinión. Me molestó muchísimo.
Él asintió varias veces.
—Fue para que te dejaran tranquila. —Enredó un dedo en uno de mis rizos. Me sonrió y no me quedó otra que ablandarme—. No quería que te dijesen nada a ti, solo quería cambiar de tema porque me di

cuenta de que había metido la pata.

—Pues no lo hagas más, si alguien me dice algo, soy más que capaz de defenderme sola. Lo digo en serio.

—Tienes razón, lo siento. No volverá a pasar —prometió.

Me dio un beso en la mejilla y yo sentí cómo cualquier resto de mi enfado se derretía por completo. Lo creía; creía en que se arrepentía de verdad por haber hecho algo que me molestó y que no volvería a hacerlo más.

—Por cierto, William… —empecé a decir, dubitativa—. Hay algo de lo que tengo que hablarte.

—¿De qué?

Él me miró expectante, con aquellos vibrantes ojos azules, y cada diálogo mental que había tenido conmigo misma se fue al traste en un segundo. No tenía que ser tan difícil: «William, he recibido el correo, tengo la plaza. Lo he conseguido, me voy a estudiar a Toulouse».

—Es sobre…

—Tío, ¿dónde estabas metido? —me interrumpió Aaron, acercándose a nosotros—. Llevamos un rato buscándote.

—He estado aquí todo el tiempo —respondió él.

—Ven, que el entrenador quiere hablar con todos.

—Ahora estoy ocupado.

—Ya, bueno, eso díselo a él, no a mí.

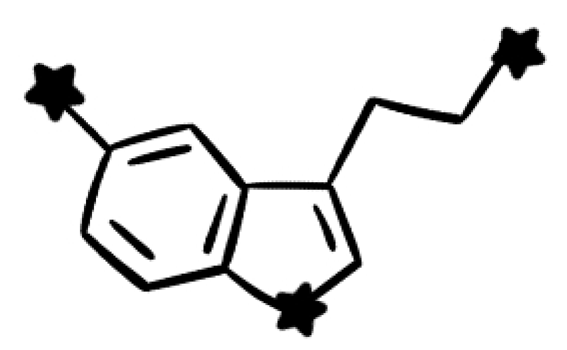
William nos miró a uno y a otro, indeciso.

—Ve, no te preocupes —le dije—. Lo mío puede esperar.

Sonrió a modo de disculpa y nos dimos un beso rápido antes de que se marchase con sus amigos.

En cuanto se fue, suspiré, tan decepcionada como aliviada.

Y, tal y como llevaba haciendo durante las últimas semanas, me prometí a mí misma que al día siguiente, sí o sí, se lo contaría de una vez.



Aquella tarde, sentados uno junto al otro en el escritorio de mi habitación, Viktor y yo nos dedicamos a estudiar formulación orgánica, e incluso nos metimos en la inorgánica. No hablamos de las cosas que él me había contado, ni de las que yo le había confesado el

día anterior. Nos limitamos a pasar la tarde entre apuntes de Química y comentarios superfluos acerca de ella.

Hacía frío en la calle, así que habíamos optado por quedarnos en mi casa. Aunque seguía pareciéndome muy extraño tener a Viktor Aulin sentado a mi lado y explicándome los ejercicios de Química, en esta ocasión el ambiente era distinto al de las veces anteriores, mucho más tranquilo.

—¿Se puede? —preguntó mi madre desde detrás.

Viktor y yo, muy concentrados en la búsqueda de un número atómico en la tabla periódica, nos sobresaltamos.

—¡Qué susto! —exclamé, dándome la vuelta con una mano al pecho.

Ella se rio, apoyada en el armario.

—Pues llevo aquí un rato mirando. No te he visto tan concentrada en años. —Miró a Viktor—. Vas a tener que venir más a menudo. Tomad, os he traído esto, que esos cerebros necesitan glucosa.

Dejó sobre la mesa una bandeja con magdalenas de limón, galletas de mantequilla con chispas de chocolate y dos humeantes tazas de té verde.

—Muchas gracias —dijo él, y cogió una galleta. Puso la mano debajo para que no cayesen migas al suelo ni sobre la mesa y la probó. En cuanto lo hizo, se le iluminaron los ojos—. Qué buenas están.

—Me alegro de que te gusten.

—Las mejores que he probado en la vida.

Mi madre sonrió, orgullosa. Cabría pensar que al ser médica no comeríamos en casa nada que no fuese saludable, pero le encantaba la repostería, y cada vez que venía una visita, le gustaba ir a toda prisa a la cocina a preparar algo. Y es que si algo le gustaba más que hacer galletas y bizcochos era que la gente le dijese lo buenísimos que estaban sus postres.

—Enhorabuena —felicité a Viktor—, acabas de ganar una pensión vitalicia de galletas de mantequilla.

—Por fin buenas noticias —sonrió él—. Muchas gracias, señora Hudson.

—No tienes que darlas, coge todas las que quieras —añadió ella —. Y llámame Diane.

Dicho esto, salió por la puerta. Tras unos segundos durante los cuales nos miramos en silencio, cogí la taza caliente con ambas manos para calentarlas.

—En serio, estás perdido —le advertí—. Ahora, cada vez que vengas, te recibirá con dulces. Antes de entrar en la universidad, trabajó un verano en la panadería de su tía y se pasaba el día haciendo bizcochos. Cada halago a sus pasteles va directo a su corazón, pero si los rechazas, también será como si se lo rompieras.

—Nunca haría algo así —negó con rotundidad, y le dio otro mordisco a la galleta que tenía en la mano—. Estoy dispuesto a salir de aquí rodando si hace falta.

—Entonces mi madre te va a adorar. —Le di un sorbo al té y luego lo miré con curiosidad—. Por cierto, ¿crees que aprobaré?

Viktor torció el gesto y puso cara de circunstancias antes de hablar:

—No sé yo. Tendrás suerte si sacas un dos.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Un dos? —balbuceé—. Pero saqué más nota en el otro examen, y hay cosas que ahora he aprendido a hacer y…

—Era una broma.

—¡Otra vez! —protesté.

Él esbozó una tenue sonrisa, algo cohibido.

—Digo más tonterías de las que parece, deberías dejar de creértelas todas.

—No es culpa mía, hablas con tanta seguridad… No me acostumbro a que sepas hacer bromas, por raras que sean. Ahora en serio, ¿crees que tengo posibilidades de sacar el notable?

Se lo pensó durante más tiempo de la cuenta y, con un pinchazo de decepción, tuve claro que esta vez no bromeaba.

—A ver —empezó a decir, inseguro—, si el examen fuese mañana, te diría que no. La buena noticia es que aún nos queda tiempo, y aprendes rápido.

Sonreí y puse la taza sobre la mesa.

—Entonces vamos a seguir.

—Pero no he terminado —dijo, e hizo un mohín, señalando la bandeja.

—De acuerdo —suspiré—, puedo esperar un poco, pero no demasiado.

Él cogió una magdalena, pero poco después, su expresión se volvió seria.

—Oye, ¿te ha dicho algo hoy William? —preguntó mientras quitaba el papelito que envolvía la parte inferior del dulce—. Ya sabes, sobre lo de ayer.

—Se ha disculpado por mandarme callar, y por hacer la comida todavía más incómoda. También me ha dicho que sacó el tema por molestarte, solo eso. ¿A ti te dijeron algo?

Viktor dejó escapar una risa que sonó hueca.

—Que fue de mala educación levantarme e irme antes de que terminásemos de comer. —Se encogió de hombros—. Sobre lo otro, nada.

—¿Y alguna vez has intentado hablar con ellos sobre el tema?

Distraído, cogió un pellizco de la magdalena para luego llevárselo

a la boca.

—Un par de veces —murmuró, evitando mirarme—. Mi madre siempre lo evita, porque si finge que algo no está ahí, deja de existir.

Me mordisqueé el labio inferior y suspiré.

—Tú sabes que no llevan razón en nada de lo que dijeron, ¿verdad?

—Ya. —Asintió, con los hombros tensos—. Al principio sí que me costó un poco asumirlo, pero ahora… No sé, si no aceptan que sea gay, tampoco es culpa mía.

Su tono de voz fue decreciendo a medida que hablaba, hasta casi convertirse en un susurro. La cara se le había puesto roja como un tomate y decidí dejar el tema a un lado.

—Si no lo entienden, el problema es de ellos. ¿Quieres que sigamos con los ejercicios?

Viktor tardó más de la cuenta en responder. Se movió en la silla, algo inquieto, y se atrevió a mirarme.

—¿Te importa si te cuento una cosa antes?

Fruncí el ceño, un poco extrañada, pero asentí con la cabeza.

—Claro, dime.

—Es que mañana… —Volvió a apartar la mirada—. Bueno, he quedado con un chico. Ni siquiera sé si le gusto, pero estos días ha dicho cosas que… En fin, hace días que se lo quiero contar a alguien, pero mis amigos no lo van a entender.

Me desconcertó que, a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, Viktor considerase que, en este caso, yo lo comprendería mejor que sus propios amigos. De todas formas, hice lo que pude por disimular la expresión de sorpresa y asentí despacio; tampoco quería que se arrepintiera de habérmelo contado.

—¿Por qué no?

Se rascó la nuca y esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Por quien es —admitió—. Prefiero ver cómo va todo antes de decirles nada. No se lo digas a William, por favor. No quiero tener más drama en casa.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. —Me pasé el pulgar y el índice por los labios como si cerrara una cremallera—. Espero que vaya muy bien, de verdad.

Los ojos de Viktor brillaron con ilusión y puso la taza vacía sobre el escritorio.

—¿Seguimos? —preguntó con un leve movimiento de cabeza, señalando el libro de Química.

Apuré el té y esbocé una amplia sonrisa.

—Venga, vamos.

Capítulo 14



Jake 15 de mayo, 13:21

¿Entonces nos vemos esta tarde en la entrada del centro comercial?

Donde nos despedimos el otro día, así seguimos por donde nos quedamos

Hay una peli que tengo muchas ganas de ver, pero no sé si te gustan las de miedo

Releí los mensajes de Jake una y otra vez e hice lo que pude por mantener la cara seria y no sonreír como un idiota.

—¿Qué miras que es tan gracioso? —preguntó Tom con curiosidad, y estiró el cuello para intentar ver la pantalla de mi móvil desde el otro lado de la mesa de la cafetería.

Como cada vez que llovía, teníamos que renunciar a nuestro sitio de siempre bajo las gradas e ir, como todo el mundo, a la cafetería del instituto. La principal razón por la que nunca entrábamos allí era por huir del barullo, pero era precisamente esos días cuando más abarrotada estaba.

—Nada —me apresuré a decir, y bloqueé la pantalla—. Era algo de Twitter.

—Mentiroso, era una conversación, lo he visto —me delató Natalie sin ocultar su ilusión—. ¿Quién te hace sonreír así y por qué no estamos ya informados?

—Sois unos cotillas.

Ella apoyó la barbilla sobre la palma de la mano y sonrió antes de responder:

—Es nuestro derecho como mejores amigos.

—Yo no me meto en lo que hacéis vosotros.

—Podrías, también estás en tu derecho como mejor amigo. —Tom y dejó escapar una fuerte carcajada—. Si quieres, te podemos llamar cada vez que vayamos a…

—¡Cállate, qué asco! —protesté, con las manos en los oídos.

—¡Tú eres el que ha empezado! Pero no cambies de tema. ¿Con quién hablabas?

—Venga, Vik —dijo Natalie con un puchero, y tiró de la manga de la camisa de mi uniforme—. Sabes que no se lo vamos a contar a nadie.

—Si sale bien, mañana os lo cuento —les prometí.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Entonces es de verdad? ¡¿Tienes una cita?!

—¡No he dicho eso! ¡Y no hables tan alto…!

—¡Te has puesto rojo! ¡Eso es un sí! —chilló, con la voz varias octavas más agudas que de costumbre. Luego se giró hacia Tom, sonriente—. Prepárate para las citas dobles.

A pesar de la cara de Tom de «estoy indignado porque no me lo hayas dicho antes», y esa ceja alzada que me llamaba traidor, su postura inclinada hacia delante me demostraba el interés que tenía por saber más.

—Tío, qué calladito te lo tenías.

—Pero que no es… —Paré de hablar. Daba igual lo que dijese, porque no iba a poder convencerlos de nada—. No os ilusionéis demasiado, ya mañana os cuento.

Ella asintió varias veces con la cabeza, feliz aunque no del todo conforme. Le sonreí, no demasiado seguro de que se fuese a alegrar tanto al enterarse de quién era la persona con la que iba a ir al cine.

Ellos sabían de mis sentimientos hacia Jake, pero hacía tiempo que no hablábamos sobre el tema, y estaba seguro de que asumían que era cosa del pasado. A pesar de que él nunca les había hecho nada, iban a desconfiar. Al fin y al cabo, era amigo de William.

Fuera, un trueno resonó en la distancia. Hacía muy mal tiempo.

—Odio cuando llueve y tenemos que quedarnos dentro —comentó Tom cambiando de tema, y lanzó una rápida mirada a su izquierda.

En la mesa de al lado, cinco chicas hablaban entusiasmadas sobre una fiesta de cumpleaños. Entre ellas se encontraba Carol que, a pesar de que su vista estaba fija en Alison Bates, tenía aire distraído. Alison movió el brazo con demasiado entusiasmo al hablar y volcó una botella de Coca-Cola, la cual cayó al suelo justo bajo nuestra mesa.

Natalie se apresuró a levantar los pies antes de que le salpicase los zapatos.

—Yo también lo odio —suspiró—. Pero no hay otro sitio con la que está cayendo.

Ellas ni siquiera nos miraron. Se limitaron a levantarse e ir a buscar una mesa limpia, dejando la botella allí en el suelo. Antes de marcharse, Carol cruzó una mirada fugaz conmigo, que pareció una disculpa, y le sonreí discretamente.

—Deberíamos hacer algo antes de los exámenes —siguió Natalie, echándose hacia atrás su corta melena caoba, que apenas le llegaba por los hombros—. Tengo muchas ganas de ir a la playa.

—Hace un clima perfecto para hablar sobre la playa —dijo Tom con ironía.

—Creo que para este fin de semana da buen tiempo —comenté—. Podríamos ir el sábado.

Él se lo pensó, pero terminó por asentir con la cabeza.

—Bueno, no es mala idea. Podríamos llevar las palas.

—El sábado no podemos —murmuró Natalie, mirando a Tom—. Es lo de mi madre.

—Ah, es verdad.

Los observé, sin entender de qué hablaban, y de pronto me sentí un poco a un lado.

—¿El qué de tu madre?

—Su cumpleaños. Cumple cuarenta y a mi padre y a mí se nos ocurrió organizarle una fiesta sorpresa. Irán sus amigas de siempre y la familia, ya sabes. Tom nos está echando una mano.

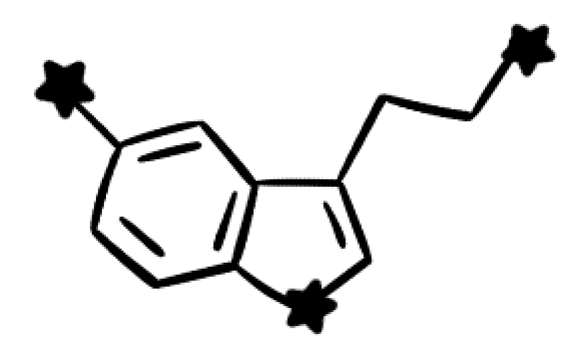
—Entonces otro día. No hay problema.

—Vamos a tener tiempo de sobra, además. Casi es verano, así que ya lo hablamos y buscamos un día que nos venga bien a los tres.

Estaba contento por que ambos estuvieran juntos. Se hacían felices el uno al otro y se querían de verdad. Y, sin embargo, a veces era raro. Sobre todo porque siempre habíamos sido nosotros tres y, ahora, tenía la impresión de que eran ellos dos por un lado, y yo por el otro.

De vez en cuando, no podía evitar preguntarme si no sería un estorbo para ellos. ¿No preferirían estar a solas, sin tenerme a mí de por medio?

Aun así, me limité a sonreír ante el comentario de Tom, y me sentí un egoísta al preguntarme si, a partir de ahora, mis amigos volverían a tener en algún momento tiempo para mí.



Esa tarde entré en el centro comercial y miré alrededor. Aunque eran las cinco, la hora a la que habíamos quedado, Jake aún no estaba allí. Fuera, el día era gris, y por el camino había pisado un charco que me había mojado las zapatillas negras. Sin embargo, nada más entrar tuve que desabrocharme el chaquetón por la fuerte calefacción.

Seguía sin poder asegurar que aquello fuera una cita, pero, aun así, me había puesto mi jersey favorito: uno que me quedaba un poco grande y que era muy calentito, con el cuello redondo y gruesas franjas horizontales de color negro, gris y blanco. Si tenía que dar alguna impresión, esperaba que fuera buena.

Esperé unos minutos, pegado a la entrada de una tienda de decoración del hogar donde no entorpeciera el paso de nadie, hasta que vi a Jake a través de la puerta de cristal. Venía envuelto en una gruesa chaqueta marrón, pantalones negros y una bufanda gris. Sacudió su paraguas antes de cerrarlo y alzó la vista. Al verme, su sonrisa hizo que me diera un vuelco el corazón.

—Qué calor hace aquí dentro —dijo a modo de saludo, mientras se quitaba el abrigo, dejando al descubierto una ancha camisa de un azul grisáceo abierta sobre una camiseta blanca.

—Desde luego.

—¿Vamos a comprar las entradas para después?

Asentí con la cabeza y echamos a andar entre las tiendas. Caminamos hasta las escaleras mecánicas para ir a la segunda planta, en la que se encontraban las salas de cine.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó cuando subíamos, yo un escalón por encima de él.

Me giré para mirarlo, de espaldas a la escalera.

—Un poco largo, pero bien. ¿Y tú? ¿Qué has hecho?

—Estudiar toda la mañana. —Sonrió—. Pero ha estado bien, porque tenía muchas ganas de venir esta tarde.

Intenté no ponerme muy rojo. Esas «ganas» tenían que ser por ver la película, ¿verdad? No podían ser por verme a mí.

—Sí, yo también tenía ganas.

—¿Seguro que quieres ver la peli de miedo? —Apoyó el brazo

sobre la barandilla y me miró a los ojos con interés—. Podemos elegir otra si lo prefieres.

—No, no, está bien. Las películas de miedo son mis favoritas.

—No te pega mucho.

Jake se rio y lo miré sin saber si debía o no ofenderme.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, porque eres muy tranquilo. No parece que te gusten las emociones fuertes.

—Estoy acostumbrado a ellas. —Estuve a punto de añadir que todas las películas que me montaba en la cabeza eran de terror, pero no creí que aquello diese muy buena imagen de mí y decidí ahorrarme el chiste.

Su sonrisa se ensanchó.

—Estupendo, entonces si tengo miedo, podré cogerte la mano. —Me guiñó un ojo y, antes de que todas mis neuronas cortocircuitaran, Jake puso cara de sorpresa—. Eh, cuidado con…

Pero su advertencia llegó tarde. Como iba de espaldas, di un traspiés en el final de la escalera mecánica y me habría caído de culo al suelo de no ser porque Jake se apresuró a sujetarme.

—Gracias —murmuré, recuperando el equilibrio.

—Ten cuidado, te podrías haber hecho daño.

Él sonrió y sus manos se quedaron donde estaban, en mis hombros, durante un segundo de más. Después, me soltó y caminamos hasta la taquilla del cine, donde nos pusimos a la cola para comprar las entradas de la sesión de las seis menos cuarto. Teníamos tiempo de sobra, así que decidimos ir a dar una vuelta.

Paseamos entre las tiendas y hablamos de todo un poco. De sus amigos, de los míos, de su primer año en la universidad y mi último año en el instituto. Me reí tanto con sus anécdotas que el tiempo se pasó en un parpadeo, pero no me habría importado perderme aquella película, o mil películas, con tal de hablar con él un rato más.

—… y entonces empecé a gritarle como un loco por vomitar en el suelo de mi habitación, por supuesto. Pero ella se quedó dormida, encima de una manta y sin conocerme de nada —explicó, tras relatar una anécdota de su primera semana en la universidad, donde había participado en una novatada que incluía mucho alcohol, huevos crudos y canela—. Ahora es de mis mejores amigas.

—¿Y decías que Grace es la que te recordaba a mí? —pregunté entre risas con fingida indignación.

—Sí, bueno… —Dejó escapar una fuerte carcajada—. No en todo, solo en parte.

—Parece una chica muy divertida —admití.

Jake asintió con la cabeza, sin dejar de andar.

—Lo es. En serio, está loca. Todo lo que te cuente de ella es poco.

Os vais a llevar genial, ya verás.

—¿Te gusta? —pregunté con toda la naturalidad posible, sin estar seguro de querer conocer la respuesta.

A él pareció pillarle por sorpresa, pero apenas tardó unos segundos en recomponerse.

—Hubo un tiempo en que creí que sí —reconoció, algo sonrojado, y se frotó la nuca con una mano—. Salimos durante unas semanas, pero nos dimos cuenta de que confundíamos amistad y amor. Los dos pensamos igual, así que todo sigue como siempre entre nosotros. De hecho, ella fue la que se dio cuenta antes.

«Pues claro que le gustan las chicas», pensé, sintiéndome un idiota. «¿Qué esperabas?».

—¿Y tú? —continuó él—. ¿Has estado viendo a alguien últimamente?

—¿En plan cita?

Jake se rio, divertido ante la pregunta.

—Sí, en plan cita.

—No —admití, un poco abochornado—. Solo tuve algo hace mucho, con un chico en un campamento. Fue hace un par de años, y nos besamos solo una vez. Luego nos asustamos y no volvimos a hablar más.

—¿Nunca has salido con nadie, entonces?

Meneé la cabeza.

—No, nunca.

Jake se quedó callado unos segundos en los que me escrutó con curiosidad con sus penetrantes ojos miel. A mí me ardía la cara.

—¿Quieres que compremos las palomitas? —preguntó como única respuesta—. La peli empieza pronto.

Asentí y, de nuevo, echamos a andar hasta la entrada del cine para comprar las cosas.

Le dimos nuestras entradas a un chico que estaba junto a la puerta. Nos señaló dónde debíamos ir y nos dirigimos al interior de la sala. Subimos hasta la fila ocho y buscamos nuestros asientos, en un lateral. Agarré mi cubo de palomitas y empecé a comer mientras ponían los anuncios.

Con las luces apagadas, intercambiamos algunos comentarios sin importancia sobre los tráilers que salían en pantalla hasta que empezó nuestra película y los dos miramos hacia delante.

La película era de fantasmas, y en ella salía un actor británico muy popular que había visto en algunas series, Harry *noséqué*. No daba mucho miedo, pero para la cuarta vez que Jake se sobresaltó, le sonreí, divertido.

—¿Entonces qué? ¿Quieres que te dé la mano? —bromeé en referencia a sus palabras, y apoyé el codo sobre el reposabrazos con la

palma extendida hacia arriba.

Pensé que se reiría, que fingiría ofenderse y eso sería todo, pero, para mi sorpresa, me agarró la mano y entonces fui yo quien se sobresaltó.

—Sí, así mejor —susurró.

No pude responder; ahora sí que habían hecho cortocircuito todas y cada una de mis neuronas. Miré al frente temiendo que Jake viera salir humo de mis orejas, incapaz de concentrarme en la película ni en cualquier otra cosa que no fuese la calidez de su mano, la suavidad con la que sostenía la mía. El cosquilleo que me llegaba hasta el estómago.

No quería que la soltase nunca.

Y no lo hizo hasta que la película estaba a punto de acabar. Su ausencia me hizo sentir un frío casi insoportable allí donde nuestras pieles habían estado en contacto.

—Viktor… —Su voz queda fue un susurro apenas audible que me hizo acercar la cabeza para poder escucharlo—, ¿prometes no asustarte ni dejar de hablarme si hago algo?

Tragué saliva.

—¿El qué?

—Algo. ¿Puedo?

—Sí, supongo —respondí, un poco confuso. Giré la cabeza para verlo y vi una nota de ansiedad en su rostro, que estaba más cerca del mío de lo que esperaba.

Jake movió la mano que tenía libre hasta mi cara y me la puso con suavidad en la mejilla.

Entonces cerró los ojos, acortó la distancia que nos separaba y juntó sus labios con los míos.

Mis órganos se volvieron gelatina y cerré también los ojos antes de seguirle el beso con torpeza. Fue un beso lento y suave, con sabor a palomitas y Fanta de naranja. Tras unos segundos, se separó de mí lo suficiente como para que nos mirásemos a los ojos.

—¿Estás bien? —Esbozó una sonrisa algo nerviosa; las luces de la pantalla dibujaban sombras en su rostro. Nuestras narices se rozaron —. Estás temblando.

Pues claro que estaba temblando. ¿Cómo no iba a estar temblando?

—¿Puedo hacer yo ahora algo?

—Por supuesto.

Esa vez lo besé yo, y el mundo quedó reducido a nosotros, a nuestros labios unidos en la penumbra, nuestras respiraciones entrecortadas. Una de sus manos sobre mi rostro, la otra todavía agarrando la mía con fuerza.

Era como un sueño cumplido. Ese beso fue mucho más largo, pero

es que podría haber pasado horas sin hacer otra cosa que besarlo, y deseé que la película no terminase nunca para poder pasar el resto de mi vida en aquella sala de cine.

—¿Jake? —preguntó una voz familiar detrás de mí y que me devolvió a la realidad.

La realidad de que, en mi vida, la felicidad era una pompa de jabón que flotaba sobre alfileres, condenada a explotar antes o después.

Me separé de Jake como un resorte. Las luces de la sala se habían encendido sin que nos diésemos cuenta y la pantalla estaba llena de créditos. Desde detrás de mí, en el pasillo, William nos observaba con la boca abierta y un gesto de sorpresa dibujado en el rostro.

—William, hola —lo saludó Jake con naturalidad, aunque tenía las mejillas un poco sonrojadas—. Qué casualidad.

—Sí, desde luego —murmuró mi hermanastro, que parecía no saber qué decir.

—¡Qué fuerte! —exclamó una vocecilla sorprendida, y me fijé por primera vez en la presencia de Carol, que llevaba una bolsa colgada del brazo.

—Ricitos de oro, me alegro de verte.

—¿Qué haces aquí? Te imaginaba en Oxford, borracho en alguna fiesta. —Ella sonrió, y luego se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos y cara de «¿este es el chico del que hablabas ayer?».

Evité mirarla y tuve la sensación de que si la tierra no me tragaba en aquel preciso instante, iba a ser yo quien hiciese un agujero en el suelo para saltar dentro.

—Qué mala imagen tienes de mí —se rio Jake—. Vine para el finde y me he quedado unos días más. Podemos ir saliendo, que tendrán que limpiar la sala.

—Claro, vamos —respondió ella.

Jake se puso de pie y me dio un toquecito en el hombro para que lo imitase. Lo hice y los cuatro bajamos por las escaleras.

—¿Cómo te va todo? —le preguntó a Carol, y le ofreció el brazo para que se agarrase a él—. He oído por ahí que estáis organizando la fiesta del año.

Ella se rio.

—Eso parece. Si hubiese sabido que estabas aquí, te habríamos invitado el primero. Van a venir Kyle y Oliver, así que si estás por Hawthorn, pásate, ¿vale? Es este viernes.

—Lo sé, lo sé. Pero mañana vuelvo a Oxford. Para la próxima, contad conmigo, que me apunto seguro.

Ellos dos se adelantaron y me quedé detrás con William, que me escrutaba con el ceño fruncido.

—Por favor, no digas nada en casa —le pedí.

—No me digas qué hacer y qué no —respondió, cortante, y se metió las manos en los bolsillos. Al hablar de nuevo, su tono se suavizó un poco—. No lo haré, de momento.

—Gracias.

Llegamos abajo y salimos de la sala. Una vez fuera, nos detuvimos y se hizo un extraño círculo en el que sentí que pegaba tan poco que tuve que controlar la necesidad de dar un paso atrás.

—Bueno, ¿qué os ha parecido la película? —preguntó Carol para romper el silencio.

—Ha estado muy bien —contestó Jake—. Tenía ganas de verla. ¿Y a vosotros?

—No daba mucho miedo, las he visto mejores —comentó William.

—Nosotros vamos a cenar ahora —dijo Carol con una sonrisa—. ¿Queréis venir?

Jake abrió la boca, pero antes de que pudiese decir nada, William y yo nos adelantamos:

—No —contestamos los dos al mismo tiempo, lo cual hizo que los otros dos soltasen una carcajada.

—El otro día hicieron lo mismo —le comentó Jake a Carol en tono de divertida confidencialidad—. Pues a mí la verdad es que sí que me gustaría comer algo, tengo hambre. ¿Dónde vais a ir?

—A por una hamburguesa ahí abajo —explicó ella.

En la primera planta del centro comercial había una zona reservada a restaurantes y locales de comida rápida. Intenté imaginarnos a los cuatro sentados en la misma mesa por voluntad propia y me di cuenta de que, en realidad, ellos tres sí que eran amigos; era yo el que sobraba.

—No tengo mucha hambre, me voy a ir a casa —anuncié, y miré a Jake—. Tú quédate, ya hablamos luego.

—No, no te vayas —me pidió—. Puedes quedarte aunque no comas. No me dejes de sujetavelas con ellos dos.

—¡Eh! —protestó Carol, riéndose.

Negué con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—Venga, vamos —insistió ella, sacudiendo una mano como si acabase de decir una tontería—. Que me muero de hambre.

Jake me cogió del brazo y no me dejó quejarme más. William nos siguió, no muy conforme, y los cuatro bajamos las escaleras mecánicas.

Llegamos a la primera planta y caminamos hacia la zona de restaurantes. Por el camino, sin embargo, Carol se detuvo frente a una tienda y miró a Jake.

—Quiero entrar ahí antes de que cierren —anunció—. Hay unos

vestidos muy bonitos y quiero echar un vistazo rápido para la fiesta de Alison. ¿Entramos Jake y yo un momento y vosotros dos vais buscando mesa?

—En realidad, me gustaría hablar un segundo con Jake —intervino William—. A solas.

Capté la indirecta y entré con Carol a la tienda.

Las paredes eran de un blanco casi deslumbrante y la ropa, muy colorida, colgaba de las perchas alrededor de toda la tienda. A aquellas horas ya no quedaba demasiada gente y las dependientas iban de un lado para otro colocando ropa y atendiendo a los clientes que aún entraban y salían de los probadores.

Carol comenzó a ojear entre las perchas con poco interés durante unos segundos y, en cuanto Jake y William echaron a andar en dirección a los restaurantes, dejó de fingir y se giró hacia mí.

—Nunca habría imaginado que ibas a salir con Jacob Oldner —dijo, sonriente, y se tapó la boca con la mano—. Pero al final ha ido bien, ¿eh?

—Parecía que sí —murmuré a modo de respuesta—. Ahora no estoy tan seguro.

—Tranquilo, William solo está sorprendido. Seguro que no dice nada en tu casa, si es lo que te preocupa.

—Pues claro que es lo que me preocupa.

—Él no haría algo así, estoy segura.

Llevaba razón: William no era el tipo de persona que delataba a los demás. Ni siquiera a mí cuando rompí el jarrón de su abuela por accidente, ni cuando perdí uno de sus juguetes favoritos. Ni siquiera odiándome como lo hacía se chivaba de mis meteduras de pata.

—¿No necesitabas un vestido?

—Era una excusa —reconoció—. Quería daros un poco de espacio a William y a ti para hablar, pero también quería hablar contigo para decirte que no te preocupases.

—Esto no va a salir bien, Carol, ya lo verás.

Ella le quitó importancia y fingimos buscarle un vestido durante unos cinco minutos antes de salir por la puerta. Según nos acercábamos a los restaurantes, vimos a Jake, que hablaba con William. Ambos estaban sentados en una mesa de metal en el exterior del local de comida rápida que habían escogido. Por los tensos movimientos y expresiones de ambos, me pareció que estaban discutiendo.

Al vernos a nosotros, sin embargo, se callaron de golpe.

—¿Pasa algo? —preguntó Carol.

—No, claro que no. —William sonrió.

Jake se puso de pie.

—Voy a pedir. Ahora vuelvo.

Sin apenas mirarme, se fue hacia el interior del local. Carol puso cara de extrañeza y lo siguió.

Me senté en la silla frente a William, sintiendo los nervios en la boca del estómago. ¿Qué había pasado?

—Ni siquiera les hemos dicho qué pedir —murmuré.

—¿No has dicho que no tenías hambre? —me espetó William.

—Ya, bueno, pero a veces cambio de opinión.

—Cambias de opinión todo el rato, en algún momento hay que dejar de escucharte.

—Yo no soy el que decidió odiarme de un día para otro.

Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca, porque sabía que era el tipo de comentario que podría meterme en un lío.

William me miró, serio, y resopló.

—Sigue haciéndote la víctima todo lo que quieras. Con Carol, Jake y tus amiguitos puede funcionar, pero conmigo no.

Lo miré, atónito. ¿Haciéndome la víctima?

—¿De qué estás hablando?

—Déjalo. Mira, vamos a comer rápido y acabar con esto pronto.

—No, es que ni siquiera sé qué te he hecho para que te comportes así.

William puso los ojos en blanco, como si la respuesta a la pregunta fuera de lo más evidente.

—Arruinarlo todo, como siempre. Cuando vino Jake a casa a cenar, la comida del domingo, mi cita con Carol de hoy… —Soltó una amarga risotada—. Y eso en menos de una semana. No hay ni una sola cosa que no arruines, Viktor.

Se me hizo un nudo tan fuerte en la garganta que no fui capaz de responderle. Había sido mi mejor amigo, mi hermano, la persona en la que más confiaba en el mundo entero. La única persona a la que había podido contárselo *todo*.

Solo quería entender qué era lo que hacía mal para poder arreglarlo. Solo eso.

—No es justo —logré decir, con un hilo de voz. Tragué saliva para deshacer ese fuerte nudo—. No es justo que lleves seis años tratándome así sin darme ni una explicación.

—¡Bueno, es que la vida no es justa! —explotó él, ahora en sueco —. Eso deberías saberlo ya. ¿No eres tan listo? Pues ya podrías enterarte de algo.

—¡¿Cómo voy a enterarme de algo si lo único que haces es ser desagradable conmigo y humillarme cada vez que puedes?! —le respondí, también en sueco, y me puse en pie—. ¡Si hicieses el favor de hablar como una persona normal en vez de comunicarte como un cavernícola, quizás conseguiría entender qué te pasa conmigo!

William también se levantó y rodeó la mesa.

—¿Qué me has llamado? —preguntó, acercándose a mí con una calma que me provocó escalofríos.

—Lo que has oído —dije, obligándome a mirarlo a la cara y no echarme para atrás.

—Repítelo. —No lo hice, y me dio un empujón en el hombro—. ¡Repítelo! ¡¿Es que de verdad no entiendes nada, Viktor, en serio?!

Y entonces, en un momento que pudo ser de valentía o de estupidez, le devolví el empujón.

—¡Lo único que entiendo es que dejé de importarte una mierda cuando más te necesitaba! —le grité—. ¡Y que has dejado de ser mi hermano para convertirte en un gilipollas, y que te odio, y te vas a quedar solo porque eres una mala persona!

William me fulminó con la mirada y volvió a empujarme, esta vez con tanta fuerza que me hizo perder el equilibrio y caer de culo. El dolor del impacto me llevó de golpe a casa de mi padre, a la habitación oscura y al frío, y el pánico me trepó por el pecho, arañándome las entrañas. Me encogí por instinto y me preparé para que William se abalanzara sobre mí. Antes de que pudiera hacerlo, Jake apareció de la nada y se metió entre ambos.

—¡¿Pero a ti qué coño te pasa?! —le preguntó a William, con la rabia aflorando en su voz.

—¿Qué está pasando? —preguntó Carol, que también había venido corriendo.

Los miré a los tres, temblando e incapaz de respirar. Carol hizo amago de acercarse a mí, pero me levanté casi de un salto antes de que llegara, ignorando las punzadas de dolor en la muñeca que me había torcido por la caída.

Eché a andar y, cuando les di la espalda, me aparté de un manotazo una lágrima que me resbaló por la mejilla.

Jake le gritó a William algo que no entendí y vino detrás de mí. Cuando estuvimos lo bastante lejos, me agarró del brazo. Lo sacudí para intentar zafarme y seguir mi camino, pero al final me obligó a detenerme y me abrazó.

—Déjame —le pedí, pero me dejé abrazar—. Jake, quiero estar solo.

—No —dijo él, sin soltarme, y me puso una mano en la cabeza—. No sé qué ha ocurrido, pero no te voy a dejar solo.

Cada vez estaba más agobiado allí dentro. Me agarré un poco más a Jake en busca de una estabilidad que sentía pender de un hilo, como si su agarre fuera lo único que evitaba que terminara de venirme abajo por completo. El nudo que tenía en el pecho se había apretado tanto que me dolía.

—Necesito salir fuera —murmuré, intentando que no se me rompiera la voz—. Necesito aire.

—Vale, vamos.

Jake deshizo el abrazo y me puso la mano en la espalda hasta que estuvimos fuera del centro comercial. Respiré el aire fresco de la noche en cuanto estuvimos fuera y me dejé caer sobre uno de los escalones todavía húmedos de la entrada hasta que pude calmarme, con Jake a mi lado. Al menos, ya no llovía.

—¿A dónde quieres ir? —me preguntó.

—No sé. —Me encogí de hombros, con los ojos clavados en el suelo—. A donde sea.

—¿Hay alguien en tu casa?

—No, mi madre y Niklas están fuera hasta el sábado por trabajo.

—Vamos allí, entonces.

Meneé la cabeza y dejé escapar un largo suspiro.

—No quiero ir a casa. No quiero ver a William.

Él me agarró la mano con fuerza y levanté la cabeza para mirarlo. Cuando nuestros ojos se encontraron, vi en los suyos una preocupación tan sincera que me cortó el aliento durante un instante. Entonces se acercó a mí y volvimos a besarnos. Era distinto allí, fuera de la sala de cine, con la luz del centro comercial a nuestra espalda, el aire de la calle y la gente que paseaba a nuestro alrededor. Fue más real, y el cosquilleo en el estómago fue más fuerte todavía.

—Confía en mí, vamos.

Lo hice. Porque en aquel momento necesitaba con todas mis fuerzas confiar en alguien, y, agarrados de la mano, fuimos de camino a mi casa.

Capítulo 15



Saqué las llaves del bolsillo y subimos por las escaleras hasta mi casa, en la tercera planta. Encendí las luces del salón y Ollie vino corriendo a recibirnos. Me agaché para acariciarlo; él era el único en aquella casa que parecía preocuparse por mí.

Todo estaba tal y como lo había dejado al salir aquella tarde para quedar con Jake, pero ahora por dentro yo solo era un revoltijo de todas las cosas buenas y malas que habían pasado en apenas una tarde.

Jake, sin decir nada, me llevó de la mano a la terraza.

—Hace un poco de frío, ¿tienes una manta? —preguntó.

—Sí, claro —respondí, y entré al salón a coger una del sofá—. ¿Seguro que quieres sentarte fuera?

—¿No te acuerdas? —Se sorprendió—. El sofá de tu terraza es nuestro sitio.

—¿Nuestro sitio? —pregunté, con el corazón acelerado.

De pronto, Jake se sonrojó un poco y se rascó la nuca, inquieto.

—Sí, bueno, una de las primeras veces que hablamos fue aquí. Pero supongo que si no lo recuerdas, no es tan importante… Joder, en mi cabeza esto quedaba muchísimo mejor.

Se me escapó una risita nerviosa. ¿Que si no lo recordaba?

—Claro que me acuerdo —me apresuré a decir—. ¿Cómo se me podría haber olvidado?

Jake suspiró, de pronto más tranquilo, y nos sentamos en el sofá de la terraza, agarrándonos las manos bajo la manta blanca.

—Pues menos mal —dijo—. Porque si no, todo esto habría quedado súper ridículo.

De nuevo, las luces de la ciudad brillaban a lo lejos. El mundo

aún estaba despierto, pero no me importó. Allí estábamos los dos solos; no había nadie más.

—No queda ridículo. Es muy bonito, gracias.

Él sonrió, con la vista fija en un cielo nocturno en el que apenas brillaban las estrellas por estar en medio de la ciudad. O quizás era que todas las estrellas del mundo estaban en aquel momento dentro de sus ojos, que brillaban ilusionados.

—¿Qué te ha dicho antes William? —quise saber—. Me ha parecido que discutíais.

Jake torció el gesto durante un momento y resopló.

—Es que William actúa como si todo el mundo tuviese la obligación de darle explicaciones de lo que hace o deja de hacer. Y ni se las debo ni tengo ganas de dárselas.

—Él siempre es así, pero luego bien que no da ni una explicación por nada.

Se hundió más en el sillón y abrazó un cojín.

—Ya, bueno. No sé qué te habrá dicho a ti, pero no dejes que te arruine el día, Viktor. A veces es un gilipollas.

—Tienes razón, el día ha sido demasiado bueno como para que William lo pueda arruinar.

La mirada de Jake volvió a iluminarse y sentí un cosquilleo en el estómago.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó—. Porque para mí ha sido increíble.

Ni siquiera podía creer que estuviéramos los dos allí. Aquello tenía que ser un sueño.

—Sí. Para mí también.

—Me alegro mucho —la sonrisa de Jake se ensanchó más todavía —, de verdad.

—¿Entonces mañana vuelves a Oxford?

—El tren sale por la tarde. Mis compañeros de clase y yo vamos a hacer jornada intensiva de estudio en la biblioteca lo que queda de semana; ya queda poco para los exámenes.

Asentí con la cabeza y cogí aire para reunir valor de hacerle la pregunta que llevaba quemándome desde que salimos del cine:

—¿Y cuando te vayas, vamos a seguir hablando?

—Sí, ¿no? —preguntó, preocupado, y se enderezó para mirarme —. Vaya, por mi parte sí. Lo de antes… Igual ya te lo esperabas, por lo que te he dicho estos días. A veces soy un poco obvio. Pero quiero que sepas que besarte no ha sido ningún impulso, sino que hace tiempo que siento cosas por ti. Y no sé si alguna vez tú has pensado en mí de esta manera antes, pero…

Se me escapó una risa un poco nerviosa y lo cogí de la mano.

—Jake, es que nunca te he visto de ninguna otra manera —

admití. Al oírle decir eso y notar la inseguridad en su voz, de pronto me sentí valiente—. Si llevo años colado por ti.

—¿En serio?

—Años, sí.

Miré alrededor. El suelo y el techo de la terraza, las macetas que la decoraban, el sofá y la ciudad frente a nosotros. Desde que estuvimos en *nuestro sitio*.

Todo ese tiempo.

—Qué idiota soy. —Jake se dio una palmada en la frente—. Pensaba que me odiabas por ser amigo de William.

—Y yo creía que te caía mal por ser el hermanastro de William.

Ambos nos reímos y nos miramos a los ojos. Nunca me había alegrado tanto de equivocarme con algo. Él me pasó la mano por detrás de la nuca y me atrajo hacia sí para besarme una vez más. Sus labios y su lengua me provocaban diminutas descargas de electricidad por todo el cuerpo.

Cuando nos separamos y nuestras miradas volvieron a encontrarse, sonreí como un tonto. Por más que lo pensaba, no podía creerme que en serio estuviese viviendo esto.

—Ojalá me hubiese dado cuenta antes —murmuró, su voz convertida en un susurro.

—Mejor tarde que nunca —bromeé.

Él se rio y subí las piernas al sofá antes de apoyar la cabeza en su hombro. Me subí la manta hasta la barbilla y suspiré. De pronto me sentía extrañamente a gusto y contento, como si todo lo malo del día se hubiese esfumado con las palabras de Jake.

Me quité las gafas y las dejé a un lado del sillón.

—¿Te sigues sintiendo solo? —le pregunté, cerrando los ojos.

—¿A qué te refieres?

—El otro día me dijiste que te habías estado sintiendo solo desde que te fuiste a Oxford. ¿Sigue siendo así?

Jake pareció dudar antes de responder. Cuando lo hizo, su voz sonó un poco melancólica:

—A veces —reconoció—. He conocido a mucha gente desde que me fui, y sí que tengo muchos amigos, pero… No sé, aunque me llevo muy bien con todo el mundo, hay pocos que sean cercanos. A veces siento que nadie me conoce de verdad.

—Esos son los importantes, los cercanos. Yo solo tengo dos amigos, pero sin ellos estaría perdido.

—Sí, creo que tienes razón. —Apoyó la cabeza contra la mía.

El mundo entero se sumió en una agradable paz y pensé en aquella noche con trece años en la que comenzó todo. Esa noche estaba hecho un desastre y llevaba días sin dormir, incapaz de cerrar los ojos. Por aquel entonces, mi mundo llevaba tres años destrozado y

apenas estaba empezando a recoger todos los pedazos para reordenarlos dentro de mi cabeza.

Pero entonces salí a la terraza y ahí estaba él, mirando la luna llena, con la barbilla apoyada en las rodillas y abrazándose las piernas en aquel sillón. Me dijo que no podía dormir y me senté a hablar con él. Hablamos del instituto, de los profesores, de la vida, de la música y su significado. Reflexionamos de todo y de nada durante mucho tiempo, y cuando la ciudad estuvo en completo silencio, me contó que sus padres no paraban de discutir en casa, que una de sus hermanas estaba dejando de comer y que solo él parecía estar dándose cuenta. Yo le hablé de mi vida antes de que todo se torciera y evité a toda costa decirle que llevaba días queriendo desaparecer porque, en aquel momento, me sentí bien allí.

Me sentí bien allí, a su lado, hablando y disfrutando de su compañía. Fue la primera vez que alguien me escuchaba de verdaden muchísimo tiempo y deseé que no se acabara nunca aquella noche. Pero los párpados terminaron pesándome y me dormí allí mismo, a su lado. Y a partir de entonces, recordar aquel momento era suficiente para ayudarme a conciliar el sueño incluso en los peores días.

Suficiente como para mantenerme a flote cuando todo se desmoronaba a mi alrededor.

Había pensado tantas veces en aquel momento que en ocasiones me parecía fruto de mi imaginación. Pero allí estaba, con Jake a mi lado, diciéndome que hacía tiempo que sentía cosas por mí.

—Gracias —murmuré, pero no me respondió.

Ya se había quedado dormido.

Capítulo 16



—Pues tampoco es para tanto —le dije a William al salir de clase de Francés—. No es ningún drama que sea gay.

William, caminando a mi lado, metió el brazo por el asa de la mochila, que había llevado colgada de un hombro, y suspiró.

—Por mí como si le gustan las alfombras. —Se pasó una mano por el pelo oscuro—. Pero ¿y Jake? ¿De qué va?

—¿Cómo que de qué va? —pregunté, sorprendida.

—Que hay algo raro ahí, te lo digo yo. No me trago que a Jake le guste Viktor.

No había querido contarme por qué había discutido con Viktor mientras Jake y yo estábamos en la cola, pero por cómo estuvieron a punto de pegarse, imaginé que debía ser algo serio. William se había limitado a cambiar de tema y a hablar de otras cosas con tal de no darme detalles sobre la conversación.

Hoy, sin embargo, no dejaba de teorizar sobre la cita de Jake y Viktor y buscar una explicación que no fuera que ambos se gustaban, como si aquello fuese completamente imposible.

—Si es porque ha salido con chicas antes, es que existe la gente bi, William. —Me encogí de hombros.

—¿Eh? No me refiero a eso —resopló—, sino a que lo conozco, no le gustaría alguien como Viktor. ¿Crees que se ha enfadado conmigo por algo?

Alcé las cejas, divertida.

—¿Así que tu teoría es que ha ido al cine con Viktor para ponerte celoso?

—Celoso no, pero para molestarme. Encima, cuando llegué a casa, estaban los dos ahí acurrucados en la terraza. —Puso cara de asco—.

¿No hay más personas en el mundo que él va y se lía con Viktor?

—¿No puede ser que le guste y ya está?

—¿En serio crees que a alguien podría gustarle ese llorica?

Pensé en Debbie y en cómo días atrás reaccioné con un grado de sorpresa similar tras su confesión.

—Pues se ve que sí.

Él meneó la cabeza, como si no fuera capaz de procesar esa posibilidad.

—Volveré a hablar con él. Que haga lo que le dé la gana, pero que se lo piense bien.

—¿Qué es lo que tiene que pensarse?

William hizo una pausa antes de responder.

—Lo que hace. El año que viene van a estar en la misma universidad, y cuando se canse de Viktor…

—No tiene por qué cansarse de él.

—Viktor es demasiado para cualquiera. —Soltó un bufido—. Y Jake no va a saber manejarse con él, se agobia rápido y las cosas le vienen grandes.

Dejé escapar un largo suspiro. Llevábamos todo el día hablando de eso, y ya empezaba a cansarme.

—No entiendo qué quieres decir.

—Porque no los conoces. Pero yo sí. Jake va a ver en lo que se ha metido y le va a faltar tiempo para salir corriendo.

—Casi parece que te preocupa que le haga daño a Viktor —comenté, medio en broma medio en serio.

William bufó de nuevo, frustrado.

—Eso me da igual, pero Jake es mi amigo, y no quiero que luego se arrepienta de lo que hace. Bueno, ya hemos hablado suficiente del tema. —Se detuvo—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

—¿A la cafetería?

—No, fuera del instituto.

—Tenemos clase en veinte minutos —dije, mirando la hora en el móvil.

—¿Y qué? No pasa nada si nos saltamos una clase. —William se puso delante de mí y me cogió ambas manos—. Venga, hace tiempo que quiero llevarte a un lugar.

Dudé al principio, pero al final accedí y nos dirigimos a la salida. Aprovechamos que el conserje no estaba y corrimos hasta el exterior agarrados de la mano. La moto de William estaba aparcada frente a la puerta, sacó de debajo del asiento dos cascos y me tendió uno de ellos.

Nos subimos y William arrancó.

—¿A dónde vamos?

—Lo verás cuando lleguemos —respondió, y en el retrovisor lo vi esbozar una media sonrisa—. Agárrate bien y cierra los ojos, sin hacer

trampa.

Obedecí, porque si bien es verdad que era impaciente e impulsiva, no era el tipo de persona que arruina una sorpresa a propósito. Así que lo abracé por la espalda, cerré los ojos y sentí el viento en la cara una vez aceleró. Tras los párpados cerrados casi podía ver delante de mí aquellas calles que tantas veces había recorrido y que conocía de memoria. Aun así, al cabo de unos minutos dejó de parecerme interesante adivinar el recorrido y me centré el aire que me sacudía el pelo, el olor a limpio que desprendía William y la maravillosa excusa que ir en moto me proporcionaba para pasar un rato abrazándolo por detrás.

Tras un rato, William detuvo la moto. Cuando me indicó que ya podía mirar, abrí los ojos y encontré frente a mí una plaza rodeada de árboles y con una fuente de piedra en el centro. Y, al fondo, un edificio de unas tres plantas con las paredes llenas de cristaleras: el Museo de Arte Moderno de Hawthorn Bay.

—¿Cómo hemos tardado tanto en llegar aquí?

—He dado algunas vueltas para confundirte. —Sonrió, orgulloso—. Vamos.

De nuevo agarrados de la mano, me dejé guiar por la plaza Hemingway hasta los escalones que llevaban a la puerta principal del edificio..

—¿Un museo? —me sorprendí—. Esto no es muy típico de ti.

—Lo sé, pero he estado pensando mucho en esto.

Insistió en pagar las dos entradas y, una vez dentro, se acercó a un gran cartel con un mapa del museo que señalaba las distintas exposiciones y salas.

Hacía tres meses que el museo tenía una exposición temporal de un artista francés a la que quise ir desde el momento en el que la inauguraron. Lo había mencionado alguna vez delante de William, pero jamás esperé que viniese conmigo. Siempre que íbamos de excursión a museos con el instituto lo veía bostezar o, directamente, escaquearse para no ir.

Subimos las escaleras hacia esa exposición. En la sala casi vacía, una suave melodía en francés sonaba por los altavoces, y sobre las blancas e impolutas paredes destacaban los coloridos cuadros al óleo del artista.

—Qué bonito —murmuré, delante de un cuadro que mostraba un campo lleno de girasoles, un cielo azul que recordaba al verano y una pequeña casita marrón al fondo.

William, a mi lado, me pasó el brazo por los hombros y me dio un suave beso en la mejilla.

—Pero no es tan bonito como tú —dijo con una sonrisa.

Me sonrojé. Tras casi un año juntos, sus palabras aún tenían ese

efecto en mí. En el tiempo que pasamos allí, frente a aquel cuadro, olvidé por completo cada motivo que alguna vez había tenido para estar enfadada con él y cualquier otra cosa que no fuesen mis ganas de estar a su lado.

Durante un buen rato, curioseamos por la sala cogidos de la mano, observamos las obras, leímos las descripciones de los carteles y nos besamos entre pinturas y esculturas. Entonces, William se detuvo delante de uno de los cuadros.

Era uno de los más grandes y, en él, una pareja se besaba delante del Arco del Triunfo, con un atardecer naranja de fondo. *Le Triomphe de l'Amour*, se llamaba. El triunfo del amor.

—Quería decirte algo. —William tosió para aclararse la garganta—. Sé que te preocupa no saber si irás o no a Toulouse el año que viene, pero quiero intentar hacerte ver que si no te aceptan, no será tan malo como parece. Estaré aquí, contigo, y te prometo que haré lo posible por traerte París cada día. Llevarte *croissants* para desayunar una vez por semana, ver películas francesas juntos, practicar francés contigo todo lo que quieras. Llevarte a picnics, a más museos y, en un tiempo, ir de viaje a Francia. Una y mil veces. Incluso podríamos mudarnos allí en el futuro, si quieres. Algún día.

Según hablaba, un enorme nudo se me instaló en la garganta. Le di un abrazo.

—William. —Cerré los ojos, que me picaban por el esfuerzo de contener las lágrimas. Nunca encontraría un momento para decírselo y, aunque este fuese el peor de todos, decidí que debía ser entonces—. Me han aceptado. Ya tengo la plaza. Lo único que necesito es la nota de Química.

Lo escuché suspirar, y cuando volví a mirarlo, estaba muy serio.

—Sabes que no quiero que te vayas. —Sus ojos azules se clavaron en los míos—. Pero está bien, esto es solo… Es solo por si quieres reconsiderarlo.

Sonreí, enternecida. Nos sentamos en un banco frente al cuadro de los girasoles y apoyé la cabeza en su hombro.

—Gracias por traerme aquí —le agradecí antes de darle un suave beso.

Si esos girasoles fueran de verdad, se marchitarían al llegar el invierno. Y no pude evitar preguntarme si a nuestro amor le ocurriría lo mismo o si, por el contrario, encontraríamos la manera de mantenerlo intacto e imperecedero como en aquel cuadro.

Capítulo 17



El viernes por la mañana fui al instituto convencido de que la vida empezaba, por fin, a sonreírme. Atravesé Silver Park de camino a clase sin poder pensar en nada más que en Jake, en sus besos, en el hormigueo que sentía al recordar el tacto de su mano sobre la mía, en lo agradable que fue quedarme dormido en su hombro.

Habíamos pasado toda la noche del martes dormidos en la terraza, y aunque todavía me dolía un poco el cuello por la postura, había valido totalmente la pena por despertarme con su brazo sobre mis hombros cuando comenzó a clarear el día.

Desayunamos juntos y el miércoles llegué tarde a clase por besarnos demasiado rato antes de salir de casa, pero aquello también valió la pena. Por la tarde, sin embargo, él se fue a Oxford y tuve que recordarme que aquello era real, que nuestras conversaciones eran reales. Que en serio él había dicho que hacía tiempo que sentía cosas por mí, porque me parecía tan poco realista gustarle que tenía que pellizcarme para asegurarme de que no soñaba.

—¿Has hablado más con Jake? —quiso saber Natalie, con cierto recelo, una vez nos encontramos el viernes en la entrada del instituto.

—Sí, anoche estuvimos hablando un rato por teléfono antes de ir a dormir.

Ambos guardaron silencio mientras atravesábamos el vestíbulo, lleno de gente a esas horas, de camino a las escaleras. Cuando creí que ninguno de los dos diría nada, Tom me miró, no muy convencido.

—De verdad que creía que ya se te había pasado. Sobre todo ahora que está en la universidad y no lo ves tanto.

—Es amigo de William, viene a veces por casa —expliqué, deslizando la mano sobre la barandilla de las escaleras.

—Ya, ya, si ese es el problema, que sea amigo de William.

—No todo el mundo que está cerca de William es un completo imbécil.

Ellos me miraron sorprendidos.

—Bueno, eso no es lo que decías antes.

Tom llevaba razón; siempre había dudado de las intenciones de cualquiera que fuese amigo de William, aunque ahora que conocía más a Carol y a Jake, había empezado a dudar de ello.

—Si crees que puedes fiarte de él, Vik, por nosotros genial —intervino Natalie—. Es solo que cuando nos lo contaste…, fue una sorpresa. Pero si tú estás feliz, es lo que importa.

—Sé que no os hace tanta ilusión como el otro día en la cafetería, pero podríais disimularlo un poco.

—¡No es así! —protestó ella—. Claro que nos hace ilusión, solo tenemos que procesar la noticia. Lo de las citas dobles sigue en pie, que quede claro.

Nos despedimos poco después. Ellos me pidieron, una vez más, que tuviese cuidado. Pero sentía que podía confiar en él y, por una vez, también quise confiar en mi propio criterio.

Incluso Carol se había alegrado más por mí que ellos dos; la tarde anterior estudié en su casa y, cuando hicimos un descanso para merendar, le conté con detalle toda la cita con Jake y lo que ocurrió cuando nos fuimos del centro comercial, aunque pasé por encima la discusión con William. Ella no paró de sonreír y fue agradable ver cómo se emocionaba de manera tan genuina por mis cosas.

Pasé el resto de la mañana pensando en Jake. Era como estar en una nube. A la hora del almuerzo, recibí un mensaje suyo en el que decía que estaba de camino a la biblioteca porque iba a pasar la tarde allí con unos amigos de clase. Le deseé buena suerte mientras sacaba los auriculares del bolsillo de la mochila, en dirección a las gradas.

Tom y Natalie tenían una recuperación del examen de Latín durante la hora del almuerzo, así que me tocaba comer solo. No me importó, porque hacía buen tiempo y podía ir a nuestro sitio de siempre, bajo las gradas. Allí podría comer tranquilo, escuchar música o hacer deberes hasta que fuese hora de volver a clase.

De camino, sin embargo, una chica asiática y bajita con el pelo negro y lacio se interpuso en mi camino. Debbie.

—Hola —me saludó, seria.

—Hola —respondí.

—¿Quieres comer conmigo?

Fruncí el ceño, extrañado.

—¿No comes con tus amigas?

—Están ocupadas. Además, quiero hablar contigo sobre algo.

Que Debbie quisiera comer conmigo no tenía demasiado sentido,

porque nunca hablábamos más que para cosas de clase, pero, por algún motivo, acepté.

—Vale, pero no me gusta comer en la cafetería.

—Genial —dijo ella, y sacudió una bolsa de tela que llevaba en la mano. Algo dentro sonó a plástico—. Sígueme.

La seguí por el patio y finalmente nos sentamos en el suelo en la parte trasera del instituto, cerca de la entrada al gimnasio. Había algunas personas más a nuestro alrededor y no se estaba tan tranquilo como en nuestro sitio bajo las gradas, pero era mejor que la cafetería.

Sacó de su bolsa un recipiente lleno de arroz con verduras y empezó a comer.

—¿Qué vas a estudiar el año que viene, Viktor?

—Química —respondí, algo confuso ante la situación—. ¿Y tú?

—Física.

—Se nota que somos polos opuestos.

—No te creas. —Sonrió—. No somos tan diferentes.

Se quedó seria y tuve la sensación de que quería decir algo, pero no sabía cómo.

—Oye, ¿qué es eso? —pregunté por aliviar la tensión, y señalé una cosa rojiza de su táper.

—Kimchi —dijo, recuperando la sonrisa—. Es muy típico en Corea. Se hace con col china fermentada. ¿Quieres probarlo? Pica un poco.

No sonó nada bien aquello de col fermentada picante, así que negué con la cabeza.

—No, gracias, no soy muy fan del picante.

Ella se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes. Está muy rico.

—¿Dónde naciste, por cierto? ¿Aquí o en Corea?

—Aquí. Mis padres vinieron cuando mi hermana mayor tenía cuatro años. Tú sí que naciste en Suecia, ¿verdad?

—Sí, vine aquí con diez años.

—Ya, todavía recuerdo el primer día que llegaste al colegio. —Se rio—. Todos pensábamos que eras un poco tonto, porque nunca hablabas. Luego nos dimos cuenta de que era porque no nos entendías.

Sonreí. Debbie iba a mi clase en el colegio, y aunque nunca habíamos sido amigos, sí que era de las únicas personas que no me trataban como a un apestado.

—Ya, bueno, ahora que sí lo hago no es que haya convencido a mucha gente de lo contrario.

—No digas tonterías. Aprendiste rapidísimo, y ahora eres el más listo de la clase.

—No soy tan listo, solo estudio mucho —admití, un poco

avergonzado, pero ella me miró como si acabara de decir una tontería —. Por cierto, ¿qué era eso de lo que querías hablar?

Debbie se sentó más recta y se mordisqueó el labio inferior, un poco nerviosa.

—Es una pregunta, más bien.

—Dispara.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa y, de pronto, sentí calor en las mejillas. Cuando pude reponerme, asentí con una breve cabezada.

—¿Esa persona lo sabe?

—Sí, bueno, creo que sí. —No estaba seguro de habérselo dicho a Jake. Ni siquiera sabía si él se lo imaginaba, pero esperaba que sí.

—¿Y cómo se lo dijiste?

—¿Tengo pinta de ser el que lleva la iniciativa cuando le gusta alguien? —me reí, expulsando aire por la nariz.

Ella también se rio, aunque no le llegó a los ojos, disconforme con mi respuesta.

—Bueno, ¿y cómo te lo dijeron?

Me pasé una mano por el pelo, pensativo.

—Creo que ya había algunas pistas de antes, pero… No sé, me besó y ya está. Lo cierto es que fue el martes. —La cara se me puso más roja todavía cuando recordé la suavidad de los labios de Jake; me parecía demasiado bueno como para haber sido real—. Si necesitas consejos sobre amor, te has equivocado, porque de verdad que yo no tengo ni idea.

Ella sonrió, y creí ver una nota de tristeza en su mirada.

—Yo tampoco sé mucho sobre el tema. Es que he escuchado algo sobre ti, y quería saber si era cierto. Porque la verdad es que yo…

No llegó a terminar la frase. Alguien me dio un golpe en el costado izquierdo y ella se quedó callada, con los ojos fijos en algún punto por encima de mi cabeza.

De pronto, tenía a un lado a Robert y a Aaron al otro. Los amigos de William.

—Hola, Debs —dijo Robert con una encantadora sonrisa—. Estás muy guapa, ¿te has hecho algo en el pelo?

Tenso, intenté levantarme, porque me pareció comprender que aquello era una indirecta para que me largase de allí. Entonces, uno de ellos me puso una mano sobre la cabeza, impidiéndomelo.

—Hola —respondió ella, escueta, y sus labios se transformaron en una fina línea—. ¿Queréis algo?

—Yo, una cita contigo —le dijo Aaron—. ¿Cómo tienes el finde? ¿Vas a ir a la fiesta de Alison esta noche?

—Creo que ya no —lo rechazó ella.

—No te pongas así, nos lo pasaríamos genial —insistió Aaron, y sentí otro golpe en el costado—. ¿Te está molestando alguien?

—Ahora sí. —Chasqueó la lengua con cara de desagrado—. Vosotros.

—Bueno, bueno, solo nos preocupábamos por ti —se rio Robert, y de pronto la mano que me sujetaba la cabeza lo hizo con mayor firmeza—. Entonces nos vamos, y a este nos lo llevamos prestado.

Me agarraron por los brazos y tiraron hacia arriba. Noté cómo se me descomponía la cara más y más a medida que tiraron de mí hacia el interior del edificio, por la puerta trasera. Debbie se limitó a mirarnos, perpleja.

—Pero ¿qué hacéis? —preguntó ella, y echó a correr en nuestra dirección hasta alcanzarnos.

Robert me soltó el brazo y la sujetó a ella de los hombros.

—¡No me toques, gilipollas! —exclamó ella.

Intentó quitárselo del medio hasta que él debió de agarrarla con más fuerza para impedirle el paso.

—Es mejor que te quedes aquí, bombón. Le vamos a enseñar al maricón este una lección.

Aaron, por su parte, me rodeó el cuello con el brazo con tanta fuerza que tuve que doblarme hacia delante.

Fue como si toda la sangre de mi cuerpo se fuese por un desagüe.

¿Qué iban a hacer?

Los amigos de William llevaban años molestándome. Me habían dado empujones por los pasillos, tirado mi comida al suelo e inventado los apodos más desagradables y humillantes en los que eran capaces de pensar. Y todo ese tiempo había contado los días para que acabase el instituto y me dejasen en paz.

Pero ¿y esto?

Intenté pedir ayuda, pero Aaron me tapó la boca con la mano. El pasillo estaba vacío, y por mucho que traté de resistirme, subimos varios tramos de escalera hasta la tercera planta, en la que a aquellas horas nunca había nadie.

Nos detuvimos frente a la puerta del baño de las chicas.

—Por favor, déjame. —El corazón me latía con tanta fuerza que lo sentía en cada esquina del cuerpo. Los ojos se me llenaron de lágrimas por el miedo. Esto no podía estar pasando—. Si he hecho algo malo, lo siento mucho. De verdad, lo siento.

Abrió la puerta y me revolví con todas mis fuerzas, en vano. Las gafas se me cayeron en el forcejeo y las escuché rebotar contra los azulejos del suelo.

Volví a ser de pronto ese niño de diez años, demasiado asustado como para respirar, y escuché la voz de mi padre en la cabeza. Fue como estar allí de nuevo. Fue como terminar de romperme por los

sitios en los que ya tenía grietas. Por los sitios que había pasado años intentando recomponer con cuidado.

William entró, apretando la mandíbula.

—No me hagas esto, por favor —le pedí—. Por favor.

Pero él se limitó a mirarme con asco un segundo antes de que Aaron me diese un empujón hacia uno de los cubículos vacíos.

Capítulo 18



Cuando llegó la hora del almuerzo, salí con Alison de clase. Debbie nos dijo que tenía algo que hacer en la hora de la comida, aunque no entró en detalles.

—Tengo que ir al baño, ¿vienes conmigo? —preguntó Alison.

—Sí, pero no deberíamos tardar mucho; Tina nos estará esperando abajo ya.

Tina, otra chica de clase, estaba en la cafetería con una magdalena de chocolate y velas por el cumpleaños de Alison. Yo tenía la tarea de escribirle en cuanto bajásemos las escaleras y ella daría la señal para que todo el mundo en la cafetería le cantase el cumpleaños feliz.

Solo ella era capaz de organizar a tantas personas en tan poco tiempo.

—Será un segundo.

Fuimos juntas al baño de aquella planta. Ella se detuvo frente al espejo, apoyó la mochila en el lavabo y rebuscó el brillo de labios rosa que tanto le gustaba y que desprendía un dulzón olor a fresa.

—¿Esta tarde vienes para prepararlo todo? —me preguntó cuando nuestras miradas se cruzaron en el espejo.

—Por supuesto. —Sonreí—. Va a ser una fiesta increíble.

—Estoy segura de que sí, y tengo muchas ganas.

Me alisé la falda azul del uniforme y suspiré.

—Por cierto, Alison, quiero pedirte un consejo sobre algo.

—¿Sobre qué? —preguntó, distraída, pintándose los labios.

—Es que ya no estoy tan segura de querer ir a Toulouse el año que viene. No sé qué hacer.

Llevaba desde el día anterior dándole vueltas a aquello. Allí, en el

museo, con la cabeza apoyada en el hombro de William, había imaginado un futuro en el que no me fuese lejos, en el que permaneciésemos juntos. Había fantaseado despierta sobre las cosas que me había dicho, sobre buscar un piso para los dos cerca de la universidad y en crear una rutina juntos.

Si tenía que renunciar a William o a mi sueño de toda la vida, ¿cuál de las dos estaba dispuesta a sacrificar?

Alison se dio la vuelta y me miró como si acabara de volverme loca.

—¿Estás de broma? Llevas todo el año sin dejar de hablar sobre Toulouse. Has querido estudiar en Francia prácticamente desde que te conozco.

—Lo sé, es por algo de lo que hablé ayer con William. Pensé en que a lo mejor no es necesario que me vaya ya. También puedo hacer aquí la carrera y luego podríamos ir en unos años.

—¿Ir a Francia con William?

Al mencionar a William, el gesto en su rostro cambió una vez más, endureciéndose. Intenté no ponerme a la defensiva a pesar del tono de su pregunta.

—Sí, bueno, podría ser.

—Carol, voy a ser muy sincera contigo —empezó a decir—. Yo que tú no haría eso, porque si luego rompéis, habrás perdido la oportunidad de tu vida.

—El problema es que si me voy, lo perderé a él.

Ella suspiró.

—Toulouse no va a despertarse un día, decidir que ya no te quiere e irse con otra. Deberías ir a lo seguro.

—William nunca me engañaría.

—Tal vez no, pero es probable que rompa contigo antes o después. Es decir, opciones no le faltan, ¿no crees?

Me quedé con la boca abierta. No podía haberla oído bien; Alison no podía haberme dicho eso.

—¿Esa es tu respuesta? ¿Que no le faltan motivos para dejarme?

—A ver, no cambies mis palabras. He dicho «opciones» —dijo, con un tono pausado que me puso de los nervios. Como si explicase algo tan obvio que fuera incapaz de comprender por qué tenía tan siquiera que hacerlo—. Hay un montón de chicas que harían cualquier cosa por estar con él, y muchas de ellas son un partidazo. Que no digo que tú no lo seas, pero al final lo antiguo aburre.

Me llevé una mano a la cadera, desafiante.

—¿Chicas como tú, por ejemplo?

—Oye, encima no te enfades. Si te jode que te diga las verdades a la cara, no me pidas consejos. Pero vaya, que sí, yo podría ser una de ellas, ¿por qué no?

Entonces todas las piezas encajaron. Sus malas caras, sus comentarios, sus cambios de humor cada vez que mencionaba a William.

—Qué fuerte, Alison —dije, intentando que no me temblara la voz—. No me puedo creer que estés diciendo esto.

—¿Qué pasa? Yo también he estado con él, ni que fuese tuyo.

—¡Salió contigo dos meses, hace años! —exclamé, abriendo los brazos—. Ni siquiera fue nada serio, y antes de salir con él, te pregunté montones de veces si te parecía bien o si tenías algún inconveniente, y siempre dijiste que no.

Alison resopló, frustrada.

—¡No estoy diciendo que te vaya a quitar a tu novio, joder! Solo digo que el día que se aburra de ti, no tendrá nada de malo si vuelvo a intentar algo yo, ¿no crees? Que el chaval es un partidazo.

—¿Por eso siempre me has dicho que no tenías ningún problema en que saliese con él? ¿Para que luego no tuviese derecho a reclamarte nada si intentabas algo?

—Mira, solo te digo cómo son las cosas. —Se encogió de hombros y guardó de nuevo el pintalabios en la mochila—. Tú verás cómo te las tomas. William no va a esperarte sentadito cuando te vayas a Francia, y tampoco os vais a casar si te quedas. Por eso mi consejo como amiga es que te vayas y no pierdas esa oportunidad.

—Sí, consejo como amiga —dije sin saber si reír o llorar—. ¡Ya veo lo buena amiga que eres! ¡Llevas un año esperando el día en que mi novio rompa conmigo para intentar estar con él! Eres una envidiosa que siempre quiere lo que tienen los demás.

Ella se rio como si le hubiese contado un chiste.

—¿Envidia? ¿De quién?, ¿de ti? —Alzó ambas cejas, mirándome con asco—. Venga ya, Carol, no te subas así, que no eres para tanto. Además, ¿nunca te he contado que mi amiga de pádel es Jennifer Moore? Supongo que te acuerdas de ella, ibais juntas al colegio en primaria.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría. Por supuesto que recordaba a Jennifer Moore. Sobre todo recordaba la forma en que me miraba, como si valiese menos que ella por ser diferente, por tener que salir algunos días temprano de clase para ir a terapia, por no ser capaz de concentrarme y no poder seguir algunas conversaciones porque no podía mantener la atención el tiempo suficiente, por llorar y salir corriendo cuando los gritos de la clase eran demasiado para mí.

La persona que hizo que todas las niñas de la clase dejasen de ser mis amigas. La que me puso todos esos motes e hizo que pasase sola todos los recreos.

—Me contó que en el cole eras un poco rarita. —Al ver que no

respondía, inclinó la cabeza hacia un lado con maldad—. Así que tiene gracia que de entre todas las personas seas tú quien me llame envidiosa. Jennie ya me explicó cómo eras por aquel entonces, y está claro que si aquí eres popular es solo porque conociste a Debbie en patinaje y toda la gente que te conocía está en otro instituto. De otro modo, no creo que nadie te tratase mejor que al pringado de Viktor Aulin, ¿me equivoco?

Lo sabía. Alison lo sabía. Sabía que era rara, que no era como ellas. Que mi mente era un caos que no sabía cómo ordenar, que no sabía qué hacer cuando todo estaba por medio y no podía hacer nada por arreglarlo.

—Creía que éramos amigas —murmuré, y la voz se me rompió con esa última palabra—. Las amigas no hacen esto.

—Y lo somos, por eso no se lo he contado a nadie. Lo único que quiero es que pienses bien cuál es tu lugar antes de llamar «envidiosa» a alguien. —Soltó una fuerte carcajada—. No, desde luego, si tuviese que tener envidia de alguien, no sería de ti. No eres más que una estafa, Caroline Hudson. Si eres alguien aquí es gracias a Debbie y a mí, así que podrías estar un poco más agradecida.

Alison me dio la espalda para verse de nuevo en el espejo. Con una horquilla, arregló unos cuantos pelos que se le habían soltado de la coleta. Al darse la vuelta, su dura mirada había quedado sustituida por su gracia y amabilidad de siempre.

—Ahora —dijo, con una radiante sonrisa—, voy a almorzar.

Salió con un portazo y miré la puerta, perpleja. Las manos me temblaban sin parar y lo único que quería era gritarle un montón de cosas y luego hacerme una bolita en el suelo y llorar. En lugar de eso, entré a la cabina del fondo, me senté sobre la tapa del inodoro y escondí la cara entre las manos para tranquilizarme.

¿Que era mi amiga? ¿Qué clase de amiga se comportaba así? Además lo sabía. Lo sabía todo. Decía que no se lo contaría a nadie, pero ¿y si lo hacía? ¿Para eso iba a llevar a Jennifer a su fiesta? ¿Para dejarme mal delante de los demás?

Cerré los ojos y respiré hondo. Llevaba media vida considerándola mi amiga, y ahora estaba claro que no había sido tan mutuo como creía.

¿Y todo porque le gustaba William y yo salía con él?

Parpadeé varias veces; no quería llorar por su culpa. Y mucho menos después de la forma en la que me había tratado.

Estuve a punto de salir de aquel cubículo para ir a que me diese el aire, pero escuché algo de revuelo en el pasillo. Eran voces de chico, resonando con eco a lo largo del corredor y acompañadas de risas y quejidos.

La puerta principal del baño se abrió y los quejidos se

intensificaron. Algo cayó al suelo y unas gafas llegaron a mis pies, delante de mis zapatos. Reconocí al instante la voz de Viktor, desesperada:

—No me hagas esto, por favor. Por favor.

Un empujón. Pasos. El sonido metálico de algo al golpear la taza del inodoro.

Abrí la puerta despacio y me asomé. Un chico sujetaba a Viktor y, aunque no lo veía bien, supe que le metía la cabeza en el váter.

Tuve que mirar dos veces para ver que quien lo sujetaba era Aaron.

Sonó la cisterna y, durante unos segundos, el sonido del agua inundó el baño. Luego, tos y jadeos. Quise dar un paso al frente, pedirle que parara, que lo dejase tranquilo, pero el miedo impidió que me respondieran las piernas.

«De otro modo, no creo que nadie te tratase mejor que al pringado de Viktor Aulin», había dicho Alison, y no pude evitar el nudo que se me apretó en el pecho al pensar en que llevaba razón. Si tan solo un par de cosas hubieran sido diferentes, podría ser yo quien tuviera la cabeza metida en el váter.

—¿Quieres otra, payaso? ¿Quieres otra?

El pánico me trepó por la garganta ante la idea de volver a escuchar la cisterna. No podía permitir que siguiera. Tenía que hacer algo, reaccionar.

Pero terminé de congelarme por completo al escuchar hablar a William:

—No hace más que arruinarle la vida a la gente —musitó, y la cruel calma que destilaba su voz me cortó el aliento—. A lo mejor así aprende cuál es su sitio.

El mundo entero se tambaleó a mi alrededor y fue como si toda la sangre que había en mí se escapase por un desagüe. William no podía estar ahí fuera, haciendo algo tan horrible. El William que yo conocía era bueno, comprensivo. Mi mayor apoyo cuando más lo había necesitado. Esta versión suya ni siquiera sonaba como él. Lo que estaba pasando no parecía real; tenía tan poco sentido que solo podía ser una pesadilla.

Mareada, pegué la espalda contra la madera azul que separaba unas cabinas de otras para no mirar cuando volvió a sonar la cadena. Me tapé la boca para reprimir un sollozo, y tuve que contener las ganas de cubrirme también los oídos.

La cisterna dejó de sonar y escuché de nuevo pasos, seguidos de un portazo.

—Déjame salir —suplicó Viktor con la voz rota y entre hipidos; lo habían encerrado dentro de la cabina—. Haré lo que tú quieras, pero déjame salir, William, por favor. Si esto es por lo que dije el otro día,

lo retiro. Lo siento mucho. No lo decía en serio, de verdad. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Eh, ¿cómo fue aquella vez en casa de tu padre? —se mofó William—. ¿No te parece que se hacen cada vez más pequeñas las paredes?

Escuché la respiración acelerada de Viktor y cómo aporreaba la puerta con desesperación.

—¡William, por favor! —chilló desesperado.

Se abrió la puerta principal del baño y me encogí, sobresaltada. Las manos se me habían quedado heladas y el corazón me martilleaba con fuerza contra la caja torácica, tan desesperado por huir de allí como lo estaba yo.

—Hay un profesor en el pasillo —dijo Robert, que debía de haber estado fuera, vigilando.

—Mierda —maldijo Aaron—. Gracias, tío. Venga, William, vamos.

Volví a asomarme a tiempo de verlos salir de allí. En cuanto se apartaron, la puerta de la cabina se abrió de golpe y Viktor fue a parar al suelo. Se quedó allí, apoyado en los antebrazos, con el pelo pegado a la cara y pálido como un fantasma.

Las piernas me respondieron de nuevo y corrí a arrodillarme junto a él. Con torpeza, lo enderecé como pude y le solté la corbata del uniforme y varios botones de la camisa.

—¿Estás bien?

No hubo respuesta. Sus ojos estaban fijos en el suelo, sin verme. El pecho le subía y bajaba con rapidez, hiperventilando. Estaba tan blanco que pensé que se desmayaría en cualquier momento.

Esa idea me asustó más todavía. Le puse las manos en la cara y lo obligué a mirarme.

—Viktor, ¿estás bien?

Parpadeó varias veces para enfocar la vista y me vio por primera vez, pero no respondió.

—No pasa nada, ¿vale? Ya se han ido. —Le aparté el pelo de la cara y le puse una mano en el pecho mientras él luchaba por coger aire—. Tranquilo, respira más despacio. Estoy aquí. Estoy contigo.

Dio una temblorosa bocanada de aire, pero al momento empezó a toser y le dieron arcadas.

—¿Tienes ganas de vomitar?

Negó con la cabeza y trató de recomponerse. Me levanté, entré a la cabina más cercana y di un tirón del rollo de papel higiénico antes de volver a su lado. Con cuidado, empecé a secarle la cara.

Al hacerlo, los ojos de Viktor me miraron, cargados de sorpresa. Bajó la vista al suelo y, entonces, rompió a llorar.

Fue un llanto desconsolado y nervioso que me hizo pedazos el corazón. Nunca había visto a nadie tan roto, y no supe qué hacer. La

garganta me dolía de aguantar las lágrimas, pero me limité a seguir secándole la cara con una mano temblorosa y a frotarle el brazo con la otra.

—Tranquilo —empecé a decir, con el tono más pausado que fui capaz de encontrar dentro de mí a pesar del torbellino de emociones que sentía—. Ya ha pasado. Ya se ha terminado. Estoy aquí.

Seguí repitiéndole lo mismo una y otra vez hasta que dejó de llorar. Cuando parecía que empezaba a calmarse, la puerta del baño se abrió de golpe y estuve a punto de gritarle a quien fuese que se largara por donde había venido. En la entrada, sin embargo, vi plantado a un chico negro y alto al que siempre veía con Viktor. Tenía los ojos llenos de rabia.

—¿Qué has hecho? —preguntó, y su voz sonó como una amenaza.

Antes de poder contestarle, cruzó el baño en dos largas zancadas, me agarró el brazo y me levantó del suelo de un tirón.

Gemí al sentir sus dedos clavándose en mi piel con fuerza.

—¡¿Qué le has hecho?! —repitió, enfadado.

—¡No he hecho nada! —alcancé a decir, pero al momento se me rompió la voz. De pronto, me golpeó la abrumadora certeza de que era verdad: no había hecho *nada*. Si no hubiese sido una cobarde, si no hubiese tenido tanto miedo…

—¡Y una mierda!

—Tom, déjala, me estaba ayudando. Por favor.

Tom no pareció creérselo demasiado. Apretó la mandíbula y levanté los brazos frente a la cara, temerosa de que me pegase.

—Para, ¡para! —le pidió Viktor angustiado, aún desde el suelo y con un tembloroso hilo de voz.

Él me soltó, contrariado.

Una chica de cabello caoba entró en el baño con el rostro descompuesto y la respiración agitada, como si hubiese venido corriendo.

Se acercó a toda prisa hasta Viktor y se agachó a su lado para abrazarlo con fuerza. Al hacerlo, él hundió la cara en su cuello y se puso a llorar de nuevo.

Cogí sus gafas del suelo y se las di a Tom, que suavizó el gesto antes de hablar:

—Será mejor que te vayas —me pidió, y vi en su rostro lo asustado que en realidad estaba.

—¿Hay algo que pueda hacer para…?

—Nosotros nos encargamos —intervino la chica, acariciándole la espalda a Viktor con cariño—. Vete ya, no te preocupes.

Asentí y me dirigí a la puerta del baño. Antes de salir, vi durante un segundo mi reflejo en el espejo: estaba casi igual de pálida que Viktor.

Me fui de allí con las piernas aún temblorosas y, al ver que no había nadie más en el pasillo, no fui capaz de contener más las lágrimas.

Capítulo 19



Me había llevado años recomponer las piezas de mi propia vida.

Pero ahora el mundo se había vuelto a romper, y esta vez no me quedaban fuerzas para pegar los pedazos.

Capítulo 20



Después de todo lo que había pasado, ir a la fiesta de Alison era lo último de lo que tenía ganas. Tampoco creía que, a aquellas alturas, siguiese invitada.

Aquella tarde, en casa, miré la bolsa en el suelo de mi habitación. Dentro de ella, envuelta en papel de regalo, descansaba una fina pulsera plateada con piedrecitas verdes, a juego con los ojos de Alison. La había comprado el día que nos encontramos con Viktor y Jake en el cine. Me debatía acerca de ir a descambiarla o quedármela para mí, cuando empezó a sonar mi móvil: era William.

Lo dejé sonar; no quería hablar con él.

¿Cómo el chico que dos días atrás me había llevado a un museo para demostrar su amor podía ser capaz de algo tan horrible?

Los brazos de William siempre habían sido un refugio en el que estar a salvo. Sus manos, cálidas y fuertes como una roca sólida en mitad de la tormenta. Con él, el caos que a veces existía en mi mente se ordenaba, porque él era todo en lo que podía pensar. Porque él era calma, estabilidad y orden.

O eso era lo que siempre había creído.

Pero ¿y si Alison tenía razón? ¿Y si no sabía nada de él?

La llamada se cortó, pero un momento más tarde volvió a sonar.

—Hola —dije al contestar.

—Hola, preciosa —respondió, como si no hubiese pasado nada—. ¿A qué hora te recojo para ir a casa de Alison? ¿Sobre las ocho estarás lista?

—No voy a ir. No me encuentro bien.

—¿Y eso? Esta mañana estabas bien.

—Ya, bueno, es que me duele la cabeza.

—Aún es pronto. Tómate algo y seguro que se te pasa. Además, esta mañana tenías muchas ganas de ir a la fiesta.

No supe qué decir. ¿Le contaba lo que había visto? ¿Sería peor para Viktor?

—No sé.

—Va, un rato —me pidió, y casi pude verlo hacerme ojitos para convencerme—. Por favor.

No quería ir. No quería verlo. No quería mirarlo a la cara y fingir que me lo pasaba bien en una fiesta en la que ya no era bien recibida.

Pero allí estaría Debbie, y a lo mejor podía hablar con ella.

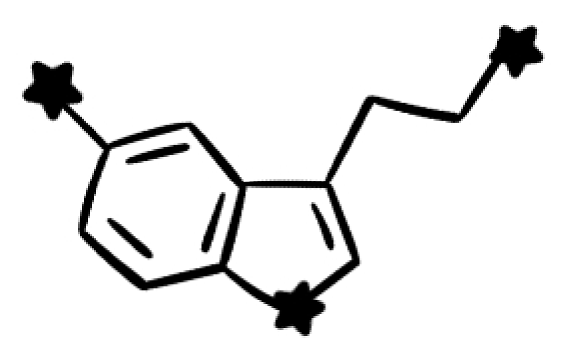
—Solo un rato —terminé por decir, y dejé escapar un suspiro—. Y no pases a por mí, iré en autobús más tarde.

—¿Estás segura?

—Sí —respondí—. Tengo algo que hacer antes.

—Vale, estupendo. Nos vemos allí, preciosa. Tengo muchas ganas de verte.

Un día atrás, esas palabras me habrían llenado la barriga de mariposas. Ahora, en cambio, no hicieron más que revolverme el estómago.



Odiaba las fiestas. Las odiaba desde que tenía trece años y unos chicos mayores nos invitaron a una.

Cuando intenté explicarle a Viktor lo incómodo que era a menudo el interior de mi cabeza, lo había comparado con una sala llena de gente y luces de colores, pero en realidad, las fiestas eran peores. Sobre todo, porque a eso se le sumaban la música estridente, los olores y el roce con la gente, demasiado pegada entre sí.

Llegué a casa de Alison sobre la diez de la noche y, tal y como había imaginado, estaba a rebosar por aquellos a quienes habíamos invitado más los que se habían apuntado solos. Había pasado mi adolescencia fingiendo pasarlo bien en las fiestas, por supuesto, porque era lo normal. Eso era lo que hacían las adolescentes normales, con cerebros normales. Sobre todo las populares. Lo cual era, gran parte del tiempo, lo que fingía ser.

«Eres una estafa, Caroline Hudson».

Aunque la gran cantidad de gente apelotonada hacía que el salón pareciese más pequeño, en realidad era enorme. En el centro, unos sofás de color burdeos destacaban contra las paredes en tono perla, sobre una alfombra de pelo que, después de esta noche, estaba segura de que iba a necesitar una visita a la tintorería. Luces verdes y azules se proyectaban en las paredes y el techo, parpadeando y reflectándose en los cristales de la lámpara de araña, apagada.

Pasé un rato prudencial allí dentro, esperando no ver ni a Alison ni a William. En el sofá, charlé con una chica con la que compartía varias clases y bebí un vaso de algo que ella me dio. Poco después, empecé a sentirme muy incómoda, y cada célula de mi cuerpo me hizo saber que si no me tapaba los oídos y los ojos y salía de allí corriendo, me iba a volver loca.

Y después de todo lo que había pasado, no creía que me faltase demasiado para volverme loca por completo. Así que antes de que sucediese, me disculpé y fui hasta la puerta corredera que conducía al jardín.

El jardín de Alison era muy amplio, como todo en su casa. Salí a un porche con el suelo de madera donde varios grupos de gente que reconocí del instituto charlaban y fumaban, un balancín y una mesa con sillas alrededor y, al fondo, una piscina ovalada y varias tumbonas. Cerré la puerta corredera a mi espalda y caminé por el césped hasta llegar al borde de la piscina. La noche era inusualmente cálida para ser mayo, así que, tras quitarme los tacones, me senté en el borde, me remangué los pantalones blancos y ajustados todo lo que pude y metí los pies en el agua.

En las ondulaciones del agua observé mi propio reflejo, con los rizos sujetos en un semirrecogido y el top de manga larga del mismo rojo que mis labios. Y escondida detrás del maquillaje y pintas de alguien que lo tenía todo bajo control, estaba yo, que intentaba mantener el ruido mental a raya y sentía que aquello que más daba por garantizado acababa de venirse abajo.

La música sonaba lejana, detrás de mí. Suspiré y alcé la vista para admirar los setos y árboles al otro lado de la piscina y que separaban la casa de Alison de la de los vecinos, la cual parecía, como mínimo, igual de grande que la suya.

Apenas unos minutos después, oí unos pasos ligeros sobre el césped y vi allí a Debbie, con los zapatos en la mano. Se sentó conmigo y esbozó una amplia sonrisa.

—No sabía que estabas aquí —comentó a modo de saludo—. Alison dijo que no vendrías.

Llevaba un bonito vestido blanco de vuelo con flores lilas, que parecía más adecuado para dar un paseo en un campo de lavanda que para una fiesta, pero que a ella, de todas formas, le quedaba precioso.

—Acabo de llegar. —Sonreí—. Tenía dolor de cabeza.

—¿Ha pasado algo con Alison esta mañana? No ha querido contarme nada, pero…

—Alison es una imbécil.

Ella alzó una ceja, sorprendida. Su sombra de ojos era del mismo color que las flores de su vestido.

—Reconozco que no es del todo mentira. ¿Ha pasado algo?

Me encogí de hombros.

—Por lo visto, está esperando que me vaya a Francia para enamorar a William, o algo así. Pero que haga lo que quiera, me da igual. Es una mala amiga.

—Siempre lo ha tenido todo —respondió ella, esbozando media sonrisa—, y si no lo tiene, hace una pataleta. Hablando de William, lo he visto antes por ahí, va pedísimo.

—A él sí que no quiero verlo —murmuré con un repentino nudo en la garganta. Aunque se suponía que había venido porque así podría hablar con Debbie, de pronto me di cuenta de que no estaba preparada para hablar de ello—. No preguntes.

En su rostro se dibujó un gesto de preocupación, pero no insistió.

—Oye, ¿sabes algo de Viktor? —Cambió de tema, colocándose bien el tirante del vestido—. Esta mañana estaba comiendo con él y…

—¿Comiendo con él?

—Sí, quería preguntarle una cosa. —Se sonrojó—. Al final nos interrumpieron y no pudimos hablar mucho. Pero como va a clase de Biología contigo…

Viktor no había aparecido en las clases de después del recreo, pero no podía decir que me extrañara; yo también me habría ido a casa. Por otro lado, ¿aquello era lo que quería hacer Debbie en la hora del almuerzo? ¿Confesarse?

—Ay, Debs, tengo una cosa que contarte —dije, y le cogí la mano. Ella me miró, expectante—. Mira, está fatal que sea yo quien te diga esto, pero es que no puedo permitir que sigas haciéndote ilusiones… He escuchado que Viktor es gay.

Ella se quedó callada, mirando hacia delante.

Alguien abrió la puerta de la terraza y en el tiempo que tardó en cerrarla, la música sonó más fuerte. Moví los pies dentro del agua y respiré el aire fresco de la noche. En el cielo apenas brillaban un par de estrellas, y es que, aunque estuviésemos en aquel enorme jardín viendo los árboles frente a nosotras, seguíamos demasiado cerca de la ciudad.

Miré a Debbie; la penumbra no me permitió verle bien la cara. Le temblaban los hombros y me pareció que estaba llorando. Estuve a punto de ponerle una mano en la espalda para consolarla, pero noté que, en realidad, se reía.

—¿Estás bien? —pregunté, preocupada.

Se giró hacia mí y en su rostro se reflejó el tipo de sonrisa que pones al ver a un cachorrito bostezar, como si acabase de decir algo adorablemente obvio.

—Lo sé, y creo que todo el mundo sabe que Viktor Aulin es gay, Carol.

No estuve de acuerdo, porque tampoco es que nadie llevara escrita en la frente su orientación sexual, pero estaba demasiado sorprendida con su reacción como para llevarle la contraria.

—Pero… dijiste que te gustaba.

—Te dije que estoy enamorada de alguien. Te dije que podría ser Viktor y no tendría nada de malo. Porque es verdad que lo admiro mucho, quiero ser un poco más como él. Ya sabes, valiente.

—¿No te gusta Viktor? —pregunté, cada vez más desubicada—. ¿Entonces?

—Madre mía, Caroline Hudson. En serio no te enteras de nada.

Estuve a punto de abrir la boca para protestar cuando Debbie acercó su cara a la mía y, entonces, me besó.

Me quedé con los ojos abiertos, inmóvil y sorprendida.

El beso duró lo que tarda un corazón en latir tres veces, y ella se separó de mí, sonrojada, y clavó los ojos en el agua frente a nosotras.

—Debbie… —empecé a decir, pero luego cerré la boca, sin saber cómo seguir.

—Una vez me aconsejaron que empezase a contar la historia por mi parte favorita. —Cogió aire—. Además, he recibido un buen consejo de Viktor esta mañana y…, en fin, esta es mi parte favorita. Supongo que a partir de aquí es más fácil que te diga que estoy enamorada de ti. Que llevo mucho tiempo enamorada de ti.

—Tía, no… No tenía ni idea —balbuceé, sin palabras.

—Está bien —dijo ella, y esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Sé que no sientes lo mismo, pero quería que supieses cómo me siento yo.

Permanecí en silencio y comprendí un montón de cosas que hasta ese momento no habían tenido sentido. Vi lágrimas silenciosas resbalarle por las mejillas a pesar de su sonrisa. Mi mejor amiga, que llevaba aquel precioso vestido blanco de flores perfecto para pasear entre lavanda. Mi mejor amiga, que estaba enamorada de mí. Y yo, que no tenía ni idea de nada.

¿Cómo no me había dado cuenta de nada?

—Te mereces algo mejor que William. No tengo que ser yo, pero sí alguien mejor que él. Hoy, en el instituto, ha pasado algo horrible por su culpa, y la justificación ha sido que le enseñaban una lección a alguien por ser como yo. —Meneó la cabeza, afectada—. Eso no está bien, pero no quiero tener miedo a ser quien soy, no quiero quedarme

en silencio ni escondida.

Asentí despacio con la cabeza y saqué los pies para ponerme en pie. Las gotas de agua se deslizaron desde mis rodillas a los tobillos.

—Deberíamos… Deberíamos entrar ya —murmuré—. Empiezo a tener frío.

—Sí, claro —respondió ella, y se levantó.

Debbie empezó a secarse los pies contra el césped antes de ponerse los zapatos. La observé hacerlo y dejé que el aire secase los míos; odiaba el tacto del césped.

En la punta de la lengua se me acumularon montones de cosas que quería expresar y, sin embargo, al buscar las palabras, no encontré ninguna que sonase adecuada.

—Lo siento —terminé por decir.

—¿Qué sientes?

«No haberme dado cuenta de tus sentimientos. No corresponderte. Que te hayas enamorado de mí. No estar enamorada de ti. Hacerte daño. No saber qué decir ahora».

Me encogí de hombros.

—Un montón de cosas.

—Da igual, en serio. —Hizo un ademán con la mano para quitarle importancia—. Lo único que quiero es que sigamos siendo amigas como siempre y que esto no cambie nada entre nosotras. Solo quería que lo supieras; sacármelo de dentro.

—Claro que no va a cambiar nada —respondí, y nos dimos un abrazo—. Muchas gracias por contármelo.

Ella me abrazó con más fuerza.

Nos pusimos los zapatos y, mientras nos dirigíamos hacia el porche, la puerta se abrió y William salió con un vaso ya casi vacío. Por su forma de caminar, no era ni de lejos el primero que tomaba. Al verme, los ojos se le iluminaron.

—Llevo toda la noche buscándote.

Se acercó a nosotras y me dio un beso que sabía demasiado a alcohol. Debbie apartó la mirada.

—Pues aquí estoy —contesté.

—¿Quieres bailar conmigo? —preguntó un poco tambaleante, y me cogió una mano.

Negué con la cabeza.

—Ahora no tengo muchas ganas de bailar.

—Venga, si te encanta —insistió, tirando de mí hacia él.

Antes de volver a decir que no, William se puso serio. Palideció un poco y se inclinó hacia un lado para vomitar. Debbie gritó y yo di un salto hacia atrás.

William, por su parte, se desestabilizó y cayó al suelo.

—Madre mía… —murmuró Debbie, asqueada.

Cogí aire y lo solté todo de golpe, meneando la cabeza. Esperé a que William se recompusiera un poco antes de acercarme a él con precaución.

—Creo que es mejor que te vayas a casa.

—¡¿Qué ha pasado aquí?! —Alison se horrorizó al ver el balancín de la terraza cubierto por una enorme mancha de vómito.

—Parece que el capi del equipo de baloncesto tiene muy buena puntería —bromeó un chico de primero que había observado la escena.

—Si la tuviese, te habría vomitado encima a ti —respondí, cortante, porque no estaba para tonterías.

El chico pareció un poco intimidado por la forma en que lo fulminé con la mirada y no dijo nada más.

Alison, por otro lado, dio unos cuantos pasos en mi dirección, llena de rabia.

—No puedo creer que hayas tenido la cara de venir después de lo de esta mañana.

—¿Qué? ¿A que ahora William no es tan buen partido? —pregunté, con la sonrisa más falsa que pude componer.

Antes de que ella pudiera decir nada, sin embargo, una vocecilla aguda se abrió paso desde dentro del salón:

—¡Pero si es Caroline Hudson! Creía que al final me iba a quedar con ganas de verte esta noche.

El corazón me dio un vuelco. Hacía años que no veía a Jennifer Moore, pero habría reconocido su cara llena de pecas en cualquier lugar. Situándose a la izquierda de Alison, con el flequillo recto y el pelo oscuro sujeto en una alta coleta, me observó con esos ojos castaños que con tanto asco me habían mirado durante gran parte de mi infancia, como si no fuese más que un bicho al que no quería acercarse ni para darle un pisotón.

Y aunque su boca y sus gestos dijesen lo contrario, como si se reencontrase con una vieja amiga, volvió a mirarme de aquel modo.

—¿Todavía sigues sin escuchar cuando te hablan? —Inclinó la cabeza hacia un lado, como si le diese pena. Y habló lo suficientemente alto como para que los que estaban por allí se enterasen—. Pobrecilla, ya entiendo por qué la has invitado, Alison. Qué buena eres.

—No, no estaba invitada —escupió ella, con fuego en la mirada —. Ya no, al menos.

—Nunca ha entendido cuándo no es bienvenida en un sitio. Sigue igual que en el colegio, por lo que veo.

Pero ahí se equivocaba. No era la misma niña que en el colegio, incapaz de devolver los golpes. Ya no era la misma que dejaba que le pasasen por encima ni que la tratasen como si no valiese nada. No era

esa persona, y no iba a serlo nunca más, ni siquiera con el corazón encogido como lo tenía en aquel momento.

—Ni siquiera voy a perder el tiempo contigo —le dije, mirándola directamente a la cara y con el mismo tono de asco que había empleado ella—. Por suerte, tengo mejores cosas que hacer que pisotear a otros para ocultar mis propios complejos.

La estúpida sonrisa de Jennifer se crispó.

—Fíjate, si has aprendido a morder.

—Puede ser. —Sonreí más y alcé la barbilla, como si estuviese disfrutando con la situación—. Y eso ya es mejor que pasarse la vida ladrando, guapa.

Jennifer parecía a punto de lanzarse hacia delante y agarrarme del pelo, pero Alison la agarró del brazo.

—No vale la pena —murmuró, pero luego se giró hacia mí—. Vete de mi fiesta, no quiero verte aquí.

Las dos se alejaron de allí, y solo cuando se perdieron tras las puertas correderas del salón, me permití dejar de sonreír. Aun así, intenté ocultar lo mucho que me temblaban las manos. En un instante, decidí que descambiaría la pulsera y me compraría algo bonito con el dinero.

—¿Estás bien? —me preguntó Debbie, con el ceño fruncido—. ¿Esa es la famosa amiga de pádel? Menuda gilipollas. ¿La conocías de antes?

Asentí con la cabeza.

—Del colegio —reconocí—. Te prometo que te lo explicaré todo en otro momento. Voy a llevar a este a casa, porque no creo que vaya a ser capaz de llegar solo.

Ambas nos giramos hacia él, que se había levantado y se apoyaba en la pared, con la cara colorada e intentando mostrarse erguido, sin mucho éxito.

—Vale, pero te acompaño.

—No, no hace falta. Vive aquí cerca. Lo llevo y pediré un taxi a mi casa, tú diviértete.

No insistió. Habíamos decidido que nada cambiaría porque esa era la reacción madura, pero en aquel momento yo no estaba como para gestionar nada con madurez.

—Ve con cuidado.

—Sí, tranquila. —Cogí a William del brazo—. Venga, *capi*, que nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó él, arrastrando las palabras.

—A tu casa, ya has tenido suficiente fiesta por hoy.

Puso mala cara, pero no ejerció más resistencia. Lo ayudé a pasarme un brazo por encima de los hombros y nos dirigimos hacia la salida. No serían más de las once y media cuando nos fuimos de allí, y

aunque el camino hacia su casa en condiciones normales lo habríamos recorrido en unos cinco minutos, en aquella ocasión nos llevó casi quince.

William no iba en condiciones de hablar demasiado, y yo tampoco estaba de humor para ello, así que caminamos en silencio y solo nos detuvimos las veces en las que él se quejó de lo mareado que estaba y para que vomitase, lo cual sucedió al menos en dos ocasiones más, aunque para la última no parecía quedarle ya nada en el estómago.

—A ver, saca las llaves —le dije al llegar por fin a su portal.

Rebuscó con torpeza en el bolsillo trasero de su pantalón y, antes de encontrarlas, perdió el equilibrio y lo agarré como pude para que no se cayese al suelo. Resoplé, frustrada, y me aguanté las ganas de llorar.

No podía más. Eran demasiadas emociones para un solo día, y lo único que quería era ir a casa, quitarme esos estúpidos zapatos que empezaban a hacerme rozaduras en los talones y meterme en la cama. Quise gritarle a William que todo eso era su culpa y que mi vida sería mucho más fácil si él no fuese un imbécil y no se hubiese acercado nunca a mí.

Pero no todo era su culpa: que me diese vergüenza ser yo misma no era su culpa. Que Jennifer me hubiese hecho la vida imposible de pequeña hasta hacerme odiar partes de mí con todas mis fuerzas no era culpa de William.

—Carol —dijo, agarrado a una reja del portal—. Antes la he cagado. La he cagado muchísimo.

—Lo sé —respondí—. Alison estaba que echaba chispas con el balancín.

—No hablaba de… —Meneó la cabeza—. No quiero ser mal novio. No quiero ser malo para ti. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, más de lo que quisiera —reconocí. ¿Por qué, a pesar de todo, seguía queriéndolo tanto?

Rebusqué las llaves en el bolsillo de su pantalón y probé hasta dar con la que entraba en la cerradura. En el ascensor, él pulsó el número tres y recé por que no vomitase allí dentro. Una vez en el rellano, introduje la otra llave en la cerradura. Por debajo de la puerta se veía luz, y esperaba que sus padres ya se hubiesen acostado; lo único que me faltaba era tener que saludar a Niklas y Joanna con William en ese estado.

Por suerte, no estaban allí.

Quien sí estaba era Viktor que, sentado en la mesa del comedor con el pijama puesto, cerró un grueso libro a toda prisa.

—Hola —murmuró, muy recto en la silla.

—Hola —respondí, sin saber cómo mirarlo a la cara después de lo

que había visto aquella mañana—. ¿Están Niklas y Joanna dormidos?

—No, están fuera por algo del trabajo.

Suspiré, aliviada.

—Menos mal. Pues venga, ahora a la cama. —Le di una palmadita a William en el hombro.

Un *beagle* blanco y marrón con manchas negras se acercó corriendo por el pasillo a saludarnos en cuanto cerramos la puerta y puso las patitas en mi pantalón, meneando el rabo. Le acaricié la cabecita, sin poder contener una sonrisa.

—¿Vienes conmigo? —preguntó William, y se acercó para besarme.

—Sí, pero nada más que a ayudarte a que te quites los zapatos. —Le puse la mano en el pecho para alejarlo de mí, porque si me daba un beso y sabía a vómito, no iba a poder soportarlo.

Nunca había estado en aquella casa, así que tuve que seguirlo hasta la que él dijo que era su habitación. Lo ayudé a quitarse los zapatos y la camiseta y a recostarse en la cama. Por más que insistió en que me quedase allí con él, no dudé en rechazar la oferta todas las veces.

Regresé al salón para encontrarme con Viktor, sentado en el mismo lugar. El apartamento era muy bonito: las paredes estaban pintadas en un *beige* que le daba incluso mayor amplitud y había un sofá marrón claro con *chaise longue*. En un lateral, unas estanterías con libros de cocina y discos, y un estante dedicado en exclusiva a una colección de cochecitos y trenes. Lo cierto era que, a juzgar por lo poco que sabía de Niklas, tuve la impresión de que era la clase de hombre al que le pegaba tener una afición como aquella.

—¿Cómo estás? —le pregunté, y me senté a su lado.

—Bien, cansado. ¿Así de borracho viene que has tenido que traerlo a casa?

—Ha vomitado en el balancín de Alison; ha sido todo un espectáculo. Oye, no me digas que estás estudiando Química a estas horas.

—No podía dormir.

Vi un folio dentro del libro y fui a abrirlo por esa página, pero antes de que pudiese cogerlo, él puso una mano encima y arrastró el libro sobre la superficie de la mesa, atrayéndolo hacia sí.

—¿Le escribías una carta de amor a Jake? —bromeé, con la intención de sacarle una sonrisa.

—No —respondió con rotundidad, nervioso—. Solo hacía problemas.

—¿Y por qué no puedo verlos?

—¿Para qué? No es como si te interesaran.

—Te sorprendería, les he cogido el gusto.

—Sí, claro —contestó, cargado de sarcasmo—. Bueno, ya has traído a William, puedes irte cuando quieras.

—Vale, vale —respondí. Alcé ambas manos con inocencia e hice como que me levantaba. En cuanto bajó la guardia, sin embargo, le arrebaté el libro y saqué el folio con rapidez antes de correr a la otra punta del salón—. Solo quiero ver si entiendo los problemas.

Viktor se puso en pie de un salto.

—Carol, por favor —dijo, con una nota de desesperación en la voz.

Pero al ver que ya había empezado a leer, se dejó caer de nuevo en el asiento y escondió la cabeza entre las manos.

El papel, arrancado de una libreta, estaba escrito hasta la mitad, con letra rápida y desordenada. Cuando fui consciente de lo que significaban aquellas palabras, un fuerte pinchazo me atravesó el pecho, y lo poco que había quedado en pie en mi interior tras aquel día de mierda terminó por desmoronarse como si estuviera hecho de arena. Como si yo misma no fuese más que una torre de arena y me deshiciera sin remedio, escurriéndome entre mis propios dedos por mucho que me esforzara en mantenerme en pie.

El estómago se me revolvió tanto que ni siquiera fui capaz de terminar de leer. Tragué saliva y alcé la vista, parpadeando para contener el río de lágrimas que amenazaba con desbordarse por mis lacrimales. Viktor, sin embargo, seguía con la cabeza entre las manos y los dedos cerrados con fuerza alrededor de algunos mechones rubios.

—¿Estás ya contenta? —preguntó, sin mirarme.

—Viktor, lo siento mucho, yo… —balbuceé.

Debí imaginarlo. ¿Por qué me había burlado? ¿Por qué no paraba de hacer las cosas mal? Tan solo había buscado hacerle reír y, una vez más, lo había empeorado todo.

—Vete ya, por favor.

—Pero…

—Vete.

La firmeza en su voz no me dejó más opción que rendirme.

—De acuerdo.

Doblé el papel con cuidado y lo dejé sobre la mesa del comedor. Lo miré con impotencia, sin saber qué hacer o decir por segunda vez aquella noche. Viktor y yo nunca nos habíamos llevado bien, y supe que era la última persona que debería haber leído esas palabras. Cualquier otra persona tal vez habría sabido cómo reaccionar a ellas, pero no tuve ni idea de qué debía hacer.

Caminé hacia la salida, con el corazón encogido y sintiéndome una imbécil, una cobarde. ¿Y ahora? ¿Fingía no haber visto nada? ¿Podría vivir con ello?

No supe cómo reaccionar cuando le metieron la cabeza en el váter, ni al verlo llorar. Tampoco al escuchar la confesión de mi mejor amiga.

Y esta vez, por supuesto, no supe cómo reaccionar al leer la nota de suicido de Viktor Aulin.

PARTE II:

Lo que perdimos

Capítulo 21



Cuando tenía diez años, mi padre me tuvo una semana encerrado en un cuartillo en el sótano.

Justo antes de irnos a Inglaterra. La «razón»por la que nos fuimos a Inglaterra.

Apenas conservaba recuerdos de aquellos días más allá de la oscuridad, el olor a humedad que inundaba aquel diminuto espacio y el pánico incipiente en mi pecho cada vez que la luz del pasillo se colaba por debajo de la puerta. De vez en cuando, él entraba, me lanzaba un sándwich de atún y media botella de agua y me gritaba que jamás volvería a ver a mi madre antes de dejarme solo de nuevo.

Al principio lloré, grité y me resistí, pero con el paso de los días y las palizas que recibí, asumí que era verdad lo que decía. Nunca saldría de allí.

Ocho días más tarde, la policía nos encontró en una casa en mitad del campo. A él, con una maleta a medio hacer para huir de allí. A mí, medio inconsciente dentro del cuartillo, sucio, deshidratado y lleno de heridas y magulladuras.

Ese era un recuerdo que durante años había intentado suprimir, olvidarlo para que no controlase mi vida. Pero a veces, en ciertas circunstancias, regresaba en forma de *flashbacks* y ataques de pánico, y la sensación era tan debilitante que lo único que podía hacer era encogerme en un rincón y esperar a que pasase.

William lo sabía. Era el único que lo sabía. Y era la segunda vez que lo usaba en mi contra. La primera vez fue el domingo.

Había pasado la tarde entera hecho un desastre, y a aquellas horas estaba ya demasiado agotado como para llorar o dormir. No era la primera vez que entraba en aquella espiral en la que mi cabeza

empezaba a dar vueltas y vueltas, a enlazar pensamientos con otros más oscuros.

No era la primera vez que pensaba en acabar con todo. Ya había tenido días así de negros antes, en los que me golpeaba la aplastante idea de que, quizás, sería mejor estar muerto. Pero el simple pensamiento me asustaba tanto que trataba de alejarlo todo lo posible.

Así que, después de llorar durante casi una hora en el baño con Tom y Natalie —a quienes, al parecer, Debbie había ido a avisar en cuanto Robert la dejó tranquila—, me fui directo a casa y me limité a pasar el día encerrado en mi habitación con un insoportable dolor de cabeza y ganas de desaparecer, intentando buscar formas de estar entretenido y convencerme de que todo estaría bien.

Pero era agotador, y estaba tan hecho polvo que al final dejé de intentarlo.

Tras muchas horas tratando de controlar esos pensamientos, había dejado que corretearan libres por mi cabeza hasta el punto de que no me di cuenta de lo que hacía hasta que Carol y William entraron por la puerta. Y cuando fui consciente de lo que estaba escribiendo en el papel, me sacudió una oleada de angustia por haber perdido el control.

Carol salió y volví a quedarme solo.

Otra vez, como siempre.

La puerta se cerró hasta entornarse. Esperaba escuchar el portazo, pero, en su lugar, esta volvió a abrirse de par en par y Carol entró otra vez.

—¿Te has dejado algo? —le pregunté.

Se sentó junto a mí y se quitó los tacones.

—No me voy a ir. Vamos a tener una fiesta de pijamas, tú y yo.

—Lo siento, no tengo muchas ganas de una fiesta de pijamas. Quiero estar solo.

Y eso último era verdad, pero al mismo tiempo era mentira.

Ella se encogió de hombros y se recostó contra el respaldo de la silla.

—¿Qué es lo que he leído antes?

—Algo que era privado —contesté con sequedad.

—¿Qué ibas a hacer?

—¡Nada! —exclamé, cada vez más a la defensiva—. No iba a hacer nada.

Ahora lo tenía claro, pero ¿diez minutos antes?, ¿y si no hubiesen llegado ellos?

—Entonces ¿por qué escribías eso?

Me puse en pie con un nudo en el pecho, más apretado cada vez.

—No tengo que darte explicaciones —dije con más seguridad de la que sentía, y di media vuelta para ir a mi habitación.

—Espera, ¿dónde vas? —Corrió detrás de mí.

Me puso la mano en el hombro y me encogí instintivamente.

—¡No me toques! —le grité, con la vista borrosa por las lágrimas.

Ella retiró la mano, asustada.

Abrumado, salí a la terraza y me dejé caer en el sofá de dos plazas para tomar el aire. Era casi medianoche y hacía frío, pero daba igual.

Carol no tardó en asomarse.

—Solo quiero que dejes de meterte donde no te llaman, ¿es tan difícil? —pregunté, ahora en voz baja.

—¿Quieres que te traiga agua?

Aquella pregunta me pilló desprevenido. Tenía la boca seca.

—Sí, por favor.

Ella volvió a entrar.

Dejé las gafas sobre un cojín y me froté los ojos y la cara. No recordaba la última vez que había estado tan cansado.

Unas pequeñas patitas avanzaron por el salón hasta la terraza. Ollie saltó al sofá y empezó a olisquearme la cara. Le acaricié el lomo y por detrás de las orejas y él se tumbó panza arriba para que le rascase también la barriga.

Carol regresó con un par de vasos de agua. Me tendió uno de ellos y se sentó.

Sentí el agua fría bajarme por la garganta hasta el estómago vacío y me di cuenta de que no había comido nada en todo el día. Poco después, conseguí calmarme lo suficiente como para que se aflojase el nudo que me comprimía el pecho. Lo suficiente como para permitirme respirar otra vez.

Y ella se quedó allí, en silencio, como la vez anterior.

—Oye, Viktor, lo de esta mañana… —empezó a decir, desviando la mirada—. No imagino cómo debes sentirte, pero… la solución no es esa.

—Lo sé —respondí, y cogí aire por la nariz—. No estaba pensando.

—En nada nos vamos a graduar, y sé que William y tú no tenéis muy buena relación, pero pronto estarás lejos de aquí. Lo hablamos el otro día, dijiste que irías a Oxford.

—Pero es que nada va a cambiar —admití en voz alta por primera vez—. Va a encontrar la forma de hacerme la vida imposible incluso allí. Y si no es él, será otra persona. Siempre hay alguien que se encarga de ello.

Paré de hablar; no quería decir demasiado. De todos modos, siempre había sido así, durante toda mi vida. Mi padre, William, Aaron. Siempre había alguien que se empeñaba en romperme en pedazos, en arrebatarme cualquier migaja de felicidad que conseguía rozar con los dedos.

¿Qué me hacía pensar que sería diferente aunque me fuera lejos?

—No tiene por qué ser así. Estoy segura de que harás un montón de amigos.

—Por supuesto —respondí con sarcasmo—. Por eso le caigo tan bien a todo el mundo. Por eso siempre hemos sido tan amigos tú y yo.

—Porque no te conocía —admitió ella en un susurro—. Ahora veo lo equivocada que estaba al juzgarte sin conocerte.

Bajé la mirada; Ollie había apoyado la cabecita en mi regazo.

—Sigues sin conocerme —murmuré.

—Pero ahora quiero hacerlo.

—No, no quieres. No soy más que una carga para todos. Tú misma lo dijiste: solo tengo amigos porque les doy pena. Solo dices todo esto porque crees que si no tienes cuidado con tus palabras, igual salto por el balcón.

Carol me miró con los ojos muy abiertos, llenos de miedo. Al ver cómo le tembló la barbilla, fui consciente de lo que acababa de decir.

—No voy a saltar por el balcón —añadí en un susurro, avergonzado por mis palabras—. Perdón, no sé por qué he dicho eso.

—No eres ninguna carga —dijo ella, en cambio—. Yo soy la que tiene menos amigas de las que creía. He actuado como la gente a la que tanto odiaba por no tenerlos en mi contra; he sido una idiota y una cobarde, no sabes cuánto me arrepiento de no haber hecho algo más esta mañana. Lo siento mucho, de verdad.

No supe qué responder. Las luces de la ciudad brillaban a lo lejos, ajenas a nosotros y a todos nuestros problemas. Recordé como apenas unas noches atrás estuve allí con Jake, y la vez anterior a aquella, hace años; esa conversación a deshoras que hizo que sintiese el primer cosquilleo. Me aferré con fuerza a aquella sensación.

En una calle cercana pasó una moto, y en el silencio que dejó al alejarse escuché la barriga de Carol rugir.

—¿Tienes hambre?

—No, estoy bien —aseguró, pero su estómago sonó de nuevo.

Me puse en pie. No quería hablar más.

—Vamos a la cocina.

—No, no. En serio, no quiero nada.

—Bueno, pues yo sí.

Ella me siguió hasta la cocina. Acabamos por hacer un sándwich para cada uno y cogí un bote de helado de *brownie* de chocolate del congelador y lo llevé al salón.

—Es un poco tarde para comer tanto —comentó.

—Tú eres la que buscaba una fiesta de pijamas.

—Supongo que tienes razón —sonrió—, pero no tengo ganas de ver pelis románticas.

—Yo tampoco. ¿Te gusta el Mario Kart?

Asintió con la cabeza.

—Te advierto de que soy muy buena, ¿eh?

—Bueno, entonces haré lo que pueda.

Era ya casi la una de la madrugada cuando cogí la Switch del salón y la llevé a mi habitación, donde nos pusimos a jugar al Mario Kart sentados sobre la cama. Ollie, que nos había seguido hasta allí, daba vueltas y pedía atención de tanto en tanto.

Carol se había cambiado de ropa y ahora llevaba una camiseta de Star Wars y unos pantalones anchos de chándal que le había dejado para que estuviese cómoda.

Después de cuatro partidas, un sándwich de pavo con queso y medio bote de helado, ya estaba más tranquilo, e incluso nos habíamos reído un par de veces.

—El otro día pensé en renunciar a la plaza en Toulouse por William, ¿sabes? —dijo al terminar la partida.

—¿Por qué?

—Porque pensé en que no quiero estar lejos de él. Fuimos a un museo con una exposición preciosa y estuve convencida de que quería pasar con él toda la vida. Y hoy, de pronto, me he dado cuenta de que no lo conozco tanto como creía.

—Vaya… —susurré, sorprendido—. No sé francés, pero me iría a Francia nada más que por tenerlo lejos.

Carol expulsó aire por la nariz en una sutil risa. Después, se soltó el semirrecogido que llevaba y algunos rizos le cayeron a la cara.

—Le he dado vueltas a nuestra conversación del otro día, por cierto —comentó, revolviéndose un poco los rizos—, y puede que en el fondo todos nos parezcamos, pero ¿no es curioso que existan dos versiones tan diferentes sobre una misma persona?

Esbocé una media sonrisa y me senté más atrás en la cama, pegando la espalda a la pared.

—¿Y qué imagen tendrá él de sí mismo?

—No lo sé, a lo mejor no tiene nada que ver con ninguna de las nuestras.

—William Anthony Powell —dije con mi tono más solemne, como si presentase a alguien—, rey del baloncesto, justiciero de Hawthorn Bay, encantador de mujeres y exterminador de temibles balancines.

Los dos empezamos a reírnos a carcajadas hasta que recordamos lo tarde que era.

—¿Quieres otra partida? —le pregunté, sonriente.

—La decisiva. —Guiñó un ojo y pulsó el botón de empezar.

Sonó un pitido y comenzó la carrera.

Mientras nuestros cochecitos peleaban por el primer puesto, me pregunté si Jake estaría bien. Apenas habíamos intercambiado un par de mensajes a lo largo de la tarde, sobre todo porque yo no estaba en

condiciones de hablar con nadie, y menos aún de contarle lo sucedido. Tampoco quería arruinarle el día de estudio ni preocuparlo.

Tom y Natalie, por otro lado, sí que habían llamado un par de veces para asegurarse de que estaba bien. Les mentí en cada llamada y les dije que sí, que todo iba bien. Ni siquiera a ellos era capaz de contarles con detalle lo que había pasado, ni en el baño ni dentro de mi cabeza.

Miré a la chica sentada junto a mí. Era raro, teniendo en cuenta que hacía solo algo más de una semana que me echó a gritos de su casa, pero, de algún modo, algo en ella me hacía sentir cómodo. Recordé la forma en que me secó la cara en el baño aquella mañana, con un cariño que me descolocó por completo y que me hizo romper a llorar como un niño pequeño.

Al pensarlo, un apretado nudo se me instaló en la garganta. ¿Por qué había hecho eso William? ¿Cómo podía usar mi recuerdo más doloroso para hacerme daño?

«Otra vez no», me dije al notar que caía de nuevo en aquella espiral oscura. «Concéntrate, otra vez no».

Carol pulsó el botón de pausa.

—¿Estás bien?

—Sí, dale al *play*, ya casi te voy a ganar.

—Viktor…

—¿Sí? —respondí, con la vista fija en la pantalla.

—¿Por qué estás llorando?

—No estoy llorando.

—Bueno, si tú lo dices...

Dejé el mando sobre la almohada y fui consciente de lo mucho que temblaba. Me enjugué las lágrimas con el dorso de la mano y cogí aire.

—Es que estoy muy cansado —le expliqué—. Perdona, te prometo que ya estaba mejor, es solo que he empezado a pensar otra vez.

—Deberías ir ya a la cama, es muy tarde. Mañana lo verás de otra forma.

Asentí con la cabeza, no muy convencido.

—Voy a dormir al sofá —anunció, y se puso en pie—. Si necesitas cualquier cosa, estaré allí.

—No, no te vayas —le pedí, agarrándola con cuidado de la camiseta. No podía soportar la idea de estar a solas otra vez—. Quédate, por favor, aunque sea un rato.

Dudó un momento, pero al final aceptó.

—De acuerdo.

—Venga, Ollie, vamos a dormir —dije con suavidad, y cogí a Ollie en brazos para dejarlo sobre su camita, en la esquina de la habitación.

Aparté las mantas y ella se tumbó de lado con la espalda casi pegada a la pared. Apagué la luz antes de entrar también. Nuestros pies se rozaron y aparté el mío al instante.

—Por lo general, William me deja en paz porque no quiere líos con su padre, pero esta vez… —murmuré—, estoy muy asustado, Carol. Todo en mi cabeza es un desastre, y no… No puedo…

—¿No puedes ordenarla?

Asentí, aunque apenas podía distinguir sus rasgos en la oscuridad.

—Llevo siete años intentándolo. Pero debo de haber hecho un trabajo de mierda y ahora todo está otra vez patas arriba. Estoy cansado; no quiero empezar de nuevo. *No puedo* empezar de nuevo.

—A mí también me pasa, ¿sabes? Todo se vuelve un caos y no sé por dónde empezar.

—No es de la misma manera.

Carol hizo una breve pausa en la que escuché a Ollie beber agua. Luego, sus patitas recorrieron la habitación hasta que volvió a meterse en su cama.

—Hay muchos tipos de caos —explicó Carol—. Pero al final es lo que es. Quizás podamos ayudarnos.

—¿Cómo? —pregunté.

—No lo sé. Podemos apoyarnos. Darnos ánimos el uno al otro cuando estemos hartos de que se nos desordene todo.

—Pero no es justo, porque estos días eres tú quien me ayuda todo el tiempo.

—No te subestimes —dijo ella con seguridad—. Si apruebo Química, será gracias a ti, y el otro día, cuando hablamos en el acantilado… Nunca había podido hablar sobre eso con nadie más que con mi familia, así que muchas gracias por escucharme. Pero ni se te ocurra volver a asustarme así; nunca hemos sido amigos, pero estos días no paró de preocuparme por ti.

—Podríamos empezar a serlo ahora —propuse, medio en broma medio en serio.

—Podríamos. —Se rio con suavidad—. Y hacer más fiestas de pijama para comer helado y galletas.

Acerqué la mano un poco más a la suya sobre la almohada, solo lo suficiente como para notar la diferencia.

—Si son las de tu madre, las que quieras —bromeé. Los párpados empezaron a pesarme.

—Trato hecho.

Me reí por la nariz, pero luego volví a ponerme serio.

—Gracias por no dejarme solo.

—Todo irá bien, te lo prometo —añadió en un susurro apenas audible, y me cogió la mano.

Cerré los ojos. Su mano, suave y fina, continuó unida a la mía.

Escuché cómo, poco a poco, su respiración se acompasaba, volviéndose más lenta y relajada según se quedaba dormida.

Aunque no sabía si de verdad las cosas irían bien o no, al menos aquella noche se había terminado. Estaba hecho polvo, pero seguía allí. Seguía vivo. A salvo.

Y así fue, escuchando su respiración, como me quedé dormido.

Capítulo 22



Aquella mañana, me despertó un rayo de luz que entraba por la ventana, y lo primero que pensé fue en que esa era la razón por la que siempre cerraba las cortinas antes de dormir. Abrí los ojos y, desorientada, comprendí que aquel no era el techo de mi dormitorio.

Las paredes estaban pintadas de blanco y la cama, pegada a la pared, tenía la colcha del mismo color. Junto a un escritorio de madera había una estantería llena de libros, de los cuales una buena parte eran cómics.

Estaba sola en el dormitorio de Viktor, y de pronto se me aceleró el corazón. Me incorporé de golpe en la cama.

¿Y si él…?

Había dormido toda la noche del tirón, pero ¿y si él se había levantado en mitad de la noche y…?

Nerviosa, me puse los pantalones blancos del día anterior, pero me dejé puesta la camiseta de Star Wars de Viktor y caminé con los pies descalzos sobre las baldosas frías. Contuve la respiración y puse la mano en el pomo de la puerta.

Y, temiendo lo peor, abrí.

Un agradable olor a café inundó mis fosas nasales y suspiré aliviada. Seguí el olor como una polilla atraída hacia la luz. Nada malo podía haber pasado si el pasillo olía a café, ¿verdad?

En la cocina, Viktor y Joanna hablaban sentados en unos taburetes junto a la encimera. Joanna le sonrió con cariño, pero un momento después, se giraron al percibir mi presencia.

—Hola, Caroline —me saludó Joanna, que se puso de pie y se acercó a mí—. Dice Viktor que te quedaste a dormir con Will anoche, ¿no?

Viktor, aún sentado, agarró una taza humeante de la encimera y le dio un pequeño sorbo, mirándome.

—Sí, era tarde para volver sola a casa. Espero que no sea un problema.

—¡Pues claro que no! —exclamó ella, animada—. Nosotros hemos llegado hace un rato, y Niklas ha ido a hacer unos recados. Hay café preparado, pero si lo prefieres, puedo hacerte un té.

—El café está bien, gracias —respondí, sonriente.

—¿Con leche?

—Sí. Muchas gracias.

Ella se acercó a la cafetera y sirvió una taza de café bien caliente.

—Bueno, chicos, voy a ponerme en marcha, os dejo aquí —dijo la mujer con entusiasmo, y salió de la cocina.

En cuanto su madre se marchó, Viktor esbozó una media sonrisa.

—Está feliz porque tiene otra oportunidad de hacernos quedar como una familia normal.

—Pensé que no le caería bien por cómo salí el domingo del restaurante. —Me senté en el taburete que había desocupado Joanna.

Viktor se encogió de hombros.

—Le gusta fingir que nunca pasa nada, y si pasa, hace como si se le hubiese olvidado. No le gustan las discusiones. De todas formas, creo que le caes bien.

Le sonreí y envolví la taza con las manos para entrar en calor. El reloj de la cocina sonó dos veces al marcar las nueve de la mañana.

—¿Le has contado ya lo de ayer? —le pregunté.

Viktor me miró como si acabase de pedirle que se tragara un tenedor.

—No —respondió con rotundidad—. Claro que no.

—Deberías hacerlo. Si no quieres contarle lo que pasó en el baño, al menos lo de por la noche. Lo que estuviste a punto de hacer fue muy serio.

—No estuve a punto de hacer nada —argumentó, inquieto—. No hice nada. Y no lo haré.

Torcí el gesto. Era cierto que no había hecho nada y que, a la luz del día, parecía mucho más compuesto. Sin embargo, anoche lo había visto tan destrozado…

—Aun así. —Hice una pausa para escoger mis próximas palabras, porque aunque ya llevaba desde la noche anterior pensando en ello, no sabía cómo se las iba a tomar—. Si no lo cuentas, no pueden ayudarte, Viktor. Y hay muchos profesionales que pueden echarte una mano para estar bien, ¿sabes?

Él tragó saliva y, por su cara, supe que no estaba nada convencido.

—¿Podemos dejar ya el tema, por favor?

—No tiene nada de malo pedir ayuda —insistí—. Ya te conté que de pequeña fui a terapia y me vino genial, de verdad.

—Sé que no tiene nada de malo, pero es que no quiero hablar más de esto, Carol. Con nadie. Solo quiero olvidarme del día de ayer.

Se estaba poniendo a la defensiva; quizás mi sugerencia había llegado demasiado pronto. Necesitaba que supiera que aquello era una opción y, además, una extraña presión se me alojaba en el pecho cuando pensaba en que lo de la noche anterior pudiera repetirse.

—Lo siento, pero si no se lo dices a tu madre, tendré que hacerlo yo. No puedo dejar que…

—No te metas —me cortó, y luego bajó el tono de voz—. ¿Sabes qué va a pasar si se enteran? Que se van a reír de mí y van a decirme que madure y me deje de tonterías, igual que hacen siempre que ven que no estoy bien. Y luego será como si nunca hubiera dicho nada.

Me quedé callada y lo miré con recelo.

—Vale, pues prométemelo —le pedí—. Prométeme que si la idea se te vuelve a pasar una sola vez por la cabeza, vas a llamarme.

Me miró en silencio unos segundos, valorando la propuesta, y se rascó la cara. Luego, suspiró.

—Podría mentir y no cumplir esa promesa.

—Eso no dice mucho a tu favor, ¿sabes? Y hace un segundo has dicho que no iba a volver a pasar.

Volvió a pensárselo, y finalmente asintió.

—Te lo prometo. Pero no le digas nada a nadie, por favor.

—No lo haré —le aseguré con una fuerte sensación de contrariedad en el pecho, y luego le puse una mano en el brazo—. ¿Cómo estás hoy?

—Mejor —respondió, y esbozó una pequeña sonrisa como para demostrarlo—. Hoy voy a tomarme el día con calma.

Le devolví la sonrisa y busqué algo más que decir. Algo como que las cosas se arreglarían y mejorarían pronto, pero antes de poder hacerlo, escuché la voz de William detrás de mí:

—Encontrarte aquí al despertar sí que es una buena manera de empezar el día, ¿eh?

Di un respingo y aparté la mano del brazo de Viktor antes de girarme hacia la puerta.

—Buenos días. —Sonreí.

Él se acercó a mí, despeinado y algo adormilado. Al darme un beso, supo al recuerdo del alcohol que todavía permanecía en él.

—Qué dolor de cabeza —se quejó, masajeándose las sienes con los dedos—, pero he dormido como un bebé toda la noche. —Miró a Viktor—. ¿Me pasas una aspirina?

Viktor, con los hombros tensos de pronto, cogió un botecito del cajón junto a él y se lo lanzó.

—Gracias. —Abrió el bote—. Oye, lo de ayer se nos fue un poco de las manos. Pero todo bien, ¿no?

Sin que William me viera, alcé ambas cejas, perpleja. ¿Cómo iba a estar todo bien, después de lo que había hecho? ¿Cómo se atrevía tan siquiera a sugerirlo, con lo que había estado a punto de ocurrir por su culpa?

Recompuse mi cara al momento para que William no se diese cuenta y miré a Viktor que, como única respuesta, parpadeó varias veces, con incredulidad.

—¿Esa camiseta no es suya? —me preguntó William, llenando un vaso de agua para tomarse la aspirina.

No parecía que recordase demasiado de la noche anterior, así que vi la oportunidad de salir airosa de aquella situación y decidí hacerme la tonta.

—¿Sí? Pues no sé, estaba en tu cajón. La cogí antes de irnos a dormir.

William me guiñó un ojo con picardía.

—Voy a darme una ducha, que huelo fatal.

—Yo me voy a ir a casa ya. —Le mostré la taza, casi vacía.

—Vale, preciosa. Luego te llamo para vernos este finde.

Me obligué a sonreír una vez más y él salió de la cocina. Viktor y yo nos quedamos en silencio, procesando la escena. Todavía me costaba comprender cómo el William que me llamaba «preciosa» y me miraba como si fuese lo único que quería ver durante el resto de su vida podía ser, al mismo tiempo, capaz de tratar así a otro ser humano.

¿Cómo podían convivir dos versiones tan distintas de la misma persona?

—Bueno, pues voy a irme ya —anuncié, y me puse en pie en cuanto acabé el café.

Mis zapatos seguían en el salón, junto a la mesa, allí donde me los quité al llegar. Me los puse de nuevo y estaba a punto de irme cuando Viktor salió de la cocina y se acercó a mí.

—Esto…, Carol, quería pedirte perdón por todo esto. Ayer no podía pensar bien y no te di las gracias en condiciones. Estaba hecho un desastre, y si no hubiese sido por ti... Gracias. De verdad. Por todo.

No pude evitar sentirme un poco abrumada por sus palabras, pero le sonreí.

—No tienes que darlas. Me lo pagas la semana que viene con clases de Química, ¿vale? —dije, en un intento de aliviar el ambiente —. Y cuídate, por favor.

Él asintió con la cabeza y me abrazó. Aunque me sorprendí al principio, le correspondí el abrazo. Desprendía un olor dulce, parecido al de la canela, pero era suave y agradable.

Inspiré hondo contra su pecho mientras él me apretaba con dulzura y cuidado, como si fuera a romperme, y se me inundaron los ojos de lágrimas porque llevaba toda la noche pensando que el que se iba a romper era él. Apreté los ojos para no llorar.

—Cuídate tú también —me pidió antes de deshacer el abrazo—. Nos vemos el lunes.

—Si necesitas hablar, me llamas. Estás en el grupo de la clase, ¿verdad? Ahí está mi número, por si no lo tienes guardado.

—Gracias. Lo mismo digo.

Nos despedimos y cogí el bolso antes de salir de aquella casa. Una vez en el ascensor, deseé que nunca llegase el momento de descubrir si Viktor cumpliría o no su promesa, y sentí un fuerte peso sobre los hombros al preguntarme si yo sabría qué hacer si aquel día llegaba.

Capítulo 23



La siguiente semana pasó despacio, sumida en la calma que deja una fuerte tormenta al marcharse: con la humedad flotando en el aire, árboles con ramas rotas y destrozos en los tejados de los menos preparados, como yo.

Fui todas las tardes a casa de Carol a estudiar. Unas veces empezábamos con Química, le explicaba lo que ella no sabía hacer y, al terminar, estudiábamos otras asignaturas en silencio, el uno junto al otro. Esperaba con ganas los momentos en que su madre entraba en la habitación con té y galletas y hacíamos una pausa para merendar. Aquellos instantes pasaron a ser mis momentos favoritos del día.

No volvimos a hablar sobre el viernes, ni sobre el baño ni sobre la noche. Ninguno de los dos sacó el tema. A mí me pareció bien, porque hacía todo lo que podía por no pensar más en ello.

De vez en cuando, sin embargo, me inundaba una fuerte angustia, y sin previo aviso, empezaba a temblar y a llorar sin poder hacer nada por evitarlo. Me pasó todas las noches que siguieron, una vez en medio de clase de Matemáticas y otras dos en casa de Carol, pero cuando ella estaba cerca, siempre me abrazaba y me acariciaba el pelo hasta que me tranquilizaba. Luego, hacíamos como si todo estuviese bien.

Para el siguiente fin de semana ya estaba un poco más compuesto, y lo pasé inmerso en un trabajo de Biología. Los exámenes finales estaban a punto de llegar, y saber que pronto me alejaría de todo aquello y pasaría más tiempo cerca de Jake era mi mayor motivación para seguir adelante.

Después de comer, sin embargo, alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—¿Sí?

La puerta se abrió y se asomó la cara de William.
—Tus amigos están en la entrada.
—Vale, gracias —le dije, extrañado.
Él hizo amago de salir, pero se detuvo en el último momento.
—Oye, Viktor, quería…
—¿Qué pasa?
Se quedó callado un momento, pensativo. Pareció que iba a responder algo, pero al final meneó la cabeza.
—No, nada. Olvídalo.
Y se fue.
Desde la semana anterior, William se había comportado raro. Como si le diese vueltas a algo que no sabía cómo poner en palabras. Además, estaba menos desagradable. Lo más probable era que no quisiera que lo delatase frente a nuestros padres ni profesores para no meterse en un lío.
Suspiré y fui al salón, donde encontré a Natalie y a Tom de pie junto a la puerta.
—¿Qué hacéis aquí?
—Teníamos pendiente hacer algo los tres juntos —anunció Natalie con una sonrisa.
—Ponte el bañador, te esperamos aquí.
—¿Queréis ir a la playa?
—Sí, ha pasado mucho tiempo desde la última vez.
—A ver, es que no hace calor.
—¡Venga, ve a cambiarte! —insistió Natalie entre risas.
No tenía demasiadas ganas de ir a ninguna parte, pero les hice caso y me cambié antes de marcharnos. Caminamos hasta la parada de autobús y lo esperamos durante unos diez minutos. Natalie llevaba una bolsa grande de playa con dos palas dentro y Tom otra con algo envuelto en papel de aluminio.
Cogimos el autobús que nos llevaría a la cala a la que solíamos ir con Annie, la amiga de Natalie, el verano anterior. Al menos, hasta que se fue a vivir con sus abuelos.
Bajamos y paseamos hasta la playa, un poco retirada de la carretera. Descendimos por unas escaleras de madera y nos quitamos los zapatos antes de llegar a la arena. Hacía algo de fresco, pero se estaba bien. Ayudé a Natalie a extender una toalla de tela enorme con un mandala azul y blanco y nos sentamos los tres sobre ella.
—¿Jugamos a las palas? —preguntó mi amiga tras sacar dos palas de madera y una pequeña pelota roja de su bolso.
—Venga, en la orilla —dijo Tom.
—Os miro, no me apetece mucho.
Él cogió una pala e hizo caso omiso a mis palabras.
—Vamos, Nat. El que gane contra Viktor.

Iba a abrir la boca para protestar, pero corrieron hacia la orilla y no tuve tiempo de decir nada. Se pusieron a jugar y observé cómo la pelota volaba de un lado a otro sin tocar el suelo.

A lo lejos, la silueta del acantilado en el que estuve con Carol dos semanas atrás recortaba el horizonte. Recordé la paz que sentí en aquel lugar. Si el próximo día hacía sol, le pediría que estudiásemos allí.

La pelota se desvió a la izquierda y Tom saltó hacia un lado para darle, pero no llegó a tiempo y acabó en la arena.

—¡Gané! —exclamó Natalie, orgullosa—. ¡Vik, vente!

Fui donde estaban ellos. Tom me cedió su pala y se sacudió la arena de la camiseta. Saqué y empezamos a jugar.

—¿Cómo te va con Jake? —preguntó Natalie tras recibir la bola sin ninguna dificultad.

—Bien. Hablamos todos los días —admití, porque era verdad—. Aunque está un poco liado con los exámenes.

—¿Y le has contado lo de…? Bueno, ya sabes, lo de la semana pasada.

No, no lo había hecho. Ni a ellos tampoco. No porque no quisiera, sino porque no creía ser capaz de hacerlo sin ponerme a llorar otra vez, y ya estaba harto de las lágrimas. Y ni hablar de los pensamientos de aquella noche, porque me avergonzaba demasiado de ellos como para expresarlos en voz alta.

A pesar de que le había prometido a Carol que la llamaría si las ideas oscuras volvían, lo cierto era que nunca habían llegado a abandonarme por completo. Se mantenían en silencio, tan bien escondidas que, a simple vista, parecía que ni siquiera estaban ahí. Sin embargo, con el paso de los años, había aprendido a reconocerlas, a percibir su eco en el fondo de mi mente. Listas para saltar en el momento menos esperado.

—Por encima —mentí—. Pero no quiero hablar de eso ahora.

—Vale, vale, de acuerdo —dijo ella—. Este verano, podríamos venir los cuatro, ¿no crees?

—Estaría bien. —Le sonreí—. Cuando lo conozcáis más, os va a caer genial, en serio.

A diferencia de Tom, que todavía se mostraba escéptico respecto a mi nueva relación con Jake, Natalie sí que parecía estar más dispuesta a aceptar que no todas las decisiones que tomaba eran malas. Y que, tal vez, si encontraba razones para confiar en él era porque existían.

—Seguro que sí —respondió Tom, que seguía la pelota con los ojos mientras esta iba de un lado a otro—. ¿Va a venir Annie este verano, Nat?

—¡Pues claro! —Ella sonrió, ilusionada—. Y lo más probable es

que no venga sola. Con Jake vamos a pasar de ser tres a seis.

—Por fin vamos a poder hacer torneos de verdad con las palas, en vez de turnarnos hasta el infinito —me reí.

—Este verano tenemos que hacer muchas cosas antes de que te vayas a la uni, Vik. —Tuvo que dar unos pasos hacia atrás para golpear la pelota—. Te vamos a echar mucho de menos.

—No os va a dar tiempo: vendré mucho a visitaros.

—¡Más te vale!

—Y nosotros iremos a verte a ti —añadió Tom.

En el siguiente pase, fallé la bola que lanzó Natalie y le di la pala a mi amigo.

—¡La campeona! —celebró ella con los brazos en alto, y dio una vuelta sobre sí misma.

—De momento —advirtió Tom, preparado para sacar.

Jugamos un rato más así, hablando y turnándonos. Recordamos las tardes y los momentos que habíamos pasado en aquella misma playa y nos reímos de ellos, tanto de los buenos como de los malos, y me pregunté si, en un tiempo, todos los malos ratos de ahora no serían más que una anécdota de la que reírse.

Un rato después ya estábamos acalorados de correr de un lado a otro por la pelota. Natalie se quedó en bikini, y nosotros en bañador.

Tom golpeó la pelota con la pala y esta se fue tan alta que Natalie tuvo que dar un salto para intentar llegar a ella. No fue suficiente, y la bola cayó un par de metros a su espalda.

—Voy al baño —anunció ella, me pasó la pala y se puso la camiseta y los zapatos para ir al baño público a los pies de la escalera.

—Te toca —dijo Tom.

Cogí la pelota y saqué. Tras un par de pases, Tom habló:

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—Bien, me lo estoy pasando genial. —Me agaché para darle a la pelota, que venía baja.

Mi amigo carraspeó un par de veces para aclararse la garganta.

—No hablaba de eso, sino de lo del…

—Bien —le corté.

—Vale, pero…

—Tom, no quiero hablarlo, de verdad.

Él suspiró con pesadez.

—Está bien —se rindió—. Es solo que no nos has contado nada sobre lo que pasó la semana pasada y… estoy preocupado, tío.

—No tienes por qué. Lo llevo bien, intento no pensarlo. Tampoco soy de cristal, ¿sabes?

—Lo sé. Llevo media vida siendo tu amigo, sé que no eres de cristal.

—Vale, entonces no te preocupes tanto, porque estoy bien.

Él asintió con la cabeza y golpeó de nuevo la pelota. Era bonito que se preocupasen por mí, pero tampoco quería que me tratasen con miedo a que me rompiera en cualquier momento. No quería que darles pena fuese el motivo por el que se quedaban a mi alrededor.

—Algún día tienes que venir a mi casa —dijo, cambiando el tema —. Como de pequeños, para comer *pizza* y jugar a videojuegos. ¿Qué te parece?

—Cuando quieras —sonreí—. Puedo llevar alguno de esos juegos familiares que compra mi madre; no creo que a Natalie le gusten los juegos que tienes tú. Los nuestros están sin estrenar, de todas formas.

Él chasqueó la lengua y puso una cara que no supe identificar del todo.

—Lo cierto es que hablaba solo de nosotros dos. Ya sabes, noche de chicos.

—¿Ha pasado algo? ¿Estáis bien?

—¿Tengo que tener una pelea con mi novia para querer hacer algo con mi mejor amigo?

—No, claro que no. Es que no quiero que le siente mal que no la invitemos.

—No estamos mal, lo que pasa es que pasamos todo el día juntos. En clase, por las tardes, los fines de semana… También necesito espacio, ¿no?

—Sí, tienes razón. Pero ¿seguro que estáis bien? —pregunté, preocupado—. Podemos hablarlo si quieres.

Tom no tuvo tiempo de contestar, porque entonces Natalie llegó corriendo, se quitó los zapatos y la camiseta y, sin previo aviso, se agarró de mi brazo y tiró de mí. La sorpresa no me permitió resistirme, así que trastabillé con ella hasta el agua. No estaba profundo, pero sí lo bastante como para que al caernos de culo, nos cubriese por completo.

Me levanté de un salto y cogí aire, con el agua a la altura de la cadera.

—¡Está helada! —exclamé, apartándome el pelo que se me había ido a la cara.

La risa de Natalie se convirtió en una tos al entrarle agua en la boca y al final también empecé a reírme.

—¡Ahora vamos a por ti! —amenacé a Tom que, seco en la orilla, se burlaba de nosotros.

—¡Eso si podéis pillarme!

Natalie y yo cruzamos una mirada cómplice y salimos del agua para ir detrás de Tom. Al final, nos las arreglamos para sujetarlo entre los dos y llevarlo al agua. Dentro, chapoteamos y nos reímos durante un buen rato. Cuando regresamos a la arena, ya empezaba a anochecer.

Nos envolvimos en nuestras toallas antes de vestirnos. Hacía frío, así que nos sentamos los tres juntos para entrar en calor.

Tom sacó de su mochila tres sándwiches y los repartió. Cenamos viendo el sol esconderse y hablamos del verano, del futuro, de nuestros planes. De cómo siempre estaríamos los tres juntos.

Y así, apoyado en mis dos amigos, ni siquiera me costó creerlo.

Capítulo 24



Con los ojos todavía pegados por el sueño, extendí la mano hasta la mesita de noche para acallar el estridente tono del móvil que me había despertado aquel sábado por la mañana.

—¿Uhm? —dije a modo de saludo después de contestar.

—Hola, Carol —respondió la voz de Debbie al otro lado de la línea—. ¿Te he despertado?

—No, no —mentí. Eran casi las once, pero aquella noche apenas había pegado ojo—. ¿Pasa algo?

—Te llamaba por si te apetecía que comiésemos juntas. Luego podemos ir a patinar, si quieres.

Me di la vuelta en la cama, escondiéndome debajo de la manta.

—Hoy estoy muy liada, Debbie —me excusé—. No voy a poder.

—Ah, bueno. No pasa nada. ¿Mañana?

—No lo sé, luego te digo lo que sea, ¿vale?

—De acuerdo —suspiró—. No te preocupes, ya hablamos después.

Y colgó antes de que pudiera despedirme.

Dejé el teléfono a un lado, culpable por ponerle excusas. A pesar de que la semana anterior prometimos que todo seguiría como siempre, lo cierto es que no era así. No le reprochaba el haberme confesado sus sentimientos, ni mucho menos, pero no poder corresponderlos ni haberlos intuido antes sí que me hacía sentir mal cada vez que pensaba en ello.

Al final, el silencio y la tensión entre ambas se hicieron tan palpables que Debbie terminó por cambiarse de sitio en las clases que compartíamos. Y en los descansos, ella se juntaba con Alison, que no me dirigía la palabra desde el día de la fiesta.

No quería saber nada de Alison después de todo lo que me había

dicho. Por tanto, pasaba los recreos con William al sol y fingía que todo estaba bien entre nosotros, que no había visto lo que ocurrió en el baño. Tenía miedo de que hacer lo contrario perjudicase más a Viktor.

Bajé a desayunar, quitándome las legañas de los ojos. Llevaba toda la semana sintiéndome desubicada. Era como cuando al salir de una sala de cine, el mundo parece brillar con un foco distinto y te hace sentir torpe, cegándote hasta que tus ojos se adaptan de nuevo. Solo que yo parecía no ser capaz de adaptarme jamás a esa nueva luz.

Había pasado mucho tiempo haciendo malabares con todas esas partes de mí que me había visto obligada a arrancar para ser como el resto y, como era de esperar, había llegado el momento en que todo se había venido abajo.

No podía dejar de darle vueltas al hecho de que Alison me hubiese tratado de esa manera y hubiese llevado a Jennifer a la fiesta solo para hacerme daño, a que William fuese capaz de cosas tan horribles y a que Viktor tuviese aquellos pensamientos tan oscuros.

—Buenos días, dormilona —me saludó mi padre, que preparaba el almuerzo en la cocina.

—Buenos días, papá.

Cogí una manzana del frutero y me senté en una silla junto a Daniel, que hacía unos deberes de Matemáticas —o, más bien, le daba vueltas al lápiz mientras miraba a nuestro padre cocinar— en la mesa de la cocina.

—¿Qué vamos a comer hoy? —le pregunté.

—Macarrones con queso.

—Me encantan —dije, sonriente.

Mi madre se asomó entonces por la puerta, envuelta en una bata rosa.

—Esta semana te hemos notado desanimada, cariño —comentó ella—. ¿Ha ocurrido algo?

—Mis amigas, que están un poco raras —admití.

Ambos me miraron con la preocupación dibujada en los ojos. Por supuesto, mis padres sabían cómo había sido todo en el colegio; lo mal que lo había pasado durante años, hasta que entré al instituto. Con solo mirarlos, podía ver que temían que algo así se repitiese.

Daniel también tenía déficit de atención —aunque el suyo estaba acompañado de hiperactividad—, pero mis padres habían aprendido de la primera vez y, además, tenía buenos amigos que lo comprendían y querían tal y como era.

—¿Habéis discutido? —quiso saber mi madre.

—Bueno, algo así. Pero solo con Alison.

—¿Crees que lo podéis arreglar?

—No lo sé, pero creo que no. —Me encogí de hombros—. Ni por

su parte ni por la mía.

—Nunca me ha gustado mucho esa chica, de todos modos —intervino mi padre—. No sabría decir por qué.

Mi hermano esbozó una mueca de desagrado.

—Porque da miedo —dijo, muy serio—, siempre pone malas caras. La única de tus amigas que es simpática es la hermana de Hannah.

—Podría ser tu cuñada algún día, así que tienes suerte de que te caiga bien —bromeé.

Daniel me miró desubicado, sin entender de qué hablaba. Unos segundos más tarde, sin embargo, entendió, por la cara puse, que se trataba de la broma de siempre.

—¡Claro que no! —protestó—. ¡Ni en un millón de años!

—Entonces ¿por qué te pones así de colorado?

—Daniel, los deberes, venga —le insistió mi madre.

Él hizo un mohín disconforme.

—Es que odio las mates, mamá.

—Pero sí que quieres ir a clases de guitarra, ¿no es así?

Entonces resopló, cogió el lápiz y bajó la vista al libro. Dan y las matemáticas mantenían una relación muy similar a la mía con la química, así que unas cuantas tardes a la semana tenía que ir a clases de refuerzo. Y la condición para aprender a tocar la guitarra como él tanto quería era aplicarse mucho para dejar de necesitar ese apoyo extra.

—Hablábamos de Alison —dijo mi padre para reencauzar el tema.

—Sí, pues si os caía mal, estáis de suerte, porque no creo que volvamos a ser amigas.

—Ella se lo pierde. De todas formas, el curso que viene vas a hacer un montón de amigas nuevas en Toulouse.

—Recuerda que tengo que sacar un notable en Química, mamá.

—No creo que te cueste tanto, porque con Viktor se te ve bien encaminada, ¿o no? Siempre que os subo algo para merendar estás concentradísima. Estoy muy contenta de que venga tanto, porque es un encanto de chico.

Aquella semana, Viktor había venido todas las tardes a estudiar. Era curioso cómo en apenas medio mes había pasado de no querer verlo ni de lejos a ser de las personas con las que más cómoda me sentía. De hecho, de no ser por él y nuestras tardes entre apuntes, me sentiría completamente sola y perdida.

—Pues deja de darle tantos dulces, que parece que quieras engordarlo para comértelo.

—A él le gustan —argumentó ella—. Nadie le obliga a comérselos.

Me reí con sus palabras y meneé la cabeza.

—Voy a darme una ducha antes de comer —anuncié, sonriente y de mejor humor que al despertar.

—Ve, corre. Luego me ayudas a terminar de preparar la comida —dijo mi padre, divertido con nuestra conversación.

Subí las escaleras y tomé una larga ducha caliente para terminar de sacudirme el mal humor de aquella mañana.

Tenía que hablar con Debbie y arreglar las cosas. Le diría de ir a patinar o al centro a por un helado. No soportaba la idea de perder a mi mejor amiga ni de que estuviésemos tan alejadas la una de la otra.

Sin embargo, al salir de la ducha y mirar el teléfono, vi que tenía un mensaje de nada menos que Jacob Oldner:

Jake 26 de mayo, 11:58
Hola, Carol
Puedo hablar contigo de una cosa?

Carol, 12:06
Hola, Jake!
Claro que sí, qué pasa?

Jake, 12:09
Es sobre Viktor
Lleva unos días raro y no sé qué le pasa
Él dice que nada, pero no le creo
Te lo comento a ti porque sé que ha estado todas las tardes en tu casa y quizás sepas algo
William también está raro, como que evita hablar conmigo
No sé si soy yo, que me preocupo de más, pero tengo la sensación de que hay algo que no sé

Pensé en cómo responderle. Sabía que Viktor no le había hablado de lo ocurrido, porque me lo había dicho él mismo. No quería hablar del tema, pero a juzgar por las veces en las que se había venido abajo en mi casa mientras me explicaba un problema, estaba claro que aún no estaba bien.

Carol, 12:13
Eso debería contártelo él, Jake, lo siento mucho

Jake, 12:13
Va, Ricitos de oro
No quiere hablar de ello, y quiero ir a verlo para preguntarle, pero estoy hasta arriba con los exámenes finales
Viktor me gusta de verdad, desde hace mucho, sabes?
Ya me gustaba en el instituto, pero era un imbécil y no era capaz de

hacer algo que no le pareciese bien a William

Y ahora que por fin

Que por fin tenemos algo

No sé qué hacer, porque quiero ayudarlo y lo echo de menos, pero tengo miedo de que no confíe en mí

No pude evitar sonreír al comprobar lo equivocado que estaba William con respecto a los sentimientos de Jake. Eran de verdad, estaba segura de que lo eran.

—¿Te queda mucho? —preguntó la voz de Daniel desde el otro lado de la puerta, y me di cuenta de que, por responder a Jake, todavía estaba a medio vestir.

—Ya voy, ya voy —contesté, y me apresuré en terminar de arreglarme.

Carol, 12:17

Hablaré con él, a ver si puedo hacer algo, pero no te prometo nada

Tampoco te voy a contar qué pasa, que eso tiene que hacerlo él

Jake, 12:17

Muchísimas gracias, rubia

Te debo una

Nos despedimos y salí del baño para que mi hermano pudiese entrar. Bajé a ayudar a mi padre en la cocina y, según rallaba el queso, tuve una idea tan buena que, si salía bien, podría matar dos pájaros de un tiro.

Comí con mi familia, cada vez más convencida de lo buena que era la idea, y en cuanto terminamos, subí a mi habitación y volví a desbloquear la pantalla del móvil.

Carol, 13:40

Debs, ¿te apetece que nos vayamos de aventura mañana?

Ella no tardó en contestar:

Debbie, 13:41

¿Cómo que ir de aventura?

Carol, 13:41

Síii

He tenido una idea buenísima

Te va a encantar cuando la escuches

Pero, venga, ¿te apuntas o no?

Capítulo 25



—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —le pregunté a Carol, apretando el paso.

—Por supuesto que sí —contestó ella con seguridad.

Por megafonía, una voz femenina llamó a los pasajeros del tren de las once y cuarto a Oxford a embarcar en el andén cinco.

—No sé, Carol.

—Venga, que no llegamos —nos apresuró Debbie.

Los tres nos abrimos paso entre los pasajeros de aquella ajetreada estación hasta el andén número cinco. La gente ya subía al tren y, aunque todas las alarmas de mi cabeza me pedían correr en la dirección contraria, seguí andando hasta nuestro vagón. Buscamos los asientos y me dejé caer junto a la ventana. Vi mi reflejo en el cristal y me di un tirón del jersey verde, con un pequeño dinosaurio bordado en el pecho. Frente a mí iba Carol y a su lado, Debbie. Como iba de espaldas al sentido de las vías, cuando el tren comenzó a moverse, pude ver cómo dejábamos atrás la estación y la ciudad.

—¿No le molestará que vaya sin avisar?

—Estoy segura de que no, no te preocupes.

—Pero estará muy ocupado, y…

Carol se inclinó hacia delante con una sonrisa tranquilizadora y me puso las manos en las rodillas.

—Deja de preocuparte. Le va a encantar verte, confía en mí.

—No le vas a quitar más que un ratito de estudio —comentó Debbie, a la que habíamos puesto al día de camino a la estación.

Me eché hacia atrás en el asiento, que vibraba con sutileza por el traqueteo del tren, y suspiré.

—Eso espero. Por cierto, Debbie, no sabía que también querías

estudiar en Oxford.

La chica, además, venía sorprendentemente preparada para la vida académica: con un jersey marrón sobre una camisa blanca de la que solo se veía el cuello y unos vaqueros largos.

—Ya te dije que al final no éramos tan diferentes —respondió ella, esbozando una amplia sonrisa.

Carol, por su parte, resopló con fingido dramatismo.

—Por lo visto, estoy rodeada de genios. Ya se me podía pegar algo.

—Prueba a ponerme delante de sangre y agujas, como quieres hacer tú —me reí—. A ver cuánto tardo en desmayarme.

Carol me miró, entre agradecida y orgullosa.

—Es superromántico que vayas a darle una sorpresa así a tu novio —comentó Debbie—. Estoy nerviosa hasta yo.

—No es mi novio. —Me sonrojé—. Además, la idea ha sido de Carol.

La tarde anterior recibí un mensaje suyo con la propuesta de ir a hacerle una visita sorpresa a Jake. No vi el mensaje hasta la noche, al volver de la playa, y al principio me negué en redondo. Sin embargo, insistió con tan buenos argumentos que al final terminé convencido de que era buena idea y de que incluso le haría ilusión.

—Solo te lo propuse, tú has pensado los detalles. ¿Conseguiste el número de su amiga al final?

—Sí, he hablado con ella esta mañana por Twitter; me ha pedido que la avisemos antes de llegar.

—Genial —dijo ella, y acompañó sus palabras con una breve afirmación de cabeza.

Teníamos una hora y media por delante antes de llegar a Oxford. Al otro lado de la ventana, vi cómo pasábamos junto a un pequeño pueblo de casitas de piedra y prados verdes. Jake y yo no habíamos dejado de hablar ni un día desde la última vez que nos vimos, y aunque tenía muchas ganas de verlo de nuevo, temía que no reaccionase como esperaba que lo hiciera.

—¿Estás nervioso? —preguntó Debbie un rato más tarde.

Dejé quieta la pierna que había empezado a mover sin querer.

—La verdad es que sí. No sé si estoy sobrepasando límites por presentarme allí de sorpresa, porque no somos nada todavía, creo.

—Por lo que me contó Carol ayer, yo también creo que le hará mucha ilusión.

—Ojalá sea así —le sonreí, cohibido. Qué impensable era gustarle en serio a alguien como Jake, o que pudiera hacerle ilusión verme—. Por cierto, la semana pasada, el día que… Dijiste que habías oído algo sobre mí y querías hablar de ello. ¿Qué era?

Debbie bajó la vista.

—Bueno, escuché en clase que te habían visto besarte con un chico en el centro comercial. —Lanzó una rápida mirada a Carol, que tenía la vista perdida al otro lado de la ventana y llevaba puestos unos cascos rosas que, según me había contado, eran aislantes, para cuando le molestaba el ruido. Estaba distraída por completo, con una camiseta blanca de tirantes y envuelta en un cárdigan de un suave amarillo con algunas figuras rosas y celestes—. La verdad es que estaba un poco celosa.

—¿Celosa? ¿De qué?

—De que fueras más valiente que yo. Tú podías besarte con un chico en mitad del centro comercial y yo ni siquiera era capaz de contarle a mi mejor amiga que soy lesbiana. Intenté decirle, hace un par de semanas, que estoy enamorada de una chica, pero en el último momento, me asusté y le dejé creer que lo estaba de ti.

Abrí los ojos e incliné levemente la cabeza, sorprendido.

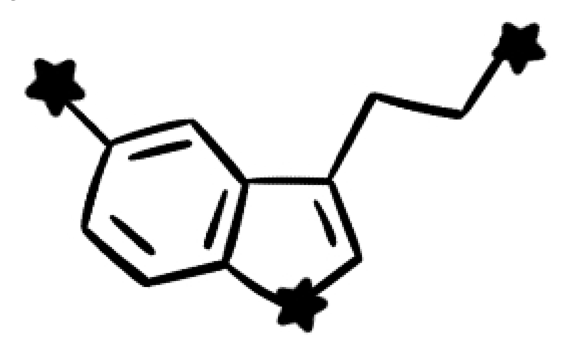
—Incluso a mí me parecería más chocante gustarte yo a que seas lesbiana.

—Sí, creo que a ella también le impactó más eso —bromeó—. El problema es que es de Carol de quien estoy enamorada. Quise hablar contigo antes que con ella para ver cómo sonaba en voz alta, porque sabía que lo entenderías y… No sé, quizás podías darme algún consejo. De todos modos, esa noche se lo conté, al final. En la fiesta de Alison. Pero ahora está rara conmigo.

Le sonreí para tranquilizarla.

—Si te ha dicho que vengas hoy, imagino que ella también querrá hablar de eso y aclararlo.

—Lo intentaré después —dijo, y se echó hacia atrás con alivio—. Espero que tengas razón.



Eran las doce menos cuarto cuando bajamos del tren y una chica con flequillo y una melena castaña clara a la altura de los hombros se acercó a nosotros. Tenía una marca de nacimiento que le ocupaba gran parte del pómulo y mejilla derecha y que parecía una quemadura.

—Viktor, ¿verdad? —adivinó, señalándome.

—Sí, soy yo —respondí—. Y ellas son Carol y Debbie.

—Encantada. —Carol esbozó una amplia sonrisa—. Tú debes de ser Grace, la amiga de Jake.

—Amiga y *exnovia* de Jake, sí —dijo ella, y apretó los labios en una fina línea. Los tres nos quedamos callados y de pronto pensé en que había cometido un error al hablarle para organizar una visita sorpresa a Jake. Pero entonces, ella soltó una fuerte carcajada—. Vaya caras se os han quedado; ¡que estoy de broma! Me alegro mucho de conoceros.

Nos dio la mano a modo de saludo e hizo un gesto para que la siguiésemos en dirección al campus. Era un domingo soleado y, aunque el aire primaveral venía fresco, se estaba muy bien en el exterior.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó cuando atravesábamos un puente que cruzaba un pequeño arroyo.

—Bien, tranquilo —admití—. Gracias por venir a buscarnos, no hacía falta.

—No podía arriesgarme a que os perdieseis y que Jakey se quedase sin su sorpresa. No para de hablar de ti, nos tiene a todos con los oídos desgastados.

Sentí las mejillas enrojecer, pero intenté disimularlo con una sonrisa.

—Él también me habla mucho de ti.

—Espero que solo de las cosas buenas. ¿Vosotras dos también queréis venir a Oxford el año que viene?

Carol se rio, como si le acabasen de contar un chiste.

—Qué va. Ella sí —señaló a Debbie—. Yo no sacaría las notas para entrar aquí ni en un millón de años.

—Ya, bueno, ella se va a Francia —explicó su amiga—. Así que tampoco está nada mal. ¿Tú qué estudias, Grace?

—Química —contestó, sonriente.

Carol se giró hacia mí, sorprendida.

—Vaya, igual que tú.

—Jake mencionó algo, sí. —Grace asintió con la cabeza—. En cuanto vengas y te instales, te paso libros y apuntes, que seguro que te vienen bien. Bueno, pues ya estamos aquí.

Ante nosotros, la Universidad de Oxford se alzaba majestuosa. Entramos en el campus con Grace y nos paramos al llegar al que parecía ser el edificio de las habitaciones.

—Es la tercera planta, segunda puerta a la izquierda. ¿Vais a subir vosotras también?

Carol negó con la cabeza.

—No, pensábamos dar una vuelta por aquí.

—Os puedo hacer un *tour* rápido —se ofreció Grace—. Y luego

podemos ir a la cafetería; mis amigos están allí.

A Debbie se le iluminó la cara ante la palabra «*tour*» y asintió con energía.

—Sí, genial.

—Hasta luego, Viktor —se despidió Carol—. Pasadlo bien.

—¡Hasta luego! —dijeron las otras dos.

Las vi alejarse y empujé la puerta para entrar. Luego, subí por las escaleras hasta la tercera planta y pronto me detuve frente a la que debía de ser la habitación de Jake. Cogí aire y sonreí al imaginar que, tal vez, para el siguiente año, recorrer ese pasillo y llamar a esa puerta serían algo habitual. Golpeé la madera varias veces con los nudillos y esperé.

Un momento más tarde, oí una voz irritada:

—¿En serio? De verdad, os he dicho mil veces que no me molestéis hoy, por favor, que estoy… —La puerta se abrió y un Jake despeinado y en bata apareció frente a mí. En un segundo, su gesto irritado dio paso a uno de desconcierto.

Abrí la boca para saludarlo, y entonces él cerró la puerta de un portazo.

Parpadeé varias veces, perplejo. Escuché algo de revuelo proveniente del interior y entonces la puerta volvió a abrirse; Jake se había arreglado el pelo y ya no llevaba la bata, quedando con unos pantalones anchos grises y una camiseta azul de mangas cortas.

—Hola —me saludó, sonriente.

—Hola, me has cerrado la puerta en la cara —observé, divertido.

Jake dejó escapar una risita nerviosa.

—Perdón, ha sido un momento de pánico; me ha dado vergüenza que me vieras con esas pintas.

—Estás igual de guapo siempre —dije, porque era verdad.

Jake me abrazó. Fue un abrazo largo, durante el cual cerré los ojos y dejé que su aroma inundase mis fosas nasales. Al separarse de mí, tenía una enorme sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, todavía sorprendido.

Me agarró de una mano y tiró con suavidad de mí hacia el interior de la habitación. Luego, cerró la puerta.

—Quería verte y desearte suerte antes de los exámenes, pero si estás muy liado, puedo volver más tarde o…

Me cogió la cara entre las manos y me besó. Sus labios eran suaves y cálidos y, aunque apenas había pasado una semana y media desde que los había probado por primera vez, los había echado mucho de menos. Sin separarnos, nos sentamos sobre la cama y sentí una de sus manos en la espalda. Cada una de sus caricias era como una explosión de sensaciones dentro de mí, como si las yemas de sus dedos emanasen todo el calor que me había faltado hasta entonces.

—Tenía tantas ganas de verte… —murmuró, separándose de mí solo lo justo para mirarme con esos ojos miel.

Muy cerca de mí, Jake se mordió el labio inferior y volví a besarlo, esta vez sintiendo una oleada de calor subir desde mi vientre y expandirse por todo mi cuerpo. Quería tenerlo más cerca todavía, pero cuando sus labios se desplazaron hasta mi cuello, cada roce me enviaba tantas señales eléctricas por el cuerpo que tuve que apartarme de él, acalorado.

—Perdona, no quería ir rápido —se disculpó, preocupado y con las mejillas también sonrojadas—. ¿Estás bien?

—Sí, todo bien, me gusta. Es solo que nunca he…

—No tenemos que hacer nada —dijo, con gesto tranquilizador, y me dio un beso en la mejilla—. Podemos solo besarnos. O ir a dar un paseo, como quieras.

—Estoy bien aquí. El paseo podemos dejarlo para luego —respondí, y nuestros labios volvieron a juntarse.

Capítulo 26



Un rato más tarde, estábamos recostados sobre su cama, el uno frente al otro. Él esbozó una sonrisa preciosa y nos besamos. Habíamos pasado un buen rato entre besos y caricias y, aunque eso fue todo, sentía que estaba en una nube.

—No puedo creer que hayas venido —murmuró, acariciándome la cara con el índice.

—Quería darte una sorpresa, espero que haya sido buena.

—¡Y tanto que lo ha sido! ¿Cómo has sabido cuál era mi habitación?

—Hablé con Grace por Twitter, ella nos ha traído.

—¿«Nos»? —Alzó ambas cejas con curiosidad.

Asentí con la cabeza.

—Sí, he venido con Carol y Debbie. Grace les está haciendo un *tour*.

—Entonces ya conoces a la famosa Gracie.

—Por fin —me reí.

Deslicé los ojos por su habitación. Era pequeñita, pero estaba bien acondicionada. Tenía una ventana con vistas a la biblioteca y con un cactus en el alféizar, bajo el cual se encontraba un pequeño escritorio del Ikea. Las paredes eran de color crema, el suelo, de moqueta gris y la colcha, azul. Detrás de la puerta, colgaba una bandera del Chelsea, y de pronto tuve muchas ganas de conocer cada pequeño detalle que componía a Jake.

Al otro lado de la puerta, la risa de unas chicas que debían de estar pasando por ahí flotó en el aire para luego perderse según se alejaban por el pasillo.

—Llevo toda la semana sin parar por los exámenes —dijo Jake—.

Si hubiese podido, habría ido a visitarte este finde.

—Tenía muchas ganas de verte —admití—. Te echaba de menos.

—Y yo a ti. Aunque estaba preocupado, pensé que estabas enfadado conmigo.

Alcé ambas cejas, sorprendido. ¿Cómo podía pensar que estaba enfadado con él, si sus mensajes eran de lo poco que me mantenía a flote esos días?

—¿Por qué creías eso?

Jake pegó su frente a la mía.

—Porque cuando te llamaba y nos escribíamos, te notaba muy serio —susurró, y me sorprendió lo vulnerable que me pareció—. Quería saber si te pasaba algo.

Cogí aire y escondí la cabeza en su pecho.

—Ha sido una semana muy difícil, pero contigo todo está perfecto. Luego lo hablamos, todavía no. Estoy muy feliz ahora mismo.

—Vale, no te preocupes —dijo él, y me acarició el pelo—. ¿Te apetece que demos una vuelta por el campus y te enseño un poco todo?

—Por supuesto. —Sonreí, tan ilusionado como lo había estado Debbie un rato atrás.

Nos levantamos. Fui al baño de dentro de la habitación y me arreglé el jersey y el pelo mientras que Jake se cambiaba. Cuando salí, lo encontré con unos vaqueros y una camiseta blanca, sobre la que llevaba una camisa abierta a cuadros rojos y negros.

Salimos de su habitación cogidos de la mano y paseamos por el campus. Jake me explicó qué era cada edificio, me contó historias de los lugares por los que pasábamos y anécdotas sobre la gente con la que nos cruzábamos. Aquello era mucho más de lo que podía pedir: pasear por la universidad de mis sueños con el chico del que llevaba años enamorado.

No podía creer que en unos meses aquel pudiese llegar a ser mi día a día.

Al final, llegamos a la cafetería. En el exterior, había varias mesas en las que grupos de estudiantes charlaban al sol, animados. En uno de los grupos, de unas diez personas, reconocí al instante los rizos rubios de Carol.

Nos acercamos y nos saludaron. Jake me dijo cómo se llamaban todos, pero una vez terminó, no recordaba ni la mitad de los nombres.

Carol se levantó y abrazó a Jake con efusividad. Debbie también se puso en pie, feliz como una niña con un caramelo.

—¿Qué te ha parecido la sorpresa? —preguntó Carol, ilusionada.

—Increíble —sonrió él—. ¿Y vosotras qué? ¿Cómo os trata Grace?

—¿Dudas de mis habilidades de anfitriona? —se ofendió la

aludida desde su asiento.

Jake se rio.

—Nunca se me ocurriría.

—Esto es genial —comentó Debbie—. Estoy muy feliz de haber venido, estoy deseando estudiar aquí.

—Cuando tengas exámenes no te parecerá tan guay —suspiró Grace—. Jakey, aquí tan sonriente como lo veis, se ha pasado el fin de semana a base de tilas para los nervios y con un cartel de «no molestar» en la puerta de su habitación. Pero vaya, el resto del tiempo sí que nos lo pasamos bien.

—No seas exagerada —se quejó él, y sus mejillas adquirieron un tinte rojizo—. Solo os dije que tenía que estudiar.

—Antes he llamado a la puerta y casi me muerde —comenté en defensa de Grace.

Jake se sonrojó aún más, pero al final se rio.

—Bueno, chicos, no os distraemos más, que estoy segura de que tenéis mucho de lo que hablar —intervino Carol, cruzó una mirada con Jake que no supe interpretar y deslizó sus ojos hasta mí—. Luego escríbeme y nos vemos donde sea para volver a la estación.

Asentí con la cabeza y nos despedimos antes de ponernos a caminar sin un rumbo aparente.

—¿Estás muy agobiado con los exámenes? —le pregunté una vez estuvimos ya lejos.

—Un poco. —Me apretó la mano—. Sobre todo porque me cuesta concentrarme.

—Por lo que has dicho antes, supongo que ha tenido algo que ver conmigo.

Jake tardó en responder. Nos sentamos en un banco junto a un árbol. El sol se colaba entre las hojas, formando sombras juguetonas en el suelo. Desde las copas, se escuchaba el piar de unos pajarillos, y las voces del resto del mundo parecían lejanas, como si fuésemos las dos únicas personas allí.

—La semana pasada, William me mandó un mensaje muy raro —empezó a decir—. Iba borracho, creo.

—¿Qué te dijo?

—Que la había cagado muchísimo y que necesitaba hablar conmigo.

—¿No te explicó sobre qué?

—No, era tarde y yo ya estaba dormido. Le contesté por la mañana, pero dijo que era una tontería y se negó a hablarlo. Desde entonces, habéis estado raros los dos.

Dudé sobre qué decir. No me veía preparado para entrar en detalles pero, en parte, sentía que le debía la verdad. Y, además, quería hacerlo.

—Ocurrió algo en el instituto —confesé, intentando tomar toda la distancia posible de mis propias palabras y no volver a aquel momento —. En el baño. No te lo conté porque no quería hablar de ello, lo siento. La única que sabe los detalles es Carol, y es porque estaba allí y lo vio todo. Ni siquiera he podido hablarlo con Tom y Natalie.

Jake se quedó callado un momento, muy serio.

—¿Te hicieron daño?

Aparté la vista. El agua en la cara, impidiéndome respirar. Las manos que me sujetaban los brazos con fuerza. Los recuerdos de aquel cuartillo asaltándome, el dolor en las manos al golpear la puerta para salir. La voz de mi padre y todas sus horribles palabras. La oscuridad. Los golpes.

Respiré hondo con una repentina presión en el pecho. No podía caer en ese bucle. No allí. No delante de Jake.

—Viktor, si te hicieron daño… —siguió, con una nota de rabia que hizo que le temblara la voz. Cogió aire y al hablar de nuevo, sonó más tranquilo—. Puedes contármelo, ¿vale? No importa que William sea mi amigo, no tiene derecho a hacerte daño.

—Usó cosas contra mí que solo sabe él —expliqué, incapaz de mirarlo—. Perdona que hable en plan misterioso, es que es un tema difícil.

Solo con William había hablado alguna vez de todo lo sucedido en casa de mi padre. De pequeños, cuando todavía nos llevábamos bien. Al contárselo, él me abrazó hasta que fui capaz de dejar de llorar y se pasó más de una semana haciendo lo imposible para distraerme. Pero poco después, sin embargo, dejó de importarle cualquier cosa que tuviese relación conmigo, y pasó a solo dirigirme la palabra cuando era estrictamente necesario. Nunca había comprendido el por qué, y él tampoco había querido contármelo.

—Tranquilo, no tienes que obligarte. Solo quiero que sepas que estoy aquí y que puedes hablar conmigo.

—Lo sé —contesté, y esbocé una sonrisa para tranquilizarlo—. Quiero hacerlo, de verdad, pero es que no… no estoy listo. Sé que he estado un poco raro, pero es porque ha sido una semana muy complicada. —Sentí un vacío en el estómago y me abracé a mí mismo, reuniendo valor para seguir hablando—. Además, el viernes pasado pensé en… en hacerme daño. Mucho daño. No sé si me explico, es que me cuesta decirlo en voz alta. —Intenté sonreír, pero el gesto se quedó en poco más que una mueca—. Incluso llegué a… Bueno, a escribir una nota de… de…

No pude terminar, porque sentí que si decía una sola palabra más, si pronunciaba *esa palabra*, iba a romperme por completo. Al entender a qué me refería, la cara de Jake perdió todo el color y abrió mucho los ojos, pero no dijo nada.

En su mirada, distinguí un destello de miedo que me hizo sentir todavía peor. No quería que pensara que estaba mal de la cabeza. No quería que me tuviera pena, ni mucho menos buscaba hacerle daño con mi incapacidad de gestionar lo que sentía como el resto del mundo.

Cogí aire y lo solté despacio, clavando la vista en una de las briznas de hierba junto a mi zapato.

—Perdona que no te lo contase —continué, al ver que él seguía sin reaccionar—. Fue solo un momento y luego me dio mucha vergüenza. Estaba tan desesperado por dejar de sentirme así de mal que no veía más salida que esa, pero Carol se quedó conmigo y me ayudó mucho.

Jake tragó saliva. Por el rabillo del ojo, vi cómo se pasó una mano por la cara.

—Dios mío, Viktor, yo… —balbuceó. La voz le falló y carraspeó varias veces para seguir hablando—. Lo siento. Es que no sé qué decir ahora mismo.

«Ahora es cuando se va», comprendí. «Ahora es cuando dice que no quiere volver a saber nada de mí. Ahora es cuando se da cuenta de que estoy loco».

—No tienes que decir nada —le sonreí, controlando el temblor de mi voz lo mejor que pude, y me puse de pie—. Ha sido una tontería venir hasta aquí, ¿verdad? Debería escribirle ya a Carol para que nos vayamos.

Me atreví a mirarlo de nuevo y un pinchazo de culpabilidad me atravesó el pecho al encontrarme con sus ojos enrojecidos.

—No lo digas así —me pidió, dolido.

—¿Que no lo diga cómo?

—Así. —Su voz sonó parecida a un gemido, con una nota de desesperación—. Como si hubiera sido un error contármelo.

Negué con la cabeza, buscando el móvil en los bolsillos del pantalón. Había venido a darle una sorpresa agradable y, como siempre, había acabado arruinándolo todo. Cuando no había alguien intentando hacerme daño, ya me bastaba yo solo para meter la pata hasta el fondo.

Cada vez que me atrevía a bajar la guardia y pensar en que podía irme bien, la vida me demostraba que la felicidad para mí siempre vendría en tarritos de muestra. Podría probarla, conocerla, fingir que me pertenecía durante unos instantes. Sin embargo, nunca podría permitirme más que esas pequeñas pinceladas.

El resto estaba fuera de mi alcance.

—Es que no quiero hacerte perder más el tiempo. Dios, soy un imbécil.

Me reí por no echarme a llorar. Jake se levantó y me agarró la

manga del jersey.

—Viktor, espera, por favor —se apresuró a decir, con suavidad—. Mira, sé que no he reaccionado como debería. Es que me ha pillado por sorpresa. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Vas a dejar de hablar conmigo?

—¿Qué? —Me cogió una mano, preocupado—. Claro que no. ¿Por qué preguntas eso?

—Después de lo que te he contado… No sé, supongo que lo entendería si lo hicieses.

Y dolería. *Mucho*. Pero eso preferí no decirlo.

Aparté la mirada. Jake se quedó en silencio un momento y tragué saliva, esperando lo peor. Me dolía la garganta de contener las lágrimas.

—No voy a dejar de hablarte. —Me cogió la cara entre las manos para que lo mirase. Sus preciosos ojos miel estaban húmedos, pero la convicción con la que me miraban hizo que el corazón se me derritiera un poco—. Me gustas mucho, Viktor. Esto no lo cambia. Puedes hablar conmigo sobre cualquier cosa, ¿vale? Puedes confiar en mí.

—Gracias —murmuré.

Él me dedicó una tenue sonrisa y me acarició la mejilla con el pulgar. Noté que las manos le temblaban.

—A ti, por contármelo. ¿Has traído los auriculares?

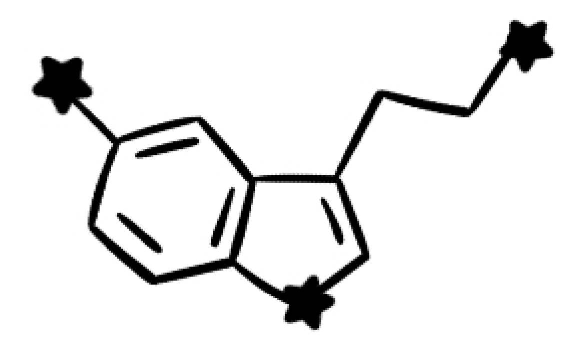
—Sí, los tengo aquí. —Los saqué del bolsillo y se los di—. ¿Para qué?

—El otro día escuché una canción y quiero enseñártela. Creo que puede gustarte. Siempre eres tú el que me enseña música, es mi turno de devolverte el favor.

Volvimos a sentarnos y Jake buscó una canción en su móvil y me pasó un auricular, como tantas veces había hecho yo. La música empezó a sonar y, aunque no se lo dije a Jake, la reconocí al instante. *Flaws*, de Bastille.

Mi nueva canción favorita.

Apoyé la cabeza en su hombro, agradecido porque no hubiera salido corriendo. Se me escaparon un par de lágrimas que él retiró de mis mejillas con cariño. Cerré los ojos y disfruté de aquel momento que deseé que no terminase nunca. Y ninguno de los dos se movió hasta que la canción terminó.



Pasado un rato, cuando ambos estábamos más tranquilos, nos levantamos y dimos un corto paseo cogidos de la mano antes de regresar a la cafetería. Los amigos de Jake ya se habían marchado, así que saqué el móvil y le escribí un mensaje a Carol para decirle dónde estábamos.

—¿Estás bien? —le pregunté a Jake, que llevaba un buen rato callado.

—Sí, tranquilo. —Esbozó una sonrisa como para demostrarlo—. Todo está bien.

—¿Seguro? Si te preocupa algo, me lo puedes decir.

—Lo sé, solo estaba pensando. Es que estoy feliz de que estés aquí. No quiero que te vayas y tener que volver a encerrarme a estudiar.

—Nos vamos a ver pronto. —Le sonreí—. Los exámenes te van a salir genial y vas a tener todo el verano para no hacer nada.

Él me sonrió y me apretó la mano.

—No quiero pasar el verano sin hacer nada —dijo, mirándome a los ojos—. Quiero pasarlo contigo y que hagamos muchas cosas juntos. Si te parece bien, claro.

—Claro que me parece bien.

—Es que, no sé, sigues aquí y ya he empezado a echarte de menos. Mierda, ya estoy siendo cursi, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y me reí, con una agradable calidez inundándome el pecho una vez más.

—Sí, pero a mí me pasa lo mismo; tampoco quiero volver a Hawthorn.

Jake tardó unos segundos en responder, como escogiendo sus próximas palabras.

—Podría ir a verte alguno de estos días —sugirió—, aunque sea para comer juntos y volver al tren.

—No quiero distraerte en medio de los exámenes, ya te he quitado hoy todo el día.

—Puedo llevar los apuntes y estudiar por el camino. —Luego, hizo un puchero—. Va, di que sí, di que vaya a verte.

Le miré los hoyuelos que se le formaron al reír y levanté un dedo para tocarlos, lo cual hizo que su sonrisa se ensanchara más.

—Ven a verme —le pedí.

Lo abracé y disfruté del momento. Me arrepentí de haberle dicho a Carol que ya estaba listo, porque no quería volver a Hawthorn. No quería estar lejos de él nunca.

A Jake le gustaba pasar tiempo conmigo. Le gustaba *yo*, por mucho que me costara creerlo. Que no hubiese salido corriendo como tanto temía después de haberle dejado echar un vistazo a mi interior me hizo pensar, por primera vez desde que William dejó de ser mi amigo, en que, con el tiempo, podría llegar a contárselo *todo* a alguien. Incluso los recuerdos más tristes y oscuros.

—Veo que estáis de maravilla por aquí —dijo la voz de Carol con picardía—. Odio interrumpir el momento, pero es que se nos va a ir el tren si no nos damos prisa.

—Sí, no quiero que lo perdáis —contestó Jake, que se separó de mí con una preciosa sonrisa—. Gracias por venir, ha sido la mejor sorpresa que podían darme.

—Gracias a ti. —Apreté su mano con fuerza—. Mucha suerte, te va a ir genial.

—Ten cuidado, ¿vale? —pidió. Sus ojos color miel se clavaron en los míos y por un segundo, a su rostro regresó la vulnerabilidad de antes, que volvió a pillarme desprevenido. Después, se dirigió a Carol —. Cuídamelo, por favor.

—Ese es mi trabajo —sonrió ella.

—Luego hablamos —le dije a Jake.

Él asintió con la cabeza y nos besamos una última vez.

Debbie, Carol y yo nos encaminamos a la estación sin hablar mucho e intentamos recordar el camino por el que horas antes nos había guiado Grace. Una vez allí, compramos algo para comer en el trayecto y subimos al tren que nos llevaría de vuelta a casa.

—Ha sido muy divertido —comentó Debbie una vez nos sentamos, y dejó una bolsa de papel con algo dentro sobre su regazo.

—Sí, ha estado muy bien —asintió Carol—. Los amigos de Jake son muy agradables. ¿A vosotros cómo os ha ido?

—Genial —respondí—. Ha sido muy especial. Muchas gracias por venir conmigo, a las dos.

—¿Estás de broma? He tenido un *tour* por Oxford y ya sé dónde está el Departamento de Física, las habitaciones y la biblioteca. Es increíble. —Abrazó la bolsa—. Si hasta me he comprado una sudadera.

Carol y yo la miramos con gesto divertido.

—Me alegro de que lo hayas pasado tan bien, Debs.

Las dos se sonrieron y, por sus caras, tuve la impresión de que

aquello significaba algo más de lo que pude entender.

Durante el resto del camino hablamos sobre tonterías y comentamos nuestra improvisada aventura a Oxford, y el viaje de vuelta se hizo más corto de lo que hubiese deseado. Estaba muy cómodo con ellas dos.

Hora y media más tarde, llegamos a la estación y bajamos del tren. Nos despedimos con unos rápidos abrazos y unas sonrisas sinceras y Carol me recordó que al día siguiente tenía que ir a estudiar a su casa. Además, su madre iba a hacer más galletas.

Nos separamos y volví a casa, convencido de que había sido uno de los mejores días de mi vida.

Capítulo 27



Viktor se marchó, más sonriente de lo que lo había visto nunca, y salí con Debbie de la estación.

En cuanto estuvimos a solas, suspiró, aliviada.

—Estoy muy contenta de que hayamos hablado, porque lo de fingir normalidad se nos da de pena.

Solté una carcajada.

—Desde luego, lo hacemos fatal.

Apenas unas horas antes, sentadas en la cafetería en Oxford, tuvimos una conversación sobre todo lo ocurrido. Hablamos de sus sentimientos hacia mí, de los míos hacia ella, y de lo mal que me sentía por no poder corresponderle. Ella me dejó claro que era algo que sabía desde antes de declararse, pero que no se arrepentía lo más mínimo de haberlo hecho.

—En serio que creía que te gustaba Viktor; no sabía cómo decirte que él estaba saliendo con Jake.

—Si los dos fuésemos hetero, haríamos buena pareja, ¿verdad? —Se rio.

—Seríais una pareja de raritos empollones de lo más adorable.

Las dos nos reímos. Ni rastro de la tensión que flotaba en el ambiente durante los días anteriores.

—¿Por qué no sabía que erais amigos?

—Bueno, porque es muy reciente —confesé—. Si el señor Jefferson no nos hubiese obligado a estudiar juntos, no creo que hubiésemos hablado nunca. Pero ya ni siquiera sé por qué dicen tantas cosas malas de él.

Aunque lo cierto era que sí llegaba a comprender por qué Viktor me había caído tan mal antes de conocerlo: porque se atrevía a ser él

mismo. Todo el tiempo, sin tapujos. A quien no le gustara podía apartarse del camino, porque él no dejaba de ser quien era, incluso si aquello le hacía daño en ocasiones. Y es que tal vez no tuviera más que un par de amigos, pero eran quienes de verdad lo querían.

Sin embargo, yo llevaba tanto tiempo oculta tras muros y máscaras que estos se habían pegado a mi piel. Tanto, que a veces me costaba reconocer dónde acababan las apariencias y dónde empezaba yo. «Eres una estafa», me había dicho Alison, y quizás llevaba razón, pero ahora veía que no era la única que lo era.

Al menos, yo no quería volver a serlo nunca más.

¿Por qué tenía que ser malo que hubiera diferencias entre unos y otros? ¿Por qué tenía que ser malo ser distintos a pesar de todo lo que nos hacía iguales?

—Estaba en el colegio con William y él —me explicó Debbie—. Ya te lo conté una vez, creo, pero yo iba a la clase de Viktor. No sé qué le pasaba, y tampoco podía preguntarle porque él apenas hablaba inglés. Pero a veces, sobre todo al principio, lloraba en clase y se ponía tan nervioso que los profesores tenían que salir con él hasta que se tranquilizaba. Nos dijeron que era por algo que le había pasado y que fuésemos comprensivos, pero ya sabes cómo son los niños.

Asentí con la cabeza y suspiré. Claro que sabía cómo eran, más de lo que me gustaría.

—¿Entonces fue a partir de ahí?

—No lo sé, creo que no. —Sacudió la cabeza—. William y él siempre estaban juntos en el recreo, pero de un día para otro casi que dejaron de hablarse. Pronto, el resto empezó a dejarlo también más de lado, no sé si tuvo algo que ver. Ahora que me acuerdo, ¿no habías quedado hoy con William?

—Sí, para cenar —admití—. En un rato.

—Sabes que te mereces algo mejor, alguien que no esté tan lleno de rabia. —Como no contesté, ella puso cara de sorpresa—. Creo que es la primera vez que no lo defiendes.

Esbocé una sonrisa triste.

—Porque esta vez creo que tienes razón.

—¿En serio? —Parpadeó, atónita.

Llegamos a un cruce y nos detuvimos.

—Debí escucharte mucho antes. Sé que nunca te ha gustado William.

—Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta. —Sonrió y me dio un fuerte abrazo.

La abracé también, aliviada al comprobar que nuestra amistad no estaba rota, que solo nos hacía falta un poco de tiempo y una conversación sincera para volver a ser las mismas de siempre.

Deshicimos el abrazo y le sonreí.

—Nos vemos mañana en clase.

—Por supuesto —respondió, feliz.

Cada una siguió su camino y anduve hasta el centro de Hawthorn, donde había quedado con William. Por fin nos habían dado otra reserva en la pizzería a la que tantas ganas teníamos de ir. Él ya estaba allí, en la entrada, sentado en un banco. Llevaba la camisa celeste que compramos juntos en el centro comercial. Estaba guapísimo, como siempre.

Se levantó y se acercó a besarme.

—¿Entramos?

—Vamos —le sonreí.

Al abrir la puerta, lo primero que percibí fue un olor a *pizza* recién hecha que me abrió de golpe el apetito.

—Hoy nadie nos va a arruinar la comida —dijo William después de que un camarero elegantemente vestido nos señalase nuestra mesa.

—No, hoy no —respondí con una débil sonrisa.

Nos sentamos el uno frente al otro en una mesa pegada a la pared de ladrillo, de la cual colgaban cuadros en blanco y negro con imágenes de diversos sitios de Italia, entre los que reconocí la Torre de Pissa, el Coliseo y los canales de Venecia. Los camareros se movían deprisa, ajetreados, de un lado a otro del restaurante, cargando platos llenos de pasta y otros vacíos de vuelta a la cocina.

—¿Qué te apetece?

—No estoy segura, pero creo que pasta.

Abrí el menú y lo ojeé distraída. William hizo lo mismo y pasamos unos momentos sin hablar para decidir qué comer.

—¿Compartimos pan de ajo?

Él asintió, sonriente.

¿En serio tan solo hacía un mes que estaba en el patio, con la cabeza apoyada sobre sus piernas y deseando que el tiempo se detuviese?

Recordé el ciruelo en flor de aquel día, el aire primaveral y el calor del sol en las mejillas. ¿Cómo podía cambiar tanto todo en tan poco tiempo?

Una camarera con el pelo recogido en una alta coleta rubia se acercó a nuestra mesa y pedimos un pan de ajo, una *pizza* hawaiana para él y un plato de espaguetis al pesto para mí.

—¿Has vuelto a hablar con las chicas?

—Con Debbie sí, ya lo hemos arreglado, pero no creo que con Alison tenga solución.

—Me sabe mal que no os habléis por mi culpa. Le prometí que le iba a pagar la limpieza del balancín, pero si quieres, puedo hablar con ella y explicarle todo bien.

—No te preocupes, no es necesario. Es una mala amiga, de todas

formas.

Esa era la versión oficial, al menos para William: que discutí con Alison después de que él vomitase en su fiesta porque lo defendí y a ella le molestó que no estuviese de su lado.

—Seguro que se le pasa pronto, fue una tontería.

Le sonreí para darle la razón y el camarero que nos indicó la mesa al llegar nos trajo la comida y comenzamos a comer. Probamos el uno del plato del otro y expresamos más veces de las necesarias lo bueno que estaba todo y lo mucho que había valido la pena esperar unas semanas.

Los platos se vaciaron al ritmo en que el silencio se extendía entre nosotros. A medida que se abría paso, dejó lugar a otro tipo de cosas: el sonido de cubiertos chocando entre sí, voces lejanas en la cocina, una canción en italiano, que seguro que hablaba sobre el amor, y las animadas conversaciones demasiado estridentes y felices.

La luz de pronto parecía más brillante de la cuenta, y junto con las fuertes risotadas de las mesas vecinas pude sentir el gran contraste con la nuestra. Era como si todos los demás brillasen con fuerza y nosotros estuviésemos a oscuras. Como si el foco que nos iluminaba se hubiese apagado, como si se hubiese terminado nuestro tiempo.

Lo supe al verlo esbozar una de sus sonrisas de infarto en un intento de llenar ese vacío instalado entre un extremo y otro de la mesa. No podía seguir así.

Nada era igual. Por mucho que quisiese convencerme de que sí, de que podía estar con él después de lo que le había visto hacer. Después de lo que le hizo a Viktor.

Viktor, que ni siquiera me importaba lo más mínimo hacía un mes, y que ahora era la única persona con la que sentía que podía ser yo misma. Traté de protegerlo fingiendo no saber nada. Pero ¿no era eso lo que hacía su madre? ¿Fingir que nunca pasaba nada? ¿Cuánto podía ayudarlo algo así en realidad?

Preparé un guion mental, una conversación con distintas respuestas; una explicación clara y concisa sobre todo lo que pensaba decir. Todos los motivos, mis sentimientos y razones.

Pero a la hora de la verdad, me atraganté con mis propias palabras.

—Tenemos que romper —le dije, interrumpiéndolo a mitad de una frase que ni siquiera había escuchado.

La sonrisa se le congeló en el rostro.

—¿Cómo dices?

—Que no puedo seguir contigo.

Él soltó una risita que dio a entender que creía que bromeaba.

—No tiene gracia, Carol.

—No es una broma.

—¿Entonces? —preguntó, muy serio—. ¿Por qué justo ahora?

—Porque hace una semana que debería haberlo hecho. Hace una semana que nada está bien, y ya no puedo seguir más con esto. No puedo seguir saliendo contigo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y parpadeé para evitar que cayeran. Algunas personas de las mesas contiguas habían empezado a mirarnos, al escuchar nuestra conversación. La canción en italiano seguía sonando, y nunca una canción me había parecido tan triste.

—Veo que siempre soy el último en enterarse de todo lo que tiene que ver con nosotros.

—¿De qué hablas?

—Lo de Francia. —Torció el gesto—. Alison dijo que lo sabías desde hace tiempo, más de un mes.

—¿Alison te contó qué? ¿Cuándo?

—El día después de que lo hicieras tú. Me contó que llevabas un montón retrasándolo, mintiéndome cuando te preguntaba si sabías algo. Está bien, supongo que no sabías cómo decírmelo, así que no le di mucha importancia. Pero ¿y esto? —preguntó, con gesto herido—. ¿Llevas una semana o a saber cuánto tiempo pensando en dejarme y finges que todo está bien? ¿Para esto hemos venido a cenar? ¿No podías romper conmigo en la puerta del instituto para que fuese menos humillante?

—No pensaba hacerlo ahora, William, es que…

—Ah, sí, ha sido un impulso. Como siempre. —William resopló y su mirada reflejó una mezcla entre rabia y dolor. Luego, dejó escapar una especie de carcajada amarga y clavó los ojos en algún punto indefinido del local. Cuando volvió a hablar, lo hizo tan bajito que me pareció que era consigo mismo—: Siempre es lo mismo, al final.

Lo observé en silencio durante unos segundos, sin saber qué decir. Inspiré hondo para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Lo siento. No quería que las cosas saliesen así.

Me levanté y salí de allí, dejándolo solo en aquel restaurante.

Otra vez.

Capítulo 28



Al día siguiente, aquel viaje a Oxford todavía me parecía un sueño. Estaba feliz de haber pasado el día anterior con Jake y de que le hubiese gustado mi sorpresa. Le había hablado de uno de mis pensamientos más oscuros y, a pesar de ello, seguía allí. Por la noche, hablamos por teléfono y él admitió estar preocupado, pero también dijo que quería apoyarme en todo lo que pudiese.

Además, era la última semana de clases antes de los exámenes. Y *por fin* se iba a terminar todo aquello.

Entonces, si se suponía que todo estaba bien por una vez, ¿por qué era incapaz de sacudirme de encima la sensación de que caminaba sobre una quebradiza capa de hielo?

—Oye, Viktor —me llamó el señor Jefferson al finalizar la clase.

—¿Sí?

Fui hasta su mesa.

—Carol ha mejorado mucho en las últimas pruebas que hemos hecho. Es estupendo que hayáis podido arreglar vuestras diferencias, porque le está viniendo muy bien.

Sonreí con orgullo. Habíamos empezado con mal pie, pero ahora me alegraba de poder ayudarla y ver que su esfuerzo estaba dando resultado.

—Se está esforzando mucho para poder ir a Francia, y no sería justo que por una asignatura…

Él asintió con la cabeza.

—Desde luego, pero necesita un notable. Sin casi aprobar exámenes, no tengo de dónde subirle la nota a no ser que se ponga las pilas.

—Lo entiendo —dije, aunque me pillé a mí mismo queriendo

añadir algo más en su defensa—. ¿Quería hablar de algo más?

—Sí. Estos días es a ti a quien noto distraído. Me parece maravilloso que a ella se le peguen tus cosas buenas, pero si a ti se te van a pegar las de ella, que no sean las malas.

—Ha sido una semana rara, pero ya estoy de vuelta.

—Muy bien, me gusta oír eso. No te robo más tiempo del descanso. Vete ya, anda.

Cogí la mochila y salí de clase.

De camino al patio, vi que tenía un mensaje de Jake. Sonreí. Siempre sentía un cosquilleo cada vez que aparecía su nombre en la pantalla.

Jake 28 de mayo, 12:59
Voy de camino al primer examen… Estoy de los nervios :(
Y tú? Cómo llevas las clases?

Viktor, 13:02
Mucha suerte! Te va a salir genial, ya verás
Y estoy bien, voy a comer ahora con mis amigos

Iba tan distraído con el móvil que, al llegar a la planta baja y salir por la puerta del patio, no me di cuenta de que Aaron estaba allí.

—Vicky, Vicky… Casi no te he visto esta semana. ¿Has estado por ahí con tu noviete?

Lo ignoré y seguí mi camino con el miedo trepándome por el pecho y hasta la garganta. Otra vez no. *Otra vez no.*

—¿Hasta cuándo vamos a fingir que Jake sale contigo porque le gustas y no porque se siente culpable por no haber sido superamable contigo con el instituto?

Di media vuelta en su dirección.

—Te equivocas. No sabes de lo que hablas.

—¿Estás seguro? Pues mira que Jake no soporta caerle mal a nadie; es todo un hermanito de la caridad. Mi teoría es que es su forma de compensarlo. ¿En cuánto tiempo le parecerá suficiente?

A veces, Aaron era como la voz de mi conciencia; era como si pudiese encontrar y descifrar mis mayores miedos con apenas una mirada. Entonces los regaba y abonaba hasta que crecían tanto que era yo mismo quien volvía toda la situación en mi contra.

Pero ¿y si llevaba razón? ¿Y si todos mis malos presentimientos acababan por cumplirse?

—Aaron, déjalo. —William le dio un codazo, quien, muy serio, se encontraba apoyado en la pared junto a su amigo. Luego, se dirigió a mí—. No es por eso, ¿vale?

Aaron no pudo hacer otra cosa que sorprenderse.

—¿Qué te pasa a ti hoy? —le preguntó en voz baja, con el ceño fruncido—. Estás rarísimo.

William negó con la cabeza, dio un par de pasos hacia mí y me arrastró del brazo hasta que estuvimos lejos de Aaron, que lo observaba perplejo e incluso preocupado.

—A Jake le gustas de verdad —me dijo, soltándome—. No vayas a empezar a darle vueltas ahora, que nos conocemos.

—¿Por qué iba a darle vueltas?

—Porque se las das a todo —resopló, pasándose una mano por el pelo—. No quiero que empieces a darle dolores de cabeza a Jake porque Aaron quiera dártelos a ti. ¿Queda claro?

Asentí con una breve cabezada, sin saber bien qué responder. Al mirarlo mejor, noté unas sombras oscuras bajo sus ojos azules. Parecía triste.

—William, ¿te encuentras bien?

Él frunció el entrecejo, como si mi pregunta lo hubiese pillado por sorpresa.

—¿Y a ti qué más te da?

—Es que tienes mala cara.

Me miró a los ojos. Por un momento, tuve la sensación de que quería hablar de algo, pero cambió de opinión, igual que la última vez, y desvió la mirada.

—He dormido mal, eso es todo —reconoció, y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Cuando volvió a hablar, lo hizo bajando la voz—: Y llevabas razón el otro día.

Esa vez fue a mí a quien le pilló desprevenido el comentario. Siempre había creído que era más probable que el sol explotase a que William me diese la razón en algo.

—¿Razón en qué?

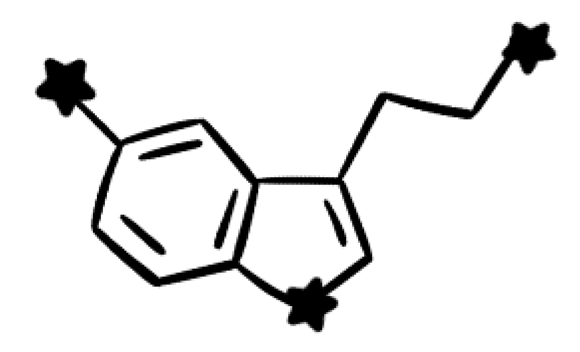
Se encogió de hombros.

—En lo de que me iba a quedar solo porque soy una mala persona. Era verdad. Tenías razón, y es lo que más me jode de todo.

—William, yo…

«No lo dije en serio», pensé. «Ni siquiera te odio, en el fondo».

Pero no pude decirlo, porque entonces se dio media vuelta, y lo vi alejarse antes de retomar el camino hacia las gradas con Natalie y Tom. ¿Por qué había tenido que darme la razón justo en eso?



Horas más tarde, fui a casa de Carol. Había pasado casi un mes desde que empezamos a estudiar juntos y ella ya entendía bien la mayoría de los temas de Química. Tenía muchas ganas de darle las gracias de nuevo por ir conmigo hasta Oxford para que pudiese pasar un rato con Jake.

—Hola, Viktor, pasa —dijo su madre tras abrir la puerta—. Carol no se siente muy bien hoy, no sé si tendrá ganas de estudiar.

—No lo sabía. —Me sorprendí, aunque ahora que lo pensaba, no la había visto en clase aquella mañana—. ¿Me voy?

—No, no, sube. Seguro que se alegra de verte.

Le sonreí y subí las escaleras. La puerta de su habitación estaba cerrada, así que llamé con suavidad y un leve revuelo sonó al otro lado hasta que escuché un débil «pasa».

Al abrir, encontré a Caroline Hudson escondida bajo unas gruesas mantas.

—Tu madre me ha dicho que suba. No sabía que estabas enferma.

Al oír mi voz, se sentó de golpe en la cama, abrazó una almohada y me miró con unos ojos enrojecidos y el pelo alborotado.

—Había olvidado que venías hoy —reconoció con la voz pastosa —. Perdona que no te haya avisado.

—¿Tienes gripe? —le pregunté, decidiendo si acercarme o no.

Ella negó con la cabeza.

—No, no es contagioso, entra.

Me senté a su lado en la cama y vi que llevaba la camiseta gris de Star Wars que le presté y unos pantalones cortos de chándal de color negro.

—¿Cómo te encuentras?

Se encogió de hombros, cansada.

—¿Y tú?

—Estoy bien, pero supongo que no tienes ganas de estudiar esta tarde.

Ella esbozó un amago de sonrisa. Luego, se quedó seria y abrazó la almohada con más fuerza.

—Se me ha olvidado avisarte de que no vinieses.

—No pasa nada —dije con sinceridad—. Veo que te ha gustado la camiseta.

—Es muy cómoda —admitió. La camiseta le quedaba grande, y a ella le hacía parecer más pequeña aún de lo que era—. Si quieres, me cambio y te la devuelvo.

—Quédatela. —Ambos sonreímos y se hizo un extraño silencio—. ¿Qué te pasa, Carol?

Apartó la mirada y tardó unos segundos en responder.

—He roto con William.

—¿Por eso no has venido hoy a clase?

Asintió y los ojos se le inundaron de lágrimas. Me senté más cerca de ella y la abracé, dejándola llorar en mi hombro.

—Tranquila, estoy aquí. Si no son de gripe, no importa que me llenes de mocos —bromeé, en un intento de hacerla reír.

Funcionó y me abrazó con más fuerza. Un poco después, se apartó.

—Soy una tonta. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano —. Soy yo quien lo ha dejado, y ahora no paro de llorar porque lo echo de menos. Pero no puedo seguir con él. Desde que vi lo que te hizo, no puedo parar de pensar en que ya no sé quién es.

Intenté ignorar la punzada de culpabilidad que sentí. Había roto con William por mi culpa y, ahora, ella estaba sufriendo por ello. Nunca había sido mi intención que se separaran, y tenía la impresión de que los problemas entre ellos habían surgido a medida que Carol y yo nos hacíamos amigos.

Comprendí entonces la tristeza en los ojos de William aquella mañana. También lo pasaba mal. Por mi culpa.

Odiaba ser siempre el que lo estropeaba todo.

—¿Se lo has dicho? —le pregunté, apartando a un lado el malestar que sentía—. Lo que viste, me refiero.

Negó con la cabeza.

—No, ni siquiera he sido capaz de darle una explicación, y me siento fatal por ello.

—¿Y por qué no se la das?

—¿No va a ser peor para ti?

Sacudí la mano para quitarle importancia.

—Está un poco más agradable ahora, y pronto me iré lejos de casa. Tú no te preocupes por mí, habla con él.

—Está bien, sí. Lo haré.

Carol asintió con la cabeza. Nunca la había visto tan despeinada, así que le aplasté un poco los rizos con las manos.

—Parece un nido de pájaros —bromeé.

—¡Oye! —protestó, pero se le escapó una risita. Luego, volvió a ponerse un poco seria—. Hoy mi cerebro también es un nido de

pájaros, si eso tiene sentido; es mejor que estudiemos otro día.

Le sonreí.

—Pues cámbiate, que vamos a dar un paseo.

—¿A dónde? —preguntó con interés.

—Tú me enseñaste tu sitio seguro; ahora voy a enseñarte el mío. Te espero abajo.

Carol esbozó una bonita sonrisa y los ojos se le iluminaron.

Salí de su habitación y, al bajar las escaleras, encontré a su madre de nuevo, esta vez con un plato de galletas.

Capítulo 29



Viktor cerró la puerta al salir y me quedé de nuevo sola en la habitación.

Suspiré.

Echaba de menos a William: su sonrisa, sus tiernos mensajes, sus abrazos, su forma de hacerme reír y sentir guapa y especial a cada momento, como si fuese lo más importante para él.

Sabía que se había acabado, y dolía más de lo que esperaba. Lo había dejado solo en aquel restaurante sin darle explicaciones, sin decirle nada más. Aquella mañana ni siquiera tuve el valor de ir a clase y enfrentar la situación.

Me cambié de ropa: unos vaqueros ajustados y un fino jersey color mostaza. Dejé la camiseta de Viktor sobre la cama, bien extendida. Olía a él, y eso me daba una sensación de calma y tranquilidad, que era lo que me provocaba tenerlo cerca. Fui al baño y el espejo mostró a una chica con los ojos hinchados y la nariz roja de tanto llorar. Llevaba todo el día bajo la manta, a oscuras, con dolor de cabeza y sobrecargada con un millón de emociones. Intenté adecentarme un poco el pelo, para que no pareciera «un nido de pájaros», y abrí el grifo para echarme agua en la cara. Me sequé con una toalla antes de bajar por las escaleras.

Encontré a Viktor en el salón con mi madre. Ella le dio un pequeño recipiente de plástico con lo que parecían galletas y él lo guardó en su mochila.

—Muchísimas gracias, señora Hudson.

Carraspeé para que notasen mi presencia y ambos se dieron la vuelta.

—¿Estás mejor, nena? —quiso saber mi madre—. ¿No te pondrás

peor si sales?

—No te preocupes, mamá, ya estoy mucho mejor.

—Vale, pero llévate una chaqueta.

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Sí, mamá.

—Bueno, tened cuidado —nos pidió—. No vuelvas tarde.

—Por supuesto —le aseguré, y los dos salimos por la puerta. En cuanto nos alejamos de la entrada, le di un codazo a Viktor—. ¿Ves lo que te dije? Pensión vitalicia de galletas.

—Si algún día te digo que tengo mala suerte, repite eso que acabas de decir. —Se rio.

—Deberías tenerle un mínimo de miedo a la diabetes. O respeto, aunque sea.

Él puso mala cara, con la boca torcida en una mueca.

—Eres un poco aguafiestas. La próxima vez se las pido sin azúcar.

—Muy bien, así está mejor.

Caminamos durante un rato y hablamos de temas sin relevancia. Era adorable cómo se esforzaba en hacer más bromas de lo habitual para hacerme reír. En nuestra breve amistad había tenido la sensación de que si no tenía cuidado, Viktor podría romperse. Pero no ahora. Ahora era él quien cuidaba de mí.

Y fue bonito ver cómo lo intentaba tanto.

—¿En serio crees que William querrá hablar conmigo? —le pregunté mientras cruzábamos un semáforo que acababa de ponerse en verde.

—Estoy seguro de que sí. —Sonrió—. Es un idiota, pero te quiere. Y puede que esté enfadado, pero siempre lo has tratado bien, incluso las veces en que no se lo merecía en absoluto. Lo justo es que ahora te escuche.

—La vida no siempre es justa.

—En este caso lo será. Él es así, desde pequeño. Con todo el mundo menos conmigo, supongo, pero siempre ha tratado a la gente de la forma en que… —Viktor se quedó en silencio, pensativo, como si acabase de caer en algo. Meneó la cabeza, sacudiendo una idea.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Estoy seguro de que hablará contigo.

Lo miré unos segundos más, sin responder. Viktor metió las manos en el bolsillo de su sudadera azul, distraído.

—¿Y a dónde decías que vamos?

Mi pregunta llamó su atención y me lanzó una mirada divertida.

—Ese truco no te va a servir, ¿sabes?

—Tenía que probar. —Me reí—. Si veníamos al centro, podías haberlo dicho, habríamos cogido el autobús.

—Eso le habría quitado toda la gracia. Además, prefiero pasear.

Ya empezaba a refrescar cuando entramos en Silver Park. De pronto, Viktor se detuvo y abrió los brazos.

—Aquí es, hemos llegado.

—¿Silver Park? —pregunté, decepcionada—. He estado aquí un montón de veces, no tiene nada de especial.

Él se llevó una mano al pecho con exagerada indignación.

—Voy a fingir que no he escuchado eso. ¿Has estado aquí de noche?

—Creo que sí. Pero ¿qué tiene que ver? No es más que un parque con arbolitos y mucha gente. No puedes compararlo con el sitio al que te llevé; no está a la altura.

Viktor hizo un mohín.

—No todos tenemos acceso a un acantilado escondido entre los árboles al lado de nuestra casa. Pero ahora vas a ver que es igual de especial.

—Queda mucho rato hasta que anochezca —protesté.

—Es por lo que vamos a ir a ese supermercado de ahí a comprar la cena.

—¿Un picnic? —pregunté, ilusionada con la idea.

—Un picnic.

Entramos al supermercado y paseamos por los pasillos con calma. Teníamos tiempo de sobra hasta que oscureciera, así que nos tomamos un buen rato en elegir qué queríamos. Al final, cogimos unos botellines de cerveza, una empanada, algo de fruta, cubiertos desechables y un mantel de plástico. En la caja estaba Oliver, que era el hermano mayor de Robert y que, como nos llevábamos bien, no nos pidió identificación para comprar alcohol. Viktor insistió en pagar y nos lo llevamos todo en una bolsa.

De vuelta en el parque, recorrimos el camino de piedra que atravesaba Silver Park y, en un momento, él se salió del sendero y empezó a andar por la hierba para luego pasar entre unos árboles. Lo seguí, y pronto estábamos en un pequeño claro que, a pesar de no estar a más de diez metros del camino principal, parecía un mundo aparte.

—¿Aquí también has estado un montón de veces?

Tuve que tragarme mis palabras de antes.

—No, la verdad que no.

Él sonrió y extendió el mantel. Era de cuadros rojos y, aunque era de plástico, daba el pego como manta de picnic. Luego sacó el resto de cosas de la bolsa y el táper de galletas que le había dado mi madre y las puso encima antes de sentarse en el suelo.

—Qué romántico, ¿no? —bromeé mientras me sentaba— ¿Estás seguro de que eres gay? ¿Hay alguna posibilidad de que seas bisexual?

—De momento, no —sonrió, dejándose caer a mi lado—. Pero

recuerde que ya estoy con alguien, señorita.

—Eres como tu hermano, siempre con estas ideas románticas —dije, sin pensarlo.

De pronto, la sonrisa en su cara flaqueó, pero intentó disimularlo.

—La última vez que William pensó en mí como su hermano creo que teníamos once años —comentó, con una nota de tristeza en la voz.

—Si te cansas de los hombres —seguí la broma, como si no lo hubiese oído—, llámame. Eres adorable.

Viktor se rio.

—Vale, lo tendré en cuenta.

—¿Y por qué hemos venido aquí?

—Porque estás triste. Y los amigos se cuidan los unos a los otros.

Cogí un botellín de cerveza y usé las llaves para abrirlo.

—Ni siquiera sé en qué momento nos hemos hecho amigos —musité, pasándole el botellín y abriendo otro para mí—, pero me gusta ser tu amiga, Viktor. Fue una suerte que el señor Jefferson nos obligase a estudiar juntos.

Viktor soltó una carcajada sincera.

—Ya, la química une mucho. Esto ya debe ser un enlace triple, como poco, o un puente de hidrógeno.

Aunque un tiempo atrás no habría entendido aquella referencia, ahora hubiese preferido no hacerlo. Le di una palmada en el brazo.

—No puedes pegarme si te hace gracia —se defendió, con una sonrisa, antes de beber de la botella.

—¡Era malísimo!

—¡No lo será tanto si te estás riendo!

—No puedo evitarlo, por tu culpa ahora hay química entre nosotros.

Mi chiste era mucho peor que el suyo. Los dos empezamos a reírnos de aquella tontería y, por un momento, solo nuestras carcajadas resonaron en aquel silencioso parque, flotando en el viento.

—Por nuestra amistad forzada —brindó—, y por la química.

Chocamos nuestros botellines y dimos un largo trago. Dejé la botella sobre la hierba, con cuidado de que no se cayese.

Poco a poco, el sol descendió. Vimos el atardecer mientras comíamos y hablábamos de todo y nada al mismo tiempo. Entre los pinos que nos rodeaban podía ver el lago y escuchar a los patos, los pájaros, el viento que mecía las copas de los árboles. El alcohol empezó a hacer efecto y cada vez nos reíamos más sobre cosas más absurdas. Al final, la noche nos pilló tumbados en aquel mantel de plástico y contemplando el cielo sobre nuestras cabezas.

—Es increíble que me hayas traído aquí a intentar emborracharme un lunes —le dije.

Viktor, con las mejillas sonrojadas y una amplia sonrisa, se giró

para mirarme.

—No ha sido para eso, pero no ha estado mal.

—¿Entonces?

—Ven conmigo.

Nos pusimos de pie, recogimos los restos de nuestro picnic y regresamos sobre nuestros pasos hasta el camino principal. Casi había olvidado por completo que estábamos en Silver Park, y me sorprendió lo vacío que estaba. La luna se reflejaba sobre el lago, y sus débiles destellos plateados apenas iluminaban el agua en calma, solo interrumpida por las sutiles ondas causadas por los patos al deslizarse sobre ella.

—¿Por qué te gusta tanto la química? —le pregunté—. Además de por los chistes malos, digo.

—Te aburriría la respuesta.

—Pruébame —lo reté.

Viktor miró el lago y suspiró.

—Siempre he sido muy curioso —empezó a decir—. De pequeño, hacía muchas preguntas sobre cómo funcionaba el mundo; quería entenderlo todo. Mi padre siempre tenía todas las respuestas, y yo podía pasarme horas escuchándolo. Luego… Bueno, ya sabes. Lo que te conté del divorcio. Mi madre lo dejó y él empezó a beber más cada vez. De pronto, odiaba que le hiciese preguntas que no sabía contestar, así que aprendí a callarme.

Asentí con la cabeza, comprendiéndolo.

—Pero ahora estás lejos, ya nadie te hará daño por eso.

—Lo sé. Ahora lo sé. Pero cuando llegamos a Inglaterra, tenía mucho miedo de hablar o preguntar algo y que alguien me diese una paliza por ello. Tenía mucho miedo de todo, Carol. Empecé a tener ataques de pánico casi a diario y tanta ansiedad que creía que me moriría en cualquier momento.

Lo miré con el corazón encogido. Era evidente, por el tono de su voz, que no le resultaba fácil hablar sobre esos momentos tan duros. Aun así, me gustó saber que cada vez se sentía más cómodo abriéndose conmigo.

—¿Y tu madre? —me extrañé—. ¿No se daba cuenta?

—Supongo que sí, pero estaba demasiado ocupada manteniendo a flote esa familia perfecta que tanto le había costado conseguir. William empezó a pasar de mí y yo cada vez estaba en un pozo más oscuro. Hay temporadas en las que siento que me rodea un nubarrón tan negro que la única salida que veo es morirme. —Esbozó una débil sonrisa, con los ojos fijos en algún punto del lago frente a nosotros—. Pero ya me ocurre menos. Ha pasado mucho tiempo, y no quiero quedarme atascado en algo que viví con diez años. Quiero entender lo que me rodea, quiero hacer más preguntas. Y la química… bueno, da

muchas respuestas.

—¿Qué tipo de respuestas?

Él soltó una pequeña risa que no supe bien cómo interpretar.

—A cosas tan cotidianas como por qué el cacao se disuelve en la leche caliente y no en la fría, o por qué el maíz se convierte en palomitas en el microondas. Por qué necesitamos respirar o alimentarnos, por qué algo te da alergia o unos sabores nos gustan y otros no. De qué están hechas las estrellas, los planetas… Todo está hecho de química: esa piedra, aquel árbol, los medicamentos que nos salvan la vida, el aire que respiramos… Todo.

Viktor se quedó un momento en silencio, y yo solo pude pensar en que nunca había visto a nadie hablar con tanta pasión sobre algo.

—Nosotros estamos compuestos de química —continuó—. Casi el noventa y nueve por ciento de nuestro cuerpo está formado por solo seis elementos: oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno, calcio y fósforo.

—Dicho así suena algo frío, ¿no te parece?

—Exacto. —Se puso aún más serio y sus ojos se clavaron en los míos—. El noventa y nueve por ciento. ¿No es una locura? Somos mucho más, somos tan distintos, tan complejos… Y sin embargo estamos hechos de lo mismo.

—Como los problemas del libro.

Parpadeó varias veces, sorprendido.

—¿Cómo dices?

—Lo que dijiste aquel día en la biblioteca. Que todos nos parecemos mucho porque la base que nos forma es igual, aunque dé la impresión de que no tenemos nada en común.

—Unos cuantos componentes iniciales e infinitos resultados.

En el silencio que se hizo tras sus palabras, el cantar de los grillos inundó el aire. Éramos los únicos en Silver Park y, por lo que sabía, podríamos haber sido las dos únicas personas en todo el mundo entero.

—Parece magia —confesé en un susurro—. Pero tiene que haber algo más, ¿no? Si todos estamos compuestos en un porcentaje tan alto de lo mismo, tienen que ser los detalles los que nos hagan tan distintos a unos de otros.

—¿Qué tipo de detalles?

—No tengo ni idea, tú eres el futuro químico. Pero tiene que existir algo. Algo que, si lo sumas a lo que nos forma, dé como resultado lo que somos. Algo que no vemos, algo que se ha perdido. Algo importante, como un silencio.

—¿Un silencio?

—Sí, los silencios también dicen cosas —empecé diciendo, intentando expresar con palabras aquel pensamiento espontáneo—.

No se ven, no se oyen, pero están ahí. Significan algo, y a veces mucho más que las palabras. Tú y yo sabemos mejor que nadie lo valiosos que son, ¿no crees?

Al fin y al cabo, así era como Viktor y yo nos habíamos hecho amigos: entre silencios en los que aprendíamos a comprendernos mejor. Dándonos el espacio que necesitábamos mientras ordenábamos el caos en nuestras cabezas, ese que a menudo amenazaba con ponerlo todo patas arriba. Unos silencios llenos de química, apuntes y galletas de mantequilla.

Viktor asintió con aire pensativo antes de hablar:

—Una vez leí que el cerebro humano y el universo tienen muchas cosas en común. Por ejemplo, que tenemos miles de millones de neuronas y nos rodean miles de millones de galaxias. Y, entre ellas, hay muchos espacios vacíos. Pero que existan esos huecos no quiere decir que no sean importantes. Al final, son lo que sostiene todo lo demás.

—Como si cada uno de nosotros tuviese un pequeño universo dentro, ¿no crees? —Le sonreí—. Al final, experimentamos el mundo de forma muy distinta.

—¿Y no es increíble que, aun así, estemos hechos con lo mismo?

—Lo es. Y cuando descubras qué es eso que nos hace tan diferentes —continué—, llámame para explicármelo.

—Por supuesto. —Sonrió con vaguedad.

—Gracias por arreglarme la tarde, Viktor —musité—. Y por sacarme de casa.

Viktor me pasó un brazo sobre los hombros, me apretó contra sí y contemplamos juntos el lago.

Fui una idiota al creer, días atrás, que Viktor Aulin era la persona más frágil y rota que había conocido en la vida. Porque, en realidad, era mucho más fuerte de lo que él mismo podía llegar a imaginarse.

Capítulo 30



Mencionar a mi padre siempre revolvía partes de mí que prefería dejar quietas, porque cuando se agitaban, el oscuro nubarrón del que le había hablado a Carol se alzaba de nuevo para envolverme como una sombra.

Y aunque tras nuestra conversación en Silver Park había vuelto bien a casa, la noche había estado plagada de pesadillas, de habitaciones húmedas, gritos llenos de odio y manos que se alzaban para anunciar el primer golpe. Me había despertado varias veces empapado en un sudor frío y con el corazón acelerado, así que aquella mañana, al levantarme, solo tenía ganas de quedarme en casa.

—Creo que por fin entiendo las matrices —dijo Tom, alzando un puño a modo de celebración y sacándome de mis pensamientos.

—Pues ya era hora. —Natalie se rio, pero luego se puso seria—. No puedo creer que después de este curso no vayamos a estar de nuevo juntos en el instituto.

Miró a su alrededor: los libros abiertos en el suelo, las mochilas tiradas, nuestro sitio bajo las gradas. Nosotros.

—Todavía nos queda un año entero, Nat. Te recuerdo que el único que se libra de seguir aquí es Viktor —bromeó Tom.

—No me refiero al hecho de estar aquí o no; eso es lo de menos. Lo que quiero decir es que… es el final de una época muy importante. No por el instituto, sino porque esta es la única etapa de nuestras vidas en la que nos vamos a ver todos los días.

—Vosotros estáis juntos —le recordé—, os vais a seguir viendo todos los días. Todo el tiempo, incluso.

—Sabes que no me refiero a eso —continuó, con una sonrisa triste —. No hablo de Tom y yo como pareja, sino de nosotros tres como

grupo de amigos. Va a ser raro estar sin ti el curso que viene.

Aquello era algo en lo que también había pensado, por supuesto. En que, una vez se terminase el instituto, ellos dos seguirían juntos, y yo sería el que tendría que ir por otro lado. En el momento en que se dieran cuenta de que no necesitaban al sujetavelas de Viktor, el que siempre pedía que lo esperasen en la entrada porque tenía miedo de cruzarse con los amigos de su hermanastro, al que había que incluir en los planes cuando quizás preferían estar a solas.

—Sí que va a ser raro —dijo Tom—. Hasta que nos acostumbremos.

Hasta que se acostumbrasen a mi ausencia y se dieran cuenta de que, en realidad, estaban mejor sin mí.

Me pasé una mano por la cara, intentando ocultar mi frustración. No quería pensar eso. No quería que mi mente me llevase por esos caminos, porque sabía dónde acababan. Pero el dolor de cabeza por la falta de sueño no ayudaba en lo más mínimo.

Sentí el frío de la viga de metal contra la que apoyaba la espalda a través de la camisa del uniforme y me centré en esa sensación para dejar de darle vueltas a lo mismo. Luego, me abracé las piernas.

—Yo os voy a echar de menos todo el tiempo —suspiré—, no solo al principio.

—Y nosotros a ti, tío. Lo que quiero decir es que te vas a la universidad, no a la guerra. Estoy muy contento por ti, porque te lo vas a pasar bien. ¿A cuánto está Oxford? ¿A una hora y media en tren? ¿Un poco más? Podemos ir a visitarte cualquier fin de semana.

—Eso es lo que dijiste cuando Annie se fue —intervino Natalie—. Ha pasado casi un año y no hemos ido a verla ni una vez.

Tom la miró con cara de «¿y esto ahora a qué viene?».

—Es distinto: Aspen está fatal comunicado y el autobús tarda cinco horas. Además, Annie viene un montón de visita.

—Sí, pero me prometiste que iríamos y no lo hemos hecho.

—¿En qué momento vamos a ir? —bufó mi amigo—. Si no tenemos tiempo con tantos planes.

—¿Qué quieres decir?

—A que todos los fines de semana tienes algún plan con tu familia o con tus amigas.

Ella dejó escapar una escueta carcajada.

—No veo cuál es el problema, siempre estás incluido en todos esos planes.

—*Ese* es el problema. ¡No quiero estar metido en todo, Nat, también necesito espacio! Está bien si hacemos cosas separados.

Pestañeé varias veces ante el enfado repentino de Tom, pero me quedé callado. Natalie, en cambio, puso mala cara.

—Las hacemos —respondió ella, cortante.

—Sí, un día hace tres semanas fui a jugar al baloncesto y casi te enfadaste porque no te acompañé a la merienda con tu abuela.

—¡Siempre te invito porque quiero pasar tiempo contigo! Pero si te molesta que hagamos tantas cosas juntos, igual deberíamos darnos un tiempo.

Tom la observó sorprendido, con los ojos muy abiertos. No me gustaba el rumbo que tomaba la conversación, y al ver que él no decía nada, intervine:

—En las discusiones, a veces se dicen cosas sin pensar —murmuré, hablando despacio—. Lo comento para que lo tengáis en cuenta.

—Me gusta que hagamos cosas juntos —respondió Tom, reaccionando—. Lo único que te estoy diciendo es que no tenemos que pasar las veinticuatro horas del día pegados, y que no te cabrees si no tengo ganas de hacer algo.

Natalie, entonces, apretó los labios y asintió con la cabeza despacio, como si se acabase de dar cuenta de algo.

—Vale, ya lo pillo. Dices esto por el cumpleaños de mi madre, ¿verdad?

—¡Pues sí, joder! Te dije que no quería ir porque estaba preocupado por Viktor y te dio igual.

—¡Nos dijo que estaba bien y que no nos preocupásemos!

—¡Hablas como si no lo conocieses y no supieses lo mucho que le gusta quitarle importancia a lo que le pasa!

—Oye, que estoy aquí —les recordé, tratando de ignorar el malestar que me crecía en el estómago. ¿En serio también ellos se estaban peleando por mi culpa?

—Bueno, y tú nos harías la vida más fácil si nos contases qué te pasa sin darle tantas vueltas, ¿sabes? —explotó Tom—. Ya no nos quieres contar nada. Hoy, por ejemplo, llevas todo el día como si te hubiesen chupado la sangre del cuerpo. Por algo será, imagino.

Miré a mi amigo, sin saber qué decir.

—No es que no quiera contaros nada, es que…

—No te sientas obligado, Vik —dijo Natalie, con gesto comprensivo.

Negué con la cabeza.

—Tom tiene razón. Tampoco quiero ocultaros nada, pero es que… —Me abracé las piernas con más fuerza y aparté la vista—. Es que tengo miedo. No quiero ser una molestia para vosotros, ni que dejéis de ser mis amigos, ni que lo seáis por pena.

Me obligué a sonreírles, pero luego escondí la cabeza entre las rodillas, incapaz de mirarlos a la cara. Sobre todo porque incluso yo era capaz de darme cuenta de lo patético que había sonado.

—Tío, ¿por qué crees que vamos a dejar de ser tus amigos?

—No sé, no hemos pasado mucho tiempo juntos en los últimos meses, y sé que es normal, lo entiendo. Me encanta que estéis juntos, es solo que… Sé que suena muy egoísta, pero me asusta quedarme fuera. También que rompáis y cada uno tire por su lado, o que sintáis que es vuestra obligación cuidar de mí porque soy un desastre.

Sentí peso sobre el hombro y me llegó el olor a champú de frutas de Natalie.

—No vamos a dejar de ser amigos. Que salgamos juntos no significa que tú importes menos. No sabíamos que te sentías así, pero te prometo que vamos a hacer más cosas los tres, ¿vale?

—¿Por qué no nos lo habías dicho antes?

—Porque no sabía si lo ibais a entender.

—Viktor —me llamó Tom—, mírame.

Levanté la cabeza y vi a mi amigo arrodillado frente a mí.

—¿Sí?

—Tú y yo nos hicimos amigos sin hablar ni siquiera el mismo idioma, con señas y dibujitos. ¿Y te preocupa que no te entienda ahora?

Sonreí con nostalgia y se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé. Tienes razón, lo siento.

—Si en algún momento tienes ganas de hablar sobre lo que sea, nos lo dices, ¿vale? —dijo él—. Siempre vamos a estar aquí.

Asentí, agradecido.

—Pero no os peleéis por mi culpa —les pedí.

—No ha sido por tu culpa, Vik. —Natalie se volvió hacia Tom—. Solo es algo de lo que tenemos que hablar. Luego, cuando estemos más tranquilos.

Tom le devolvió la mirada.

—Claro, lo podemos solucionar más tarde.

Sin embargo, hubo algo en la manera en que se miraron que no me dejó del todo tranquilo.

También tuvo algo que ver el hecho de que en ningún momento negasen sentir la obligación de cuidar de mí, lo cual se pareció demasiado a darme la razón.

Capítulo 31



Carol 29 de mayo, 17:05
Tenemos que hablar

Ese fue el mensaje que le envié a William al volver a casa al día siguiente.

No había sido capaz de acercarme a él en el instituto, a pesar de haber pasado la mañana observándolo de reojo a la espera de verlo a solas para hablar con él.

Un rato más tarde llegó su respuesta:

William, 17:18
Creía que ya no tenías nada más que decirme

Suspiré, porque aquella no era la respuesta que quería, pero sí la que esperaba y merecía. Un par de minutos después, sin embargo, recibí otro mensaje suyo:

William, 17:21
Paso a recogerte en veinte minutos

Esperé, nerviosa. Me puse un vestido azul celeste por encima de las rodillas, un cinturón marrón y una rebeca. Seguí esperando, cada vez más inquieta. Rescaté el monólogo que días atrás olvidé al abrir la boca en aquella pizzería y añadí y quité palabras, intervenciones y posibilidades. Ideé finales en los que todo acababa bien, en los que ambos encontrábamos las palabras adecuadas y los argumentos más sólidos.

En otros finales, todo acababa fatal, pero traté de no pensar

demasiado en ellos.

A las seis menos cuarto bajé por las escaleras. Mi madre, en el salón, ayudaba a Daniel con los deberes de Matemáticas. Al verme, esbozó una pícara sonrisa.

—Qué guapa estás. ¿Vas por ahí con Viktor? Es muy mono, ¿no?

—Mamá —reí, a pesar de los nervios—. Tiene novio, ni lo intentes.

Ella ni siquiera se molestó en disimular la mueca de desilusión que se le dibujó en la cara. Un yerno que se comiese todos sus postres con tantas ganas debía de ser su mayor sueño a esas alturas.

—Oh, es que ayer volviste tan tarde y tan contenta…

—Sí, porque somos amigos —dije, y me gustó cómo sonaba eso de ser su amiga—. Con quien voy ahora es con William.

—¿Vienes para cenar?

—Sí, no te preocupes. —Sonreí, antes de salir por la puerta.

William esperaba ya fuera, como tantas otras veces, apoyado en su moto con el casco bajo el brazo. Su cazadora de cuero y sus botas negras. Pero ni rastro de esa sonrisa traviesa que tan a menudo me descolocaba por completo.

—Hola —lo saludé. No supe cómo actuar en aquel momento, así que mantuve la distancia.

—Hola —contestó, inexpresivo—. ¿De qué querías hablar?

—Vamos a dar una vuelta —propuse.

Él guardó el casco bajo el asiento de la moto y empezamos a andar el uno junto al otro.

—Ayer no fuiste a clase —comentó—. ¿Por qué?

—No me encontraba muy bien.

—¿Estás ya mejor?

—Sí, lo estoy.

Acabamos en la plaza Hemingway, frente al Museo de Arte Moderno que visitamos días atrás. Nos sentamos en unos escalones que tenían macetas llenas de flores a los lados. En ellas, unos bonitos lirios blancos impregnaban el aire con su dulce fragancia.

Frente a nosotros, una chica con el pelo teñido de rosa y un chico de pelo castaño claro paseaban de la mano. Se sentaron en el borde de la fuente en el centro de la plaza, alejados de donde nos encontrábamos. Unos meses antes, podríamos haber sido nosotros en medio de un paseo, despreocupados, enamorados. El pecho se me llenó de nostalgia y respiré hondo.

—Vi lo que pasó aquel día en el baño, con Viktor.

Estaba preparada para que se sorprendiese. Para que se enfadase, incluso. Sin embargo, suspiró con tristeza. Tenía ojeras, y se lo veía cansado.

—Lo sé. Ese día te portaste muy raro, y por la mañana, cuando os

vi hablar en la cocina…, bueno, imaginé que lo sabías.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunté—. ¿Por qué le hiciste eso?

William cogió aire y lo soltó despacio, como buscando las palabras adecuadas.

—Estaba muy enfadado. Acababas de decirme que te ibas a Toulouse y arruinó la comida con mis padres. Para colmo, ahora se está llevando a mi mejor amigo. Estoy harto de perder a gente por su culpa, Carol.

Sentí una oleada de culpabilidad tan fuerte que me dieron ganas de llorar. ¿Por mí? ¿Le había hecho eso a Viktor por mí?

—No es culpa de Viktor que me vaya a Toulouse, William. Me voy porque es mi sueño desde hace años. Es una oportunidad que no puedo perder.

A pesar de todas las cosas malas que me había dicho Alison ese día en el baño, tenía que darle razón en eso: estudiar en Francia era mi sueño, y llevaba años luchando por cumplirlo. No podía ni quería renunciar a ello.

—Pero sí es su culpa que me veas con tan malos ojos y hayas roto conmigo. Yo te habría esperado; te habría esperado toda la vida si hacía falta.

Negué con la cabeza. ¿Es que no lo entendía?

—Íbamos a intentarlo, sí, pero no puedo estar contigo después de lo que le hiciste a Viktor. Y eso, si es culpa de alguien, es tuya. Él no te hizo nada.

—¿Que no me ha hecho nada? —Soltó una amarga carcajada—. Nos mudamos de Suecia por él y perdí a toda la familia y amigos que tenía allí. ¡No he podido volver ni una sola vez a visitarlos! ¿Sabes cuántas veces ha venido mi madre a verme, Carol? ¡Cuatro! ¡Cuatro veces en siete años!

—¿Y por qué no te quedaste allí con ella, entonces?

La pregunta pareció pillarlo desprevenido. Se pasó la mano por el pelo, agobiado.

—No me dejaron, y ella se desentendió, pero si hubiésemos vivido más cerca… Al final, habría conseguido que quisiera pasar más tiempo conmigo, de algún modo. Estaba a punto de lograrlo justo cuando nos tuvimos que ir.

La rabia se reflejaba en la voz de William como una herida abierta. Era un rencor profundo y arraigado que llevaba años envenenándolo.

—Tenías diez años. —Me sorprendí al oírlo—. No era tu tarea conseguir que tu madre se acercase a ti, era algo que ella debía hacer.

—Ya, pero aun así… —Se le rompió la voz—. Y ahora tú te vas a Francia. También tú me dejas. Pero ¿para esto hemos venido? ¿Para que me eches en cara que soy una mierda de persona? ¿Crees que no

me he dado cuenta ya?

William se cruzó de brazos y su vista se desvió hacia los lirios a un lado de la escalera.

—No —dije, hablando despacio—, no es por eso. Hemos venido aquí porque quiero entender por qué te has comportado así. El William que yo conozco no le mete la cabeza en el váter a la gente.

William hizo una pausa antes de contestar. En ese silencio, recordé las palabras de Viktor, cómo cada uno de nosotros había conocido a una versión tan distinta de William, y me pregunté cuál sería la imagen que tenía de sí mismo. Me pregunté si lo que somos es, en realidad, un conjunto entre quienes creemos ser y lo que otros creen que somos, un punto intermedio entre ambas o algo completamente distinto.

—Ya —murmuró—. Yo también creía que era otra clase de persona.

—Viktor lo está pasando muy mal, William.

—Lo sé. —Sus hombros se hundieron. El sol comenzaba descender, amenazando con ocultarse tras los altos edificios que rodeaban la plaza Hemingway—. Me sentí fatal. Yo… Quería hacerle daño, pero en cuanto lo pensé en frío, supe que la había cagado yendo a donde más le dolía. Por eso necesitaba tanto salir e ir a la fiesta; no podía soportar pasar un minuto más escuchándolo llorar así desde mi habitación. Necesitaba dejar de pensar y de sentirme culpable. Joder, si hasta he intentado disculparme estos días, varias veces, lo que pasa es que me cuesta mucho.

Suspiré. Recordé lo que dijo Viktor sobre que William estaba más agradable estos días, y supuse que esa era su forma de compensar la culpa que sentía, aunque él mismo sabía que no era, ni de lejos, suficiente.

—Antes sí que os llevabais bien, ¿verdad?

—Sí, claro, de pequeños. —William soltó una risa que resultó entre amarga y nostálgica—. Éramos inseparables, como hermanos de verdad. Nadie me explicó por qué nos vinimos a Inglaterra, me lo ocultaron. Luego él me contó lo que le pasó con su padre y…, bueno, empecé a atar cabos. Había perdido todo lo que conocía y era por él. No digo que lo que hice tenga justificación, ¿vale? Es solo que en ese momento pensé que se lo merecía.

«De otro modo no creo que te tratasen mucho mejor que al pringado de Viktor Aulin», había dicho Alison días atrás. Y, de algún modo, esas palabras que casi dos semanas antes me habían aterrorizado, en aquel momento me infundaron el valor suficiente como para decir lo que llevaba años callando.

Cogí aire, temblorosa. Tanto si era una mezcla de lo que otros veían y yo sentía o algo distinto, por una vez estuve dispuesta a dejar

al descubierto las partes de mí que tanto odiaba. Al fin y al cabo, eran parte de la Carol de verdad, por mucho que quisiera esconderlas.

—¿Sabes que cuando era pequeña era como Viktor?

—¿A qué te refieres?

—No tenía amigas —empecé a decir—. Había una chica que puso al resto en mi contra. Era la «rarita» de la clase, me tiraban del pelo y se reían de cualquier cosa que hiciese. Probablemente ellas creerían que lo merecía, y cuando tuve la oportunidad de empezar de cero en otro instituto, me convertí en lo que odiaba; si alguien era raro, entonces se merecía que lo tratasen mal. —Me tembló la voz y tosí para aclararme la garganta—. Eso era lo que me habían enseñado. Lo que quiero decir es que no soy nadie para decidir qué merecen o no los demás, y menos para tratarlos mal porque me hayan tratado mal a mí también.

Él cogió aire y me miró a la cara. Toda la rabia de antes había desaparecido ya por completo de sus ojos azules, y ahora solo quedaba en ellos dolor y remordimiento. A lo lejos, resonaron las campanas de la iglesia.

—Sí, sé que tienes razón, y sé que estuvo mal, en serio. No quiero que pienses que soy un psicópata que disfruta haciéndole daño a la gente. Te juro que llevo desde entonces sin saber qué hacer con toda esta culpa. A veces no puedo controlar lo que hago, es como si hubiese una oscuridad dentro de mí que no sé manejar, que hace que esté siempre enfadado y diga cosas horribles. Necesito que sepas que a ti jamás te haría daño, porque contigo toda esa oscuridad desaparece, Carol. Te quiero. Te quiero muchísimo —me aseguró, con un deje de desesperación en la voz—. Eres la única persona de la que me he enamorado.

—Yo también te quiero —respondí, porque era verdad—. Pero necesito pensar, y tú necesitas solucionar algunas cosas. De todas formas —añadí, y esbocé una débil sonrisa en un intento de aliviar la tensión que flotaba en el ambiente—, sabíamos que esto terminaría por pasar cuando me fuese, antes o después. Lo único que hacemos es adelantarlo un poco.

Bajó la mirada y juntó las manos, temblorosas, sobre el regazo. Nunca había visto así a William Powell, y tuve que contener las ganas de darle un abrazo.

Él también tenía esa habitación desordenada dentro de su cabeza que todavía no había descubierto cómo organizar.

—Te voy a echar de menos —murmuró, y le tembló la barbilla.

—Y yo a ti. —Las lágrimas se amontonaron tras mis ojos—. Pero no es como si no fuésemos a vernos más. Solo tenemos que crecer un poco, los dos.

William respiró hondo y se puso de pie. De espaldas a mí, observó

cómo el cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados y violetas. Tras un minuto, se dio la vuelta y extendió el brazo en mi dirección.

Sonreí, le di la mano y tiró de mí para ponerme en pie como tantas veces antes de aquella. Antes de soltarme, sin embargo, clavó sus ojos azules en los míos una vez más.

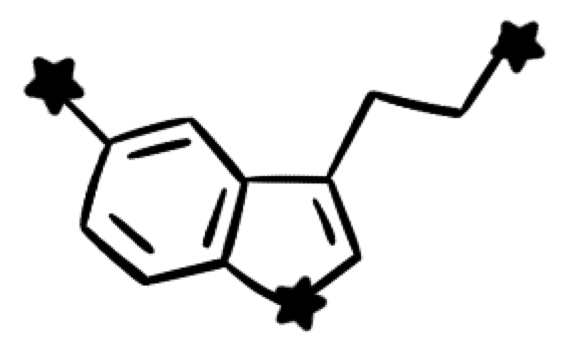
—Quiero ser una mejor persona por ti, Carol. Un día conseguiré merecerte, pero si ese día llega demasiado tarde —dijo, más serio de lo que jamás le había oído hablar— y ya no sientes nada por mí, quiero que sepas que nunca voy a olvidarte. Nunca dejaré de quererte.

Le apreté la mano.

—He pasado el mejor año posible a tu lado. Estás loco si crees que voy a olvidarte.

En sus ojos saltó una chispa, y en su rostro percibí la leve sombra de una sonrisa.

—Venga, vámonos, que va a empezar a llover. —Apretó mi mano con cariño una última vez antes de soltarla, y anduvimos sobre nuestros pasos en el camino de vuelta.



Aquella noche, al llegar a casa, lloré.

Lloré por lo que había perdido, por las personas que yo misma había apartado de mi vida. Al final, frente al espejo, me prometí que era lo correcto, por mucho que lo quisiera. Era la decisión correcta, lo que era mejor para mí, para él. Para los dos. No iba a volver a llorar por ello porque, al fin y al cabo, era mi decisión.

Tenía que aprender a vivir con mis propias decisiones, fueran cuales fuesen.

Me di una larga ducha con agua caliente y, con el pijama puesto, bajé al salón. Fuera llovía, y mi familia estaba reunida en el sofá. La televisión mostraba una película de dibujos animados. Me acomodé en un hueco entre mi madre y mi hermano pequeño, y los cuatro vimos la película en silencio.

No dije nada más y ellos no hicieron preguntas, pero en cuanto Daniel apoyó la cabeza en mi hombro y mi padre me pasó las palomitas, supe que no había nada de lo que necesitase hablarles para que ellos lo comprendiesen todo.

Capítulo 32



Intenté no pensar más en la conversación con Tom y Natalie, y, sobre todo, dejar de darle vueltas a lo que *evitaron* mencionar, no sabía si adrede o sin darse cuenta, a pesar de lo importante que era para mí.

No quería ser una carga para ellos. No quería ser solo una historia triste.

¿Y si al final Carol llevaba razón en aquello que dijo aquel día?

El miércoles por la mañana me salté las clases, que eran más que nada de repaso, y fui a estudiar a la biblioteca. No había estado muy concentrado los días anteriores, entre nuestra excursión a Oxford, la tarde en la playa con Natalie y Tom y el picnic en Silver Park con Carol. No podía dejar que aquello afectase mi tiempo de estudio, porque si no sacaba buena nota, no podría ir a Oxford, y todos mis esfuerzos no habrían servido de nada.

Al salir de la biblioteca, sin embargo, recibí un mensaje de Jake y me apresuré a leerlo, con una sonrisa tirándome de los labios.

Jake 30 de mayo, 15:58
Dime cuándo puedo llamarte, por favor

Jake ya estaba inmerso de lleno en los exámenes finales y estaba muy atareado, pero pronto estaríamos los dos en Hawthorn, con tiempo de sobra para vernos. A pesar de la insistente y molesta sensación de que algo saldría mal, intenté convencerme de que por una vez no tenía por qué ser así. De que, cuando las vacaciones terminasen, iríamos juntos a la universidad. Él me presentaría a sus amigos y me esforzaría por caerles bien por quien era, y no porque se sintiesen obligados a cuidar de mí.

Viktor, 16:03
Estoy de camino a casa
En cuanto llegue, te llamo

Y así fue. Llegué a casa y, tras cerrar el paraguas y saludar, informé a Jake de que ya podía hablar.

Apenas un minuto más tarde, mi teléfono sonó.

—¡Hola! —lo saludé, dejando la mochila sobre la cama—. ¿Qué tal llevas el examen de esta tarde?

—Más o menos —contestó. Su voz sonaba grave, ronca.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, preocupado.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Jake? ¿Pasa algo?

—Es que no sé cómo decir esto sin sonar como un gilipollas insensible.

La sonrisa se me congeló en la cara.

—¿A qué te refieres?

—Viktor, mira… —dijo. Se me hizo un nudo en el estómago—. Desde el domingo, he estado muy preocupado por ti. Ya sabes, desde que me contaste que habías pensado en hacerte daño. Al principio, pensé… Pensé en que no tenía por qué cambiar nada, que todo podía seguir como antes. Que podría ayudarte y todo iba a ir bien.

—Y ya te has dado cuenta de que no puedes —murmuré, adelantándome. Me dejé caer en la silla, un poco mareado.

—No es así —se apresuró a decir—. Es que… ¿Te acuerdas de lo que te conté de mi hermana? Pues hace un año ella intentó…, intentó suicidarse. La encontré yo, tirada en el suelo de su cuarto, Viktor, y lo que más miedo me da en el mundo es volver a pasar por algo así. Y cuando hablamos sobre eso el otro día… Llevo dándole vueltas desde que te fuiste hacia el tren, no he podido pensar en nada más.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque tenía miedo de hacerte sentir mal, de que… No sé, de que ocurriese algo malo. —Se sorbió la nariz—. No quiero que te pase nada.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría. ¿Por qué la gente que se preocupaba por mí sentía la necesidad de tratarme con tanta precaución? ¿No era más que una historia triste? ¿No era más que un muñeco de cristal a punto de hacerse pedazos en cualquier momento? ¿Era eso?

—Sigo siendo yo —le expliqué—, el chico que te gustó en el instituto. Si antes podías hablar conmigo sobre cualquier cosa, no veo por qué ya no. El otro día no fue la primera vez que tuve esa idea, Jake. La primera vez tenía trece años y llevaba días sin dormir porque en cuanto cerraba los ojos, veía la cara de mi padre. Soy la misma

persona que antes de contártelo.

—Sí, Viktor, lo sé —le tembló la voz—. Pero creí que podía…

—¿Arreglarme? Porque si es eso, no voy a ser tu proyecto de caridad, Jake. No necesito que nadie venga y me arregle, por muy roto que esté. Menos aún si después vas a dar la misión por cumplida e irte. Joder, si hasta el imbécil de Aaron me lo advirtió.

Me pasé una mano por la cara. No podía creer que aquello estuviese pasando de verdad.

—No, no es eso, escúchame, por favor —dijo, con voz suplicante. Al otro lado de la línea, una puerta se abrió y percibí una voz femenina—. Sí, dame un minuto, ya voy. —Se oyó un«pero date prisa»—. Perdona, era Grace, tenemos un examen a la misma hora. Pero Viktor, escúchame, no eres ningún proyecto de caridad, y todas las cosas que he hecho y te he dicho han sido de verdad. En serio, me gustas, y quiero que estés bien, pero tengo que pensar en cómo manejar esta situación, porque estoy muy asustado y ahora mismo no sé cómo hacerlo.

—Ve, anda, no llegues tarde al examen. Entiendo que necesites tu espacio; sé que soy complicado.

«Complicado de querer», quise añadir, pero me quedé callado.

Grace volvió a llamar a su puerta, con más insistencia esa vez.

—Joder, debí llamarte después del examen para hablar tranquilos, pero es que no podía dejar de pensar en ello. Soy un idiota. ¿Podemos hablar luego y te lo explico todo bien? ¿Por favor?

Tenía que haberle hecho caso a Tom cuando me pidió que tuviese cuidado. Había estado claro desde el principio para todos excepto para mí. Debí saber que esto pasaría.

Incluso yo, en el fondo, sabía que las cosas se torcerían. Menudo imbécil había sido.

—Está bien —contesté, sin saber qué más decirle.

—¿Seguro?

—Sí, por supuesto, luego hablamos —respondí, a pesar de saber que aquella conversación jamás tendría lugar y que tan solo era posponer lo inevitable: había descubierto la clase de desastre que era y quería alejarse todo lo posible antes de que mi caos lo arrastrase—. Suerte con el examen, te va a ir genial. Y suerte en todo lo demás.

Colgué.

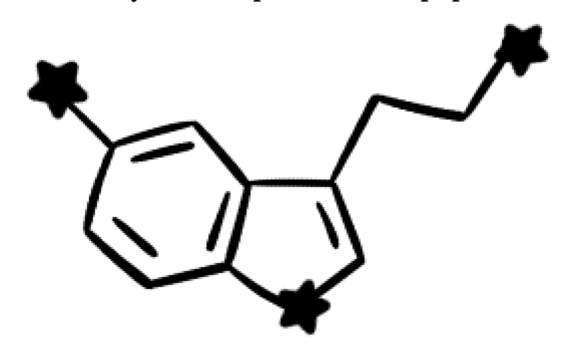
De pronto, ya no tenía ganas de ir a la universidad. Y menos a una en la que él estuviese cerca. De pronto, no tenía ganas de nada que no fuese esconderme bajo una sábana, de no pensar y de desaparecer. Fuera llovía. No había parado de hacerlo desde la noche anterior, pero no fue hasta entonces que tuve la abrumadora certeza de que ya jamás iba a dejar de llover.

Me acerqué al escritorio, con el corazón roto, sin saber qué hacer.

Abrí varios cajones en busca de los auriculares, preparado para una tarde perdida envuelto en una manta y sin pensar en nada. Al sacarlos, sin embargo, un folio muy bien doblado cayó al suelo. Lo recogí, pero, antes de guardarlo de nuevo, reconocí qué era.

Abrí la nota que escribí dos semanas atrás en el salón. La nota que Carol leyó. Ni siquiera recordaba haberla guardado en aquel cajón, ni en ninguna parte. La leí: era un caos de palabras confusas a modo de despedida que resumían bien el estado de mi cabeza. Eran una estupidez. ¿Para qué molestarme en escribir algo que no iba a importarle absolutamente a nadie?

La rompí con rabia y tiré los pedazos a la papelera.



Apenas comenzaba a calmarme cuando los porrazos en la puerta me sobresaltaron.

—¿Qué pasa? —pregunté, malhumorado.

La puerta se abrió y encontré a mi madre con el ceño fruncido junto a Niklas, con su cara de desaprobación.

—Te hemos oído hablar por teléfono hace un rato y no hemos podido evitar escuchar parte de la conversación —empezó a decir él, con una calma muy contenida.

—Era Jake, ¿verdad?

«Lo que me faltaba».

—Sí, mamá.

—¿Sales con él?

—Es un amigo.

Su rostro mostraba tal gesto de decepción que me costó mantenerle la mirada, pero aun así lo hice.

—No era a eso a lo que sonaba la conversación, Viktor. ¿Estás con un chico?

—Si te deja más tranquila, ya no creo que vaya a saber más de él.

—No, no me deja más tranquila —siguió ella, irritada—. Sabes que está mal, pensaba que lo que William decía no era más que una broma, pero…

—Ahora no estoy de humor para esto —la interrumpí, en un esfuerzo por mantener la escasa calma que conservaba—. Ahora no,

por favor. ¿Podrías mirar hacia otro lado durante un rato más, igual que haces con todo? Luego podemos volver a cómo soy una desgracia para la familia.

—Cariño —empezó a decir, y adoptó un tono más comprensivo—, no eres ninguna desgracia para nadie. Pero creo que… que deberíamos dejar la universidad para el próximo año, para que puedas quedarte en casa mientras buscamos ayuda. Así te tenemos cerca.

No supe si reír o llorar.

—¡Me da igual la universidad! ¡Me da igual todo ahora mismo! Pero no soy yo el que está enfermo. Si tan poco os gusta cómo soy, podríais haberme dejado con mi padre.

Mi madre puso cara de desconcierto y cogió aire con fuerza, con la boca entreabierta en una exclamación silenciosa.

—¿Cómo puedes decirle esto a tu madre, Viktor? Hacemos esto por ti, por tu bien. Nos fuimos de Suecia por todo lo que pasó, para que estuvieses a salvo.

—¡Para aquello sí que necesitaba la ayuda, y no que saliésemos a toda prisa del país para que luego lo ignoraseis como si nunca hubiese pasado, como si no tuviese importancia! ¿Ahora hago algo tan inocente como salir con un chico del que llevo años enamorado y sí que os parece mal?

—Lo de tu padre pasó hace mucho —se defendió ella, con voz pausada y los ojos húmedos—. Si vinimos a Inglaterra, fue porque no lo ignoramos, y claro que pensamos en llevarte a un psicólogo, Viktor, pero acabábamos de llegar al país, no conocíamos a nadie ni teníamos dinero. De todos modos, lo superaste pronto, incluso se te olvidó.

—No es verdad —intervino William, asomado al marco de la puerta—. No se le ha olvidado, ni lo ha superado.

—El que faltaba —dije, con una carcajada amarga—. Estupendo, pues ya estamos todos.

—Cállate, que estoy de tu lado —protestó con una mueca contrariada.

—Preferirías morirte antes que estar de mi lado.

—He estado de tu lado más veces.

Lo miré; ni siquiera ahora era capaz de pasar de la puerta de mi cuarto, como si le diese alergia todo lo que tuviera que ver conmigo.

—¿Con nueve años? ¿Diez? Pues perdona, pero no sé si cuenta.

—No empecéis otra vez, que no es momento —nos regañó Niklas con aire molesto.

—¡No he venido a discutir! —exclamó William—. Lo que digo es que tiene razón, joder. A lo mejor, si nos escuchásemos los unos a los otros, igual nos entenderíamos.

—¿En serio vienes a dar lecciones morales? —pregunté—. ¿Tú?

—A lo que voy es a que con esta actitud de fingir que nunca pasa

nada, nos hemos hecho daño y…

—¡¿Pero qué te he hecho?! —grité, y me puse en pie. No podía más—. ¡Tú eres el que se ha pasado la vida buscando hacer la mía imposible! ¿Crees que yo escogí que tu padre se casase con mi madre? ¿Crees que yo elegí que mi padre fuera un borracho y que me pegase? ¿Crees que no daría cualquier cosa por que toda esta mierda no hubiese pasado y no haberme metido jamás en tu camino? —Me temblaba cada músculo del cuerpo. Lo miré a los ojos con rabia, y entonces lo comprendí—. ¿Así es como te sientes? ¿Como si te hubiese metido la cabeza en el váter? ¿Por eso te pareció que era lo justo?

—¡No la cabeza! —chilló él, perdiendo esa elaborada calma con la que había llegado y acortando la distancia que nos separaba hasta ponerse frente a mí—. ¡Pero sí la vida! ¡Como si la hubieses lanzado al váter y luego hubieses tirado de la cadena!

Me quedé callado mientras absorbía el golpe. Toda la rabia se fue como por un desagüe y la vocecita dentro de mi cabeza hizo que me diese cuenta de que lo único que conseguía era hacer infelices a las personas a mi alrededor. Estaba solo por completo.

De reojo, miré mi estúpida nota de despedida hecha pedazos en la papelera.

Y supe que las cosas nunca iban a volver a estar bien.

—Lo siento —dije tras un breve silencio.

Esta vez fue él quien se quedó congelado, como si le hubiese dado una bofetada.

—Chicos, por favor —nos pidió mi madre, que lloraba sentada sobre la cama.

—Está bien —musité una vez más—. Necesito un poco de aire.

Lancé una última mirada a mi habitación, a los libros ordenados, a la cama pulcramente hecha, a la lluvia al otro lado de la ventana.

Y cogí la chaqueta antes de irme.

Capítulo 33



Con lentitud, recogí una a una las cosas que William había dejado en mi habitación a lo largo de aquel año. Una camiseta de una noche que se quedó a dormir; tres discos que escuchamos una tarde, tumbados en la cama y mirando al techo; un *pendrive* con fotos de nuestro pequeño viaje en moto por la costa que olvidé devolverle tras pasarlas al ordenador; unas zapatillas y dos sudaderas.

Dejé una de las sudaderas en el armario y guardé lo demás en una caja, todo bien puesto y ordenado. Aquellos escasos objetos no resumían nuestro año juntos, lleno de citas románticas y momentos inolvidables, discusiones absurdas, besos y caricias. No resumían, ni de lejos, las tardes entre esas paredes, los paseos agarrados de la mano, las comidas, los abrazos. Los descansos al sol, las vueltas después de clase.

No podían resumir nada de eso y, aun así, mientras los recogía, toda nuestra relación pasó frente a mis ojos como si algo hubiese muerto. De algún modo, así era. Nuestro amor no se había ido, pero sí nuestro tiempo juntos. Al menos, por el momento. Probablemente, para siempre.

Con nostalgia, cerré la caja y salí de casa con ella en brazos. La metí en el maletero del coche y subí al asiento del copiloto.

Mi padre esperaba dentro, con los brazos apoyados en el volante.

—Con la que está cayendo, ¿no podías llevarle las cosas mañana a clase?

—Necesita el *pendrive* hoy para entregar su trabajo de Historia.

—Está bien, vamos.

Activó el limpiaparabrisas y arrancó. Las luces del coche iluminaron el agua que caía frente a nosotros. Mi padre siguió las

indicaciones que le di y condujo hasta la casa de William. Por el camino, la lluvia se intensificó y un trueno lejano resonó en la distancia.

—Parece que viene una tormenta —comentó él una vez llegamos, con el vehículo detenido en doble fila.

—Sí, eso parece.

—¿Es aquí?

—En ese portal de ahí. —Señalé un edificio de ladrillos rojizos que se encontraba a unos metros.

—Te espero aquí, llévate el paraguas.

Asentí con la cabeza y salí. Rodeé el coche para dirigirme al maletero y saqué la caja. Apreté el paso hasta refugiarme en el portal y pulsé el botón del portero. Sin preguntar quién era, alguien abrió la puerta y subí por el ascensor hasta el tercer piso. No tuve tiempo de llamar al timbre cuando la cara de Joanna apareció frente a mí.

La sorpresa se reflejó en su rostro, y algo me dijo que no era la persona a la que esperaba ver.

—Caroline, ¿qué haces aquí?

—He venido a traerle esto a William.

—Pasa, pasa. ¿Te has mojado mucho?

—Me ha acercado mi padre, está abajo, en el coche.

William llegó y le tendí la caja. Él la observó con curiosidad.

—¿Y esto? Solo te pedí el *pendrive*.

—Ya, pero tenía varias cosas tuyas en casa, así que he aprovechado el viaje.

Una sombra cruzó su rostro, pero cogió la caja y la dejó sobre la mesa del salón.

—¿Has hablado con Viktor hoy? —preguntó Joanna con el entrecejo fruncido.

—No —respondí—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Se ha ido un poco alterado hace un rato y no contesta al teléfono —explicó, nerviosa—. Ha dicho que iba a tomar el aire, pero con esta lluvia, no sé dónde andará metido.

—William, podrías hacernos caso alguna vez —resopló Niklas tras salir de la cocina—. Hablábamos nosotros con él, no debiste meterte.

—Sois vosotros los que lo estabais atacando por salir con Jake. El mismo Jake al que, os recuerdo, adoráis y siempre ponéis como el ejemplo a seguir en todo.

—¿Tú sabías algo de esto?

—Por supuesto que sabía que sale con mi mejor amigo. Tampoco tiene nada de malo.

El hombre meneó la cabeza, decepcionado.

—Bueno, voy a llamar a Tom, a ver si está con él —intervino Joanna. Desbloqueó la pantalla de su móvil y se acercó el aparato a la

oreja—. Hola, Tommy, soy Joanna. ¿Está Viktor contigo? —le preguntó, y se puso más seria aún—. ¿Y se te ocurre dónde puede estar? Bueno, si sabes algo de él llámanos, por favor, que estamos preocupados.

Se despidió y colgó. Ya estaba nerviosa con la situación cuando sonó mi teléfono; era mi padre, impacientándose. Le dije que iba a tardar y que luego cogería un autobús para volver a casa. Protestó un poco, pero al final cedió.

Joanna, que se había sentado en el reposabrazos del sofá, llamó a Viktor una vez más bajo la atenta mirada de Niklas y William. Los tres parecían preocupados de verdad, y a mí el corazón se me encogió un poco más cuando la llamada fue al contestador de voz.

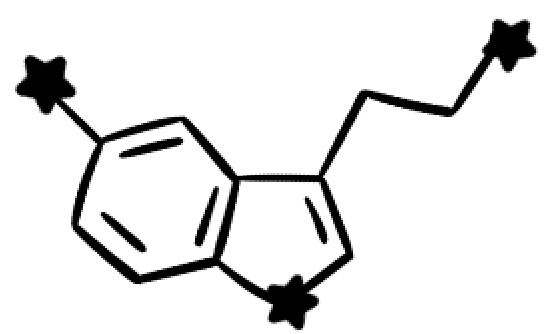
Le había hecho una promesa a Viktor en la cocina de aquella casa, y lo último que quería era traicionar su confianza. Sin embargo, los peores escenarios se reprodujeron al mismo tiempo en mi cabeza y supe que, incluso si él no volvía a dirigirme la palabra después de esto, no podía quedarme callada.

No podría soportar que le pasara nada, y menos si era por culpa de mi silencio.

—Creo que hay algo que deberíais saber —les dije, y un nudo se asentó en mi estómago—. Sobre la noche que me quedé a dormir.

Me miraron, expectantes. Cogí aire y empecé a hablar. Les hablé de la nota que desearía no haber leído, de los pensamientos de Viktor. A medida que hablaba, me arrepentí de no haberlo hecho muchísimo antes.

Porque de ese modo, tal vez podría haber evitado todo esto y, también, todo lo que vino después.



Terminé de hablar y un silencio sepulcral se apoderó de aquel salón. Apenas era la segunda vez que estaba allí, pero si todas las veces iba a ir por motivos como aquel, no quería volver a pisar esa casa nunca más.

—Deberías habernos dicho esto antes —me reprendió Joanna, muy seria—. No puedo creer que hayas ocultado algo así.

—Se lo prometí —murmuré, aunque ahora tenía claro que ella

llevaba razón—, y creí que no volvería a pasar, desde entonces parecía estar mejor.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo Niklas, que se había quedado más y más pálido a medida que escuchaba mis palabras—. Ya.

—Voy a llamar a Tom otra vez. —William cogió el móvil de Joanna y buscó en la lista de contactos el nombre de Tom para explicarle lo sucedido.

Joanna se puso el abrigo y cogió las llaves del coche. Su rostro contrastaba con el abrigo negro y de pronto vi los años que antes no aparentaba marcados en su cara.

Los cuatro bajamos por las escaleras. Joanna y Niklas fueron en el coche de ella; y William y yo en el de su padre. Nos repartimos la ciudad en cuestión de segundos y subimos en los vehículos.

—¿Estás segura de que lo que leíste fue una nota de suicidio? —preguntó William mientras arrancaba.

—Lo estoy. Pero puede que ahora no sea eso…, tal vez solo quería dar un paseo y despejarse —dije, más que nada para convencerme a mí misma.

Él tragó saliva.

—¿Esto es culpa mía?

—No es momento de buscar culpables. Vamos, por favor.

William sacó el coche del aparcamiento.

A pesar de haberle dicho que no debíamos buscar culpables, sentía la responsabilidad por todo aquello como una pesada piedra en el corazón. Por no hablar a tiempo, por no hacer nada antes. ¿Y si ahora era demasiado tarde?

—Antes de que se fuese, intenté…, no sé, que hablásemos —explicó, con la vista puesta en la carretera—. Me he puesto de su lado en la discusión, pero él no lo ha visto así. Quería hablar con él después de lo de ayer, porque tienes razón, Carol. Hay cosas que necesito solucionar. Al final he perdido las formas, como siempre. No ha salido como quería.

—Las cosas no siempre salen como queremos —dije, con una sonrisa triste—. Vas a tener la oportunidad de arreglarlo, estoy segura.

No, no estaba segura. No estaba segura de nada.

Lo único que sabía era que estaba muerta de miedo, y que lo único que quería era ver a Viktor por la ventanilla, resguardado de la lluvia bajo algún portal. A salvo, seguro.

Lo llamé por teléfono, pero no contestó. Suspiré.

Unos minutos después, William detuvo el coche frente a un portal en la avenida principal y un chico y una chica subieron en los asientos traseros.

—Gracias por recogernos —dijo el chico alto que vi en el baño, Tom—. ¿Sabéis algo más?

Natalie se quitó la capucha empapada de su impermeable azul. No abrió la boca, solo bajó la mirada y empezó a jugar nerviosa con los dedos.

—Joanna iba a llamar a la policía —explicó William, agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Él también estaba asustado—, pero nada más.

—¿Y Jake?

—Voy a llamarlo, es verdad —dije—. Tal vez sepa algo.

Lo llamé en cuanto William puso el coche en marcha de nuevo, pero la llamada fue directa al buzón de voz.

—Quizás estén hablando —se me ocurrió decir.

—Antes ha dicho algo de que ya no iba a saber nada más de él.

Los demás nos miramos entre nosotros.

—A nosotros ayer nos preguntó si éramos sus amigos por pena —murmuró Tom—. No sé de dónde ha podido sacar esa idea, si sabe perfectamente que no es así.

Yo sí sabía de dónde la había sacado. Me dolió que, semanas después, aquello siguiese grabado en su memoria. Quise gritar por lo cabreada que estaba conmigo misma, y a la vez necesitaba que los tres se callasen, que parase de llover. No podía pensar. No podía pensar bien con tanto ruido.

—¿Es que ha decidido alejarse de todo el mundo de golpe? —habló Natalie por primera vez—. ¿Esta es su forma de vengarse? ¿Matarnos de miedo?

—No se está «vengando» —le reprochó Tom—. Él no haría algo así, pero… pero puedo entender por qué se le ha venido todo encima de golpe.

—Podría habernos llamado, hablar con nosotros, como ayer. —Natalie rompió a llorar—. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Tendremos que preguntárselo a él luego —intervine—. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

Nos quedamos callados, pensativos.

Al principio, veía a Viktor como un sabelotodo y un creído, y pensaba que se creía mejor que los demás por ser tan inteligente y distinto, pero, en realidad, detrás de aquello se escondía alguien a quien le daba verdadero pánico quedarse solo.

Porque él sabía que no lo estaba. No por completo, al menos. Sus amigos se preocupaban por él, Jake se preocupaba. Yo también lo hacía. Pero ¿ahora? ¿Ahora que el mundo entero parecía estar en su contra?

Cogí aire y apreté los puños. ¿Y a mí? ¿Por qué no me llamaba a mí? ¿Por qué no me había dicho lo triste que se sentía en lugar de salir corriendo a quién sabía dónde? Lo ayudé a pasar aquella noche oscura una vez, ¿por qué no me dejaba hacerlo de nuevo?

Quise llorar al recordar la promesa que me hizo en su cocina.

Lo prometió. ¿Por qué no me había llamado?

Pero justo entonces mi móvil vibró. Una sola vez:

Viktor 30 de mayo, 18:46

Hola, he visto que me has llamado… Perdona que no te haya contestado, hay mucho ruido dentro de mi cabeza y no puedo hablar ahora. sé que te hice una promesa y quería cumplirla, pero es que no puedo más. Necesito silencio y he venido a intentar ordenar todo este caos. Lo siento, Carol. Gracias.

Carol, 18:46

Dónde estás?

Dime dónde estás para que vaya a buscarte, estoy muy preocupada

Viktor, por favor

Vamos a ordenar todo ese caos juntos, solo tienes que decirme dónde estás

Miré la pantalla con impaciencia, pero no leía los mensajes ni me llegó ninguna respuesta.

«Necesito silencio».

Tenía que ser allí, en su sitio. Tenía que haber ido allí a buscar silencio, a reordenarse.

—En Silver Park —dije, con el corazón en un puño—. Tiene que estar en Silver Park.

Un trueno resonó subrayando mis palabras. El cielo estaba oscuro y la tormenta cada vez caía con más fuerza.

Y William pisó el acelerador.

Capítulo 34



La lluvia caía a cántaros y ya estaba empapado y helado. No sabía cuánto tiempo había pasado. Más de una hora, supuse. ¿Dos? No tenía ni idea. Solo podía seguir andando para tratar de despejarme y poner mi cabeza en orden.

El camino de tierra por el que caminé con Carol la última vez ahora era un lodo resbaladizo. El móvil vibraba dentro de mi bolsillo y lo puse en silencio. Carol era la única que solo me había llamado una vez. La única que respetaba que necesitase espacio.

¿Para qué insistían? ¿Para discutir más conmigo? ¿Para hacerme sentir otra vez como una mierda?

William tenía razón. No hacía más que arruinarle la vida a los demás. Les hacía sufrir y preocuparse a pesar de que era yo quien se hacía daño a sí mismo.

Salí de entre los árboles y apoyé los brazos sobre la fría barandilla de piedra. Abajo, muy abajo, las olas golpeaban con fuerza la alta pared del acantilado. Temblaba de frío, y por culpa del montón de emociones que se arremolinaban en mi interior sin ningún control.

La idea de ser una obligación para la gente a la que quería era tan dolorosa que no me dejaba respirar, me aprisionaba el pecho y hacía que quisiese golpear cosas hasta que me doliesen los nudillos.

Así que grité. Grité con todas mis fuerzas. Grité hasta que me dolió la garganta, y el viento, las olas y la lluvia ahogaron el sonido de mi voz.

Quise pensar en algo bueno. En mis amigos. En las tardes en la playa en las que jugábamos a las palas y corríamos unos tras otros para tirarnos al agua. En Jake. Los besos, la película que vimos juntos. Las caricias en su habitación, mi cabeza en su hombro. Carol y la

noche en la que prácticamente me salvó la vida. Mi madre acariciándome el pelo cuando era pequeño y tenía pesadillas. William y aquellos años en los que éramos como hermanos.

Y ahora, excepto Carol, ninguno de ellos quería saber nada de mí. Quise llamarla, pedirle ayuda, decirle que necesitaba un rato en silencio con ella entre libros y apuntes, terminar a carcajadas por una tontería y tomar té juntos. Pero ella había roto con William por mi culpa.

Si no era más que una historia triste, ¿qué final se esperaba que tuviese?

—A la mierda —murmuré, y pasé una pierna por encima del muro que hacía de barandilla. Luego la otra. Quedé sentado, con los pies colgando sobre el oscuro abismo, y me pregunté si, a aquellas alturas, alguien me echaría de menos, si a alguien le importaría lo más mínimo si yo…

El viento azotaba con fuerza los árboles. La barandilla estaba mojada, resbaladiza. Y mi cabeza era un desastre. Yo era un desastre. No podía dejar de temblar. Ni de pensar. Pensar en el daño que había hecho. En los problemas que le causaba a todo el mundo.

Estaba solo por completo.

Cogí aire, tembloroso, y miré hacia abajo.

Cuarenta metros bajo mis pies, las olas golpeaban la pared del acantilado, casi cubriendo las amenazantes rocas que sobresalían de la superficie. Días atrás hice una promesa, aunque, a decir verdad, no creía que a aquellas alturas importase demasiado.

Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta: tenía muchas llamadas perdidas. Apenas veía con las gafas empapadas con la lluvia, pero le escribí un mensaje a Carol con los dedos temblorosos y, en cuanto lo envié, la pantalla se iluminó en blanco: una llamada de Jake.

No sé por qué, pero le contesté.

—Hola —respondí, intentando que no notase el temblor en mi voz.

—¡Viktor! —sonó su voz—. ¿Dónde estás? Se escucha mucho ruido.

—En la terraza —mentí—. Llueve mucho, no puedo hablar dentro.

—Perdona, acabo de salir del examen ahora. ¿Podemos seguir con lo de antes?

—¿Para qué? —pregunté—. Ya has dejado claro lo que quieres.

—No, creo que no lo he hecho —dijo con voz pausada—. No quería pedirte ningún tiempo, ni que pienses que estoy contigo por caridad. No tiene nada que ver, pero, por la conversación de antes, parece que hemos roto.

Cerré los ojos. Quería colgarle; quería tirar el móvil bien lejos

para que todo el mundo me dejara en paz. Sin embargo, no lo hice.

—No puedes romper conmigo; no hemos empezado a salir.

—¿No? Porque para mí sí que era así. Tal vez no te lo haya pedido de manera oficial, pero…

—No es buen momento, Jake, de verdad.

—Vale, vale, tienes razón. Estaba agobiadísimo antes, entre el examen y que llevaba días sin dejar de darle vueltas a toda la situación. Debí aclararme antes de llamarte, fue un impulso y lo siento mucho. No quería empeorarlo. Ahora estoy más tranquilo, tengo las cosas más claras.

—¿Quién te ha pedido que hables conmigo? —pregunte—. ¿Carol?

—¿Cómo? —preguntó con genuina sorpresa y supe que de verdad no sabía nada—. ¿Por qué me va a pedir Carol que hable contigo? ¿Pasa algo?

Lo imaginé saliendo del examen, llamándome de camino a su habitación. Subiendo esas escaleras que por un momento fui tan idiota como para creer que podrían ser parte de mi día a día. Tan idiota como para creer que las cosas me iban a salir bien.

—No, nada. ¿De qué querías hablar?

—Vale, a ver. —Cogió aire—. Mira, Viktor. Cuando te dije que hace mucho que me gustas, lo decía en serio. La primera vez que hablamos en tu terraza, hace años, sentí que conectamos de una forma… No sé, especial. Hablamos hasta las tantas sobre la vida, y recuerdo que comentaste cosas de cuando estabais en Suecia. En parte me recordaste a uno de esos pajaritos con el ala rota a los que se les pone una venda mientras se curan. Solo que a ti nadie te la ha puesto.

—No soy un pajarito —respondí, en un esfuerzo por contener las lágrimas—. No necesito que nadie venga a ponerme una venda en ninguna parte para luego dejarme solo otra vez. No quiero que pienses que soy algo que tienes que arreglar. No voy a ser tu novio porque te dé pena. Estoy harto de dar pena.

—No quiero que seas mi novio por pena, quiero que seas mi novio porque se me acelera el corazón cada vez que sonríes, porque no dejo de pensar en ti desde hace mucho. Lo que quiero es entenderlo todo de ti para quererte de la mejor manera posible. Yo no… Tienes razón, no puedo arreglar tus problemas. Al principio pensé que sí, porque siempre que alguien que te importa lo pasa mal, lo que quieres es hacerle sentir bien al instante, ¿sabes? Pero a estas alturas debería saber que no siempre se puede, y a veces es un camino largo. Si me dejas estar a tu lado, te prometo que vamos a encontrar una solución entre los dos.

—¿Y si no tengo solución, Jake? —pregunté, con los ojos clavados en el agua, las olas, las rocas—. ¿Y si es demasiado tarde?

—No lo es, de verdad. Vamos a encontrar la manera de que no vuelvas a pensar en hacerte daño. Haré todo lo que pueda por ayudarte. Todo irá bien, ya verás.

Eso fue lo que dijo Carol aquella noche antes de dormir: «Todo irá bien, te lo prometo». Y algunas cosas lo hicieron, pero otras habían ido terriblemente mal. Quería creerlos a ambos, quería que llevasen razón. *Necesitaba* que llevasen razón.

—Jake —empecé a decir—, antes te he mentido. No estoy en casa.

—Vale, no pasa nada. ¿Dónde estás?

—¿Puedes…? ¿Puedes llamar a Carol y decirle que estoy en su lugar seguro? Ella… ella lo va a entender. Por favor.

Tardó un segundo en responder y lo escuché coger aire con fuerza, como si acabase de comprenderlo todo.

—Dios mío, Viktor, ¿dónde estás?

—Por favor, dile que venga a buscarme —le pedí, ignorando su pregunta—. Y muchas gracias, Jake, de verdad. Muchas gracias por todo.

Y colgué.

Iba a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, pero se me escurrió entre los dedos y estuve a punto de caer por intentar agarrarlo.

Lo vi caer cuarenta metros en picado hasta desaparecer entre las olas. Me quedé ahí, paralizado, con la respiración entrecortada. Podría haber sido yo, en lugar del móvil. Durante un buen rato no fui capaz de hacer nada más: tan solo mirar hacia abajo e hiperventilar.

Una vez me calmé lo suficiente, pensé en que, incluso si no era más que una historia triste, tal vez estaba a tiempo de darle la vuelta. Tal vez Jake y Carol llevasen razón y las cosas pudiesen mejorar de algún modo.

Así que pasé de nuevo la pierna por la barandilla para bajar del muro.

Pero entonces me resbalé.

Y todo pasó a cámara lenta.

Mis intentos por agarrarme a la piedra mientras la gravedad tiraba hacia abajo de la mitad de mi cuerpo. Mis piernas colgando mientras los brazos me quemaban por el esfuerzo. La forma en que me raspé las palmas de las manos y los antebrazos hasta que conseguí pasar la pierna de nuevo por encima de la barandilla y caer, con un fuerte porrazo, sobre el barrizal que se había formado en el lado seguro del muro.

Permanecí allí tumbado, lleno de tierra y sangre en las raspaduras, y lloré, entre asustado y aliviado, hasta que la lluvia amainó.

Ya estaba oscuro cuando me levanté. Me apoyé contra el muro de piedra, tiritando de frío. Había parado de llover.

Entonces, entre los árboles, vi una luz.

Dos, exactamente. Los faros de un coche.

Y en el silencio que dejó la tormenta al irse, unos pasos apresurados, unas voces. William apareció de entre los árboles con los oscuros mechones de pelo pegados a la cara.

Corrió hacia mí y me abrazó con fuerza. No dijo nada, pero escuché su respiración agitada cuando me tocó la espalda y la cabeza con las manos como para asegurarse de que seguía de una pieza. Me quedé con los brazos pegados al cuerpo, demasiado sorprendido como para reaccionar.

Detrás de él, bajo la luz de la única farola que iluminaba aquel espacio, vi a Carol con el pelo empapado.

Ella me abrazó también y rompió a llorar. Los sollozos sacudían su cuerpo pegado al mío y la rodeé con los brazos. No tenía ni idea de cómo sentirme.

Tom y Natalie llegaron y se unieron al abrazo. William se separó de nosotros y creí ver que le tembló la barbilla antes de esbozar una pequeña sonrisa.

—Vamos al coche, anda, que te vas a poner malo —dijo William, y me puso una chaqueta sobre los hombros. Con cariño. Como lo habría hecho cuando éramos pequeños. Y luego, en un susurro apenas audible, añadió—: Lo siento, Viktor.

Las piernas me temblaban tanto que, si no me hubiesen sujetado, habría acabado en el suelo. Y supuse que, en realidad, llevaba mucho tiempo siendo así.

Tal vez no tenía que hacerlo todo solo. Tal vez estaba bien dejar que la gente se preocupase por mí. Tal vez todavía podía salvarme a mí mismo. Tal vez salvarme a mí mismo implicaba pedir ayuda a veces.

Tal vez, incluso la historia más triste merezca un final feliz.

Y supe que, aquella noche, había tomado la decisión correcta:

Vivir.

EPÍLOGO:
Lo que somos

Epílogo



A esas horas, las calles de Toulouse siempre estaban llenas de vida.

Bajé del metro y caminé entre las familias que paseaban con la calma propia de los viernes por la tarde, grupos de estudiantes hablando y riendo y turistas con cámaras de fotos que se detenían en cada tienda de *souvenirs*. Giré en una bocacalle y disfruté del sol acariciarme el rostro.

Volvía a ser primavera.

Entré en el portal del que había sido mi hogar durante los últimos meses y subí las estrechas escaleras que me llevaron a la segunda planta. Saqué las llaves y abrí. El sonido de la cerradura advirtió a mis compañeras de piso y, al cruzar el umbral de la puerta, las encontré a las dos asomadas a la puerta de la cocina.

—Esta noche queremos hacer noche de chicas —anunció Giulia, una italiana pelirroja con la cara llena de pecas y la piel como la porcelana—. Te apuntas, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —respondí, me quité el abrigo *beige* y lo colgué en el perchero.

—Perfecto —añadió Louise con una inmensa sonrisa. Nuestra chica de Toulouse, que se tomó la molestia de enseñarnos la ciudad cuando las otras dos apenas éramos unas recién llegadas—. Estamos preparando masa para hacer *pizza*, y luego vamos a hacer *brownies*.

—Voy a dejar las cosas y ahora salgo a ayudaros —dije sonriente antes de cruzar el pasillo hasta mi habitación, que era la del fondo.

Dejé el bolso sobre la cama y abrí la cortina. En la distancia, podía ver el río Garona recorrer la ciudad. Los ciruelos llenos de flores blancas que crecían abajo en la calle me hicieron pensar en lo rápido que había pasado el tiempo. Apenas un año atrás había estado

tumbada en el patio del instituto, tomando el sol en las piernas de William. Parecía que había transcurrido toda una vida desde entonces y, al mismo tiempo, si cerraba los ojos aún podía sentir que estaba justo allí.

Con cierta nostalgia, observé el corcho con fotos que colgué sobre el escritorio cuando empezaba a instalarme en el piso. Muchas eran recientes: Giulia, Louise y yo de picnic en el Parc de la Grande Plaine; el viaje a París con mis compañeros de clase para ir a ver el Louvre; Hugo y yo de la mano junto al río.

Pero esas no eran las únicas. La mayoría eran fotos que había colgado al llegar, antes de hacer amigas y empezar las clases, antes de conocer a Hugo y enamorarnos. Mi vista se detuvo en una foto con Debbie en el curso de patinaje al que decidimos ir juntas y en el que tanto nos divertimos. Recordé sus ojos el día del examen final de Química, cuando salimos de la clase y, frustrada, me miró y dijo:

—No era así como quería sacar más nota que Viktor.

—Lo sé —le aseguré, con una mano en su hombro.

También había fotos con Daniel y mis padres. Incluso tenía una con mis amigas, las de siempre. Era una foto muy bonita. Incluso después de todo lo sucedido e incluso con Alison en ella.

Y fotos con William, a pesar de que no nos vimos demasiado ese último verano. Pero supe que estaba haciendo las paces consigo mismo, con Viktor y con su familia. Aquello me llenaba de orgullo, porque lo conocía. No solo sus sombras, sino todas sus luces, que también eran muchas.

Por último, en el centro, la foto con Viktor del primer día con el libro de Química abierto sobre el escritorio. Aquella foto que era una prueba gráfica para el señor Jefferson y que, al final, nunca borré del móvil. El inicio de nuestra relación.

Recordé con un suspiro cómo, durante aquella tormenta y de camino a Silver Park, Jake nos llamó muy nervioso, sin tener claro qué era lo que pasaba, y nos dijo que Viktor le había pedido que me llamase y que fuésemos a buscarlo. Nos explicó que de fondo se escuchaba el mar y algo de un «lugar seguro». Y aunque Tom y Natalie creyeron que estaría en la playa, yo lo tuve claro: había ido a nuestro sitio. Al lugar en el que comenzamos, de algún modo, a hacernos amigos.

Tras el incidente en el acantilado, ingresaron a Viktor en el hospital durante unos días. No demasiados, pero sí los suficientes como para que se recuperase de la hipotermia que le causó estar tanto tiempo bajo la lluvia, para que su madre comprendiese que no bastaba con mirar hacia otro lado y buscasen ayuda profesional para solucionar los problemas. Los suficientes como para que se perdiese los exámenes finales.

Por suerte, su expediente era ridículamente perfecto y, por ser una causa justificada, le dejaron hacer los exámenes más adelante para que no perdiese el año ni la plaza en Oxford que le habían ofrecido.

Sin embargo, las semanas que vinieron fueron muy complicadas, y le vi llorar mucho. Pero las cosas mejoraron, el verano trajo la luz que faltaba y encontró la forma de salir, al menos en parte, de aquella nube negra que lo rodeaba. Luego se fue a Oxford con Jake y, una vez el semestre de otoño terminó, vino a visitarme.

—Estás guapísimo —le dije en cuanto lo vi salir del aeropuerto, cargado con una maleta para aquella semana y una enorme sonrisa feliz y relajada en la cara.

—Tú sí que lo estás —respondió él—. ¡Ya llevas hasta boina!

Nos abrazamos y lo llevé a mi piso, le presenté a Giulia y Louise y ellas lo adoraron al instante. Le enseñé todos los lugares que le prometí que le enseñaría y nos pusimos al día con nuestras vidas.

—Vi a Debbie el otro día por el campus —comentó la primera noche, sentado en mi cama, con el pijama ya puesto tras toda la tarde paseando por Toulouse—. Me dio una clase magistral de Física en cinco minutos sobre algo que había dicho uno de sus profesores y que le había llamado mucho la atención. Algo sobre que el universo tiende al caos, ella te lo explicará mejor que yo si le preguntas. Me recordó a nuestra conversación aquel día, en Silver Park. ¿No te parece curioso?

—Si el propio universo tiende al caos, tal vez no sea tan malo que nosotros seamos un poco desastre a veces.

—Eso mismo fue lo que pensé yo. —Viktor sonrió, y luego se fijó en la foto del corcho en la que salíamos los dos—. Oye, ¿cómo tienes eso ahí? Pensaba que la habías borrado.

—Ya, bueno, se me olvidó. —Me reí.

Él se acercó para ver la foto más de cerca.

—Vaya cara tengo —dijo, divertido—. Me tuviste como dos minutos mirando a la cámara hasta que hiciste la foto.

Los dos nos reímos de mi despiste. Todo había cambiado mucho, pero, desde luego, esa parte de mí seguía intacta.

—¿Y cómo está William?

—Bien, hablamos más últimamente. Ha empezado a ver a un psicólogo él también, para aprender a gestionarse y esas cosas. Se lo ve más tranquilo, antes estaba enfadado todo el rato. Creo que empezamos a llevarnos mejor, por fin. —Se sentó en la cama a mi lado y los ojos le brillaron con ilusión—. Jake ha mediado un montón entre los dos, incluso hemos ido a comer los tres juntos sin gritarnos, estuvo genial.

—Me alegro de que se esté esforzando. ¿Y con Jake? ¿Todo bien?

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—Se ha hecho muy amigo de Natalie y, por algún motivo, a los dos les encantan las citas dobles, así que ella y Tom vienen muchísimo por Oxford. A mí me parece divertido eso de las citas dobles, y a Tom también, aunque a veces le cuesta admitirlo. Y pasamos unos días con mi familia hace un par de semanas. Fue… bonito. Casi parecíamos una familia normal.

—¿Casi?

—Sí, ya sabes, lo estamos trabajando. —Sonrió—. Pero, en serio, Jake es maravilloso. Me ayuda un montón con todo. —Se puso más cómodo y apoyó la cabeza en mi hombro antes de cerrar los ojos—. Nos cuidamos siempre el uno al otro y tengo mucha suerte de contar con él. Y te echaba de menos, Carol. Estaba deseando venir a verte.

—Yo también te he echado de menos —respondí—. No sabes cuánto.

Escucharle decir eso después de lo mal que lo había pasado y verlo tan sonriente y tranquilo me llenaba el pecho de una agradable calidez. Porque me hacía feliz que la vida lo tratase, por una vez, como merecía.

—¡Carol, ¿de qué quieres la *pizza*?! —dijo la voz cantarina de Giulia desde el pasillo, sacándome de mis pensamientos.

—¡Voy en un momento! —exclamé.

Y sonreí, contemplando el corcho lleno de fotos, de recuerdos y personas importantes. En poco tiempo acabaría el primer año de universidad y regresaría a casa durante el verano. No había vuelto a Hawthorn desde Navidad, y tenía muchas ganas de pasar tiempo con Debbie, con mi familia y con Viktor. Porque a pesar de estar a más de mil kilómetros de casa, me sentía más cerca que nunca de ellos.

Salí por la puerta y crucé de nuevo el pasillo para preparar la cena con mis amigas, esas dos chicas increíbles que se habían ganado mi confianza en cuestión de meses y quienes ya me conocían a la perfección, incluso las partes más desordenadas de mi pequeño universo.

En aquel último año, había descubierto que, de entre todas las maneras que existían para ordenar el caos que a veces existía en mi cabeza, estar rodeada de la gente que me quería por ser quien era y con quienes podía ser yo misma, era mi favorita.

Yo también tenía mucha suerte.

Agradecimientos

Por si no lo sabes, *El desorden del universo* se publicó inicialmente en junio de 2023 con Ediciones Freya, una editorial lindísima que trató a Carol y a Viktor con todo el mimo del mundo, pero que cerró en noviembre de ese mismo año. La cuestión es que tan poquito tiempo para una historia que me importa tanto no me ha parecido suficiente, y es por eso que he decidido darle una segunda vida con la autopublicación.

La idea de esta novela nació hace muchos años, cuando aún estaba en el instituto, si bien no la escribí en serio hasta la pandemia. Lo que surgió como una forma de desahogarme por lo mal que se me daba la química de segundo de bachillerato acabó siendo una historia que adoro, con temas muy cercanos a mi corazón y unos personajes que para mí siempre serán de los más especiales.

A donde quiero llegar con todo esto es a que este manuscrito ha pasado años dando vueltas por mi cabeza, entre mis dedos e innumerables borradores muy distintos a este que ahora tienes entre manos. Y es que por mucho que se diga que la escritura es un trabajo solitario, a mí se me ocurren montones de personas sin las que este libro ni siquiera existiría.

Por ello, en primer lugar, quiero darle las gracias a Milo, mi amor, que ha pasado incontables horas escuchándome hablar de esta historia, de mis miedos, ilusiones y sueños. Por creer en mí incluso cuando yo no lo hago, por hacerme tan feliz cada día. Te amo con cada pedacito de mi corazón y con todo lo que soy, y eres mi persona favorita, nunca lo olvides. Gracias, gracias y gracias.

A mi familia, por todo el amor incondicional. En especial a mi madre, que desde pequeña me enseñó a amar las historias a través de los cuentos que se inventaba antes de dormir. Y a mi padre y Cristina, por ser ese pilar que nunca se tambalea. Mis abuelos, tíos, primos. A todos, gracias, os quiero muchísimo.

También quiero dar las gracias a Lucía y Nacho, por creer en esta historia. Publicar con Ediciones Freya, aunque haya sido por poquito tiempo, ha sido un sueño hecho realidad. Estaré eternamente agradecida por la oportunidad, por lo fácil que hicisteis todo el proceso y por lo mucho que he aprendido con vuestro trabajo.

A Alba (kalisdice), por la pedazo de cubierta que este libro tiene gracias a ti. Trabajar contigo ha sido tan sencillo como gratificante, y espero que no sea la última vez, porque además de un encanto de

persona, eres una artistaza de los pies a la cabeza.

A mis lectoras beta; este libro también es un poquito vuestro. A Marina, por ofrecerse la primerísima para leer esto y los audios gritando cada vez que salía Jake. A Mar Bassa, por vivir todo esto con la misma ilusión que yo, por nuestros largos paseos en los que jamás faltan las risas ni las historias por contar. A Natalia Mañosas, mi compi de cumples y tápers; eres de lo mejor que me ha dado la universidad.

Y a Catherine, por ser la mejor amiga que se puede pedir y, más que eso, una hermana. Me faltarían páginas para agradecerte todos estos años de amistad (y los que quedan), porque estar a tu lado es estar en casa, y siempre quiero verte crecer.

A Ángela, Juana, Sabina y Jade, que sois simplemente maravillosas y con vosotras sé que me rodeo de la gente correcta. A Ángeles y Carmen, las mejores compis de piso del universo; a vuestro lado, todo es siempre mucho mejor. Y a Natalia Cardona, por nunca dudar de mí, por todos estos años de amistad, los veranos llenos de risas y los helados de Verdú.

A Mar Poldark, nos quedan muchos audios llenos de hype, beteos y sueños que vernos cumplir la una a la otra. También a Anne, con personas como tú, el camino literario se hace más fácil; ojalá compartir muchas más historias contigo. A Gema, aunque no lo parecía, al final resulta que el 2023 sí que era nuestro año —y estoy segura de que solo el comienzo—. Y a Zoé, porque tu arte y amabilidad son inspiración, y es un verdadero honor compartir este camino contigo.

A mis profes de Matemáticas y Química de Bachillerato; si sus asignaturas no me hubiesen costado tanto, tampoco habría germinado jamás la semilla de esta historia. Y, por supuesto, a María del Mar, la mejor profesora de Lengua que he tenido.

Por último, gracias a ti, que lees esto y has llegado hasta aquí. Por darnos una oportunidad a mí y a este libro. Por acompañar a Carol y Viktor en este viaje y sentir y soñar con ellos. Ojalá se queden contigo mucho tiempo y entre estas páginas encuentres un poquito de luz y esperanza. Y es que incluso cuando parece que todo está perdido, te prometo que, al final, las cosas saldrán bien.

About The Author

María Moreno



María Moreno (Málaga, 1999) es graduada en Terapia Ocupacional y futura profe de secundaria, lo cual compagina con su amor por las letras, el chocolate y los girasoles.
Ha escrito desde que aprendió cómo coger un lápiz, y es que las palabras siempre la han acompañado en los mejores y peores momentos. De adolescente, solía pasar los veranos metida en Wattpad, donde empezaba historias que nunca iban a ninguna parte, y donde hace poco volvió para publicar Entre Líneas, un romance juvenil sobre dos amigos de la infancia que se reencuentran tras años sin hablar. Cuando no está escribiendo o soñando despierta, puedes encontrarla

cuidando sus plantitas del Stardew Valley, viendo series o leyendo cualquier cosa que le caiga entre manos.

El desorden del universo es su primer libro, una novela contemporánea sobre la amistad, la importancia de tratar bien a los demás y la salud mental.